

**RENÉ DUMESNIL**

---

**GUY DE  
MAUPASSANT**

Traducción de José Manuel Ramos González  
para  
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

RENE DUMESNIL

**GUY DE  
MAUPASSANT**

Título original: *Guy de Maupassant*

© René Dumesnil.

Librairie Armand Colin

Paris, 1933.

© De la traducción

José M. Ramos González

Pontevedra, 2006

*A ALBERT ROUSSEL*

*En recuerdo del valle de Vasterival.*

R.D.

## PRÓLOGO

Emprender un libro de crítica sobre un autor que me resultase indiferente sería desde luego el medio más seguro de ser objetivo, pero también produciría una obra triste como un castigo. Confieso sin pudor, desde la primera línea de este volumen, que amo a Maupassant. Ni los tiempos, ni los cambios en la moda literaria nada han cambiado: me entusiasma en el presente como en los días de mi infancia, en los que leía en secreto sus últimas obras, casi aún recién publicadas. Tal vez hoy lo ame de otro modo, pero sin duda lo amo más, pues siempre encuentro esa potencia creadora, ese don de evocación que rodeaban de personajes al escolar recluido durante el estudio de la tarde y le aportaban el perfume de la tierra y de los bosques, el frescor de las aguas y todo el intenso sabor de la vida. ¡Cuántas veces he vuelto a leer esas páginas tan conocidas, sin que me decepcionasen nunca!

No es temerario pensar que la obra de Maupassant encontrará pronto, incluso en Francia, más crédito de la que hoy tiene. Algunos, en efecto, le echan en cara el pertenecer a una época que se juzga pasada de moda – esperando que los esnobs la adornen de todo tipo de méritos extravagantes. Y sin duda ese momento no está lejos. A los ojos de los críticos extranjeros (la distancia en el espacio es el equivalente a la distancia de los años), Maupassant aparece además como uno de los maestros de la prosa, – opinión que no ha dejado nunca de ser la de muchos franceses. ¿Acaso su obra no presenta todas las condiciones necesarias y suficientes para asegurar la perennidad de las obras del espíritu y, por añadidura, algunas otras cualidades, como la acuñación de un estilo

cuya simplicidad se relaciona con la mejor tradición francesa? Por la verdad humana que los anima, los libros de Maupassant poseen un valor psicológico y un alcance general de primer orden; pero al mismo tiempo, por la fidelidad de las pinturas de costumbres, por el arte de los detalles, la precisión de las descripciones de los lugares, la finura de la observación, constituyen un documento de alto interés sobre los finales del siglo XIX. Costumbres rústicas y costumbres parisinas, paisanos de Caux, marinos y pescadores, burgueses y paseantes de bulevar, – Georges Duroy, Jeanne de Lamare, Olivier Bertin, Christiane Andermatt, Yvette, el tío Antón y su incubadora, Belhomme y su bicho, Boitelle y su negraza. El tío Hauchecorne y su cordelillo, el padre Mathieu que inventa el «borrachómetro» y la oración a San Blanc – se encuentran allí, conservados para las generaciones. E incluso Bel-Ami y Bola de Sebo tienen la gloria de vivir como Julien Sorel, el barón Hulot o el Sr. Homais. El «color temporal» (según la expresión tan precisa de André Thérive) es en Maupassant tan diáfana, tan exacta como el color local. Y eso es lo que asegurará su duración. Su obra es la de un historiador y un geógrafo, pues nadie mejor que él supo fijar negro sobre blanco, para sus lectores, hasta los más fugitivos aspectos de un país, sugerir hasta el indefinible sabor de la atmósfera, y que yo sepa, no existe para ninguna otra provincia nada comparable a los cuentos y a las novelas de Maupassant para Normandía.

Se ha escrito mucho sobre Maupassant. Tiene su leyenda – o más bien *sus leyendas*, y muy diferentes. Si no se hubiese considerado más que su obra (lo que en un escritor quizás sea lo esencial), las cosas, sin duda, habrían sido bastante sencillas. Pero se ha querido, y se tuvo razón, puesto que ese principio es uno de los dogmas de la crítica moderna, explicar la obra, toda la

obra, por el hombre y el detalle biográfico, y es entonces cuando las cosas comienzan a complicarse.

Maupassant dijo de sí mismo que había atravesado nuestro cielo literario como un meteoro. Nada más cierto: los datos lo prueban. *Bola de Sebo*, en un día de 1880, le vale la gloria. En diez años exactamente, de 1881 a 1890, desde *La Casa Tellier* a *Nuestro Corazón*, publica doscientos sesenta relatos o cuentos, siete grandes novelas, tres volúmenes de viajes, tres obras de teatro, un volumen de versos, el contenido de veintinueve gruesos tomos bien repletos. Y, para explicar esta sorprendente fecundidad (que por otra parte no se ha manifestado en detrimento de la calidad, aunque, naturalmente, toda esta producción no tenga igual valor), se ha pretendido que producía libros *como el manzano sus manzanas*. Y, como él mismo, bastante de buen grado, se revelaba bajo el aspecto del hombre de placer, del remero bromista, habitual de la Grenouillère y gran seductor de muchachas, como su existencia se acaba lamentablemente en la residencia de salud del Doctor Blanche, como no se desvela el secreto de su vida privada dejando bastante misterio para agudizar el apetito de los curiosos e indiscretos, se vio en su «caso» una especie de enigma.

La misma unidad de su obra (que se explica bastante por la formación literaria de Maupassant, el discípulo flaubertiano, la influencia de Tourguenieff y además también por la densidad de una producción sobreabundante, repartida únicamente en diez años) fue invocada como prueba: el «caso» Maupassant, para muchos, fue un caso patológico, sino teratológico. Así pues, se busca pacientemente, complacientemente, los prolegómenos de la enfermedad terminal hasta en los primeros escritos. Las bromas de juventud pasaron por signos previos; se evoca en el detalle antecedentes

hereditarios y personales, taras congénitas, enfermedades adquiridas, lesiones orgánicas y trastornos mentales para disipar ese misterio; de la crítica literaria, se hizo una minuciosa autopsia, deplorando que la exhumación fuese demasiado tardía. Y se llegó a la paradójica conclusión de que jamás obras de arte menos mórbidas fueran concebidas y ejecutadas por un ser, por un cerebro menos sano. Así pues, para explicar la paradoja, se explicó el genio del escritor en función de sus taras psicológicas y patológicas.

Que Maupassant haya producido sus obras «como el manzano sus manzanas», no es precisamente dudoso si se entiende por ello que él siguió su naturaleza sin violentarla y que se realizó a sí mismo en sus escritos. Pero eso no quiere decir, – más bien lejos de ello – que sus obras hayan sido logradas sin pena y que las escribiese en una especie de inconsciencia, en un estado de desdoblamiento de su personalidad, sin el cual no hubiese sido capaz de escribirlas. Ha soportado la ley común a todos los hombres de letras. Los testigos de su vida, los compañeros de sus inicios literarios, J.-K. Huysmans, Henry Céard, Léon Hennique, Paul Bourget, con los cuales he hablado a menudo de Maupassant, todos me han dicho, al contrario, el gran trabajador que fue y no dejó de ser. El «trabajo fácil» y casi inconsciente de Maupassant no es más que una leyenda. El Sr. Léon Hennique me ha contado las confidencias de su amigo, presa del tormento de la «copia». El aprendizaje del oficio, duramente adquirido bajo la férula implacable de Flaubert, no fue suficiente para asegurarle un virtuosidad sin desfallecimiento, para ponerlo en posesión, y para siempre, de una especie de muela duradera de la que debía salir su producción, ideas y forma, temas y estilo.

Para fortalecer la hipótesis de la inconsciencia, a menudo se ha opuesto, y algunas veces con intención

denigrante, la obra al hombre. Se ha hecho estado de anécdotas, contadas sin duda por el propio Maupassant, bastante fanfarrón y mistificador, de palabra libre y bromas picantes, y se ha llegado a conclusiones fáciles. Pero el argumento es muy simplista: sí, el hombre fue como Flaubert, y como muchos otros en su tiempo, picaresco a veces. Ese defecto – si es que lo es – es el de una época, y la tripulación de la yola *La Hoja al revés*, ni la desvergonzada Mosca no eran por lo demás pensionistas en los Oiseaux. ¿Pero eso es todo lo que Maupassant mantiene en sus *Cuentos de la Becada*? La misma pluma que escribió *Ese Cerdo de Morin* escribió también *El Campo de Olivos* («de Esquilo», decía Taine) y luego aún el prólogo a las *Cartas de Flaubert a George Sand*, que es una obra maestra de análisis psicológico, y el prefacio de *Pierre y Jean*, una obra maestra de penetrante crítica.

Ver en la patología el secreto de su genio no es menos temerario. A suponer incluso que la fase inicial de la enfermedad que debía llevarlo al manicomio haya valido a Maupassant un periodo de excitación creadora, ¿que haya podido durar diez años? Al contrario, ¿no estuvo pronto seguida de una fase depresiva desembocando rápidamente en la debacle?

Quién quiera probar demasiado no prueba nada, y además es en vano pretender descubrir el *por qué* de las cosas, cuando es ya tan difícil percibir el *cómo* y de deducir unos errores que lo ocultan a nuestros ojos...

Hace veinte años, Henry Céard y yo concebimos el proyecto de escribir un volumen sobre Maupassant. Comenzamos, claro está, por volverlo a leer, pluma en mano, los relatos y las novelas. Haciendo el camino, ante nuestras notas, intercambiamos nuestras impresiones repetidas veces y vimos que nuestro dibujo se modificaba. Habíamos partido, guiados por una estrella:



creíamos estar haciendo una obra de «médicos literarios» y, hace veinte años era una ilusión permitida abordando semejante tema. El gran día de las realidades apagó nuestra estrella; no estábamos en la mitad de nuestras lecturas cuando nos dimos cuenta de lo inútil de ese estudio:

– Evidentemente, me dijo entonces Céard, no es algo sin interés literario saber de Maupassant, de su vida, de sus hechos y gestos. Pero, mejor que una observación médica, son sus libros los que nos enseñan todo lo que en definitiva la posteridad debe retener de él. Ellos llevan en sí mismos la más segura explicación de su autor. Yo he encontrado por mi parte unos recuerdos que ellos avivan y precisan....

Prolongando en charlas frecuentes esos preliminares de nuestros trabajaos, nos detuvimos. Pasé momentos deliciosos: las palabras de Céard estaban completamente llenas de penetrantes comentarios, a los cuales el tema de la conversación y el rebote de las réplicas añadían una finura que se embota bajo la pluma – lo que atenúa mi pesar de no haberlas recogido por escrito. Departiendo de ese modo, supimos ya lo que no queríamos hacer; aún no habíamos decidido lo que no debíamos emprender y los acontecimientos de julio de 1914 nos sorprendieron sin que nuestra tarea fuese fijada. La guerra arruinó nuestros proyectos. Cuando acabó, nos volvimos a encontrar; comprometidos con otros trabajos más urgentes, dejamos dormir nuestros documentos. Y la muerte tomó a Céard sin que los hubiésemos reabierto.

Pero con este presente volumen – concebido sobre otra plan<sup>1</sup> y del que soy el único responsable – adquiero una deuda de gratitud y la sitúo bajos los auspicios de

---

<sup>1</sup> No se encontrará aquí, propiamente dicha, una biografía de Maupassant: he omitido voluntariamente lo que, en la vida del novelistas, me ha parecido sin relacion directa con el estudio crítico de esta obra.

PRÓLOGO

aquél que, antes de ser mi amigo, había sido, treinta años antes, el colaborador y amigo de Maupassant.

1 de septiembre de 1932

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL PAÍS

#### I

El doble aspecto de Normandía, agrícola y marítima, se manifiesta en Maupassant.

Fue una fortuna para un artista encontrarse, por su temperamento y su carácter, en tan perfecta armonía con el país del que va a extraer la misma sustancia de sus obras; y es también para una provincia una rara alegría producir, de vez en cuando, escritores que, por el simple ejercicio de sus dones naturales, como la viña crece en el terreno, expresan sin vanos esfuerzos de elocuencia la misma alma del país.

Tierra fecunda, Normandía –*Neustria nutrix* – alimenta una raza laboriosa y no padece hambre ni de obras del espíritu, ni de productos del suelo. En la historia literaria como en la militar, la económica y la política, son numerosos los normandos que estuvieron en primera fila. Pero, entre los cinco departamentos que conforman la antigua provincia, es el Sena-Inferior – País de Caux, País de Bray y parte del Roumois – el más afortunado. Desde Corneille a Flaubert y a Maupassant, Francia le debe algunos de sus mejores escritores.

Sin duda, por su ascendencia paterna, Flaubert y Maupassant pertenecen a las provincias del Este; pero, si el origen de la Champagne del primero se manifiesta

literariamente en *La Educación Sentimental*, la influencia lorenesa no aparece por ninguna parte en el autor de *Una Vida*. Más aún que Flaubert, tan orgulloso sin embargo de encontrar en él al bárbaro, hijo de vikingos, Maupassant es un puro normando. Lo es físicamente por la complexión y la fuerza; moralmente, por el «ingenuo orgullo»<sup>1</sup>.

Orguillos sunt Normant e fier,  
E vanteor, e bonbancier...

canta ya Robert Wace en su *Roman de Rou*. Lo es también por la cabezonería, el amor al trabajo, la melancolía y el instinto de migración, tan imperioso en esa raza de hombres que Jean Lorrain – otro *cauchois* puro – definió tan magníficamente como «aventureros

---

<sup>1</sup> Abel HERMANT, *Ensayos críticos*, pag. 370-371. París, Bernard Grasset, 1913.

Señalo a continuación algunas obras esenciales publicadas sobre Maupassant, y a las que se encontrarán referencias en el presente volumen:

Pierre BOREL, *El Destino trágico de Guy de Maupassant* .- Prólogo a las *Cartas Inéditas de Maupassant a Flaubert*. París, Les Portiques.

Léon DEFFOUX y Emile ZAVIE, *Guy de Maupassant, novelista de sí mismo*, en *El grupo de Médan*, París, Payot, 1920.

Georges DUBOSC, *Tres Normandos (Corneille, Flaubert, Maupassant)*. Rúan, Defontaine, 1917.

Charles LADAME, *Guy de Maupassant, estudio de psicología patológica*. Éditions de la Revue Romande, Lausanne, 1919

Huguex LE ROUX, *Retratos de Cera*. París, Lecène et Oudin, 1891.

Albert LUMBROSO, *Recuerdos sobre Maupassant*. Roma, Bocca, 1905.

Edouard MAYNIAL, *La Vida y la Obra de Guy de Maupassant*. París, Mercure de France, 1906.

Pol NEVEUX, *Prólogo a las Obras de Guy de Maupassant* (Tomo I: *Bola de Sebo*). París, Conard, 1908.

Georges NORMANDY, *La vida anecdótica y pintoresca de los grandes escritores: Guy de Maupassant*. París, Vald. Rasmussen, 1926.

FRANÇOIS [TASSART], *Recuerdos sobre Guy de Maupassant*, por François, su mayordomo. París, Plon, 1911.

Louis THOMAS, *La enfermedad y la muerte de Guy de Maupassant*. Bruges, Arthur Herbert, 1906.

resignados»<sup>1</sup>. Ser *cauchois* del litoral, supone ser dos veces normando; y es así como se nos presenta Maupassant.

Amplio triángulo hundido como una cuña en el mar, bordeado al Este por los valles de la Bresle y del Epte que lo separan de Picardía y del Vexin francés, la Alta Normandía debe a su altitud, tanto como a su posición septentrional, el epíteto que la distingue de los países bajos normandos: Valle de Auge, Bocage, Bessin, Hague y Cotentin. Desde la confluencia del Este, el Sena reptaba al pie de las laderas, desarrollando siete sinuosos bucles antes de abrirse paso hacia al estuario. Así pues, entre el Pantano Vernier y el río llano de los aluviones acumulados delante de Tancarville, sus aguas amarillentas, removidas por el oleaje y las mareas bajas sobre los bancos de Anford y del Ratier, se mezclan con las aguas de la Mancha. La limpia cortadura de los acantilados muestra la roca caliza blanca, bajo la espesa cabellera de los bosques de Bord, de Roumare, de Rouvray, de Manuy, de La Londe, de Brotonne y de Maulévrier. La orilla *cauchois* y la *roumois* se parecen como dos gemelos. Pasando el trasbordador a Quillebeuf, a Caudebec o a Duclair, se encuentra el mismo campo, los mismos cultivos y casi el mismo parloteo cantarín y arrastrado de los hombres: el río une más que divide los territorios que atraviesa.

Para subir del valle a la meseta, las laderas son abruptas: Maupassant lo evoca en *Un normando*<sup>2</sup>, luego en *Bel-Ami*. La página que describe Ruán, el puerto y la ciudad, el Sena y su rosario de islas, vistas desde Canteleu, es de un verismo que el tiempo no ha alterado.

---

<sup>1</sup> Jean LORRAIN, citado por Georges NORMANDY, *Guy de Maupassant*, París, Méricant.

<sup>2</sup> Relato publicado en el *Gil Blas*, el 10 de octubre de 1882, y reproducido en los *Cuentos de la Becada*.

Un zigzag que sube dificultosamente las pendientes de Bon-Secours, río arriba, las ruinas del castillo de Robert-el-Diablo, en Moulineaux, la «silla de Gargantúa», cerca de Duclair, la vista es de un parecido grandioso. La amplia depresión, entre los bordes de las dos mesetas, cuenta la historia del río horadando su lecho, alargándolo por la erosión de la caliza, dejando, tras las crecidas, brazos pantanosos, casi desecados, entre las islas, envasándose, encallándose, hasta que los ingenieros, para facilitar la navegación profundizaron el canal, fijando su curso entre dos diques rigurosamente paralelos. Los barrios se han construido en las confluencias de las orillas y del río. Cuando se les abandona, hay que subir una centena de metros para ganar la meseta cauchois. Pero ésta no es en absoluto plana: unas profundas ondulaciones la arrugan, unas orientadas hacia el Sena, al Sur, y las otras hacia la Mancha, al Norte. La línea divisoria va desde Forges al Havre, pasando por Buchy, Clères, Tôtes, Yerville, Yvetot, Fauville. Una decena de ríos costeros irrigan lo más profundo de esos valles, muy encajados en su mayoría. Unos primeros acantilados desde Ault hasta el cabo de la Hève, la Bresle, Yères, la Bèthune y el Arques, la Scie, la Saane, el Dun, la Durdent, los ríos de Valmont y de Gonnevillle no constituyen ellos solos todos los surcos horadados en la meseta. Otros más numerosos, extienden en la misma dirección sus estrías, pero son valles secos, pequeños valles: como ningún arroyo discurre por el suelo, descienden hasta el mar, quedando suspendidos en su terminación a media altura del acantilado. En los días de tormenta, un hilillo de agua se escapa, cascada agotada al primer rayo de sol, al primer soplo de viento. Pues el agua es rara sobre la meseta y, para el ganado, los ganaderos la retienen en unos charcos, tapados en el fondo de cada depresión, entre los campos.

Vista a lo largo, la costa es magnífica: un gran y alto muro gris, casi blanco con rayas negras, modificado aquí y allá al declive de los valles, corta el horizonte. Como las dos orillas del Sena, las dos orillas de la Mancha se parecen extrañamente: igual estructura geológica, idéntico aspecto físico, mismos juegos de luz y sombra sobre los silex engarzados en filas regularmente horizontales en la caliza, iguales playas de guijarros redondos, pulidos por las mareas, empujados hacia la entrada de los puertos que van obstruyendo lentamente. Beachy-Head y la punta de Ailly se encuentran frente a frente, simétricamente; La Hève y Antifer miran de igual modo a Sain Catherine's Cliff y Selsea-Bill. Y de una orilla a la otra, atravesando el condado de Sussex o la Normandía, al salir del paquebote, se encuentra la misma vegetación, el mismo suelo. La cortadura es reciente que, desmoronando el relieve, ha horadado, alargándola, la fosa del *Channel*, del canal abierto estrechamente, antaño, entre el Mar del Norte y el Océano.

Esta línea gris de los acantilados de Caux detuvo a los bárbaros del Norte, sajones y normandos: «los navegantes la encontraban ante ellos en sus expediciones hacia el Sur, como hoy los paquebotes venidos de las embocaduras del Elba y del Weser en su trayecto hacia América. En tales condiciones, las articulaciones del río toman gran valor. El menor indicio saliente, la menor abertura, da asilo a un germen sobre un litoral así asaltado por unas corrientes de migraciones y de aventuras. Con sus rígidos acantilados, el litoral del país de Caux no es muy favorable a los establecimientos marítimos: sin embargo, desde Dieppe a Fécamp, los nombres germánicos se escalonan sobre la costa (Dieppe,

*Diep, dejupa, deôp*, fondos; Les Dalles, *Dal-r*; Fécamp: *Fiskr*, pescadería; Sanvic: *Sand-vik*, cala de arena, etc.) »<sup>1</sup>

La barrera tan elevada, tan bien defendida que aparece ante el marino al tomar tierra, también tiene sus inconvenientes. Con la marea baja, además, detrás del cordón de guijarros al pie del acantilado, se unen una a otra las raras playas, descubriéndose unos arenales, sembrados de rocas. Sobre unos cien metros a lo largo, un hombre puede hundirse en el agua sin perder pie. El fondo es plano. Las gambas rosas y grises – los *salicoques* como los llaman los pescadores cauchoises – abundan y los peces planos también, mientras que en las anfractuosidades de las rocas descubiertas, bajo las algas y los fucos, se ocultan cangrejos y tortugas. Con marea alta, este cinturón de escollos se vuelve muy peligroso para los navíos que pasan demasiado cerca de la costa. Con frecuencia reina la bruma. Unos poderosos faros señalan la Hève, Fécamp, la punta de Ailly.

La costa de Caux, prolongada por la costa del Vimeux, describe una S invertida, cuyas panzas, muy abiertas, muy alargadas, marcan, la inferior su convexidad hacia Antifer, la superior su concavidad hacia Dieppe-Berneval, haciendo la articulación alrededor de Saint-Valey-en-Caux-Saint-Aubin. Aquí y allá, unos desprendimientos dan fe del trabajo de erosión de las aguas. Con las fuertes mareas de marzo y septiembre, el mar se levanta en el estrecho pasillo formado al pie de los valles. Las olas rompen la caliza desmenuzable del acantilado, esculpiendo extrañas cortaduras, como la *Manne Porte* (*Magna Porta*) y la *Porte de Aval* de Étretat, arcos gigantescos, arcos ciclópeos de los que nos sorprendemos que todavía sigan en pie de tan golpeados que están por los furiosos embates de las olas. No hace

---

<sup>1</sup> VIDAL DE LA BLACHE, *Cuadro de la Geografía de Francia*, en *La Historia de Francia* de LAVISSE, tomo I. París, Hachette, 1905.



más de cincuenta años cuando una parte del acantilado se hundió cerca de Dieppe, arrastrando las casas imprudentemente edificadas a orillas del mar. Cerca del Havre, Saint-Denis-Chef-de-Caux no es más que un montón de bloques fustigados por las salpicaduras, y cuyo espectáculo no ha impedido a los parroquianos edificar una ciudad de placer en Sainte-Adresse. Los faros amarillentos de la Hève estarían amenazados de desaparecer si unos trabajos de protección no impidiesen su desmoronamiento. Más lejos, en el campo, los cultivos llegan hasta el límite del acantilado. Se diría que los normandos no consienten en perder ni una pulgada de ese suelo tan fértil y expuesto. Conocen el mar; es un vecino de difícil humor, pero del que se sabe también obtener un gran provecho.

Maupassant conoció como un pescador los detalles de esa costa, explorada por él repetidas veces. Nos ha dejado cantidad de descripciones fragmentarias; ha utilizado directamente en *Una Vida*, mediante el dramático episodio de la venganza del conde de Fourville, las particularidades de esa estructura; pero aún ha tenido el cuidado de plasmar, en unas páginas tan minuciosas como poco conocidas, un itinerario preciso de Antifer a Étretat, destinado a Flaubert, preocupado entonces de elegir un terreno propicio a las experiencias geológicas de *Bouvard y Pécuchet*. Sin embargo, a pesar de la abundancia y la claridad de los detalles, Flaubert preferirá la costa de Calvados para el episodio de su novela. Pero la carta de Maupassant no deja de ser por ello un documento de lo más interesante<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Publicada en *fac-simil*, con los planos que la ilustran, en el *Manuscrito Autógrafo* de septiembre-octubre de 1931, con una glosa del Sr. Jean ROYÈRE, esta carta está fechada en París, el 3 de noviembre de 1877. Se encontrará el texto más adelante en los *Apéndices*.

Los habituales de Étretat, e incluso los turistas que han visto una sola vez ese paisaje, admirarían la claridad y la plenitud de esa descripción: no falta nada en ella, ni las fuentes de agua dulce que discurren aquí y allá y son una de las causas del desmoronamiento del acantilado, ni los musgos, ni las rocas: el valle es típico, con sus desprendimientos sobre los guijarros, y el aspecto de las «Puertas» está descrita en tres pinceladas.

Si Flaubert no se sirvió de esas notas, Maupassant encuentra en su memoria los detalles de topografía antaño dirigidas a su maestro: en un relato publicado en el *Gil Blas* el 9 de marzo de 1882, bajo el seudónimo de «Maufrigneuse», y que tiene por título *El Salto del Pastor*, Maupassant utiliza ese conocimiento perfecto de la costa normanda. Y ese relato (recogido en el volumen póstumo *El Padre Milón*) le proporcionó, sin cambiar gran cosa, dos episodios de los más importantes de *Una vida*. Pero, en esa misma novela, el tercer capítulo tiene por marco exterior ese paisaje marítimo tan familiar para el autor. Jeanne Le Perthuis des Vauds y Julien de Lamare, en la barca del tío Lastique, dan un paseo que les muestra la belleza grandiosa de esa costa:

«Allá, a espaldas de los viajeros, unas velas pardas zarpaban del blanco espigón de Fécamp; y veían lejos, de frente, una roca de extraña forma, redondeada y horadada, que recordaba la silueta de un elefante gigantesco cuya trompa se hundiera en las olas. Era la «puerta pequeña» de Étretat... El sol subía poco a poco, como si quisiera contemplar desde mayor altura la anchurosa mar que se extendía abajo; pero ésta, como con coquetería, se envolvió en una bruma ligera que le servía de velo contra los rayos del sol. Era una neblina transparente, muy baja, dorada, que no ocultaba nada pero difuminaba los detalles alejados. El astro lanzaba sus inflamados dardos y deshacía así la brillante nube;

cuando alcanzó su ardor máximo, el vaho se evaporó y la mar, lisa como una luna, empezó a espejear bajo su luz... A menudo se divisan los elevados arcos de Étretat; son como si el acantilado tuviera dos piernas que sirven de portal a los barcos. Y una aguja puntiaguda de piedra blanca se yergue ante el primero de esos arcos...»

Las cuatro páginas de notas dirigidas a Flaubert han generado veinte líneas. Todo el arte descriptivo, o más bien sugestivo de Maupassant está en esa evocación de las brumas de la Mancha. La atmósfera completa el paisaje, como en este otro pasaje: «El sol, más bajo, parecía desangrarse; y un ancho rastro luminoso, un deslumbrante camino, corría por el agua desde los confines del océano hasta la estela de la barca. Cesaron las últimas bocanadas de viento; se allanó en las aguas toda ondulación y la vela, inmóvil, se puso roja. Una calma ilimitada parecía embotar el espacio...»

Escuchad al pintor Léon Chenal, en Miss Harriet, hablar de ese país: «Llegué una vez a Benoville, un pueblecillo situado entre Yport y Etretat. Había salido de Fécamp siguiendo la costa, la costa rocosa y lisa como una muralla, con salientes sobre el mar. Anduve toda la mañana sobre el césped fino y suave como una alfombra, que junto al abismo crece oreado por los aires marinos. Y cantando alegremente, ya contemplaba el majestuoso y lento vuelo de una gaviota, cuyas alas blancas destacaban en el cielo azul, ya la vela oscura de una barca de pesca, dibujándose sobre la superficie verde del mar; pasé un día feliz, preocupado y libre. Me dieron razón de una casa de labranza donde admitían huéspedes, especie de posada, regida por una campesina, en medio de un corralón normando rodeado por una doble fila de hayas. Abandonando la costa, me acerqué al caserío, casi oculto entre los árboles, y me presenté en casa de la señora Lecacheur. Era una vieja campesina, arrugada, ceñuda,

que parecía recibir a los huéspedes contra su gusto, con una especie de desconfianza. Corría el mes de mayo; los manzanos floridos cubrían el corral con sus perfumadas copas, derramando sus pétalos rosados en continua lluvia, cayendo sobre la hierba...»

¿Cómo describir mejor la íntima unión de la tierra y del mar que se da en el país de Caux? Leed después de esto las primeras páginas de *La Roca de los Pájaros Bobos*, y luego, sobre todo, el principio de *El Borracho*, esta poderosa y sobria descripción de la tempestad<sup>1</sup>; leed aún el nocturno por el que comienza el segundo capítulo de *Pierre y Jean*:

«... se detuvo para contemplar la rada. A la derecha, encima del Sainte-Adresse, los dos faros eléctricos del cabo de la Hève, parecidos a dos cíclopes monstruosos y gemelos, lanzaban al mar sus lejanas y poderosas miradas. Al partir de dos focos vecinos, los dos rayos paralelos, semejantes a las colas gigantescas de dos cometas, descendían siguiendo una pendiente recta y desmesurada, desde la cima de la costa hasta el fondo del horizonte. Luego, sobre los dos muelles, otros dos faros, hijos de estos colosos, indicaban la entrada a El Havre; y allá abajo, al otro lado del Sena, se veían todavía otros muchos, fijos o parpadeantes, que resplandecían o se eclipsaban, abriéndose y cerrándose como unos ojos, los ojos de los puertos, amarillos, rojos, verdes, vigilando el mar oscuro cubierto de buques, ojos vivos de la tierra hospitalaria que decían, sólo por el movimiento mecánico invariable y regular de sus pupilas: «Soy yo. Soy Trouville, soy Honfleur, soy la ría de Pont-Audemer.» Y, dominándolos a todos, tan alto que, de tan lejos, se confundía con un planeta, el faro aéreo de Etouville indicaba la ruta de Ruán a través de los bancos

---

<sup>1</sup> Ver más adelante, en el capítulo V del presente volumen.

de arena de la embocadura del gran río. Luego, en el agua profunda, en el agua sin límites, más oscura que el cielo, parecían verse, acá y allá, unas estrellas. Centelleaban en la bruma nocturna, pequeñas, cercanas o lejanas, blancas, verdes o rojas. Casi todas estaban inmóviles, aunque algunas parecían correr; eran los focos de los buques anclados, en espera de la próxima marea, o buques que navegaban en busca de un lugar para echar el ancla...»

Habría que citar todo de este libro que describe, con tanto arte y tanta minuciosa precisión, los parajes de la bahía del Sena, la rada del Havre, la costa de Grâce, el estuario, explica los movimientos de los bancos de arena «que se desplazan a cada marea, y ponen en aprietos a los pilotos de Quilleboeuf, si no hacen todos los días el recorrido del canal », opuesto a la costa plana de la Baja-Normandía, - «que descende en pastos, en praderas y en campos hasta el mar», y que tiene ante sí los espigones del Havre,- en el gran acantilado «recortado, dentado, enorme del país de Caux, inmensa muralla blanca, de la que cada recodo esconde un pueblo o un puerto: Étretat, Fécamp, Saint-Valery, El Tréport, Dieppe, etc...» Y, si las dimensiones de los paquebotes se han triplicado desde la publicación del libro, si los ingenieros han construido un nuevo ante-puerto con muelles de escala ciclópea, unos espigones extendiendo hacia lo largo sus inmensos tentáculos protectores de los navíos que éstos abrigan, si todas las cosas parecen haber engrandecido el puerto transformado, si las madrugadas del correo de Southampton no son más que un recuerdo de una forma abandonada, todo lo esencial permanece verdadero en el gran fresco pintado por Maupassant. No quiero por prueba más que esta descripción del estanque que se hunde profundamente, en el mismo corazón de la ciudad: «Ante la plaza de la Bolsa, Roland contempla, como hacía cada día, el estanque del Comercio lleno de navíos,

prolongado por otros estanques, donde los gruesos buques, vientre con vientre, se tocaban en cuatro o cinco filas...»; o aún el cuadro de la actividad portuaria, del hormiguo de la muchedumbre, a la hora de la marea...

No hay detalle de la vida marítima que Maupassant no haya observado. Ha vivido la existencia de los pescadores, los de la costa y los de altura, y las observaciones que ha recogido alimentarán sus obras; es, en *Una vida* (capítulo III, *in fine*), la escena del bautismo de la barca en Yport; en *Pierre y Jean*, las salidas de *La Perla*, los croquis en tres palabras esbozados en cada página y que dan a esa trágica novela un regusto, un sabor marino (el espigón del Havre, línea blanca, con su faro, recto como un cuerno sobre el extremo; - la primera partida de *La Lorraine*, su vuelo y la desaparición del paquebote «alto como una montaña y rápido como un tren»). Es en *La Casa Tellier*, junto a Fécamp clandestino, la ciudad de los bacaladeros de Islandia y Terranova; en *En el Mar* (*Cuentos de la Becada*), un estremecedor cuadro de la pesca al arrastre; en *El Regreso* (*Yvette*), al lado del drama más trágico que puede provocar el mar, la descripción de la casa de los Martin-Lévêque, « con paredes de barro y techo de paja; tiene frente a la puerta un jardincito grande como un pañuelo, donde crecen algunas cebollas, coles y perejil, todo ello rodeado por una cerca. El hombre ha salido a pescar, la mujer está remendando las redes tendidas a lo lago del muro, como inmensa tela de araña.»; en *Sobre el agua*, el recuerdo de las brumas de la Mancha que le persigue hasta en las olas azules del Mediterráneo... Ha contemplado tanto, esos paisajes marítimos, ha observado tan ampliamente «el agua, el sol, las nubes y las rocas » que está como obsesionado, no «puede contar otra cosa, y

piensa simplemente, como se piensa cuando la ola nos mece, nos entumece y nos pasea»<sup>1</sup>

## II

El marino de Caux se parece como un hermano al campesino de la misma raza. Y la obra de Maupassant nos muestra, fielmente, este parecido.

Además, puede que las condiciones de la vida acentúen las diferencias; pero aquí, poco. La unidad de la raza, su carácter, no están mermados; el mar, bruscamente, detiene la carreta; pero el último surco bordea el acantilado, y la mano que la lleva y guía la reja del arado hundido en el suelo cultivado, permanece firme en el timón de un velero. Normandía es una tierra de transición, un paso hacia el mar. En la primera página de su buen libro, el Sr. Edouard Herriot lo ha señalado justamente: fue el mar el responsable de la unidad normanda<sup>2</sup>; fue por el mar por dónde vinieron los bárbaros del Norte que conquistaron la provincia; fue el mar que llevó hacia otras conquistas a los duques de Normandía, y la tapicería de Bayeux nos muestra, como un símbolo, el doble aspecto, marítimo y terrestre, de Guillermo el Bastardo.

Prolongación y desembocadura natural hacia el mar de la región de París – puerta al océano- Normandía ha consolidado en su historia la unión de la vieja civilización galo-romana con aportes escandinavos; un milenio perfeccionó la mezcla.

---

<sup>1</sup> Prólogo de *Sobre el agua*

<sup>2</sup> «Esta Normandía en la que los encuentros de civilizaciones, una venida del interior con sus finuras y sus matices, la otra arrojada sobre la costa por bruscos pillajes, provocan, ellos también, un modo de enfrentamiento - ¿Qué fuerza le ha dotado de unidad bajo la cual, hoy, se incorpora a Francia? ¿Qué fuerza, sino el mar? » (La Puerta Océano, p. 7)

El viento del mar – el viento de *noroi* – barre la meseta de Caux: la llovizna, el calabobos han dado su patina a las viejas piedras de Rúan; los *caloges* de Étretat, barcas en dique seco sobre los guijarros, remontadas hasta mitad de la costa (y que sirvieron a Maupassant para burlarse de los parisinos<sup>1</sup>), no son solamente casas para pescadores, sino también refugios para los campesinos. Por todas partes se mezclan en este país las fragancias del alquitrán, las salmueras y la estopa, con los cálidos olores de la tierra.

Y el estilo de Maupassant nos muestra una fusión parecida. Podría multiplicar los ejemplos; he aquí dos que resumen los demás. En el Havre, «los innumerables mástiles, con las vergas, las agujas, los cordajes, dan en medio de la ciudad el aspecto de un gran bosque muerto. Encima de este bosque sin hojas, revolotean unas gaviotas, espionando, para abatirse como una piedra que cae, sobre los desperdicios arrojados al agua». Y en *Pierre y Jean*, «un grumete, atando una polea al extremo de un mástil, parece subido allí para buscar nidos».

Pero la unión de la tierra y el mar no es en ninguna parte tan estrecha, y tan inestable no obstante, como en esta bahía del Monte Saint-Michel, dónde, dos veces al día, viene el oleaje, sobre una enorme extensión, para tomar ávidamente lo que ésta ha cedido no menos rápido, recubriendo y descubriendo la hierba corta de los pólder y la arena amarilla de los arenales, subiendo al asalto de las murallas, embistiendo la vieja ciudadela para luego retirarse hasta el horizonte. Todo el principio de la segunda parte de *Nuestro corazón* aproxima y enfrenta la Alta con la Baja Normandía. Es la misma riqueza de la

---

<sup>1</sup> Diciéndoles: - En invierno, el mar es tan fuerte que invade todo el acantilado. Arrastra esas barcas que quedan varadas allí cuando el agua se retira. (G. NORMANDY, *Guy de Maupassant*, p. 51. Rasmussen, 1926.) Cf. A. LUMBROSO, *Recuerdos sobre Guy de Maupassant*, Roma, 1906.



tierra, «poderosa nodriza» la que hace desarrollarse la vida; la misma abundancia del ganado acostado bajo los manzanos, sobre «un suelo que parece sudar sidra de la carne». Pero aquí, «delgados arroyos se deslizan al pie de los llorones, brillan en la hierba y bañan toda la campiña de un frescor fecundo»- mientras que, sobre la meseta de Caux, raras son las fuentes.

La descripción del panorama que se extiende bajo los ojos del viajero que, desde el jardín público de Avranches, mira el Monte Saint-Michel y ve «en medio de un desierto amarillo, aún calado por la marea en retroceso, surgir a doce o quince kilómetros del río un monumental perfil de rocas puntiagudas, fantástica pirámide, pináculo de catedral», es una de las páginas más frecuentemente citadas por Maupassant. «Allí, toda la naturaleza se ofrece de un solo golpe, en un solo lugar, en su grandeza, en su poderío, en su frescor y en su gracia; y la mirada va de una visión del bosque a esta aparición del monte de granito, solitario habitante de las arenas, que erige sobre el desmesurado arenal su extraña figura gótica... relicario gigantesco sobre un velo resplandeciente.»

En el relato de la visita que la Sra. de Burne y André Mariolle hacen a la abadía, el novelista se muestra tan preciso y tan completo como en las notas acerca del valle de Jambour, dirigidas a Flaubert. Describe – y conque arte – al lado de los detalles de arquitectura (sobre los que, además, conserva una sobriedad que hay que alabar) el aspecto cambiante de la naturaleza: es, de cada parte del dique, «la huida del agua, tan rápida que parece bebida por la tierra o arrojada a lo lejos por una fuerza poderosa y misteriosa»; – «la extraña y muda partida del mar, las manchas verdes en los hierbajos sumergidos, creciendo, engordando, convirtiéndose en islas, unos continentes separados por minúsculos

océanos, luego, en toda la extensión del golfo, el curso en retirada de la marea regresando a lo lejos...»

Regresemos a la Alta Normandía para seguir, sobre la ruta de Ruán al Havre, a la familia Le Perthuis des Vauds que se encuentra en su castillo de los Peuples (*peuple* es el nombre normando del álamo), cerca de Yport. Lluve – cosa frecuente en Ruán, en toda estación – el paisaje no aparece más que a través de «una niebla de agua»<sup>1</sup>. Pero pronto la bóveda de las nubes se levanta y, «por un agujero que casi no se ve, un largo rayo de sol oblicuo desciende sobre las praderas». Una brisa fresca y dulce pasa «como un suspiro feliz de la tierra».

La tierra... Después de los siglos, el aspecto del país no ha cambiado demasiado: como vestigios del antiguo bosque primitivo, subsisten unos bosques, sombreando las pendientes de los valles. Desde que se llega a la cumbre, hasta donde alcanza la vista se extiende la meseta. En la época de las labores, la tierra desnuda, arcillosa, es estriada con surcos rojizos. Después en la siembra de otoño, unas manchas blancas la salpican en pequeños montones que, pronto, el rastrillo esparcirá sobre los campos. En la primavera, el reparto de los cultivos se divisa en rectángulos de matices diversos, donde el oro amarillo de las flores de colza destaca sobre el verde profundo de las avenas, sobre el tierno verde de las espigas de trigo, sobre el matiz más vivo de las remolachas azucareras. Los caminos, trazados al cordel por todas partes, se prolongan casi hasta el horizonte entre dos líneas de grandes árboles, hayas o sauces, curvados uniformemente por las ráfagas de viento. Aquí y allá, unos islotes de verdor, cuadrados como campos romanos, bordeados de montones de tierra que se llaman cunetas, y que, de un metro o dos de altura, soportan

---

<sup>1</sup> Cf. sobre la lluvia normanda el principio de *La Señorita Fifi*.

sobre su cima unos troncos de haya o de fresnos, juntos como para elevar hasta el cielo la protección de la granja. Pues esos cierres son de granjas agrupadas, dando a los pueblos la apariencia de un bosquecillo. La casa, la masía, se disimula en medio del cierre, plantado de manzanos por todas partes; un poco de espacio sirve a los cultivos leguminosos; las granjas, los establos, las cuadras, los cobertizos, el montón de abono, y el charco de estiércol completan el decorado. En la bodega, al lado de la masía, se amontonan los barriles de sidra, la prensa y el molino de manzanas. Desde finales de octubre hasta mediados de diciembre, se pisa y, para esta operación, se «echa la mano» a los vecinos. Así pues, cuando se bordean las cunetas de las granjas, «un olor de manzanas apiladas, una fragancia de sidra fresca, que parece flotar en esta estación sobre toda la campiña normanda, nos golpea el rostro» (*Una Vida*, cap. VI). El decorado ha sido pintado cien veces por Maupassant. En *La Historia de una criada de granja* (en la antología que tiene por título *La Casa Tellier*), se encuentra con todos sus detalles.

Es quizás en septiembre, cuando la recolección se acaba, cuando el campo cauchois acusa lo mejor de su carácter. las pajas cortas se esparcen por el suelo. A veces una liebre rojiza atraviesa la extensión descubierta, se detiene, zigzaguea, busca un escondite bajo las pajas de alfalfa; grupos de perdices se lanzan al vuelo a la proximidad de un paseante. El país es rico en caza y los cazadores deambulan: hay siempre dos o tres fúsiles colgados encima del hogar de cada masía, y los muchachos que los amartillan tienen gran puntería. Pero hay casi tantas armas que se las ocultan, pues no faltan los cazadores furtivos. Hábiles con las trampas, expertos en el arte de colocar el lazo, son objeto de las preocupaciones de los guardias, gendarmes y de los

jueces. Unos y otros han proporcionado a Maupassant numerosos personajes: los relatos de caza abundan en los *Cuentos* y han dado su título a una de las antologías (*La Becada*). La caza no es únicamente una especie de necesidad ancestral para el normando, sino un pretexto para bromas y buenas historias que contar en la mesa, ante la rabadilla de liebre o las perdices asadas. Leed los *Cuentos*, todos los *Cuentos* de Maupassant; la caza, como el mar, ocupan allí un importante lugar, sea alimentando lo esencial del tema o que se encuentre allí en anécdota, sea que proporcione al escritor las comparaciones y las metáforas que aclararán su relato con una profunda luz. Cuánto hay de personal en esta confesión, en las primeras líneas de *Amor*, un relato que lleva por subtítulo *Tres páginas del libro de un cazador* y que se encontrará a continuación de *El Horla*: «Nací con todos los instintos y emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto... Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y singularmente con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces...» Otro normando también, Barbey d'Aureville, en un *Sacerdote casado*, expresó los terrores como resultado de las aguas estancadas. Pero volvamos a la caza y sus placeres: esta alegría brutal y un poco sádica, era la del *Buen Pécopin*

de Victor Hugo y la del *San Julien el Hospitalario* de Flaubert. Cuando lleva la chaqueta de pana a las costillas y prepara los cartuchos con pólvora, el cazador de los *Cuentos* está animado con los mismos sentimientos y dócil a las mismas pasiones que llevan al fondo de los arbustos al santo sanguinario y al caballero renano. Desde el sadismo, en *Amor*, en *Algo sobre los gatos (El Horla)*, en *Un loco (Sr. Parent)*,- hasta la broma (*Una broma normanda*, en *La Becada*), la anécdota (*La Herrumbre*, en *La señorita Fifi*), todos los matices de ese placer están expresados por Maupassant. Puede adivinarse que él mismo los ha sentido profundamente, y que, zurrón a la cintura y fusil bajo el brazo, recorrió este campo al que todos los aspectos le resultan familiares, encontrando sin esfuerzo, llegado el momento, las palabras más precisas y las imágenes más fieles para describirlo.

También se podrían poner nombres exactos bajo los supuestos nombres de los pueblos y las aldeas que enumera a lo largo de sus obras: el castillo de los Peoples, en *Una Vida*, es el castillo de Grainville-Ymauville, en el que nació Hervé de Maupassant, hermano menor de Guy, y no el castillo de Miromesnil, como se ha dicho; es el tipo de la vivienda de la nobleza normanda. Se encuentran allí, como magnificados, los caracteres de la granja cauchois. Se encuentra también a menudo la misma degradación, debida a la misma causa, al vicio del que sufrirá el vizconde de Lamare. Pues el noble campesino, al igual que el granjero, no es un puro normando si no está «cerca de sus centavos». De igual modo que los hombres pueden fácilmente rebajarse, las casas a veces se envilecen y los palacetes se convierten en simples granjas, así como la casa del Tío Hautot (*Hautot padre e hijo*, en *La mano izquierda* – todavía una historia de caza, y trágica), «una de esas viviendas rurales que casi llegaron a ser señoriales, y que en el presente

están ocupadas por ricos campesinos». Con los Peuples, con la granja donde Jacques y Rosa fraguan su idilio (*Historia de una muchacha campesina*), tenemos ahí los tres tipos de las casas de Caux: el castillo, la masía y la casa solariega.

Los tejados de paja de las masías casi han desaparecido; se los podía ver todavía, y muy numerosos, hace veinte años. Hoy, reina la arcilla y, por islotes, la teja, la horrorosa teja «mecánica». Pero la construcción rural es siempre de adobe sustituyendo los vacíos de un entramado grueso, hecho de viguetas apenas alineadas. La piedra es rara y está reservada a los edificios nobles; el ladrillo rojo es de uso frecuente: se le fabrica *in situ*, con la arcilla del suelo; cerca del mar se encuentra el sílex negro, que confiere al Palacete de Ango tan noble carácter. Y las casas de los pueblos normandos están, al igual que los del campo, construidas de ladrillos y cubiertos de pizarra. La mayoría son bajas, no tienen más que uno o dos pisos (como el de los Roland, de *Pierre y Jean*, que está en la calle Belle-Normande del Havre). Pero las construcciones más antiguas son de piedra y más altas. Muchas también están ruinosas, como ahora mismo las casas solariegas se han convertido en granjas, y los antiguos palacetes de Ruán, donde antaño vivían en la opulencia las familias nobles o burguesas, no abrigan más que a pobres personas (tal como la casa donde vive, en el tercer piso, calle del Éperlan, Caroline Donet, amante de Hautot padre: caseta de portero; la escalera es sombría y, en cada piso, un pasillo oscuro desierto con varios alojamientos; en cada puerta pende la cuerda de un timbre). En *Quién sabe*, hay, en dos páginas, un aguafuerte vigoroso del barrio del Eau de Robec, con «unas calles inverosímiles donde discurre un río negro como la tinta, entre casas de extraña y antigua fisonomía».... Ya vimos como Maupassant describe el

pueblo, visto desde Canteleu, en *Bel-Ami*, y como habla también del bosque de Roumare dominando el primer bucle del Sena, al salir del puerto. Volved a leer el principio de *El Horla*, y encontrareis allí esa página que es como una declaración de amor, la confesión de un corazón desbordante de ternura y de agradecimiento por la provincia natal. Desde luego, la casa de la que Maupassant habla aquí no fue nunca su propio domicilio; pero eso es mejor, puesto que se trataba de la de su maestro Flaubert, a donde él fue tan a menudo en los tiempos de su aprendizaje a tomar el ejemplo que debía seguir tan bien. Las raíces de las que habla son profundas y delicadas en efecto: lo atan a esos lugares que no fueron exactamente los de su nacimiento, pero que se le hicieron mas queridos todavía: «Amo ese país y me gusta vivir en él porque tengo ahí mis raíces, esas profundas y delicadas raíces, que atan a un hombre a la tierra en la que han nacido y muerto sus antepasados, que lo atan a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a las locuciones locales, a las entonaciones de los parroquianos, a los olores del suelo, de los pueblos y del propio aire. Amo mi casa donde he crecido. Desde mis ventanas, veo el Sena que discurre a lo largo de mi jardín, detrás del camino, casi en mi casa, el gran y largo Sena, que va de Ruán al Havre, cubierto de barcos que pasan. A la izquierda, allá abajo, Ruán, la amplia ciudad con sus techos azules, bajo el poblado puntiagudo de los campanarios góticos. Son innumerables, endebles o amplias, dominando la aguja de fundición de la catedral, y llenas de campanas que suenan en el aire azulado de las bellas mañanas, arrojando hasta mí sus dulces y lejanos sonidos... hacia las once, una largo convoy de navíos, arrastrados por un gran remolcador, y que tiene estertores de pena vomitando una espesa humareda, desfila ante mi verja. Después de dos goletas inglesas, cuyo pabellón

rojo ondeaba bajo el cielo, venía un enorme tres mástiles brasileño, totalmente blanco, admirablemente limpio y reluciente. Lo saludé, no sé por qué, en tanto ese navío me produjo un gran placer al verlo...

¿Es posible expresar más completamente todo lo que relaciona a un hombre con su tierra natal? Y, en ese saludo al correo que trae a los ribereños un cargamento de sueños, hay todo el entusiasmo nostálgico, toda la necesidad de evasión de la raza normanda – apegada al suelo, enraizado a la tierra conquistada por los antepasados llegados del mar, y que, de vez en cuando, se libera bruscamente.

### III

«A las costumbres como a los alimentos, a las locuciones locales, a las entonaciones de los paisanos, a los olores del suelo, de los pueblos, incluso del aire...»: Maupassant está atado a todo eso de tal modo, que, esos sentimientos y esas sensaciones, las expresa continuamente en sus libros; tan intensamente, que ese amor da a su obra su carácter y su valor.

El normando, el cauchois vive en sus novelas y en sus cuentos su vida natural y sencilla. No ha exaltado sus virtudes ni ocultado sus defectos. No ha hecho ni caricaturas, ni panegíricos. Ha evitado la exageración. Los ha pintado exactamente. Y cuando nos emociona hasta las entrañas, cuando nos hace reír hasta las lágrimas, no exagera ni deforma, sino que se conforma con mostrar el rasgo justo a plena luz. Siempre real.

También sus tipos viven como sus paisajes, sin que el tiempo altere su parecido. Nobles, burgueses, paisanos, marinos, pescadores, obreros y muchachas, todos conservan su verismo. Cosa curiosa: Es desde el exterior como nos los muestra Maupassant, y, después de medio



siglo, las formas aparentes han cambiado bastante. Pero sin embargo la psicología de esos personajes, los móviles de sus acciones, las causas de sus movimientos y de sus palabras permanecen siempre siendo auténticas. El arte descriptivo de Maupassant es mucho más profundo de lo que parece a primera vista. Toma del natural y fija, al mismo tiempo que el aspecto transitorio y particular de los hombres, los caracteres específicos e inalterables de la raza; da, a cada uno de ellos, su relieve y su valor general, su alcance humano.

A pesar de la diferencia de castas, de fortuna, de oficios, todos esos normandos presentan entre ellos alguna semejanza. Todos creen en la realidad del mundo exterior que los rodea y sus sueños no inducen demasiado al misticismo. La superstición no es rara en el campo cauchois, y permanece todavía como un típico rasgo de desconfianza: nunca se sabe, y es prudente acatar las costumbres, asegurarse contra los maleficios como uno se asegura contra el incendio o la lluvia. Pero se intenta no pagar más que el precio justo. En el juicio final, el normando discutirá todavía la sentencia divina. Respeta la autoridad porque es un hombre de orden, pero tolera mal que se alteren sus hábitos, que se atente contra su libertad y sobre todo contra sus derechos: «¡Es lo justo!» es una frase que se escucha siempre que se produce una discusión. El normando es reservado, no se le reconoce demasiado por el mundo. Édouard Herriot nos ha mostrado como Corneille debía su arte a su doble calidad de abogado y ruanés, meticuloso sobre su interés personal: sus más célebres personajes defienden sus causas sobre la escena como unos reos del Échiquier, – la sala de justicia cuyo mosaico en mármoles variados se asemeja al tablero de ajedrez<sup>1</sup>, de la que los normandos

---

<sup>1</sup> Édouard HERRIOT, La Puerta Océano, p. 158

aportaron a Westminster la costumbre y el ritual, «que hace de la justicia un juego, donde cada una de las partidas debe observar las formas para ganar al otro.»

Esos realistas aman gozar de la vida y de los bienes de este mundo – de todos los bienes: pero saben soportar la privación sin quejarse. Son duros para con ellos mismos y para el prójimo y, esa severidad es consecuencia, la mayoría de las veces, de la avaricia. Los animales son tratados con ni más ni menos rigor que los hombres y dependiendo de lo que valgan. Los viejos e inválidos inspiran menos piedad que desdén o rencor. Hay en Maupassant dos cuentos terribles como una requisitoria. Uno se titula *El ciego* y pone en escena al hijo de un granjero cuya ceguera lo hace el «bufón-mártir», la «presa propicia para la ferocidad nativa, para la chanza salvaje de los brutos que lo rodean»<sup>1</sup> y al que se abandona en pleno campo en la nieve, una noche de invierno, con la secreta esperanza de que sucumba – lo que sucede en efecto; el otro, que tiene por título *Pierrot*<sup>2</sup>, habla de esa abominable costumbre de arrojar a los perros enfermos o heridos en un pozo en cuyo fondo mueren de hambre o se devoran entre ellos. Y si la Sra. Lefèvre condena a su pequeño perro a una muerte lenta, no quiere decir que sea excepcionalmente perversa, sino porque es el inspector de hacienda quién le reclama ocho francos por «ese escuchimizado perro, que ni siquiera ladra», y no sirve para hacer guardia. ¿Requisitorias? No: constataciones. el paisano cauchois no es más duro, más codicioso, más bárbaro que los paisanos de otras provincias<sup>3</sup>. Se le parece como un hermano al respecto –

---

<sup>1</sup> Obras póstumas, I. Conard; - El tío Milón. Ollendorff.

<sup>2</sup> Cuentos de la Becada.

<sup>3</sup> Véase como Maupassant, en *Mont-Oriol*, ha tomado del natural, con la misma «objetividad», a los Oriol padre e hijo, y a Clovis, y a los paisanos de Auvernia.

y en muchos otros aspectos – y quizás incluso vale más que su reputación. El hecho es que este epicúreo sabe ser un estoico. Y de ello, también los *Cuentos*, nos darán un fiel testimonio. Si navega sobre una trainera boulonesa, es un puro normando como ese Javel<sup>1</sup> que, habiéndose enganchado el brazo bajo una de las amarras de la chalupa, admite que no se corte el cable (pues el apero de pesca se hubiese perdido), y acaba por amputar él mismo con su cuchillo su miembro aplastado. Pero si ese estoicismo del marino es un rasgo bastante normando, la avaricia del patrón que prefiere ver a uno de sus hombres (su hermano en el relato) perder un brazo antes que perder él mismo una red de mil quinientos francos es característica de todos los países, puesto que ella no ha impedido a Gabriele d'Annunzio imitar el relato de Maupassant.<sup>2</sup>

La Rosalie de *Una Vida* es tan «mirada con el dinero» como el vizconde de Lamare, su señor y su amante. Es una de las figuras más sorprendentes de toda la novela francesa como esta sirvienta solapada y abnegada, con todos los defectos y todas las cualidades del pueblo, llena de sentido común y de refranes («sin dinero, no hay más que pobres») que, habiendo sido tentada, se consuela a sí misma con estas simples palabras: «Habrías estado mal casada, ¡eso es todo!», antes de decir, en la última página del libro: «¡Ya ve usted, la vida nunca es ni tan buena ni tan mala como nos creemos!»

Palabras profundas, de resignación y esperanza medida dentro de lo posible – palabras de una filosofía totalmente normanda. En esa misma novela, escúchese al

---

<sup>1</sup> *En la mar*, en los *Cuentos de la Becada*.

<sup>2</sup> Cf. Édouard MAYNIAL. *Maupassant y Gabriele d'Annunzio*. Mercure de France, noviembre de 1904.

abad Picot en el momento que se despidió de la dueña del castillo de los Peuples y le presenta a su sucesor:

«Pese a aquel ascenso, no parecía alegre. Decía:

– Me cuesta mucho, señora condesa. Llevo aquí dieciocho años. Ya sé que el municipio da poco de sí y no vale gran cosa. Los hombres no son muy piadosos que digamos y las mujeres, pues, mire usted, las mujeres se portan muy mal. Las muchachas no pasan por la iglesia para casarse más que si han ido antes en peregrinación a Santa María de la Panza y la flor de azahar se cotiza bien poco en la comarca. Pero qué le vamos a hacer, yo estaba muy a gusto aquí.»

Y se rinde, discretamente, al afecto que tiene a sus feligreses, mientras que va acrecentando su odio hacia su sucesor, el fanático joven abad Tolbiac, que persigue a los enamorados a pedradas, y acaba por causar espantosas desgracias por su brutal torpeza<sup>1</sup>.

No abandonemos *Una Vida* sin señalar lo bien que Maupassant ha sabido mostrar las dos tendencias de la aristocracia rural. Una parte, y la más numerosa, está compuesta de hidalgos, de gentilhombres, a los que anima el espíritu de tradición llevado incluso hasta el fetichismo. Nada de lo que es nuevo puede ser bueno. El vizconde y la vizcondesa de Briseville son los tipos acabados, que pasan su vida escribiendo a sus parientes nobles dispersos por toda Francia, usando su tiempo en «ocupaciones microscópicas», permaneciendo en todas circunstancias ceremoniosos, uno frente al otro, como ante extraños, charlan majestuosamente de los asuntos más insignificantes, siempre tiritando en su palacete

---

<sup>1</sup> En un artículo, por otra parte muy severo, *Los Ojos bajados de Maupassant* (*La Vie catholique*, 12 de septiembre de 1925), El Sr. Michel SINVAST constata apropiadamente que «Maupassant, tan ajeno como era a las cuestiones religiosas, no era, propiamente hablando un anticlerical. Es uno de los raros escritores de su época que se haya atrevido a burlarse de los francmasones.»

cuyas postigos permanecen cerrados para que el viento de invierno ni el sol de verano no estropeen las cortinas. Los muebles están cubiertos con fundas, el reloj de péndulo y los candelabros envueltos con paños blancos «y un aire enmohecido, un aire de antaño, helado, húmedo, parece impregnar los pulmones y el corazón de tristeza».

«Conserva de nobleza», la marquesa de Coutelier que, «por su título aunque auténtico, por su considerable fortuna, se mira como una especie de reina, gobierna un verdadero reino, habla en libertad, se muestra graciosa o tajante según las ocasiones, amonesta, dirige, felicita respecto de todo» y declara a Jeanne de Lamare que «la sociedad se divide en dos clases: las que creen en Dios y las que no creen. Los unos, incluso los más humildes, son nuestros amigos, nuestros iguales. Los otros no son nada para nosotros.»

A estos defensores de la tradición, «personas de etiqueta, cuyo espíritu parece siempre mantenerse sobre dos zancos», se oponen los espíritus liberales – representados en la novela por el padre de la protagonista, el barón Jacques Le Perthuis des Vauds, discípulo de Rousseau, hombre del pasado siglo (el XVIII) y que tiene «por la naturaleza, los campos, los bosques, los animales, unas ternuras de amante». Ese dulce panteísta, lleno de sabiduría resignada, expresa bastante bien las propias ideas de Maupassant. Su esposa, educada por un padre semejante al barón, comparte las ideas de su marido. Las parejas de esta especie, tolerantes, «de amplias ideas y de humor cómodo», no eran una excepción en los castillos normandos. Resulta que la pequeña nobleza vive cerca de la tierra, como el paisano. Ella conserva el sentimiento de su superioridad, desde luego, pero soporta sin indignarse la idea nueva de la igualdad de los hombres. Véase, en el admirable relato que tiene por título *El colono*, al barón de Treilles y al

Tío Lebrument, «dos normandos puros, el uno alto y grueso, de la vieja raza de los aventureros que iban a fundar reinos sobre las orillas de todos los océanos, el otro flaco, con los huesos cubiertos de piel sin carne», véase como esos dos hombres, a pesar de la diferencia de sus rangos sociales, están imbuidos del mismo espíritu de solidaridad humana.

En el fondo, todos piensan como el pordiosero que, en *Una Vida*, descubre, al pie del acantilado, la cabaña rodante del pastor, destrozada sobre los cuerpos de Gilberte y de Julien, y exclama: «¿Dice usted que más habría valido que fuese yo? ¿Por qué habría sido mejor? ¿Porque yo soy pobre y ellos ricos? Pues ahí los veis ahora...» Y temblando, andrajoso, sórdido, con su barba sucia y sus largos cabellos sobresaliendo del sombrero caído, mostrando los dos cadáveres con el extremo de su curvado bastón, dice: «¡Ante eso todos somos iguales!...»

«En ese país donde la mística cede tan a menudo ante el interés, la noción tutelar de libertad individual aparece desde el siglo catorce: «Que nadie, ordena el Échequier en 1383, sea detenido, «ni arrestado si no es atrapado in fraganti!» Recordando esta ordenanza, Édouard Herriot señala también estas palabras de d'Aguesseau sobre Normandía: «Un cambio de religión sería allí más fácil de introducir que un cambio de jurisprudencia.»

Hasta en lo cómico y la broma, este espíritu de igualdad y de justicia, tan bien marcado en el normando, se manifiesta. Léase *Una Venta*<sup>1</sup> y véase como hasta en su demencia de borrachos Brument y Cornu (el primero vende y el otro compra la mujer “al litro”) conservan la preocupación de la forma el deseo de la equidad: «Cada uno con su cuenta» y aún: «¡Lo debido es lo debido!» Se

---

<sup>1</sup> El Doncel de la Sra. Husson.

discute, se negocia, se regatea; pero una vez el acuerdo hecho, «¡idiota el que se endeude!» Es mediante esas palabras como se concluye toda transacción honesta, comercial o no. Así Désiré Lecoq pronuncia esta sacramental fórmula «estrechando la mano» del barón Le Perthuis des Vauds, que le dará la granja de Barville para servir de dote a la Rosalie, embarazada del vizconde de Lamare (El tío Hauchecorne, añade al juramento un escupitajo) (*El cordelillo*). Pero, por confiado que se esté en la palabra del castellano, Désiré Lecoq, buen cauchois, pregunta: – ¿Iremos a firmar un papelito?

La «palabra escrita», sea cual sea la ortografía, conserva a ojos del normando, respetuosos de la forma, su mágico prestigio: «¡Una noche siempre a punto, una esquina de papel!» «No son más que las buenas cuentas las que hacen buenos amigos» Proverbios repetidos sin cesar y que expresan la prudencia de la raza, su profundo realismo.

Esta prudencia se extiende hasta uno mismo: ello explica la avaricia del cauchois, previendo la hambruna después de la abundancia; pero está atemperada por el epicurismo del habitante de un país tan rico, de una tierra tan generosa. Normando, glotón. Lo común es con frecuencia parco; pero, en toda ocasión, son comidas copiosas, cenas que comienzan a golpe de mediodía para durar hasta la noche cerrada, con un desfile de platos innumerables, regados con vinos normandos, copas llenas de aguardiente de sidra. Y, los días de feria, los albergues tienen el honor de ofrecer a los agricultores que vienen a vender el ganado o los cultivos, unos menús dignos de Gargantúa. Incluso, en ese país donde la viña no da más que uvas ácidas, se ama el vino y se conocen los buenos caldos y las mejores añadas. La burguesía posee, por tradición, reputadas bodegas. En 1174 los ruaneses, que acababan de repeler a franceses y flamencos, obtienen el

monopolio del comercio de vinos de Francia exportados o importados por el Sena. Una carta de 1207 libera a la burguesía ruanesa de todos los derechos sobre los vinos. Bien antes de que la moda fuese ser «gastrónomo», se era en Ruán y en el Havre gastrónomo de la mejor catadura – de la que se ignora, pero se practica sin descanso. Albert Marambot, el médico de Gournay, que Maupassant pone en escena en *el Doncel de la Sra. Husson*, expresa esta verdad y une a algunos principio de gastronomía refinada esta profesión de fe: «Se es goloso como se es artista, como se es instruido, como se es poeta. El gusto, es un órgano delicado, perceptible y respetable como el oído y el ojo. Comer con glotonería, es estar privado de una exquisita facultad.» Y el mismo Maupassant muestra, a lo largo de sus libros, que él no tiene la «boca bestia». Su estilo es un testimonio, un acto de fe: metáforas y comparaciones nos informan. Las colgaduras del gabinete de la Sra. de Burne parecen haber sido mojadas en crema dorada (*Nuestro Corazón*); el césped del parque de los Peuples, percibido por Jeanne (en *Una Vida*), toma, bajo la luz nocturna, la apariencia de la mantequilla amarilla... Se podrían multiplicar las citas. Mantequilla y crema son golosinas normandas: cauchois, brayones, roumois están de acuerdo en sus gustos y, si se les dice «los orgullosos de Gisors y los tragaldabas de brayones», se puede con justicia extender a todos los normandos estos calificativos.

Las preocupaciones por el vestir no ocupan más que un lugar restringido en el espíritu del cauchois. Si las muchachas son coquetas de jóvenes (¿serían mujeres sin eso?), enseguida, se visten con esa especie de uniforme compuesto con una casaca, falda de lana y zuecos. Una pañoleta completa la indumentaria. La cofia, alta como un turbante, adornada de encajes, ya casi había desaparecido en la época de los *Cuentos*, cediendo el



lugar al bonete o al sombrero <sup>1</sup>. Los hombres llevan por encima su chaqueta, e incluso su levita de ceremonia, la blusa de tela azul, brillante y almidonada, impermeable de lo tupido que está el tisú, y que se infla al viento como un balón (*Hautot padre e hijo, Una Vida*, etc.). Sobre el jefe de familia, una gorra, generalmente de seda negra, y alta como los sombreros de castor o de seda, los sombreros altos de copa de los días de ceremonia, de boca ancha en cilindro, y que los paisanos llamaban *raseros* por analogía con las cestas que sirven para medir las patatas que se llenan al ras.

Léase la primera página de *El cordelillo* (en la antología titulada *Miss Harriet*) para encontrar el cuadro más colorido y el más exacto del tipo cauchois – tanto masculino como femenino: «Era día de mercado; los campesinos y sus mujeres se dirigían a Goderville por todos los caminos que conducen al pueblo. Los varones caminaban con paso tranquilo, echando el cuerpo hacia adelante cada vez que movían sus largas piernas torcidas, deformados por los rudos trabajos; por la presión sobre la manquera, que levanta el hombro izquierdo y desvía el talle; por la siega del trigo, que fuerza a separar las rodillas para mejor afirmarse en una tierra; en una palabra: por todas las tareas lentas y fatigosas del campo. Sus blusas azules, tiesas, brillantes, como barnizadas, adornadas con un pequeño dibujo blanco en el cuello y en los puños, se ahuecaban alrededor de su torso huesudo y parecían globos, a punto de elevarse, de los que salían una cabeza, dos brazos y dos pies... Unos conducían, atada a una cuerda, una vaca o un ternero. Detrás del animal iban sus mujeres, y para acelerar su marcha le sacudían en los lomos con una rama que conservaba todavía el follaje. Llevaban también las mujeres grandes

---

<sup>1</sup> Ver el cuento *En venta*

cestas, de las que sobresalían cabezas de pollos por un lado, cabezas de patos por el otro. Caminaban con paso más menudo y vivaracho que los hombres; eran de busto delgado, erguido, envuelto en un mantoncito raquíco, sujeto a su pecho plano, y llevaban la cabeza ceñida con una tela blanca, pegada a los cabellos y coronada con un gorrito... En la plaza de Goderville había una multitud, una verdadera barahúnda de personas y de animales entremezclados. Sobresalían por encima de aquella reunión los cuernos de los animales vacunos, los altos sombreros de pelo largo de los campesinos ricos y los gorritos de las campesinas. Las voces agudas, chillonas, penetrantes, se fundían en un clamoreo continuo y violento, en el que de cuando en cuando sobresalía una carcajada salida del pecho robusto de algún campesino alegre, o el largo mugido de alguna vaca atada a la pared de una casa... Todo aquello tenía un tufillo de establo, de leche, de estercolero, de heno, de sudor y despedía un saborcillo agrio, repelente, humano y bestial, propio de las gentes del campo...»

En el principio de *El Horla*, que es como un acto de amor, Maupassant enumera, entre los lazos que lo atan a la tierra normanda, «las locuciones locales, las entonaciones de los paisanos». Si no se ha privado de reproducirlas en su obra, y en todas las ocasiones que la situación lo requiriese, nunca ha abusado de esos efectos dialectales bastantes fáciles en suma y que repelen enseguida al lector que no es de la provincia descrita. Este hecho, nos da del hablar cauchois la idea más justa como sea posible de captar en la lectura. Pues resulta muy complicado transcribir esos matices del lenguaje paisano. Para el acento haría falta una verdadera notación musical y, para la pronunciación, no sé si los signos familiares a los especialistas en fonética bastarían. Sutiles diferencias, de cantón a cantón, no escapan a los oídos

ejercitados. Pero, en toda la casi isla cauchois, es el mismo hablar elíptico y monótono, la misma confusión del singular y del plural en la conjugación (*j'allons, j'ons*), las mismas deformaciones (*j'sieus*, por *je suis*, etc.), y luego el número de formas y giros que el francés ha abandonado desde hace mucho tiempo y que se han conservado en el dialecto de la Alta Normandía (y en el canadiense, al que está tan cercano). Parece al filólogo que ese dialecto es, en definitiva, mucho más arcaico que incorrecto. Para la pronunciación, es en general un endurecimiento de los diptongos, un abuso de las contracción y la supresión de casi todos los finales (*qu'va*, por *cheval* (caballo), la *ch* se convierte siempre como en italiano y la *l* terminal cae; *quin* por *chien* (perro); *qu'ri*, por *quérir* (ir a buscar), que sustituye a *chercher* (buscar), en todas sus acepciones; *écaper*, por *échapper* (escapar) (*Miss Harriet*); etc.). La notación de Maupassant es de una fidelidad notable. Cuando Boitelle presenta a su madre la negra que lleva al pueblo con intención de hacerla su esposa, dice: «La v'là, j'vous avais bien dit qu'à première vue, elle est un brin *détournante*, mais sitôt qu'on la connaît, vrai de vrai, y a rien d'pus plaisant sur la terre. Dites-y bonjour qu'a n's'émouve point!»<sup>1</sup> Esto es puro cauchois, tanto por la pronunciación *all'* por *elle* (ella) que por la elección de las palabras, como por esa tendencia a preferir siempre el adjetivo verbal (*détournante*) a cualquier otro epíteto, como por el verbo *émouvoir* (que a menudo proviene de *rémuover* y se conjuga sin la mutación del diptongo *ou* en *eu*). Y cuando los padres pronuncian la sentencia : «All'est trop noire!»<sup>2</sup> Boitelle, desesperado, cuenta a la negra el fallo que la suspende:

---

<sup>1</sup> «¡Ya está! Os había dicho que a primera vista es una pizca *rara*, pero en cuanto se la conoce, de verdad, no hay nada más agradable en este mundo. Decidle hola, para que no *se aturda*.»

<sup>2</sup> «¡Ella es demasiado negra!»

«All'n'veut point! Faut r'tourner. J't'aconduirai jusqu'au chemin de fer. N'importe, t'éluge point! J'vas leur y parler quand tu seras partie...»<sup>1</sup> – ¿se duda que él hable más o menos como sus antepasados de los tiempos en los que los ingleses, dominando el país, iban a quemar la Virgen? *Eluger* (muy correctamente formado del latín *elugere*, estar en duelo; *Patriam eluxi*, dijo Cicerón) se encuentra en los viejos autores franceses. Roquefort utiliza la forma *élugir*, en el sentido de estar perturbado, perder la cabeza, que es exactamente el que le dan todavía nuestros cauchois. En *Los Zuecos (Cuentos de la Becada)*, cuando los padres de Adelaide, después de haber comprobado que su hija «está llena como un barril», le prodigan insultos, y la tratan de «golfa» y «arrastrada» y luego, constatando su inocente estupidez, profieren unas palabras de desprecio: «All n'savait point c'qu'all'faisait, c'te niente!»<sup>2</sup> *Niens, niente* (retrasado mental en italiano) formaban parte del francés en la edad media, en el sentido de «nada». Una *niente*, es una «nada en absoluto», es decir un ser que hace despreciable su estupidez...

*Antón* nos da también una lección de francés medieval preguntando a su esposa si la gallina amarilla ha comido *anuit* (*anuit, enhui*, después de la noche, hoy, *a nocte, in hodie*) y advirtiéndole que la postura inmóvil que debe guardar para incubar lo calienta tanto que se encuentra *maujeure* y que siente los *fremis* galoparle por la piel. *Maujeure* está formado de *mau*, mal, y de *jeurer* que los léxicos románicos interpretan en el sentido de dar bandazos (*jacere*); En cuanto a *fremis*, se le encuentra en *la Novela de la Rosa* y ha prevalecido hasta el siglo XV.

---

<sup>1</sup> «Ella no te quiere, te encuentra *demasiado* negra. *Tienes* que irte. Te llevaré al tren. No importa, no te desanimas. Les hablaré cuando te hayas *marchado*...»

<sup>2</sup> «¡No sabía lo que hacía, esta retrasada mental!»

En *El Conejo (La Mano izquierda)* El tío Lecacheux envía *qu'ri* a los gendarmes para que *trâchent* a su ladrón. *Trâchir, trâcher* es la palabra románica derivada de *trahere*, tirar a si mismo, arrastrar, hacer salir: *trahere ad supplicium*.

Se ven esos ejemplos que el dialecto tiene sus entresijos, y que Maupassant, por otra parte, no lo usa al azar, como haría un *horzain*, sino un verdadero cauchois, acostumbrado a hablar él mismo con los paisanos del mismo modo que hace hablar a sus personajes. El *horzain*, para el normando, es el extranjero, el hombre de fuera, y hay en esta palabra un matiz peyorativo – el que los antiguos ponían en el término bárbaro, extranjero con relación al país, y solamente eso. El normando, gran corredor de aventuras y descubridor de tierras lejanas, lleva con él – como el inglés – bajo todos los climas la seguridad de la superioridad de su propio país. Tiene el orgullo de su raza, la vanidad de sus orígenes. El no diría: «¡Qué persa se puede ser!» – sino «¡Qué desgraciado ser así!» – al igual que los compatriotas de Boitelle ante la negra. Y el *horzain* de piel blanca no es menos sospechoso a los ojos del normando que el hombre de color. De entrada porque respecto a «aquellos que no son de aquí», se preguntan siempre lo que ellos vienen a hacer, qué interés les empuja; no se imaginan que puedan obedecer a la simple curiosidad o estar movidos por la simpatía. El normando, que antaño ha conquistado tantas tierras, admite mal que se penetre, incluso pacíficamente, en la suya. A su vez, ha soportado demasiadas invasiones, demasiadas miserias en el transcurso de la historia para que su instintiva desconfianza no se haya reforzado. Empuja al extremo el patriotismo local. Las rivalidades de pueblo a pueblo son legendarias. Los apodosos perpetúan el recuerdo. Hay dos Sassetot en el país de Caux, uno, en el cantón de Bacqueville, no lejos de

Dieppe, el otro en el cantón de Valmont, cerca de Fécamp. Ahora bien, el primero lleva oficialmente el nombre de Sassetot-le-Mal-Garcé y el segundo el nombre de Sassetot-le-Mauconduit. *Mauconduit*, que se le toma *conduit* en el viejo sentido de paso, de peaje, de camino, o en el de que se le da hoy, no es un elogio de los antiguos habitantes. Mal-Gardé tiene sus orígenes en una historia de campanas robadas, se dice. ¿Fue tal vez perpetrado el robo por los muchachos del otro Sassetot, los *mancounits*? No lo sé. Pero se asegura que el campanario, una mañana, fue despojado de sus campanas, que, alegremente, sonaban ya en otra parroquia. Los malévolos dirían que no hay que despellejar bien fuerte al normando para encontrar en él al pirata...

De igual modo que la morfología del lenguaje, la retórica cauchois tiene sus propias leyes. La primera es la concisión, como puede demostrarse por la sintaxis. El normando obedece el consejo del sabio y no habla nunca más que oportunamente. Y además, lo que ha decidido decir, ha sido muy bien pensado y lo expresa con las menores palabras posibles. Los personajes del relato titulado *El regreso* (en *Yvette*), y que es el más dramático que se pueda imaginar, no intercambian más de veinte palabras. Todo su lenguaje está puntuado de sobreentendidos más expresivos que las frases. Las palabras tienen unos prolongaciones y unas resonancias que van muy lejos, hasta el trasfondo de las almas. Se dicen lentamente y, a pesar del deseo de ser breve, se responde a la cuestión por su mismo enunciado. Es más seguro. Léase el diálogo de la Martin y de su primer marido – aquél que se creía muerto, y que regresa. Es maravilloso decir tantas cosas en tan pocas líneas:

— ¿Es usted de aquí?

— Soy de aquí.

Y ella balbució, temblando, angustiosamente:

— ¿Serás tú mi marido?

— Sí, yo soy.

— ¿Eres tú Martin?

— Sí, yo soy.

— ¿De dónde vienes?

— De la costa de África. Embarrancamos, y sólo pudimos llegar a la orilla tres: Picard, Vatinel y yo. Nos cogieron los salvajes; Picard y Vatinel murieron; yo estuve doce años prisionero de los salvajes. Un viajero inglés me ha rescatado y me llevó a Séte. Aquí estoy.

Eso es todo. ¿De qué serviría decir nada más?

La brevedad es una de las condiciones de la grandeza trágica. Cuando *el Viejo Milon* está convencido de haber matado a dieciséis alemanes en un mes, responde al interrogatorio del coronel prusiano:

— ¡Fui yo!

— ¿Fue usted quién los mató a todos?

— A tós.

— ¿Usted solo?

— Yo solo.

Y cuando se le piden explicaciones, cuando se le insta a describir el modo en el que había asesinado a los caballeros aislados, él no emite más frases que esta:

— Lo he hecho como he poío.

La amenaza de una condena no lo hace más locuaz que de costumbre:

— Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, estamos en paz. Lo que es yo, no he querido buscarles pelea. ¡No los conozco de na! Sé solamente de ónde vienen. Y aquí están en mi casa, mandando como si estuvieran en la suya. Me he vengao por los otros. ¡Y no me arrepiento de na!

Un alegato de cinco líneas, es todo lo que arranca al viejo cauchois la perspectiva del pelotón que, dentro de

un momento, va a abatirlo. Y en esas cinco líneas la raza está al completo, con su obstinación testaruda, su resignación ante lo inevitable, su sed de libertad y su impaciencia de toda tiranía, su independencia irreducible y su desprecio por la muerte.

Elemento cómico también, algunas veces, esta concisión que favorece la relación inesperada de las ideas y de las palabras de donde surge la risa.

No puedo citar aquí – sería demasiado largo – las últimas páginas del relato titulado *El Conejo* (en la antología *La Mano Izquierda*). Allí pueden buscarse ejemplos de ese resurgimiento gracioso y de los saltos de un tema a otro, determinados por la concisión del habla cauchois.

#### IV

Definiendo el arte de Maupassant, en el hermoso prefacio de sus *Obras completas*, el Sr. Pol Neveux hace esta profunda observación: «A sus héroes los explica y los penetra sin esfuerzo reflexivo. Recoge y anota todos esos gestos cuyo origen adivina el encadenamiento y el alcance, y que, para él, son más explícitos y reveladores que unas confidencias y unas confesiones»<sup>1</sup>. Y esto es muy normando: las confidencias pueden ser interesadas y las confesiones engañosas. Un gesto, por el contrario, una actitud, lo más a menudo involuntarios, son otros medios de prueba. En esa elección, se encuentra aún la prudencia y la desconfianza de la raza.

Sin embargo eso no es óbice para los impulsos; pero los modera, los somete al control de la razón. El

---

<sup>1</sup> Pol NEVEUX, prólogo a las *Obras completas de Maupassant*, edición Conard, 1908, en cabeza del volumen que tiene por título *Bola de Sebo*. Este magistral estudio es esencial para la comprensión de la obra del escritor normando.



normando es un realista soñador, y siempre hay un lugar en su corazón para la poesía. Lento en decidirse, se mantiene susceptible de entusiasmo, otro tanto más duradero que él pone en el cumplimiento de sus actos una apasionada energía.

No se detiene demasiado en buscar la poesía, pero la comprende por instinto por todas partes donde ella se presente en la naturaleza. El normando lleva, en él, el deseo nostálgico de los amplios horizontes y de los países soleados, – ese deseo que empuja a sus antepasados en sus empresas de conquista, y que hizo surcar los mares en los drakars de Rou y de Guiscart como en los galeones de Ango, el armador de Dieppe que, en el siglo XVI, impone por tratado sus voluntades al rey de Portugal Juan III.

Pero todos esos conquistadores no son insensibles a la belleza. Se afanan en proteger las artes. Guillaume el Bastardo es un discípulo de Raouil de Tancarville, constructor de la admirable abadía de Saint-Georges, en la linde del bosque de Roumare: y Guillaume va a dar a Inglaterra «dos leyes escritas en la lengua que se habla en Francia, y obliga a emplearlas en todos los actos», pues es más bella y más clara. Con la lengua, el arte normando resplandece alrededor de los conquistadores. Pueden encontrarse sus vestigios hasta en Oriente.

¡Felices aquellos que la vida satisface! – exclama Maupassant en una página dramática de *Sobre el agua*. El normando, a pesar de su sensualismo, es raramente de esos. Desde luego, se acomoda lo más posible, pero conserva un deseo de ir «más allá» desde que la ocasión se ofrece, un instinto de migración al que, un día imprevisto, obedecerá de buen grado<sup>1</sup>. El sol lo atrae: «Felices, exclama todavía Maupassant, aquellos que

---

<sup>1</sup> «El viaje, escribe Maupassant en *Al sol*, es una especie de puerta por donde se sale de la realidad como para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.»

tienen la fuerza para volver a comenzar cada día las mismas tareas, con los mismos gestos, alrededor de los mismos muebles, ante el mismo horizonte, bajo el mismo cielo... » – Cambiar de cielos y de horizontes, esa necesidad atormenta a Flaubert antes de atormentar a Maupassant. Escúchese a aquél expresar su entusiasmo por la costa de los Maures, entre el cabo Camarat, que cierra la casi isla de Saint-Tropez, y la casi isla de Giens que se estira hacia las islas de Hyères sus marismas saldas y su amplia laguna: «De toda la costa del Midi, ese es el rincón que más amo. Lo amo como si hubiese nacido allí, como si hubiese crecido allí, porque es salvaje y colorido, ¡que el parisino, el inglés, el americano, el hombre del mundo y el extranjero no han contaminado!» ¿Ese amor por la Provenza es una traición a la tierra natal? No: sueño de un instinto hereditario.

El mar atrae y fascina al cauchois. Demasiado lejos de él, está desplazado, lánguido, como Jeanne de Lamare cuando abandona Yport: «Le parecía en todo momento que ella no respiraba como en otras ocasiones, que estaba más sola todavía, más abandonada, más perdida. Ella salía... luego, tras su regreso, se levantaba, presa de unas ganas de volver a salir como si estuviese obligada a volver, justamente a donde debía ir... Pero, una noche, dijo algo, inconscientemente, que reveló el secreto de sus preocupaciones. Dijo, sentándose para cenar: «¡Oh! que ganas tengo de ver el mar!»... Lo que tanto echaba de menos era el mar, el mar con su aire salado, sus cóleras, su grandiosa voz, sus poderosos vientos, que ella respiraba día y noche, que sentía cerca de ella, al que amaba sin dudar como a nada...»

*Nessun maggior dolore*

---

<sup>1</sup> *Sobre el agua*. Fragmento datado el 10 de abril de 1888

EL PAÍS  
*Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria...*

¿Cuántos otros personajes de Maupassant podrían recitar los versos de Dante? Pero, este dolor, lo soportan con resignación. Esos normandos conocen la inutilidad de las revueltas. Es un hombre del Norte – el Taciturno– quien tuvo por divisa esta frase desencantada: «No es necesario esperar para emprender, ni salir adelante para perseverar.» ¿Acaso no es esta la obstinación normanda?

Bajo la fatalidad, el hombre curva la frente y continúa viviendo, buscando, como el marino, evitar el viento violento, plegando la vela en la tempestad. Las tribulaciones de la vida son semejantes a los caprichos de las olas en cuanto ellas escapan a nuestro control. ¿Para que protestar ante lo inevitable? Léase el diálogo de Celestin Duclos y de su hermana Françoise, encontrada por él en un burdel de Marsella. La ignominia del decorado no disminuye en absoluto la grandeza trágica de la situación. ¿Edipo y Oreste nos emocionan más que los humildes héroes de *El Puerto* y de *El Regreso*?

## CAPÍTULO II

### LA HERENCIA NORMANDA DE MAUPASSANT

#### I

A primera vista, todo parece claro: Maupassant nació, según los biógrafos, en el castillo de Miromesnil, comuna de Tourville-sur-Arques, cerca de Dieppe, el 5 de agosto de 1850. Los Maupassant, originarios de Lorena, tenían el título de marqués, habiendo sido la familia ennoblecida por el emperador Francisco, esposo de Maria Teresa....

Pero se ha cuestionado mucho el lugar de este nacimiento, y la duda surge de la contradicción de las dos actas del registro civil,— dos actas oficiales no obstante, — la propia acta de nacimiento y el acta de defunción, la primera diciendo Miromesnil y Tourville, y la segunda Sotteville, cerca de Yvetot. *La Revue Encyclopédique*, hacía nacer a Maupassant en Yvetot. El problema así planteado, otros lo han resuelto diciendo: ni Tourville, ni Sotteville, ni Yvetot, sino Fécamp. La venida al mundo de Maupassant, como la de Homero, está rodeada de leyendas. Veremos, si es posible, dilucidar la verdad.

También es leyenda, dicen algunos, la pretendida nobleza de los Maupassant y su marquesado. Pero esas no son las únicas fábulas respecto al escritor normando. Se ha dicho — e incluso llegó a publicarse en la *Revue moderne*, en enero de 1880 — que Guy de Maupassant, era el sobrino de Flaubert. Y, aunque Flaubert, en una

carta fechada el 13 de enero, hubiese escrito: «La nota de la redacción en la que usted es mi pariente es muy bonita; por lo demás, ¡esa revista es gigantesca! »— la leyenda encuentra crédito en varios biógrafos. Otros han dicho: si no es su sobrino, Maupassant es su ahijado y, de un padrino literario, se hace una realidad litúrgica. En fin, solicitando los textos y analizando un poco la cronología de los documentos epistolares, otros todavía han dado a entender que los lazos de parentesco entre los dos novelistas, por ser demasiado secretos, eran mucho más estrechos. Según éstos, Maupassant habría sido, ni más ni menos, el hijo de Flaubert.

Encontraremos estas fábulas haciendo camino — para rebatirlas. Tourville-sur-Arques, Sotteville-sur-Mer, Yvetot y Fécamp, aunque algunos kilómetros los separan, están los cuatro en pleno país de Caux, y eso es lo que importa: Normandía no arriesga el perder a Maupassant. Y eso, por otra parte, es tan claro que, hablando del escritor, se pasa silenciosamente por encima de su origen lorenés. Este origen no ha dejado ninguna huella en su obra, mientras que su herencia materna, puramente normanda, se vuelca en cada página. ¿Sin embargo podría afirmarse que, en esta misteriosa y viva alquimia en la que se elabora un carácter, la influencia de los ascendentes paternos es completamente despreciable? ¿No es al menos justo reconocer con Pol Neveux que Maupassant obtiene de sus antepasados loreneses un poco de su indestructible disciplina y de su fría lucidez? Ningún conflicto, en cualquier caso, se opone a este aporte que él debe a las cualidades de sus antecedentes maternos; bien lejos de ello: las componentes están en la misma dirección y se refuerzan en lugar de destruirse.

Si la nobleza de Maupassant parece de reciente fecha, la familia se instala en Ligny-en-Barrois desde hace tiempo, cuando una rama viene a Normandía. El

erudito Georges Dubosc ha elaborado pacientemente la genealogía del escritor: «Brava familia de plebeyos y de simples burgueses», afirma, pero de la que se encuentran huellas desde el siglo XVI. En 1586, Robert se establece como herrero en Aubréville, en el Bassigny; Jacques, aproximadamente en la misma época, es pañero en Châlons; su hijo Claude se casa en 1631, y lo hace con la hija del notario real Pierre Roget. Él mismo es boticario. Por su matrimonio, se emparenta con el noble Nicolas de Bar, señor de Vitry-la-Ville y Vouciennes. Pronto viudo, vuelve a casarse, y esta vez es la hija de un notario quién se convierte en su esposa, una Louise Glaucher, de Châlons.

En 1662, un tal Christophe Maupassant, burgués de Verdun, vende una viña a un Jean Humbert. Un Claude Maupassant, en 1669, toma parte en el sitio de Candie. ¿Ese guerrero es hijo del boticario chalones o del burgués de Verdún? Se sabe únicamente que sirve en calidad de ingeniero antes de convertirse en oficial de caballería en 1680, y que muere en Châlons, hacia 1700. Él también se casa dos veces, la primera con una señorita llamada Antoinette de Beaurepaire, dama de Coizard. Esta noble alianza parecería indicar, observa Georges Dubosc, que ese Claude Maupassant fue el primero de la familia en tomar el título de «señor». De ese primer matrimonio tuvo un hijo, Claude-Marc-Antoine, nacido en 1684, y que sirvió como lugarteniente en el regimiento de caballería de Saint-Louis, bajo el título materno de Coizard. Él también contrae matrimonio con una muchacha noble, Jeanne Françoise Senée d'Arcolan. Por su segundo matrimonio, Claude Maupassant, se convierte en el esposo de Louise-Antoinette de Sacquespée, dama con la que tuvo aun un hijo, Claude-Georges, nacido en 1688, y que, al igual que su hermano Claude-Marc-Antoine, fue oficial de caballería. Esta homonimia y esta

similitud de nombres da lugar a un interminable litigio. El menor, Claude-Georges, muere súbitamente en una pensión de la Brie. El mayor Claude-Marc-Antoine, hijo del primer matrimonio, vivía todavía. «Pero entonces, su nombre de Marc-Antoine desaparece: no deja más que su primer nombre, Claude, y se llega a confundirlo con el desaparecido. Y aquí es donde el asunto se complica: se acusa a Claude-Marc-Antoine de haber sustituido a Claude-George, de haber usurpado su nombre y de haberse también convertido en el único heredero de Louis y d'Etienne de Sacquespé, padres de la segunda esposa de su padre y que no les unía a él ningún parentesco»<sup>1</sup>. El proceso engendra otros procesos entre sobrinos y sobrinas. Del procedimiento encontrado, Georges Dubosc ha obtenido las notas genealógicas que le han permitido arrojar luz sobre los orígenes loreneses de la familia Maupassant.

El primer ennoblecido fue un tal Jean-Baptiste Maupassant, consejero-secretario del rey. El diploma, fechado el 3 de mayo de 1752, fue expedido por la Corte de Austria.

Se encuentran otros Maupassant en Anjou: en Saumur, una plaza lleva ese apellido, que fue el del diputado de la *Sénéchaussée* de Nantes en los Estados-Generales. Es sin duda a esta familia a la que pertenece el autor de una *Historia de la Regencia de Ana de Austria*, manuscrito dedicado al Príncipe de Condé, y conservado en la Biblioteca Nacional.

Georges Dubosc vincula a la filiación directa de los Maupassant del Barrois un Maupassant, notario en París, cuyos dos hijos fueron pagadores de rentas. En 1786, se

---

<sup>1</sup> Cf.: Georges DUBOSC, *Tres Normandos*, etc., p. 215. Un lapsus ha hecho imprimir Claude-Georges por Claude-Marc-Antoine, haciendo muy oscuro todo el párrafo. Basta con leer atentamente el texto para restablecer la buena lección, como lo he hecho aquí.

encuentra en el *Journal de Paris*, con fecha 4 de abril, un cambio de dirección del Sr. Maupassant de Valmont, pagador de rentas, antes calle del Paradis, ahora calle Portefoin, n° 7. Valmont es una capital de cantón, a doce kilómetros al este de Fécamp. Maupassant tomará este apellido como pseudónimo y firma algunos relatos Guy de Valmont (*La historia de una campesina*, en la *Revue Politique et Littéraire*, en marzo de 1881; *El repartidor de agua bendita*, en *La Mosaïque*, en 1876). La costumbre de la familia Maupassant era dar ese nombre de Valmont al primero de los hijos cuando eran varios y, en un libro de contabilidad, Georges Dubosc encontró mención del pago «de un traje y de una chaqueta de Valmont.» De este modo, eligiendo un nombre de pluma, Guy no tuvo más que recurrir a la tradición familiar que le proporcionaba, precisamente, una alusión literaria a las *Relaciones peligrosas*, lo que no le resultaba desagradable.

Uno de esos Maupassant, de París, Louis, tesorero-pagador en Versalles, se casa en primeras nupcias con una criolla muy rica de la isla Mauricio, que le deja grandes bienes y provee de servidores negros a toda la familia. Un segundo matrimonio le hace esposo de una dama, propietaria del castillo de los Authieux, en Port-Saint-Ouen, cerca de Ruán. El tesorero-pagador tenía dos hermanos, Pierre-Jules, el abuelo del escritor y Alexandre. Aquél que vivió en el país de Bray y murió en Versalles. En cuanto a Jules de Maupassant, nacido en París en la calle de los Blancs-Manteaux, entra también en la administración fiscal en calidad de inspector, prendado de la hija del inspector de finanzas de Bernay, se casa con ella a pesar de la oposición del suegro. El matrimonio tuvo lugar en Pont-Audemer a medianoche, y los jóvenes esposos tienen que pasar vadeando un río desbordado para regresar a su casa, a la que llegan



empapados<sup>1</sup>. Al año siguiente, en Bernay, nacía un hijo, que recibió los nombres de Gustave-Albert y fue el padre del novelista. El acta de nacimiento, encontrada por el Sr. Lenèvre, adjunta a la alcaldía de esta ciudad, fue publicada en el *Journal des Débats* del 24 de agosto de 1926. En este documento se consigna Maupassant y no *de* Maupassant; pero, al margen está hecha mención de un juicio del Tribunal civil de Ruán, celebrado en 1846, después de que el inspector de las contribuciones Maupassant hubiese reclamado su partícula<sup>2</sup>. La madre de soltera era Aglaé-Françoise-Joseph Pluchard; su hermana se casó con un médico ruenés, el Dr. Douvre, amigo de los Flaubert. Así se fortalecieron los lazos de los Maupassant con Normandía, que el doble matrimonio de Gustave-Albert con una señorita Le Poittevin, y de Louise de Maupassant, su hermana, con Alfred Le Poittevin, el *alter ego* de Gustave Flaubert, iban a estrecharlo todavía más.

Los retratos de la Sra. Jules de Maupassant, abuela de Guy, nos muestran una hermosa mujer, «con cabellos recogidos con un lazo azul, enmarcando un rostro regordete, con ojos risueños y alegres<sup>3</sup>». Se encuentran en

---

<sup>1</sup> Georges DUBOSC, loc. cit., pag. 218.

<sup>2</sup> He aquí ese documento: «Siendo miércoles 28 de noviembre de 1821, a las dos de la tarde. Acta de nacimiento de Gustave-Albert Maupassant, nacido ayer, a las diez de la mañana, en el domicilio de sus padre y madre, en esta ciudad, calle del Commerce, de sexo masculino, hijo del Sr. Louis-Pierre-Jules Maupassant, inspector de contribuciones directas, y de la Sra. Agalé-Françoise-Joseph Plucharde, su esposa, sobre la presentación de la declaración hecha a nosotros por el padre del niño, en presencia del los Sres. Louis-Benjamin Saussey, relojero, y Adrien-Charles-Marie-Telchide Dulac, inspector de contribuciones directas, domiciliado en Bernay, el primero en la calle del Commerce, el segundo, calle de las Manufactures, ambos de la edad requerida por la ley, los cuales han firmado con nosotros tras la lectura.»

El redactor de la nota publicada por el *Journal des Débats* se pregunta por qué, si los Maupassant tenían derecho al título de marqués, el juicio que les restableció el *de* no menciona el título.

<sup>3</sup> Georges DUBOSC, loc. cit.

él sin excesivas complacencias algunos rasgos del novelista – y más que con su padre. Sobre la fotografía de Renouard, fechada el año 1864 y que pertenece a Robert Pinchon, Jules de Maupassant aparece estrictamente afeitado, los labios delgados, la frente coronada con un mechón de cabellos blancos que completa un parecido asombroso con el Sr. Thiers.

Jules de Maupassant vive en Ruán durante mucho tiempo, pues fue nombrado depositario de tabacos. Instalado al principio en el número 26 de la calle Beauvoisine, va, en 1846, al nº 23 de la calle de los Iroquois (hoy calle Jacques Lelieur), entre el puerto y el Gran Reloj, y fue allí dónde murió en 1875. Hacia 1840 adquirió un dominio en La Neuville-Champ-d'Oisel, y dirige él mismo la explotación de las tierras, conquistadas a las talas del bosque de Longboël. La Neuville es la primera comunidad que se encuentra dejando la carretera de Ruán a París por Pontoise para emprender el camino de los Andelys. Pasada La Neuville, se entra en el departamento del Eure, y se llega al borde de la meseta de Boos que domina el valle del Andelle. El escarpado es boscoso; una cuesta muy dura descende sobre Romilly. Si la vista de la meseta es bastante severa, con sus largas líneas horizontales que rompen únicamente de aquí y allá, los cierres de las granjas y los campanarios de los pueblos, muy espaciados en la planicie, se descubre a menos de media legua uno de los paisajes más bellos de Normandía: el valle de Andelle tan fresco, tan verde, que va desde allí a unirse al Sena entre Pitres y Poses, al pie de la costa de los Dos Amantes. Esta región forestal proporcionaba antaño a París madera para quemar, tanta que el nombre de *andelle* designaba los troncos de haya. La costa de los Dos Amantes ha sido el objeto de muchas leyendas; María de Francia tenía allí una de sus fincas. El sello del priorato construido sobre el blanco acantilado

lleva las dos manos entrelazadas de Raoul de Bonnemare y de Mathilde de Cantelou que, en tiempos de Ricardo Corazón de León, se unieron en la muerte arrojándose desde la roca.

Un retrato de Gustave de Maupassant (padre de Guy), por Hippolyte Bellangé, conservado en el museo de Ruán, muestra la encantadora casa de La Neuville, una casa blanca, cuadrada, con dos pisos, que se advierte al extremo de una gran extensión de césped, entre unos sauces. Unos recuerdos literarios se vinculan a ese dominio. Flaubert fue allí a menudo, junto a su amigo Le Poittevin, al que veló en su agonía. Algunas de las más bellas cartas de su *Correspondencia* hablan de La Neuville.

La casa, además, siempre acogió a los artistas. Gustave de Maupassant pintaba, al igual que su hermana Louise. Una granja fue transformada en taller. Hippolyte Belangé, el alumno de Gros, hizo unas estancias muy largas con los Maupassant, e incluso decora con escenas militares las puertas de la antigua granja: Eugène Le Poittevin, el autor de los *Segadores*, de *Marea baja*, de los *Naufragos*, fue, con su amigo Lavenu, quién se suicida muy joven, uno de los familiares de esta amable casa. Y el hijo de Alfred, Louis Le Poittevin, se convierte en un paisajista de gran renombre.

Jules de Maupassant fue un irreducible adversario del Imperio. Su hija, en segundas nupcias, debía casarse con Charles Cord'homme, de quién los viejos ruaneses se acuerdan. Excelente muchacho, llevando una larga barba y un amplio sombrero, conservando el aspecto de los republicanos del 48, perpetuo candidato a la elección bajo la etiqueta democrática, hacía seguir su nombre, sobre las papeletas, de la palabra *referéndum*, que resumía su programa y afirmaba su deseo de someter todas las cuestiones al consentimiento popular, pero era un enigma

para sus electores. Parecía un personaje de *La Educación Sentimental*, un Regimbart dulce o un Dussardier que hubo sido letrado. En *Bola de Sebo*, Cornudet, «el demócrata, que desde los veinte años moja su gran barba rojiza en los bocks de todos los cafés democráticos», es un retrato fiel del tío Cord'homme.

Esto es pues lo que se sabe seguro sobre la familia de Maupassant, hasta principios del siglo XIX. Lo demás, el marquesado, las aventuras de la señorita de Maupassant que habría sido la amante de Lauzun, lo habría acompañado a Córcega y, un día que ella se exponía al fuego del enemigo, le habría respondido, cuando él la instaba a alejarse: «¡Cree usted pues que nosotras las mujeres no sabemos arriesgar nuestra vida más que acostadas!» – los armarios y las discusiones heráldicas sobre la posición de los anillos o del metal del ancla, colocada o no sobre escudo<sup>1</sup> – todo lo demás, todas las historias más o menos legendarias, parecen, después de esto, de poco interés. Lo que importa, en realidad, es este injerto normando de una familia lorenesa, burguesa o noble, pero que va a producir un fruto tan notable...

## II

La familia Le Poittevin es de antiguo abolenjo normando. El abuelo de Maupassant, Jean-Paul-François Le Poittevin (cuyo nombre usual era el segundo), es uno de esos hombres cuyas ideas reflejan a la vez dos siglos: huérfano educado por un tío, el abad Perques, sacerdote no ungido, muy erudito, en su juventud había pasado la Revolución y, a pesar del ejemplo de su tío, sus sentimientos religiosos habían salido muy quebrantados.

---

<sup>1</sup> Esas armas, dice Georges DUBOSC, pueden blasonarse así: de azur, con fondo plateado, cargado de una mano de bocas colocada en fasce, el puño cerrado,

Libre pensador, conserva sin embargo el más grande respeto por el catolicismo, llama a un sacerdote en su lecho de muerte y, a pesar de sus ideas filosóficas, guarda, como lo observa Georges Normandy, un cierto gusto por la aristocracia. La familia además, desde siempre, había vivido en estrecha relación con unas familias nobles: una Bérigny, abuela de Paul Le Poittevin, y contemporánea de la Sra. Deshoulières, «mantuvo correspondencia con los buenos espíritus de su época y deja versos elegantes y espirituales.» En Fécamp, una avenida lleva el nombre de Bérigny.

Georges Normandy refiere, según la Sra. Renée d'Ulmès<sup>1</sup> que fue la amiga de la Sra. de Maupassant, una anécdota sobre Paul Le Poittevin, repetido en la familia: «Había, cerca de Valognes, en el condado de Gonneville, una «habitación encantada». Todos aquellos que allí se acostaban veían aparecer un cordero negro. Esta habitación inspiraba tal terror que nunca nadie se aventuraba a dormir en ella. Paul Le Poittevin quiso dormir allí. El cordero se le apareció y le dijo: « ¡Tanto tú, como tus descendientes conservaréis ese dominio, la suerte os será favorable!» Paul Le Poittevin compra el dominio en el momento que puede<sup>2</sup>...» Maupassant, como su abuelo y como su tío Alfred Le Poittevin, iba a mostrar una semejante curiosidad inquieta hacia lo sobrenatural. Varios relatos lo testimonian (*El Horla* es el más célebre, pero *La Mano disecada*, *Loco*, *Cuento de Navidad*, *Aparición*, *El Miedo*, *Un loco*, *Algo sobre los gatos*, *El Albergue*, *La Muerta*, *La Noche*, *La Dormilona*, *¿Quién Sabe?* muestran que, desde 1875, fecha en la que apareció en el *Almanach de Pont-à-Mousson*, bajo la

---

<sup>1</sup> George NORMANDY, Maupassant, pág. 8

<sup>2</sup> La Sra. Renée d'ULMES (pseudónimo de la Srta. Bay) ha publicado dos artículos sobre Maupassant y su madre, uno en la *Revue des Revues* del 15 de julio de 1901, el otro en el *Éclairteur de Nice* del 12 de diciembre de 1903.

firma Joseph Prunier, el primero de esos relatos, hasta 1890, fecha del último, estuvo positivamente afectado.)

Paul Le Poittevin<sup>1</sup> se estableció en Ruán como hilandero. Tuvo dos fábricas, una en la misma ciudad y la otra cerca de Darnétal, en Saint-Léger-du-Bourg-Denis. En 1815, se casó con la hija de un rico armador de Fécamp, la Srta. Thurin, cuya belleza era célebre, y que había sido educada en Honfleur con la Srta. Caroline Fleuriot, casada más tarde con el Dr. Flaubert, padre del novelista. Este pequeño pensionado estaba regentado, según manifestaciones de la Sra. Commanville que habla en sus *Recuerdos Íntimos* respecto de la infancia de su abuela, por dos viejas maestras de Saint-Cyr. Cuando murieron, la Srta. Fleuriot se casó con Achille-Cléophas Flaubert; en 1815 la Srta. Thurin se casó con Paul Le Poittevin y vendría a unirse en Ruán con su vieja compañera de Honfleur. Tras una temporada separadas, escribe René Descharmes en su prólogo a los *reliquiae* de Alfred Le Poittevin<sup>2</sup>, se encontraron, después de su matrimonio, viviendo en la misma ciudad, frecuentando el mismo mundo, teniendo relaciones comunes; y pronto las relaciones se afianzaron entre la pareja del industrial y la del médico. Los nacimientos consecutivos de sus hijos reafirmaron todavía más la intimidad de ambas mujeres; chicos e hijas se convirtieron naturalmente en compañeros de juegos. La Sra. Flaubert había tenido un primer hijo, Achille, que debía más tarde suceder a su padre; la Sra. Le Poittevin, el 28 de septiembre de 1816, trae al mundo a un muchacho, y le da los nombres de Paul-Alfred. Se ruega al Dr. Flaubert que sea el padrino;

---

<sup>1</sup> La ortografía de su apellido ha variado: Flaubert y su sobrina escriben normalmente Lepoittevin en una sola palabra. De igual modo se escribe también Thurin y Turin, sin h.

<sup>2</sup> Cf.: René DESCHARMES, *Introducción a Un Paseo de Béliat y Obras inéditas de Alfred Le Poittevin*. París. Les Presses (Bibliothèque romantique publicado bajo la dirección de Henri Girard), 1924.

cuando la Sra. Flaubert, en 1821, tuvo un segundo hijo, fue el Sr. Le Poittevin quién fue el padrino de Gustave<sup>1</sup>. Luego las dos jóvenes madres tuvieron cada una una hija: Laure Le Poittevin nació el 18 de septiembre de 1821 y Caroline Flaubert tres años más tarde. Esos padrinazgos, esa intimidad de ambas familias explican las leyendas que han hecho parientes a Gustave Flaubert y a Maupassant. Un poco más tarde la Sra. Le Poittevin tuvo aún una hija, Virginie, que se convertirá en la Sra. Harnois de Blengues.

Alfred Le Poittevin, aunque era cinco años mayor que Gustave Flaubert, iba a ser pronto el amigo más íntimo de éste y a ejercer una decisiva influencia sobre el espíritu del futuro novelista. Pero ese pesimismo tan profundo, tan desesperado, del que él se impregna desde la infancia, fue precisamente en casa de los padres de su propio camarada del colegio de Ruán donde Le Poittevin toma el germen: «Siendo muy joven, observa René Deschames, deambula por los corredores del viejo Hospital Dieu, atento a todo, curioseando los menores detalles, y en su espíritu observador y serio, la vista de las miserias humanas desarrollan rápidamente una instintiva necesidad de meditación, al mismo tiempo que una inclinación marcada hacia el pesimismo. Las impresiones que lleva de esas escapadas permanecen en él tanto más profundamente grabadas, puesto que ellas no eran cotidianas, y además, en la casa de sus padres, recibía otras ciertamente distintas; su sensibilidad estaba más emocionada, su reflexión mas vivamente estimulada. Allí entreve sin duda por primera vez los grandes problemas de la vida y de la muerte, como su pensamiento debía escrutar más tarde con tanta tenacidad: allí contrae la costumbre de adelantar los simples dones de la

---

<sup>1</sup> La Sra. Renée d'ULMÈS, loc. cit., añade que la Sra. Le Poittevin fue la madrina de Gustave Flaubert. Eso es inexacto.

percepción, de buscar bajo las apariencias la naturaleza secreta de los fenómenos, su origen, su razón de ser; aprendió a ver, a juzgar fríamente. El giro de espíritu filosófico y crítico que se constata en sus cartas y en sus obras deriva pues muy probablemente de esta primera educación, de este contacto prematuro con los más lamentables aspectos de la existencia. »

Tal vez uno estaría tentado a creer inútil el exponer aquí las razones del pesimismo del que hacen prueba, desde su primera juventud, Flaubert y Le Poittevin: Maupassant nació en 1850, dos años después de la muerte de su tío. Pero, si aquél no pudo, evidentemente, ejercer una influencia inmediata sobre la formación del carácter y de las ideas del autor de *Una Vida*, había, antes de desaparecer tan prematuramente, actuado sobre el espíritu de su hermana – la madre de Guy de Maupassant. Y Flaubert, también, acusó la ascendencia de Le Poittevin, y se sabe que fue su influencia cerca de Maupassant cuando el joven, al salir del colegio, se dedicaba a escribir. ¿Como Flaubert no iba a evocar ante él el recuerdo del querido Alfred, al que dedicó las *Memorias de un Loco* y *La tentación de San Antonio*? En Flaubert, en el amigo paternal que lo acogía en Croisset con las marcas de una afecto tan profundo, encontraba como una supervivencia de lo que hubo sido para él el hermano de su madre, el hombre del que no se consolaba cuando murió tan pronto, antes de haber dado su medida. En una carta de Flaubert, fechada el 23 de febrero de 1873, se encuentra esta frase: «Desde hace un mes, mi querida Laure, quería escribirte para hacerte una declaración de ternura con respecto a tu hijo. No te puedes imaginar lo encantador que lo encuentro, inteligente, buen muchacho, sensible y espiritual, breve (por emplear una palabra de moda), simpático! A pesar de la diferencia de nuestras edades, lo miro como a un



*amigo*, y además me recuerda tanto a mi pobre Alfred! A veces me quedo atónito, sobre todo cuando baja la cabeza recitando versos! ¡Qué hombre era aquél! Ha permanecido en mis recuerdos, fuera de toda posible comparación. No paso un día sin soñar...»

Y la «moral» de la que Flaubert, al final de la carta, dice que transmite al joven Guy es la que Le Poittevin hubiese enseñado él mismo a su sobrino.

El tono afectuoso de esta carta, el tuteo fraternal muestra la intimidad que unía a los hijos de las dos parejas amigas, los Le Poittevin y los Flaubert. El Hospital Dieu no servía únicamente de decorado a las meditaciones románticas de los niños; en el domicilio del cirujano jefe, una gran habitación de la planta baja, el billar, estaba más o menos abandonada a sus juegos. En verano, por las ventanas abiertas, se advertía el anfiteatro, y se podía ver al cirujano inclinado sobre su disección. Pero eso no impedía a los niños divertirse: con Ernest Chevalier, otro compañero de colegio, Gustave había organizado un teatro. Alfred y él escribían las obras, reducían, adaptaban los obras maestras a los recursos de la pandilla. Ellos mismos representaban. Caroline y Laure diseñaban y cosían los vestidos y luego, coquetas y autoritarias a la vez, daban réplica a sus hermanos.

Alfred Le Poittevin, constata el Sr. Edouard Maynial, ejerce sobre la formación intelectual de su hermana y de sus amigos una muy grande influencia. Desde pronto, Laure recibió de su hermano el gusto por las letras: él la familiariza con los clásicos, le enseña el inglés con bastante perfección hasta el punto de que ella era capaz de leer a Shakespeare en el texto<sup>1</sup>.

Las vacaciones no separaban a los niños: se encontraban en Déville, en la propiedad que el Dr.

---

<sup>1</sup> Edouard MAYNIAL, *La Vida y la Obra de Maupassant*, pag. 19. Paris, Mercure de France, 1906.

Flaubert tenía durante los veranos antes de comprar Croisset; en Fécamp, con los Thurin; en los Andelys, con los padres de Ernest Chevalier. La *Correspondencia* de Flaubert atestigua esta intimidad en todos los instantes. Un poco más tarde, Louis Bouilhet – un viejo compañero de colegio, pero que no se convirtió en un verdadero amigo, que, hacia 1845 – tomó parte en las largas discusiones, en las ensoñaciones de los jóvenes, en esas sesiones en las que, en la humareda de las pipas, la poesía, al decir de Flaubert «les calentaba el problema de la vida a 70° Réaumur».

Pues estaban hartos de la existencia, desanimados, persuadidos de la triste inutilidad de todas las cosas, como verdaderos hijos del siglo y de los buenos románticos. Cuando se casa con Aglaé-Julie-Louise de Maupassant, Alfred Le Poittevin, como Flaubert, llevaba en lo más profundo de su ser una pena de amor. La misteriosa Flora había sido par él lo que fue para su amigo Élixa Schlésinger – Sra. Arnoux de *la Educación Sentimental*; pero, al contrario que Flaubert, él había buscado en el matrimonio un consuelo... Abogado, quiso entrar en la magistratura e intentó hacerse nombrar sustituto en el juzgado de primera instancia de Ruán. No pudo conseguirlo y fue convenido que la joven pareja iría a vivir a París, haciendo frecuentes estancias en La Neuville-Champ-d'Oisel. El matrimonio se celebró en la iglesia de la ciudad, el 6 de julio de 1846. El 9 de noviembre del mismo años, Gustave de Maupassant, agente de cambio (Stolz, en Paris), se casaba con Laure Le Poittevin.

El matrimonio de Alfred Le Poittevin fue para Flaubert una especie de duelo. En 1863 – dieciséis años más tarde – le confesaba a Laure de Maupassant: «Cuando se casó me sumí en una tristeza de celos muy profunda: eso constituyó para mí una ruptura, un

desmembramiento! Para mí, murió dos veces.» Ambos se habían jurado vivir para el arte, nada más que para la literatura. Y Le Poittevin faltaba a esa promesa. Tal vez también Flaubert, mejor informado que nadie sobre el estado de salud muy precario de su amigo, preveía lo que iba a ocurrir: tras una estancia bastante breve en Paris, la joven pareja vino a instalarse en La Neuville-Champ-d'Oisel. Pero la enfermedad del corazón de la que sufría Alfred hizo rápidos progresos. No había hecho nada para combatirla en el momento en el que, quizás, hubiese estado a tiempo. Su misantropía y su nihilismo le hacían aceptar lo peor con una especie de delectación. En marzo de 1845 (quince meses antes de su matrimonio), escribía a Flaubert: «Llevo una vida muy desarreglada, y me debilito mucho. Me sofoco...» En septiembre del mismo año: «Uso siempre un viejo tres cuartos: he estado enfermo el otro día.... Decididamente, no me parece que con semejante régimen, sea llamado a ser viejo!<sup>1</sup>» Moralmente, no se cuidada mejor, cultivaba su morriña con ferocidad: «He sido educado en ese país: el Havre y Honfleur, por muchos motivos, todavía me producen una ternura singular. Sueño allí con el amor cuando era muy joven, de ese amor que hoy rechazaría, de dónde como vino, así se fue. Hoy tengo la palabra de esta exquisita tontería entre todas, pero me gusta regresar al pasado, cuando yo creía!... Soy como ese griego que no podía reír tras haber descendido al antro de Trofonius. Ven pues: tengo sed de ti. Somos dos trapistas que no hablamos más que cuando estamos juntos...»

Había en él, como en Flaubert, mucho orgullo – o más bien un claro sentimiento de su superioridad muy real. Todos aquellos que se le aproximaron, Bouilhet, Du Camp (poco proclive al halago) quedaron deslumbrados.

---

<sup>1</sup> Alfred LE POITTEVIN, loc. cit., pag 189 y 196.

Se mantiene tranquilo ante la muerte a la que deseaba, por disgusto de la vida, y que habría podido, ahora, temer: desde el 22 de mayo del año anterior (1847) había nacido su hijo. Pero no guardaba ninguna esperanza, ninguna ilusión; su serenidad asombraba a sus íntimos; seguía con interés los acontecimientos, pues había previsto la Revolución de 1848. Y escribía: «Comienzo a no mirar más las cosas de este mundo que a la luz de esa terrible antorcha que ilumina a los moribundos. Te advierto que esta frase no es mía; es de Saint-Simon, que se ha equivocado; la antorcha no es terrible.<sup>1</sup>»

El 3 de abril de 1848, a medianoche, murió tras una larga agonía: «Hasta el momento en el que le fue imposible hacer nada, leía a Spinoza todas las noches en su cama. Uno de esos últimos días, como la ventana estaba abierta y el sol entraba en su cuarto, dijo: «¡Cerradla, cerradla, es demasiado bonito!<sup>2</sup>»

La tristeza romántica, indica René Descharmes, «una especie de inaptitud constitucional en aceptar las condiciones de su destino, agotaron su energía en una inútil revuelta e hicieron oscurecer su talento. Lo que sabemos de su carácter, lo que podemos adivinar de sus disposiciones naturales, nos invita a creer que había nacido para escribir grandes cosas: murió sin haber dado su medida<sup>3</sup>». Pero ejerció entorno a él, y especialmente sobre su hermana Laure, una acción de las más vivas y que hay que destacar para comprender la formación del genio de Maupassant. Mediante su madre, mediante Flaubert (sobre el que Le Poittevin tuvo una influencia tan profunda), la antorcha fue transmitida.

### III

---

<sup>1</sup> DU CAMP, Recuerdos literarios, I, 271.

<sup>2</sup> Correspondencia de Flaubert, carta del 7 de abril de 1848.

<sup>3</sup> René DESCHARMES, loc. cit., pag. XCI

A la muerte de Paul Le Poittevin, su viuda había regresado con sus dos hijos a Fécamp, a casa de su madre, la Sra. Thurin. Es así como nos encontramos en la correspondencia de Alfred Le Poittevin y de Flaubert tantas alusiones al puerto normando. La Sra. Thurin vivía en la calle Sous-le-Bois, en el nº 86, una casa que era propiedad del Sr. Joseph de Chanteloup, salador; en esa misma calle nació Jean Lorrain<sup>1</sup>.

Una carta de Flaubert a la Sra. Laure de Maupassant nos informa a la vez sobre esa casa de Fécamp y sobre la intimidad de ambas familias. Está fechada en enero de 1863 y dice: «Tu amable carta... me ha traído, como un soplo de aire fresco, toda la fragancia de mi juventud en la que nuestro pobre Alfred ha tenido un lugar tan importante. Ese recuerdo no me abandona. No hay día, me atrevo a decirlo, a casi todas horas, que no piense en él. Ahora sé lo que es convenido denominar los «hombres más inteligentes de la época». Los mido por su rasero y los encuentro mediocres en comparación. No he sentido junto a ninguno el deslumbramiento que tu hermano me causaba... Si vale de algo, es sin duda a causa de eso. He conservado por ese pasado un gran respeto: éramos muy bellos; no he querido olvidarlo. Os veo a todos en vuestra casa de la Grande-Rue<sup>2</sup>, cuando os paseabais a pleno sol sobre la terraza, al lado del alerón. Yo llegaba y la risa del «Garçon»<sup>3</sup> » estallaba... Me he puesto muy contento al saber que *Salammbô* te gustaba, pues sabes el caso que hago a tu inteligencia, mi querida

<sup>1</sup> Cf. Georges NORMANDY, loc. cit. pag. 24 y Georges DUBOS, loc. cit., p. 225.

<sup>2</sup> En Ruán donde los Poittevin vivián, en el nº 140, de la Grande-Rue, luego en el nº 2 de la calle de La Nôtre, en la que Paul Le Poittevin, murió el 3 de enero de 1850. (Nota de G. NORMANDY, *Manuscrito autógrafa*, enero 1928)

<sup>3</sup> Personaje ficticio, inventado por Flaubert, y que sus amigos lo hacían vivir en sus palabras prestándole los más bajos sentimientos.

Laure: nosotros no solamente somos amigos de infancia, sino casi compañeros de estudios. ¿Recuerdas cuando leíamos las *Hojas del Otoño* en Fécamp, en la pequeña habitación del segundo piso?...»

Tras el matrimonio celebrado en Ruán el 9 de noviembre de 1846, la joven pareja de Maupassant hizo primero un viaje a Italia. A su regreso a Francia, fueron a Fécamp, a Ruán, a Étretat, a la Neuville: El Sr. de Maupassant tenía distracciones. De formas altaneras y distinguidas, elegante – su retrato por H. Bellangé lo representa con el lápiz en la mano, dibujando un paisaje que no es otro que el parque de La Neuville, pero vestido como los «leones» de Tortoni: corbata negra de dos nudos, chaleco de seda, pantalón estampado con grandes cuadrados; cerca de él, depositado sobre el montante de la barrera en la que se acoda, un sombrero gris, muy alto y de bordes planos. El rostro está afeitado, enmarcado por unos cabellos en bucle sobre las sienes, y que una raya divide. La nariz es corta, las cejas bien arqueadas, los ojos alargados, la boca pequeña y los labios sensuales, sobre ese rostro, pero más finos, menos viriles. Ese hombre era un seductor.

Según todos los que la conocían, Laure de Maupassant era entonces de una gran belleza. Los retratos que tenemos de ella no dan más que una idea imperfecta. Las cintas de los cabellos morenos caen en largos «ingleses» a cada lado del rostro de un perfecto ovalado; la frente es alta, la boca bien dibujada, la nariz recta. Los ojos se ocultan bajo unos párpados un poco pesados y unas cejas espesas. El rasgo dominante es la inteligencia: hay algo de luminoso en esa mirada, y de profundo; pero también algo de voluntario, casi de tenaz. Laure y Gustave debían de hacer una admirable pareja....

Pero ese matrimonio por amor no concluyó en una pareja feliz. Dos hijos, dos muchachos, nacieron. El

mayor, que recibió los nombres de Henry-René-Albert-Guy, el 5 de agosto de 1850; el segundo, Hervé, vio el día en 1856<sup>1</sup>. Casi todo el año los Maupassant vivían en Étretat o en Fécamp, que no abandonaban más que para una estancia de algunas semanas en París, muy deseada por el Sr. de Maupassant que se aburría en provincias y que, demasiado ligero, obedecía su instinto de hombre de buena fortuna, dejándose arrastrar de aventura en aventura. Las disensiones entre los esposos se agravaron. Guy, a la edad de nueve años, comprendía y juzgaba la situación. Edouard Maynial refiere dos anécdotas que lo demuestran: un día, Guy escribió a su madre: «He sido el primero en composición. Como recompensa, la Sra. de X... me ha llevado al circo con papá. Me da la impresión que ella recompensa también a papá, pero no sé de qué.» Otro día, Guy y Hervé habían sido invitados a una fiesta infantil en casa de la Sra. de Z... que recibía en esos momentos las atenciones del Sr. de Maupassant. Hervé, enfermo, no podía ir; su madre quedaba con él. El Sr. de Maupassant se ofreció solícito para llevar a Guy. Pero el niño, en el momento de partir, al comprender la impaciencia de su padre, se divertía en demorarse vistiéndose, aunque su padre exasperado, lo amenazaba con no llevarlo a esa fiesta. «¡Ah!- respondió Guy – yo estoy muy tranquilo! Tú tienes todavía más ganas que yo de ir. – Vamos, átate los cordones de tus zapatos, dijo el padre. – No, respondió Guy, ¡ven a atármelos tú!» Estupefacción del padre. «Vamos, añadió el crío, vas a venir a atármelos. ¡Más te vale decidirte enseguida! » Y el padre le anudó los cordones<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Con sus estudios terminados, Hervé hizo su servicio militar en la caballería, en Bretaña (1877), llegando a ser suboficial y proporcionó a su hermano informaciones para Bel-Ami, luego, instalado en Antibes, dirigió un establecimiento hortícola hasta que unos trastornos cerebrales lo obligaron a ser internado en Lyon. Murió el 13 de noviembre de 1889, dejando una hija.

Una separación amistosa, sancionada por el juzgado de paz, puso fin a esa penosa situación. El Sr. de Maupassant se comprometía a enviar a su esposa una pensión anual de mil seiscientos francos<sup>1</sup>. La Sra. de Maupassant, quedándose con la custodia de los dos niños, se retiró a la villa de los Verguies, su propiedad de Étretat. Advirtamos enseguida que Guy, aunque tuvo por su madre una verdadera adoración que jamás se debilitó, mantuvo siempre excelentes relaciones con su padre. Le escribía afectuosamente, le veía de vez en cuando en París o bien en Saint-Maxime donde el Sr. de Maupassant, estando retirado, murió el 24 de enero de 1899.

En esta pareja, que no se entendían demasiado, se pusieron al menos de acuerdo en un punto: el respeto por las convenciones mundanas llevado hasta un cierto grado de lo que llamaríamos hoy esnobismo. Eso al menos en los primeros tiempos de vida en común; prueba de ello es el alquiler, durante el verano de 1850 del castillo de Miromesnil y sus tierras aledañas<sup>2</sup>. La familia de

---

<sup>2</sup> Cf. Édouard MAYNIAL, *loc. cit.* pag. 25. LUMBROSO, *Recuerdos sobre Maupassant*, Roma, Bocca, 1905.

<sup>1</sup> En un artículo del *Mercure de France* ( 1 de septiembre de 1928), *Guy de Maupassant comisionado en la Marina*, el Sr. de PRADEL de LAMANE se pregunta si eso no fue la continuación de una escena familiar como la que está descrita en el relato titulado ¡Camarero, una caña!

<sup>2</sup> He aquí un documento:

Nº 30. Nacimiento de Henry-René-Albert-Guy de Maupassant,  
el 5 de agosto de 1850.

Comuna de Tourville-sur-Arques.

Departamento del Sena-Inferior

Municipio de Dieppe-cantón de Offranville.

En el quinto día del mes de agosto, del año mil ochocientos cincuenta, a las seis de la tarde, procedemos a levantar acta de un niño que nos ha sido presentado y que ha sido reconocido ser del sexo masculino, nacido en esa comunidad, en el domicilio de su padre y madre, hoy, cinco de agosto de mil ochocientos cincuenta, a las ocho de la mañana, hijo de Maupassant, Gustave-François-Albert, de veintiocho años de edad, viviendo de su renta, y de Le Poittevin, Laure-Marie-Genevieve, de veintiocho años de edad, viviendo de su



Maupassant iría entonces a instalarse en ese bonito dominio algún tiempo antes del nacimiento del esperado hijo. Tal vez incluso esta espera no fuese ajena al alquiler del castillo: la joven madre, debía estar muy tranquila para restablecerse en la paz del campo, y esa calma convenía al recién nacido. Y además, la mención de ese lugar sobre un acta del registro civil no disgustaba desde luego al Sr. y a la Sra. de Maupassant...

El castillo de Miromesnil está a doce kilómetros de la estación de Saint-Aubin-Offranville – la última estación de la línea de Ruán a Dieppe. Se puede ver al final de un largo paseo de hayas – una avenida real de grandes árboles centenarios, dice Georges Dubosc – y tiene una majestuosa apariencia, ese gran edificio construido en el siglo XVIII, ampliado con gusto a finales del XIX por el añadido de unas alas, y que reemplazó a una residencia feudal del siglo XI<sup>1</sup>

Los Miromesnil poseían ese dominio compartido con los Dyel, una familia a la cual se vincula uno de los antepasados de la Emperatriz Joséphine. Armand Thomas Hue de Moromesnil, que fue Primer Presidente del Parlamento de Normandía y que se convierte en Guarda de los Sellos bajo el reinado de Luis XVI, se retiró allí durante la Revolución donde murió apaciblemente el 8 de

---

renta, ambos domiciliados en el castillo de Miromesnil, sección de esta comuna, alcaldía de Ruán, de ese departamento, el 9 de noviembre de 1845, y que ha recibido los nombres de Henry-René-Albert-Guy. Sobre la petición a nosotros hecha por el padre del niño en presencia de Pierre Bimongt, de 68 años de edad, de profesión vendedor de tabaco, viviendo en esta comunidad, primer testigo, y de Isidore Latrouque, de 43 años de edad, de profesión institutriz y viviendo también en esta comunidad, segundo testigo. El declarante y los testigos han firmado, tras la lectura hecha de la presente acta, que ha sido hecho doble en su presencia, y ratificada ante nosotros Martin Laointe, alcalde de la susodicha comuna, haciendo las funciones de oficial del registro civil. Han firmado: Sres. Gustave de Maupassant, Latourque, Bimont, A. 'Cecomite, Martin.

<sup>1</sup> Cf. Georges DUBOSC, *loc. cit.*, p. 223. – NORMANDY, *loc. cit.*, pag. 32.

julio de 1796<sup>1</sup>. El dominio pasó en 1820 a la familia de Orbigny, siendo propiedad de la Sra. Marescot, hija del Sr. Corday d'Orbigny, cuando ésta lo vendió al Sr. Ozenne, a quién los Maupassant se lo alquilaron. Viniendo cerca de Dieppe, ellos quedaban además en familia, puesto que la Sra. de Maupassant pasaba el verano en ese pueblo con su segunda hija, Virginie, que después sería la Sra. Harnois de Blengues. Para terminar la historia de este castillo, hay que añadir que la sobrina de Flaubert, la Sra. Commanville, quiso comprar Miromesnil en 1866, dos años después de su boda. En una carta fechada el 24 de abril de ese año, Flaubert le dijo: «Tu esposo me ha hecho partícipe del famoso secreto, y enseguida he adivinado que la pequeña capilla te había seducido profundamente. Deseo que el asunto se arregle, puesto que eso es lo que queréis, mis queridos hijos. ¡Qué madre darás! ¿Comprar un castillo y no comparar un libro que te apetece?...» El asunto no fraguó finalmente. La pequeña capilla, donde fue bautizado con carácter de urgencia Maupassant, pasa a ser, con todo el dominio, propiedad del Sr. Le Breton quién, en 1868, hizo levantar las dos alas sobre la fachada Norte que mira el mar, muy a lo lejos hacia Dieppe. Es la más adornada; coronando el único piso, un techo de pizarra muy alto se destaca detrás de las chimeneas que coronan las pilastras que encuadran cada una de las diez ventanas. Un gran tragaluz muy trabajado decora el medio de las buhardillas. De cada lado del cuerpo principal, una ala se conecta al centro por una planta baja coronado con una balaustrada. A pesar de la sobrecarga de las guirnaldas y de los festones, a pesar de las pesadas espigas de plomo en la techumbre de las torres y de los aguilones, el feliz aparejo de la piedra y el ladrillo dan gran aspecto a esta

---

<sup>1</sup> Cf. Georges DUBOSC, *loc. cit.*, p. 223.- NORMANDY, *loc. cit.*, p. 32.

fachada. La otra está más desnuda. Orientada hacia la meseta de Caux, su vista está limitada a lo lejos por unos bosques, vestigios de las prolongaciones del bosque de Éavy que, antaño, se extendía sobre los dos orillas del Varenne. Aquí, más columnas, más simples cadenas de piedras en arpa, en los ángulos y en las ventanas, dos torrecillas redondas formando salientes, cinco tragaluces en los buhardillas, y dos aleros en retirada. Al mismo nivel, la puerta central se abre sobre el césped. El alero derecho está tapizado de hiedra que oculta a medias las ventanas. Fue en la habitación de la torre de la izquierda, mirando al Oeste, donde nació Maupassant.

Tengo bajo los ojos, escribiendo esta página, una fotografía del castillo: Robert Pinchon, el amigo de infancia de Maupassant, Pinchon, llamado La Tôque en el relato titulado *Mosca*, trazó sobre esta imagen una cruz escribiendo de su puño y letra: «Esta cruz indica la torre que contiene la habitación donde Maupassant nació.» En 1882, Maupassant vino a Longueville, para unirse a Pinchon que permanecía en ese pueblo, y ambos fueron a visitar Miromesnil. Maupassant muestra la habitación a su amigo; pero, naturalmente no guardaba ningún recuerdo de esos lugares y no hablaba más que en base a los recuerdos de su madre. ¿Esos recuerdos son la expresión de la verdad? Puede plantearse la cuestión, a despecho de los testimonios de Pinchon, de Georges Dubosc – y sobre todo de la Sra. Laure de Maupassant, que en una carta al Sr. Gadeau de Kerville, publicada en *Normannia* y reproducida en el *Journal de Rouen*, afirma que su hijo Guy vio el día en la habitación del ala izquierda de Miromesnil... A despecho, también, de las afirmaciones de Mélanie-Arsène-Maximilienne Chevalier, viuda de Corue, vieja sirvienta de la familia de Maupassant, y que murió en Ruán a la edad de ochenta y cuatro años en 1912. Ella había asistido al bautismo de

Guy, en 1851, habiendo acompañado a su señor, Jules de Maupassant, padrino del niño... Pero no había asistido al nacimiento y no hacía más que repetir lo que había oído decir varias veces por la Sra. de Maupassant, evidentemente interesada en mantener su versión<sup>1</sup>...

En la página 60 de su *Grupo de Médan*, en el capítulo que tiene por título *Guy de Maupassant novelista de sí mismo*, los señores Deffoux y Zavier señalan: «Primer misterio: entorno a su nacimiento... Ese castillo de Miromesnil, que el Sr. Gustave de Maupassant ocupaba en alquiler cada año durante el verano, quedaba evidentemente mejor, como reseña sobre una acta oficial, que la pequeña calle Sous-le-Bois, en Fécamp. ¿Hay que admitir la posibilidad de que los padres hayan hecho trasportar, en el momento oportuno, al recién nacido a un dominio cuyo nombre podía fomentar más adelante sus ansias de «ennoblecimiento»? Es tanto menos improbable que, al mismo tiempo, se encuentre a la Sra. Laure de Maupassant residiendo en Fécamp, de dónde regresa para la ceremonia del bautismo, que tuvo lugar dieciocho días más tarde en la capilla del castillo...»

Haciendo una paciente investigación, el Sr. Georges Normandy ha recopilado todo un conjunto de

---

<sup>1</sup> Ver en el *Journal de Rouen* del domingo 28 de abril de 1912 un artículo necrológico de Georges DUBOSC, sobre esta vieja sirvienta que, en la familia de Maupassant, se llamaba Alphonsine: «Ella asiste en La Neuville-Champ-d'Oisel al nacimiento de Louis Le Poittevin (el hijo de Alfred y de Louise de Maupassant), el pintor de *La Ascensión a Bénouville* y de tantas célebres telas, después de la muerte aún en plena juventud de Alfred Le Poittevin, el escritor y el pensador tan amado por Gustave Flaubert... Tras el fallecimiento de su mujer, que era una señorita Pluchart, el Sr. Jules de Maupassant fue a vivir en Ruán, calle de los Iroquois, 23, la casa de comercio de vinos de la familia Cord'homme. Charles Cord'homme, el «viejo populista», se había casado con Louise de Maupassant, viuda de Alfred le Poittevin. Allí, la vieja Alphonsine quería a rabiar a los dos niños, Guy, luego Hervé, que venían a menudo a ver a su abuelo con su primo Luois. Alphonsine murió en el convento de las Pequeñas Hermanas de la calle de los Capuchinos.»

argumentos en favor del nacimiento en Fécamp de Maupassant. Resumámoslos de su libro<sup>1</sup>:

El certificado de defunción de Maupassant (y volveremos a él) dice que el escritor nació en Sotteville (lo que es un error manifiesto, pero un error que nos aleja sin embargo del castillo de Miromesnil). El Sr. Normandy, nacido él mismo en Fécamp, ha oído repetir en su juventud por varios vecinos dignos de crédito que la Sra. de Maupassant se había ocultado en Fécamp, en la calle Sous-le-Bois (hoy avenida Guy de Maupassant), y que el niño había sido transportado poco tiempo después de su nacimiento al castillo de Miromesnil, alquilado por la familia, porque Laure no quería «que su noble hijo hubiese nacido oficialmente en una casa burguesa, ni sobre todo en una ciudad de comerciantes y saladores entre los que su hermano Alfred Le Poittevin se había consumido de un modo tan trágico y estéril, a pesar de sus excepcionales dones, antes de morir dos años antes».

El Sr. Langlet, maestro en Tourville, interrogó a la Sra. Feutry, de soltera Dumet, que fue llamada al castillo en calidad de comadrona, para ayudar a traer al mundo al niño esperado por la Sra. de Maupassant, pero ella la despide, juzgando a la brava mujer por una cara que no le inspira ninguna confianza<sup>2</sup>. Ahora bien, advierte el Sr. Normandy, esta mujer a quién se la llama *tan aprisa* – y de la que se rechaza enérgicamente sus cuidados, ¿no parece una especie de puesta en escena? Unos médicos vinieron, añade el Sr. Langlet. ¿Cuales? El Sr. Normandy no ha podido encontrarlos y, además, se sabe que el médico que asiste a la Sra. de Maupassant fue el Dr. Guiton, pero se ignora dónde fue llamado a atender a la parturienta.

---

<sup>1</sup> G. NORMANDY, *loc. cit.*, p. 24 y sig.

<sup>2</sup> *Journal de Rouen*, 24 y 28 de marzo de 1925.

Finalmente, el Sr. Le Breton, propietario del castillo, ni el Sr. Glin, notario de Offranville, han podido encontrar documentos que certificasen la fecha del alquiler de los Maupassant del castillo (que entonces pertenecía al Sr. Ozenne). Se sabe únicamente que la Sra. de Maupassant le cogió tirria al dominio, irritada por los gritos de las numerosas cornejas...

En el fondo, este misterio sería de poca importancia, si, como bien ha dicho René Descharmes, no hubiese sido fuente de leyendas muy audaces y de las que resulta necesario al menos hacer mención puesto que, periódicamente, ellas salen a la luz: «¿Si, resume Léon Treich, los padres de Guy se las ingeniaron para dar el cambiazó sobre el lugar del nacimiento, no es porque quizás tuviesen algo que disimular? Hay en la obra de Maupassant una turbadora obsesión del hijo natural, por las cartas encontradas tiempo después, de la madre culpable, del marido ignorante que asume con beatitud paternidades ajenas, etc. *Pierre y Jean*, principalmente, indica en Maupassant una angustia, una obsesión que no habrían tenido esta intensidad si él mismo no hubiese tenido una duda sobre su propio caso... » Hablemos claro: se trata aquí del famoso rumor que atribuye a Flaubert la paternidad de Guy de Maupassant. Parece absolutamente gratuito y el examen de los documentos muestra que la hipótesis es completamente insostenible.

¿Cómo surgió? Al principio porque la malignidad de los curiosos está siempre al acecho. Luego, por una carta de Flaubert, en la que dice amar a Maupassant «como un hijo». En un artículo del *siglo XIX*, Fouquier da pábulo a la leyenda. A pesar de los ataques que le han proporcionado los críticos más autorizados, como E. Maynial, ésta reaparece de vez en cuando. Limitémonos a exponer los hechos: éstos son más elocuentes que todos los comentarios.

Dos fechas: Flaubert deja París para viajar a Egipto el 29 de octubre de 1849. Maupassant nace el 5 de agosto de 1850. Es conveniente destacar que, desde el 22 de octubre, Flaubert ha partido de Croisset, dónde sus últimos días estuvieron ocupados por la famosa lectura de *La Tentación de San Antonio* a Du Camp y a Bouilhet (que no lo dejaron solo ni una hora) y por los preparativos del viaje. Ninguna pista de una visita de la Sra. de Maupassant. Del 22 al 29, su tiempo está compartido entre Nogent (dónde conduce a su madre a casa del tío Parain) y unas compras en París de las que, en el principio de las *Notas de viaje*, nos da un detalle muy minucioso. Cómo se encuentra allí mención de todas las personas encontradas, cómo ofrecen un carácter íntimo y no omiten ninguna de las acciones realizadas por Flaubert, ni incluso pensamientos o preocupaciones que lo habían ocupado durante esos días, parece increíble que no encontremos ninguna alusión a la Sra. de Maupassant si algún sentimiento tierno la hubiese unido a Flaubert. Por el contrario, las cartas que él le dirige más tarde, siendo la primera es en enero de 1863, indican claramente que su vieja camaradería, después del matrimonio de Laure, y sin duda a causa de dicho matrimonio, había permanecido largo tiempo silenciado.

Se ha dicho: Flaubert pudo haber dejado Francia para huir de una relación o para escapar a las consecuencias de sus relaciones amorosas. Pero no: parte porque se le ofrece finalmente la ocasión de acompañar a Du Camp en un viaje en el que sueña desde su infancia; porque, además, su salud, muy quebrantada por las crisis nerviosas que acababa de padecer, le obliga a cambiar la existencia reclusa que llevaba en Croisset por una vida más activa, y por añadidura, consultado el Dr. Cloquet, éste le ordena que pase varios meses en países cálidos. En

todas las cartas de esta época, no se descubre ninguna otra inquietud que la de su salud.

El 25 de agosto de 1850, Flaubert está en Jerusalén. El 4 de septiembre, en una carta a Bouilhet, habla de Alfred Le Poittevin, pero no de Laure de Maupassant. Ignora el nacimiento de Guy. Otro tanto en la carta del 7 de octubre, enviada desde Rodas. Las demás cartas no traicionan ninguna preocupación de paternidad. Y regresa sin ir a visitar a la Sra. de Maupassant...

Examinemos ahora las cartas de Maupassant a Flaubert. Los términos son respetuosos, incluso deferentes, y en absoluto familiares. Lo llama «Querido Señor y Amigo». En una carta sin fecha, de 1876 o 1877, se lee esto: «Nuestras conversaciones de cada semana se habían convertido para mí en una costumbre y en una necesidad, y no puedo resistirme al deseo de charlar un poco por carta. No os pido que me respondáis, claro esta: sé que tiene otras cosas que hacer. Perdóneme esta libertad, pero, charlando con usted, *me parece a menudo escuchar a mi tío al que no he conocido, pero del que usted y mi madre me han hablando tan a menudo, y al que quiero como si hubiese sido su compañero o su hijo...*» He aquí toda la explicación: es simple, demasiado simple para satisfacer a los aficionados a las complicaciones y el misterio.

En esas cartas, ni en las de Flaubert que responden o que están dirigidas a Laure de Maupassant, el más avezado de los censores no conseguiría descubrir señal alguna que traicione, a despecho de las apariencias cuidadosamente conservadas ante el mundo, los secretos íntimos<sup>1</sup>. Pero por el contrario se advierte el sentimiento

---

<sup>1</sup> Cf. sobre todo la carta del 9 de marzo de 1866, escrita al día siguiente de la muerte de la Sra. Le Poittevin (abuela de Guy), una carta llena de corazón, pero dónde nada, ni incluso una palabra, deja suponer otro sentimiento que la amistad más franca y la más pura.



más noble y el más recto; el culto al recuerdo dejado por un amigo, el afecto fraternal experimentado por este amigo, y volcado franca y plenamente en los próximos que le sobreviven, una hermana y un sobrino. Eso es todo y, para disgusto de los aficionados a la novela folletinesca, es mejor así.

¿Pero, y el castillo de Miromesnil? ¿Y la irregularidad del acta de defunción? Dios mío, si hay un misterio (y la hipótesis del nacimiento de Guy en Fécamp y de su traslado a Miromesnil no es más que una hipótesis), se explica sencillamente por las preocupaciones mundanas de los padres.

El 23 de agosto de 1850, Guy fue bautizado de urgencia en la vieja capilla del castillo, «por permiso especial del Arzobispo, llegado el 16 de agosto<sup>1</sup>». El bautismo oficial tuvo lugar un año más tarde, en la iglesia parroquial de Tourville-sur-Arques, el 17 de agosto de 1851. El cura, el abad Sury, procede, en presencia de los padres y abuelos, Pierre-Jules de Maupassant, padrino, y Victoire-Marie Thurin, viuda de Le Poittevin, madrina. La capilla del castillo es más antigua que el edificio: lleva inscrita sobre la piedra la fecha de 1583; está decorada con vitrinas representando un Cristo sometido a vejaciones, y su pequeño campanario no sobrepasa las grandes hayas bajo las cuales se edificó, «como una ermita de antiguas leyendas».

Durante tres años, afirma Georges Dubosc, Guy permanece allí, jugando con los hijos del granjero. Cuando se le preguntaba su nombre, respondía con un único aliento: Guydemaupassant... Era duro como un pequeño paisano. Tenía grandes ojos despiertos, cabellos rizados y la cabeza redonda como una bola: «Esta cabeza procede, me dijo mi madre, del viejo médico que nos

---

<sup>1</sup> Georges DUBOSC, *loc. cit.*, p. 225.

recibió, a mi hermano y a mi, a nuestra llegada al mundo, nos tomó en sus rodillos, y fuertemente amasado la cabeza acabó por el gesto del alfarero que redondea su jarrón de un golpe fino de pulgar. Luego dijo a su madre: «Mire usted, señora, le he hecho una cabeza redonda como una manzana, que, puede estar segura, dará más tarde un cerebro muy activo, y casi seguramente una inteligencia de primer orden» Hizo lo mismo a mi pobre hermano; pero, tal vez porque los seis años que nos separan hubiesen hecho flojear la mano del doctor, o porque estuviese menos dispuesto, no logró darle la forma que quería. Ella acariciaba siempre esa pequeña cabeza, él le escapaba y estaba tan contrariado que dejaba escapar un juramento normando...A veces me pregunto si fue el masaje de ese viejo doctor sobre mi joven cerebro el responsable en cierta manera, de permitirme dedicarme tan fácilmente hoy a un trabajo por encima de la media.»<sup>1</sup>

Ni para Guy, ni para Hervé, esa presión en el cráneo no van a impedirle, por desgracia, los terribles trastornos mentales en los que los dos hermanos debían sucumbir...Cuatro años después del nacimiento de Guy, los Maupassant se instalaron en el castillo de Grainville-Ymauville, cantón de Goderville, municipio del Havre. El ferrocarril de Bréauté-Beuzeville a Fécamp – y a Étretat, por la ramificación de los Ifs – pasa muy cerca de allí. Ese castillo fue descrito en *Una Vida*, muy fielmente. Maupassant dice a Pinchon (de quién ya dimos detalles) que él no había tenido, para pintar el cuadro exterior de la novela, más que transcribir sus recuerdos de infancia. Pero quizás se debía a más. Fue en Grainville-Ymauville donde nació Hervé en abril de 1856. Fue allí cuando su padre tuvo algunas aventuras con las sirvientas que, un

---

<sup>1</sup> *Recuerdos sobre Guy de Maupassant*, por FRANÇOIS, su mayordomo, p. 164.

poco más tarde, fueron causa de la ruptura entre los dos esposos.

#### IV

Fue en Étretat, en la villa de los Verguies (*verguie* es la forma cauchois de vergel), a dónde se retira la Sra. de Maupassant. Sus dos hijos la consolaban de las decepciones y tristezas de su matrimonio.

Guy vivió allí como un «pollo escapado», corriendo y vagabundeando a sus anchas, libre de toda obligación. La casa era encantadora y rústica. En un excelente artículo publicado por el *Mercure de France*, A. Guérinot nos da esta descripción: «Era, no lejos del mar y a lo largo de la ruta de Fécamp, una casa de dos pisos, sin filigranas arquitectónicas. Nueve ventanas se recortaban en la fachada de un balcón que sostenían dos pilares cubiertos de plantas trepadoras. La planta baja comunicaba al mismo nivel, por tres puertas-ventanas, con un amplio jardín plantado de sicomoros, de tilos y de abedules alzándose entre los matas espinosas rosas o blancas de acebo; unos macizos y unos arriates de flores arrojaban allí el estallido de sus colores variados y lo embalsamaban. En su interior, las amplias habitaciones contenían un rico mobiliario antiguo, realzado con arcones procedentes de la abadía de Fécamp y con maravillosas lozas de Ruán, coleccionadas con amor por los abuelos.<sup>1</sup> » La Sra. de Maupassant había diseñado ella misma ese jardín. Era muy bonito y estaba orgullosa.

Fue ella quién impartió las primeras lecciones de lectura y escritura a Guy. No quiso dejar a nadie el cuidado de despertar la inteligencia, de formar el gusto de su hijo. Largos paseos por el campo y por el mar

---

<sup>1</sup> A. GUÉRINOY, *Maupassant en Étretat*, *Mercure de France*, 1º nov de 1925.

alternaban con las charlas. Se maravillaba de encontrar en él un parecido con Alfred Le Poittevin cada día más marcado. Deseaba que ese parecido se acentuase todavía más y que, como su tío, el niño sintiese afición hacia las letras, y en consecuencia hizo todo lo posible a fin de que él siguiese más tarde esa inclinación. Pues estimaba que era necesario tomarlo pronto para formar el espíritu. A ella le interesaba el espectáculo de la naturaleza, le hacía describir lo que él veía, participaba en sus juegos, lo acompañaba cuando él se reunía con los pescadores, dirigía sus lecturas. Él retenía los textos con extraña facilidad – como Alfred Le Poittevin – y desde muy jovencito tomó contacto con los clásicos<sup>1</sup>. Debió a Shakespeare, leyendo *Macbeth* y *El Sueño de una noche de verano*, sus primeros entusiasmos poéticos, sus primeros estremecimientos dramáticos.

Varias veces, durante sus correrías a lo largo de los acantilados, a punto estuvo de matarse. Un día fue sorprendido por la marea creciente; su madre lo acompañaba y ambos no pudieron regresar más que a duras penas, escalando unas rocas que poco les faltó para ceder. Era valiente y no temía nada de lo que, de ordinario, asustaba a los niños. Sin embargo tenía una viva curiosidad respecto a lo sobrenatural, lo que era una semejanza más con su tío Alfred Le Poittevin y lo que, sin duda, no disgustaba a su madre.

La casa de los Verguies tenía su leyenda y, según Georges Normandy, fue esta leyenda lo que le dio su nombre. En la antigüedad, una dama, Olive, propietaria del castillo de Étretat, acompañaba a sus sirvientes por la playa y las ayudaba a lavar la ropa en la fuente de agua dulce, que, con la marea baja, discurría entre las rocas. Un día, como Ulises ante Nausica, surgió ante Olive un

---

<sup>1</sup> Para más detalle, leer la primera parte del volumen de Édouard MAYNIAL.

pirata normando. Las lavanderas se espantaron y huyeron, abandonando a la dama. Pero Olive, viendo como los guerreros la iban a prender, hizo la promesa de edificar una iglesia si lograba escapar a sus manos. Enseguida dos ángeles la levantaron en el aire llevándola a su castillo. Ahora bien, el lugar que ella eligió para construir allí la iglesia en un hueco del valle estaba frecuentado por un demonio, el diablo de los Verguies. En una noche, éste levantó las piedras apiladas por los albañiles y las transportó a la entrada del valle. Tres veces los hombres lo volvieron a intentar; tres veces el diablo recomenzaba, tanto fue así que al fin Olive exclamo: «Puesto que el Dios del cielo, que es más fuerte que el diablo de los Verguies, lo deja hacer; eso quiere decir que el emplazamiento le conviene.» Y fue, dónde el diablo había llevado las piedras el lugar en el que fue construida la iglesias románica que todavía existe<sup>1</sup>.

Pero circulaban por el país otros misterios, y más extraños, que proporcionaron a Maupassant el tema del *Inglés de Étretat* y de *La Mano disecada*. Volveremos a ello.

Un vicario de Étretat, el abad Aubourg, inicia a Guy en las declinaciones y en las conjugaciones latinas y le enseña el catecismo. Se convirtió en cura de Saint-Jouin, - del que Maupassant hizo Join-le-Sault, como también se inspiró el abad Aubourg para el abad Loisel, confiriéndole incluso un parentesco totalmente imaginario<sup>2</sup>: «un gran cura huesudo, cuadrado de ideas como de cuerpo. Su alma parecía dura y precisa como una respuesta de catecismo.» Daba «lecciones a sus

---

<sup>1</sup> G. NORMANDY, *loc. cit.* p. 39

<sup>2</sup> En un relato que apareció en el *Gil Blas* en 1883, y del que se encuentran sus elementos en *Los domingos de un burgués de París* (Una triste historia, en la que el «tío» es un «buen gordo cura cauchois») Cf. GUÉRINOY, *Maupassant en Étretat, Mercure de France*, 1 sept. 1925, p. 291.

sobrinos en el cementerio, sin duda para familiarizarlos con el pensamiento de la muerte». Pero, en realidad, la figura del buen cura cauchois – que se encontrará en *Una vida* bajo los rasgos del abad Picot – es más semejante al abad Aubourg que al «gran cura huesudo» que se encuentra en la misma novela bajo el nombre del abad Tolbiac y que se hace tan odiar por sus feligreses.

Toda su infancia, constata justamente Edouard Maynial, ha estado íntimamente, indisolublemente mezclada con el paisaje de la Alta Normandía<sup>1</sup>. A los trece años, Maupassant ya es un gran y fuerte muchacho, capaz de recorrer leguas y leguas sobre los caminos más inhóspitos, de llevar pesados fardos, de jalar una vela, de hacer correctamente un nudo de un cabo. La pesca no tiene misterios para él y la navegación costera tampoco. Está curtido como un viejo marino, pero también sabe traducir sin demasiadas faltas una página de prosa latina. Y, si ignora las lenguas vivas, habla, en revancha, el dialecto del país de Caux con tanta naturalidad como si hubiese nacido en un *caloge*, como el hijo de un pescador. Está desprovisto de altivez y pose, e incluso no admite que sus compañeros de Étretat, porque son hijos del pueblo, sean tratados de modo diferente a él. Un día que una amiga de su madre, quiso hacer llevar al muchacho que acompañaba a Guy una cesta de provisiones:

— Nosotros la llevaremos cada uno por turno, señora, y seré yo quién comience, dijo Guy educadamente, pero con firmeza.<sup>2</sup>

En el país se lo adora. Es amigo de todos: entra en casa de todos. Observa, almacena en su memoria las costumbres, palabras, actitudes, paisajes y sensaciones. Su espíritu conservará todo eso y, mejor que una agenda

<sup>1</sup> Éd. MAYNIAL, *loc. cit.* p. 34

<sup>2</sup> A. LUMBROSO, P. 305.

de notas, le proporcionará, en el momento de escribir, la frase exacta y precisa, más fiel en su concisión que un documento fotográfico.

Es necesario resignarse a la separación. La Sra. de Maupassant veía llegar ese momento con terror, pues sabía que Guy no se encontraba en absoluto preparado para la existencia reclusa que lo esperaba en el colegio. Ruán y su Instituto, demasiado lejanos para su gusto, fueron descartados. Ella eligió Yvetot, más cerca de Étretat. Yvetot dónde se encuentra un pequeño seminario, o más exactamente una «Institución eclesiástica», de la que Hugues Le Roux dice con precisión «que allí entra, entre los hijos de los agricultores ricos venido a estudiar latín, maneras y un acento especial que se conserva toda la vida. Los demás alto normandos reconocemos aún en la edad madura a un antiguo alumno de Yvetot<sup>1</sup>».

La «brutal franqueza» de Guy de Maupassant le preserva de este contagio. Incluso fue una especie de refractario. Intenta evadirse. Languidece como un prisionero en su cárcel; todo le parece hostil, todos le parecen malévolos, sus compañeros y sus maestros. Sueña con paseos por el mar y con carreras por las planicies. Las paredes del dormitorio lo oprimen. Simula estar enfermo – y quizás incluso no tuviese gran pena en aparecer doliente, tanto como se aburre, en perecer en esa casa más insoportable a su joven independencia que una estrecha jaula. Las costumbres eclesiásticas se le hicieron intolerables: «Además, cuando el sacerdote no es competente, su presencia cotidiana mata la fe del joven creyente. Las excelentes personas a quienes la educación de Maupassant había sido confiada, no comprendieron su naturaleza y fue necesario separarlo. El niño quedó desde entonces y para siempre alejado de la fe religiosa. Además

---

<sup>1</sup> Hugues LE ROUX, *Retratos de Cera*, p. 83

un día me dijo: recuerdo no haber sido nunca dócil respecto a este capítulo. Muy pequeño, los ritos de la religión, la forma de las ceremonias me molestaban. Las veía ridículas.» Era sincero hablando de este modo. Tiene por naturaleza el alma menos religiosa del mundo.»

Sin embargo, escribirá *el Dios creador*, un poema filosófico que se conserva en un «cuaderno de honor» del Instituto de Ruán. Y, si permanece indiferente en materia religiosa, no será nunca, propiamente hablando, «anticlerical»<sup>1</sup>.

Expulsado antes del final de la secundaria, bajo pretexto de una epístola bastante libre que sus maestros habían descubierto, él respira – como respiraron en verdad también sus maestros, a partir de ahora al abrigo de las bromas del indisciplinado alumno<sup>2</sup>. Termina el año escolar en su casa sin obligaciones y, a comienzos de 1867, está en Ruán, matriculado en Retórica, al año siguiente en Filosofía. El internado del Instituto le pesa menos que el régimen del seminario. Compone rimas durante los estudios, y su «musa insuficientemente vestida<sup>3</sup>», cuando por azar se la sorprende, provoca menos escándalo. Y luego, sobre todo, tiene por correspondiente a Louis Bouilhet con el cual pasa los domingos. El autor de *Melaenis* es el conservador de la Biblioteca de la Ciudad. Ha sido amigo de Alfred Le Poittevin – el venerado tío. Es íntimo de Flaubert; a veces, en su compañía, toma el camino de Croisset, y otras veces es el novelista quién deja su ermita para ir a

---

<sup>1</sup> Cf. Michel SINVANT: *Los ojos bajados de Maupassant (La Vie Catholique*, 12 de septiembre de 1925).

<sup>2</sup> «Una noche, cuenta Maupassant a François Tassart, mientras que el director y los demás dormían, asaltamos la bodega y la despensa e, instalados sobre el tejado del colegio, con mil precauciones, nos pusimos morados hasta el amanecer. ¡Tenía catorce años! Era uno de los cabecillas...»

<sup>3</sup> Henri D'ALMERAR, *Antes de la Gloria*, 1ª serie, p. 67. Paris, Lecène et Oudin, 1902.



Ruán a casa de Bouilhet. Ambos son para el joven Guy como viejos y encantadores camaradas cuya gloria no los distancia de él, sino que se ponen fácilmente al nivel del principiante. Se atreve a mostrarles sus pinitos literarios; se los lee. No lo alaban con cumplidos inmerecidos; hacen algo mejor: lo tratan como a un colega, lo critican, le muestran la debilidad de sus composiciones y las faltas de prosodia, pero también, se adulan sus invenciones y sus originales imágenes, se le enseña a eliminar lo mediocre, a mostrarse exigente consigo mismo. No se sabe aún si será poeta, pues hacer versos, no es toda la poesía, pero siempre es un útil ejercicio para quién debe utilizar una pluma...

En las vacaciones, regresa a Étretat con una inmensa alegría. En el verano de 1864, la casualidad – un azar providencial – le hace conocer a Swinburne, al que acude en su socorro cuando éste estaba a punto de ahogarse. Swinburne vive con otro inglés, hombre singular al que Maupassant, después de este salvamento, invita. El inglés tiene un mono en libertad que, cada vez que Maupassant quiere llevar su vaso a los labios, brinca y le empuja la cabeza hacia la mesa. Se sirve un asado de mono. De las paredes cuelgan «unos cuadros, a veces enormes, a veces extraños, fijando unas concepciones de alienados; una acuarela representa una cabeza de muerto navegando en una concha rosa, sobre un océano sin límites, bajo una luna de rostro humano. Por cada rincón se encuentran osamentas. «Advierto sobre todo una horrorosa mano disecada, que todavía conserva piel seca, sus músculos negros están al desnudo, y, sobre el hueso blanco como la nieve, vestigios de sangre antigua ». Compárense estas líneas, aparecidas bajo el título *El Inglés de Étretat*, en el *Gaulois* del 29 de noviembre de 1882, con cierto pasaje idéntico de *la Mano disecada* (cuento publicado en el *Almanach de Pont-à-Mousson*,

de 1875, bajo la firma Joseph Prunier), luego aún en *La Mano*, en *Los Cuentos del día y la noche*, y por último en el prólogo de la traducción (por Gabriel Mourey) de los *Poemas y Baladas* de Swinburne, y se verá como una impresión de infancia, desarrollada por ese amor hacia lo sobrenatural ya constatada, se convierte en Maupassant en un inagotable tema.

De esos último años de colegio, también parecen fijar sus ideas y su filosofía. Su pesimismo se expresa en esta obra, *Dios Creador*, que, a pesar de su inocencia, a veces hace pensar en Vigny:

*Dieu, cet être inconnu, dont nul  
n'a vu la face,*

*Roi qui commande aux rois, et  
règne dans l'espace,*

*Las d'être toujours seul, lui dont  
l'infinité*

*De l'Univers sans borne emplit  
l'immensité*

*Et d'embrasser toujours, seul,  
par sa plénitude*

*De l'espace et des temps, la  
sombre solitude,*

*De rester toujours tel qu'il a tou-  
jours été,*

*Solitaire et puissant durant l'É-  
ternité,*

*Portant de sa grandeur la  
marque indélébile,*

*D'être le seul pour qui le temps  
soit immobile.*

*Pour qui tout le passé reste sans  
souvenir*

*Et qui n'attend rien de l'immense  
avenir...*

*Dans l'éternel ennui d'un éternel  
présent,*

*Solitaire et puissant, et pourtant  
impuissant*

*Dios, ese ser desconocido, al que  
nadie ha visto la cara,*

*Rey que ordena a los reyes, y que  
reina en el espacio,*

*Harto de estar siempre solo, él  
que en la infinidad*

*Del Universo sin límite, llena la  
inmensidad*

*Y abrazando siempre, solo, en la  
inmensa plenitud*

*Del espacio y los tiempos, la  
sombria soledad,*

*De quedar siempre tal y como  
siempre ha sido,*

*Solitario y poderoso durante la  
Eternidad,*

*Llevando en su grandeza la  
indeleble marca,*

*De ser el único para quién el  
tiempo sea inmóvil.*

*Para quién todo el pasado queda  
sin recuerdo*

*Y que no espera nada del  
inmenso futuro...*

*En el eterno aburrimiento de un  
eterno presente,*

*Solitario y poderoso, y sin  
embargo impotente*

<i>A changer son destin dont il n'est pas le maître...</i>	<i>En cambiar su destino del que no es dueño...</i>
<i>Le gran Dieu qui peut tout ne peut pas ne pas être!</i>	<i>¡El gran Dios que todo lo puede no puede no ser!</i>

Ya ha leído a Schopenhauer, al que citará hasta en *Los Domingos de un burgués en París*, y que será para él, junto a Spencer, el alfa y el omega de la filosofía.

Y yo imagino que, si lleva esta composición un domingo para someterla a Bouilhet, éste debió ratificar el juicio de los profesores que la juzgaron digna de ser transcrita sobre el cuaderno de honor, para conservar el recuerdo del joven bachiller<sup>1</sup>.

Pero las charlas con Bouilhet iban a acabar muy pronto. El autor de *Fossiles* se apagaba el 18 de julio de 1869. Y Flaubert iba, en su dolor, a encontrar nuevas razones para atarse más profundamente a ese joven poeta que, a partir de ese momento, le recordaba a sus dos más queridos amigos desaparecidos, Alfred Le Poittevin y Louis Bouilhet.

---

<sup>1</sup> Fue diplomado el 27 de julio de 1869, en Caen.

### CAPÍTULO III

#### COMPAÑÍAS PARÍSINAS Y AMISTADES NORMANDAS

##### I

Comenzaba sus estudios de derecho cuando estalla la guerra.

Tenía exactamente veinte años: partió.

Acostumbrado a las largas caminatas, tirador diestro, fuerte como un hércules, ignorando el miedo, podía ser un excelente soldado. Y, del mismo modo que había observado a los pescadores y a los paisanos, compartiendo sus trabajos y su vida, también observa a las tropas. Comprendió que la guerra no desarrolla las virtudes heroicas, el espíritu de sacrificio, la grandeza, engendrando por el contrario infamias y vilezas. Y lo que vio, tanto en los ejércitos como entre las poblaciones de las poblaciones invadidas, entre los parisinos asediados, lo registra todo en su espíritu para componer más tarde todos estos relatos: *Bola de Sebo*, *La Señorita Fifi*, *La Tía Sauvage*, *El Tío Milon*, *Walther Schaffs*, *Dos Amigos*, *San Antonio*, *Un Duelo*, *Lo Horrible*, *Los Reyes*, *La Loca*, *La Cama 29*, *Las Ideas del Coronel*, *Los Prisioneros...* La moral de estos cuentos, puede encontrarse en las tres últimas líneas de *La Tía Sauvage* – esta cauchois que prende fuego a la granja donde están dormidos sus cuatro prusianos, la noche que recibe la

carta anunciándole la muerte de su hijo a manos del enemigo:

« Yo sólo podía pensar en las madres de aquellos cuatro buenos muchachos que perecieron quemados dentro de la casa, y en el atroz heroísmo de aquella otra madre, fusilada de espaldas a la pared...»

Ese largo comercio con la miseria le ha enseñado la piedad. No la expresará nunca en sonoras tiradas, pero manará como una fuente refrescante en sus relatos, sin embargo tan objetivos, tan faltos en apariencia de toda idea moral.

Vio la guerra bajo todos sus aspectos.

«Me he salvado con nuestro ejército en derrota, escribe a su madre. A punto estuve de caer prisionero. He pasado de la vanguardia a la retaguardia, para llevar una orden del intendente al general. He hecho quince leguas a pie. Después de haber caminado y corrido toda la noche anterior, me he acostado sobre la piedra, en una cueva glacial; sin mis buenas piernas, habría sido hecho prisionero. *Estoy muy bien...* »

Y un poco más tarde:

«Te escribiré todavía algunas palabras hoy, querida madre, porque, de aquí a dos días, las comunicaciones serán interrumpidas entre París y el resto de Francia. Los prusianos están llegando a marchas forzadas. En cuanto al desenlace de la guerra, no hay dudas: los prusianos están perdidos, lo saben muy bien, y su única esperanza es tomar París de un golpe de mano, pero estamos dispuestos para recibirlos...»

¡Qué ilusiones! Sin embargo, su padre lo ha hecho destinar a la Intendencia de París, esperando el rigor del asedio, también se preocupa de Étretat: «En cuanto a mí, no me acuesto en Vincennes, y no me preocupa tener una cama: me gusta más estar en París esperando el asedio que en el viejo fuerte dónde estamos alojados, ya que el

viejo fuerte será abatido a cañonazos por los prusianos. Mi padre está pesado: quiere hacerme entrar a toda costa en la Intendencia de París y me hace las recomendaciones más divertidas para evitar accidentes. Si lo escuchase, pediría una plaza de pocero de alcantarillado para no recibir bombas Robert<sup>1</sup> va a encontrarse en línea de fuego en Saint-Maur... Médrinal me ha escrito para que le preste mi Lefauchaux. Voy a responderle que se lo he prometido a mi primo Germer... ¡Me aburro abominablemente! ¡Cuándo esté en la Intendencia, lo pasaré mejor! Médrinal puede tomar otro fusil... »

Los fusiles de caza, los Lefauchaux, en manos de los francotiradores, se convierten en armas de guerra. El país de Caux está ocupado, Y eso supone, tanto para la madre como para el hijo, una angustia terrible.

Hasta noviembre de 1871, Maupassant continúa en el ejército. En ese momento, logra que lo sustituyan<sup>2</sup>.

Sus ingresos eran insuficientes para que pudiese pasar una ocupación sin problemas – y Flaubert le había enseñado que la literatura no es una profesión de la que se deba esperar otra cosa que el placer personal y, a veces, la estima de las personas de buen gusto. Decide entrar en la administración de la Marina y dirige una solicitud al Almirante Pothuau el 7 de enero de 1872. La escritura, observa M. de Pradel de Lamase, es aplicada, y se aprecia que el candidato, que hace valer su título de bachiller en letras, ha deseado atraer la atención del gran jefe<sup>3</sup>. Todo en vano; la petición lleva esta nota al margen: «16 de enero.- El Sr. Avalor le responderá que no hay plazas vacantes. – Rep. el 18 de enero de 1872, N° 73.»

<sup>1</sup> Robert Pinchon, su compañero,- La Tôque, en *Mosca*.

<sup>2</sup> Esta fecha está indicada sobre la petición que él formula para entrar en el Ministerio de la Marina.

<sup>3</sup> Martial de PRADEL DE LAMASE, *Guy de Maupassant, funcionario en la Marina, Mercure de France*, 1 de septiembre de 1928.

Esta prontitud – diez días – muestra sin embargo que el Sr. de Maupassant goza en el Ministerio de algunas influencias. Tanto que Guy no se desanima: el 19 de febrero, su padre escribe al Ministerio, recomendándose por el almirante Saisset, por los Sres. de Pardieu, Faure y de l'Arbre. El 21, transmite la nueva petición del candidato, fechada en Étretat, el 20 de febrero de 1872, y que resulta interesante pues precisa con claridad ciertos puntos de vista biográficos que han generado alguna controversia:

«Señor Ministro,

«Tengo el honor de solicitar de Vuestra Excelencia un favor que sería para mí de gran valor, el ser aceptado en el Ministerio de la Marina.

«He sido titulado bachiller en letras el 27 de julio de 1869.

«Cuando estalla la guerra contra Prusia, comenzaba mis estudios de derecho. Llamado a filas como soldado del reemplazo de 1870<sup>1</sup>, he superado en Vincennes los exámenes necesarios para ser admitido en la Intendencia militar. He sido enviado enseguida a la 2ª división en Ruán, y destinado a los negociados de la Intendencia de la división hasta el mes de septiembre de 1871, época en la que me he hecho sustituir.

«El favor que acabo de pedir a Vuestra Excelencia me sería tanto más precioso, permitiéndome continuar en París mis estudios de derecho, bruscamente interrumpidos por la guerra, lo que no sería óbice para impedirme llevar a cabo con celo y exactitud la labor que me fuese confiada.

«Tengo el honor de ser, con un profundo respeto, Señor Ministro, de Vuestra Excelencia, el muy humilde y obediente servidor.

«GUY DE MAUPASSANT.<sup>2</sup>»

---

<sup>1</sup> Esto demuestra que él no se enroló voluntariamente, como se ha dicho.

<sup>2</sup> Archivos del Ministerio de la Marina.

Esta vez, la petición es tomada en consideración. El Ministro no puede sin embargo nombrar inmediatamente a Maupassant funcionario numerario; pero, el 20 de marzo, el contralmirante Krantz, jefe del Estado Mayor, informa al almirante Saisset, miembro de la Asamblea Nacional, que su protegido podrá ir a trabajar en los negociados de la Administración Central esperando su nombramiento definitivo, pero que no puede comprometerse a nada, y que tardará quizás algún tiempo, en razón del excedente de empleados. Y el original de esta carta lleva al margen esta anotación:

«Sr. Avalor.- Hacer abrir un dossier al Sr. Maupassant y clasificar estos oficios. Se ha convenido con el Director que ese joven será asignado a la Biblioteca en sustitución del Sr. Durassier, que trabajará en nuestro despacho.<sup>1</sup>»

Entra por fin en el ministerio a finales de marzo y cumple sus funciones – gratuitamente – con bastante celo para ser nombrado numerario el 17 de octubre, fecha en la que pasa a la Dirección de las Colonias (que en esa época constituía uno de los servicios de la Marina). El 1 de febrero de 1873, gracias a la intervención del almirante Saisset, se le concede un sueldo: firma por ciento veinticinco francos al mes, más una gratificación anual de ciento cincuenta francos, en total dos mil seiscientos cincuenta francos...

Se aburre. Pero aprovecha para estudiar a los hombres y las cosas, y continúa acumulando en su memoria tesoros de observaciones que le serán de una gran ayuda; al lado de los cuentos marítimos y paisanos, junto con los de guerra, tendremos relatos burocráticos de un Maupassant muy próximo a Courteline (*Los*

---

<sup>1</sup> Citado por M. de PRADEL DE LAMASE, *loc. cit.*, p. 318.



*Domingos de un Burgués de París, La Herencia, El Paraguas, etc.*).

Cosa curiosas, aunque explicable, se queja sin cesar de la mísera vida de su despacho y, afirma M. de Pradel de Lamase, que parece muy informado sobre la época administrativa de la biografía de Maupassant, «abraza, pese a lo que se diga, las concepciones de vida de sus compañeros de cadena. Tanto como ha vivido entre ellos, no se ha diferenciado de los más comunes excepto por el corte de sus trajes, siempre a la moda, y por la cortesía de sus maneras, educación y hábitos de economía. Esta corrección contrastaba con su amor por el remo en compañía escandalosa, almuerzos en los bailes al aire libre a orillas del agua y bromas inflingidas a los espíritus sencillos».

Esta galera en la que rema en la calle Royal, no piensa en todo caso abandonarla ahora: el 25 de marzo de 1874, es hecho funcionario de carrera, con aumento de emolumentos. En 1877, promociona. Pasa a la Dirección de las Colonias en el negociado de los Aprovisionamientos (Dirección del Personal), puesto que ha de ocupar hasta el traslado que lo envía a la Instrucción Pública.

Hay todavía una leyenda, según la que Maupassant habría sido calificado por sus jefes de la Marina de este modo: «funcionario concienzudo, pero redacta mal». La verdad es bien distinta; las notas del Sr. Delabre dicen: «El Sr. de Maupassant está recomendado de un modo muy particular por los Sres. Vice-almirantes Fourichon y Saisset. El Sr. de Maupassant trabaja en los despachos desde hace casi un año; es un joven muy inteligente y muy capaz que ha recibido una excelente educación y de quién se está muy satisfecho.» Y he aquí las del almirante Martineau des Chenetz: «No tengo más que mejores informes que emitir sobre ese joven que se ha hecho

destacar por su inteligencia, su celo y sus perfectos modales. » ¡La realidad está pues lejos de la leyenda!

Uno se pregunta de donde viene la acritud que se manifiesta más tarde hacia sus compañeros del Ministerio, y M. de Pradel de Lamase se ha propuesto en demostrar la injusticia: «¿No sería, escribe, para vengarse cruelmente de las burlas encubiertas de algunos compañeros celosos, que conocían sus ambiciones literarias y se sorprendían de no ver nada aparecer bajo su nombre? Así los compañeros de Lucien de Rubempré denigraban al «gran hombre de provincias» en tanto que él no había conseguido abrir las puertas de los editores, llamándole «el poeta Sansonnet» porque lo sabían creador de una antología de sonetos rechazados por todos. Era evidentemente malévolo, y, después de todo, humano... » La comparación es quizás válida, pero reserva hecha de que Maupassant permaneciese *voluntariamente* inédito hasta el momento en el que, de acuerdo con su maestro Flaubert sobre la calidad de la herramienta que él se ha forjado pacientemente, debute «como un meteoro».

Otros han buscado la explicación en la neurosis y en el empleo de estupefacientes, en las taras físicas que, bajo la apariencia de una magnífica salud, se revelan a los íntimos<sup>1</sup>: a menudo, demasiado a menudo, el alegre remero está doliente, congestionado, inquieto. Toma fuertes duchas, sufre de atroces migrañas y, en el cuarto a orillas del Sena que alquila a la Sra. Levanneur, persiste, a lo largo de los días, un persistente olor a éter.

Pero las apariencias engañan: «Su aspecto, nos dice Henri Roujon, no tenía nada de romántico: una redonda figura congestionada de marino de agua dulce, de francas formas y maneras simples... Nosotros nos imaginamos

---

<sup>1</sup> Dr. Maurice PILLET, *El Mal de Maupassant*, París, Maloine, 1911.

que el insomnio, la dispepsia y algunos trastornos formaban parte de la dignidad del escritor. Maupassant, el Maupassant de entonces, no tenía de ningún modo el aspecto de un neurótico. Su tez y su piel parecían de un rústico curtido por las brisas, su voz conservaba el tono arrastrado del hablar campesino. No soñaba más que con paseos, aire libre, deporte y domingos de remo. No quería vivir más que a orillas del Sena. Cada día, se levantaba al amanecer, lavaba su yola, daba algunas vueltas fumando unas pipas y saltaba lo más tarde posible en un tren para ir a penar y echar pestes en su cárcel administrativa. Bebía mucho, comía como cuatro y dormía de un tirón: lo demás como surgiese.<sup>1</sup>» Este cuadro de la actividad física de Maupassant es muy exacto; pero Roujon se ha dejado llevar por las apariencias – él como muchos otros, como Zola, que habla del «guapo muchacho, bien puesto, vigoroso, el bigote poblado y rizado, el cabello espeso, la mirada fija, a la vez observadora y vaga, la frente cuadrada<sup>2</sup>». Flaubert le encuentra «el rostro de un torito bretón»; Henri Fouquier destaca su sólida complexión de hombros y su tez muy colorida; Jules Lemaître, que le ve un poco más tarde, cuando ya ha cambiado la Marina por la Instrucción Pública, confiesa: «Le hice una visita de parte de su gran amigo [Flaubert]. Estuvo muy sencillo y dulce (jamás lo he visto de otro modo). Se le veía bien, un poco colorido de más, con aspecto de un robusto burgués campesino. Yo era un poco estúpido: tenía unas ideas sobre el físico de los artistas. Después de esta época, Maupassant ya no experimentaba ningún placer

---

<sup>1</sup> Henri ROUJON, *Recuerdos*. *Grande Revue*, 15 de febrero de 1904. Citado en MAYNIAL, *loc. cit.*, p 54-55, con la opinión de Zola, de Flaubert y de Jules Lemaître, que se encontrarán más adelante.

<sup>2</sup> Émile ZOLA, *Una Campaña*, p. 323-331.

hablando de literatura. Yo me dije: «He aquí un muy «guapo muchacho», y me mantuve en mi juicio.<sup>1</sup>»

Su robustez, sus deseos de aire libre y sus desgastes físicos engañan a todos y quizás a él mismo. Pero ya sufre. «Se le cree feliz y fuerte. Pero, lo que todos ignoran, dice muy justamente Pol Neveux, es que ese muchacho de rostro tostado, amplio cuello y músculos prominentes, al que se compara invariablemente con un joven toro en libertad, y del cual se cuchichean al oído heroicas explosiones de amor, está enfermo y muy enfermo. En el mismo momento en el que el éxito le llega<sup>2</sup>, encuentra la Enfermedad, que ya no le abandona, sentada inmóvil a su lado y mirándolo con su figura tenebrosa. Sufre terribles migrañas, seguidas de largos periodos de insomnio, lo agitan fenómenos nerviosos; los mitiga con los estupefacientes y abusa de los anestésicos. Espaciados al principio, los trastornos de la vista se han declarado, y un oculista ha hablado de anomalías, de asimetría pupilar. El glorioso joven tiembla en secreto, y lo acosan unas fobias multiformes.<sup>3</sup>»

La yola, el remo en Sartrouville y en Chatou, no pueden ser más que placeres de primavera, y al mismo tiempo el joven funcionario de la marina necesita un domicilio parisino no demasiado alejado del despacho. Vive pues – y después de su llegada a París – en el n° 2 de la calle de Moncey, «un pequeño cuarto en la planta baja, que no tiene más que una ventana, dando a un pequeño sombrío patio interior<sup>4</sup>».

---

<sup>1</sup> Jules LEMAÎTRE, *Los Contemporáneos*, V, p. 1 y sig. (artículo sobre *Fuerte como la Muerte*.)

<sup>2</sup> En realidad un poco antes; el Dr. PILLET en su tesis dice: a los veintitrés años.

<sup>3</sup> Pol NEVEUX, Prólogo a las *Obras de Maupassant*, Conard,

<sup>4</sup> «Petit Bleu» (Léon Fontaine) y Pierre BOREL, *Los domicilios de Maupassant. Les Nouvelles Littéraires*, 18 de enero de 1930.

El principal ornamento de esta habitación es la mano disecada que Swinburne le regaló en Étretat, y que inspiraría el cuento publicado bajo ese título. Maupassant, nos dice Léon Fontaine (que ha tomado para evocar sus recuerdos de juventud el sobrenombre de *Petit Blue*, llevado por él en el relato titulado *Mosca*), resiste mucho tiempo la tentación de colgar esa mano del cordón del timbre situado en la puerta de entrada. Pero era muy hospitalario y la mano en esa puerta, que se abría tan fácilmente, hubiese alejado sin duda a muchas visitantes sensibles. Fue en esa triste habitación dónde se celebraban las alegres reuniones de la tripulación de *la Hoja al revés*, y fue allí donde fueron acabadas varias páginas, en prosa o verso, comenzadas en la calle Royal, sobre papel con membrete oficial. Fue allí cuando fue compuesta la famosa *Casa Turca* – y, por contraste, *Una Historia de Antaño*. Fue allí que después de las poesías, más tarde reunidas bajo el título *Unos Versos*, fue escrito «en un auge de perfección espontánea<sup>1</sup>» el relato que debía darle la gloria, *Bola de Sebo*... «Pequeña habitación de la calle Moncey, abierta a todos, donde el anfitrión era tan franco y cordial, pequeña habitación del principiante que tantas explosiones de risa ha acogido, es tal vez entre tus cuatro paredes [exclama con emoción Léon Fontaine] dónde Maupassant ha sido más feliz, más sano, a la manera pagana conforme a la naturaleza, y que ha tenido sus mas hermosos sueños que siempre superan las realidades. No habían pasado más de diez años desde que la había abandonado cuando entró en la residencia del Dr. Blanche...»

En Ruán el domingo, cuando sus finanzas se lo permitían – y las cartas a Flaubert nos muestran que eso no era tan a menudo como hubiese deseado – se

---

<sup>1</sup> Pol NEVEUX, *loc. cit.*

encontraba con su maestro, llevándole sus escritos. En París, vivía, hasta el momento de sus inicios literarios, en medio de un pequeño cenáculo – más bien una pandilla – de camaradas compartiendo sus gustos náuticos y su amor por la independencia. Sus relatos nos dan amplias y precisas informaciones biográficas: *Yvette*, *El Tío Mongilet*, *Los Domingos de un Burgués en París* y sobre todo *Mosca* expresan el impaciente ardor de esta juventud ávida de aire libre y de paseos sobre el agua: «Cada uno de nosotros, cada domingo, salíamos al campo para tumbarnos sobre la hierba o darnos un chapuzón. Los pueblos vecinos: Asnières, Argenteuil, Chetou, Bougival, Maison, Passy, tenían sus visitantes asiduos y sus fanáticos. Se discutían apasionadamente los méritos y las ventajas de estos lugares célebres y deliciosos para los empleados de París.<sup>1</sup>»

Está orgulloso de las proezas que su perfecto entrenamiento le permite realizar: «Maniobro mi gran barco como otro maniobraría una yola, escribe a su madre<sup>2</sup> y mis amigos remeros que viven en Bougival, a dos leguas y media de Bezons, se quedan totalmente maravillados cuando llego a medianoche a pedirles un vaso de ron. Trabajo siempre en mis escenas de canotaje de las que ya te he hablado, y creo que podré hacer un librito bastante divertido y real eligiendo las mejores de las historias de remeros que conozco, aumentándolas, adornándolas, etc.»

En el otoño, cuando el incierto tiempo hace el río menos agradable, emprende largas excursiones a pie. Una vez, va con uno de sus amigos pintor, a dormir a Chevreuse, luego, tras un paseo a lo largo de Yvetot, de ganar Cernay, Fargis, Trappes, el estanque de Saint-

<sup>1</sup> *El tío Mongilet*, *Gil Blas*, 24 de febrero de 1885 (antología *Toine*)

<sup>2</sup> Carta a su madre del 29 de julio de 1875 ( p. CXXXIII de *Bola de Sebo*, Conard).

Quentin, y de regresar por Versalles, Port-Marly y Chatou en el que, bajo una lluvia copiosa, a las nueve y media de la noche, los dos excursionistas rendidos se encontraron al resto de la pandilla: «Caminamos desde las cinco de la madrugada, e hicimos quince leguas, o si prefieres, sesenta kilómetros, aproximadamente seiscientos mil pasos. Nuestros pies eran mermelada!<sup>1</sup>» Y, sin embargo, durante toda esa jornada pasada en el campo, no cesa de soñar en Étretat y en el mar. Pero no obstante, allí aún, en las afueras de París, se empapa de todo lo que observa, del paisaje que contempla, de los mil detalles que le servirán pronto.

¿Sus compañeros? Siempre ha mantenido su recuerdo imperecedero, por el relato que apareció, bajo el título *Mouche*, en *L'Écho de Paris* del 7 de febrero de 1890, y fue insertado en la antología *La Belleza Inútil*. Y luego Henry Céard, y más tarde Robert Pinchon y Léon Fontaine han completado esos recuerdos...

«Mi grande, mi única, mi absorbente pasión fue, durante diez años, el Sena. ¡Ah! ¡Río hermoso, tranquilo, variado y apestoso, lleno de espejismos e inmundicias! Lo amé tanto, creo, porque me dio, me parece, el sentido de la vida. ¡Ah! ¡Qué paseos a lo largo de las riberas floridas, con mis amigas las ranas que soñaban, con la tripa al fresco, sobre una hoja de nenúfar... Al igual que otros tienen recuerdos de noches tiernas, yo tengo recuerdos de salidas de sol entre las brumas matinales, flotantes, errantes vapores, blancas como muertas antes de la aurora, y después, con el primer rayo que se deslizaba sobre las praderas, iluminadas de un rosa arrobador; y tengo recuerdos de luna plateando la trémula corriente con un resplandor que hacía florecer todos los sueños...

---

<sup>1</sup> Carta a su madre del 20 de septiembre de 1875 (ibid., p. CXXXVII).

«Y todo esto, símbolo de la eterna ilusión, nacía para mí sobre el agua corrompida que arrastraba hacia el mar todas las basuras de París.

«Y, además, ¡qué alegre aquella vida con los camaradas! Éramos cinco, una pandilla, hoy hombres serios; y como todos éramos pobres, habíamos fundado, en un horrible figón de Argenteuil, una colonia indescriptible que no poseía sino una habitación-dormitorio donde he pasado las más locas veladas de mi existencia, sin duda. Sólo nos preocupaba divertirnos y remar, pues el remo era para nosotros, salvo para uno, un culto. Me acuerdo de aventuras tan singulares, de bromas tan inverosímiles, inventadas por los cinco pillastres, que hoy nadie las podría creer. Ya no se vive así, ni siquiera en el Sena, pues la frenética fantasía que nos tenía en vilo ha muerto en las almas actuales.

«Entre los cinco poseíamos una sola embarcación, comprada con grandes sacrificios y en la que nos hemos reído como jamás volveremos a reír. Era una ancha yola un poco pesada, pero sólida, espaciosa y cómoda. No les trazaré el retrato de mis camaradas. Había uno bajito, muy listo, apodado *Petit Bleu*; uno alto, de aspecto salvaje, con ojos grises y pelo negro, apodado *Tomahawk*; otro, agudo y perezoso, apodado *La Tôque*, el único que no tocaba jamás un remo, con el pretexto de que haría zozobrar la barca; uno delgado, elegante, muy atildado, apodado *N'a qu'un Oeil*, por alusión a una novela entonces reciente de Cladel y porque llevaba monóculo; y por último yo, a quien me habían bautizado *Joseph Prunier*. Vivíamos en perfecta inteligencia...»

Nunca dejaron de quererse, esos cinco amigos que formaban la tripulación de la yola. Se los encuentra en el reparto de *En La Feuille de Rose, Casa Turca*. Ya hemos citado el nombre de uno de ellos. *Petit Bleu*, que es Léon Fontaine. *Joseph Prunier* nos es igualmente conocido,



puesto que es bajo ese pseudónimo con el que Maupassant publica sus primeros relatos<sup>1</sup> «Sería fácil, dice Henri Céard, decir que alta función en la plana mayor de una compañía de ferrocarriles ocupa actualmente «N'a qu'un oeil», un ojo que se ha convertido en el ojo del amo. ¿Pero para qué dar al «burguesismo» de este tiempo el regalo de una indiscreción en la que bravos compañeros de los que yo fui huésped encontrarían tal vez descrédito?»<sup>2</sup> Si está permitido revelar que sobre ese barco, tan cómicamente armado para los mares, Robert Pinchon se llamaba *La Toque*, fue porque él mismo no disimuló el estado civil nuevo que le habían creado la amistad y su gran sentido del humor.»

En efecto, en el prefacio – titulado *Recuerdos de Teatro* – que había escrito al principio del volumen en que están reunidas sus obras<sup>3</sup> Robert Pinchon nos dice: «Nuestra amistad databa de nuestra juventud, de los tiempos en el Instituto de Ruán. Más tarde, debimos encontrarnos en París, y en su bonito relato *Mosca*, publicada a continuación de la *Belleza Inútil* en 1890, Maupassant cuenta un episodio de nuestras relaciones de entonces... Si bien la aventura de *Mosca* ha sido muy exagerada por las necesidades del narrador, puede sin embargo dar una idea de «la vida alegre» de la que él

---

<sup>1</sup> Henry CÉARD, *La Tôque y Prunier*. L'Événement, 23 de agosto de 1896.

<sup>2</sup> Ese nombre ha sido divulgado en varias ocasiones. Se trata de M.A. de Joinville, Inspector de la Compañía de ferrocarriles del Este.

<sup>3</sup> Robert PINCHON, *Teatro (Jacques Gautier, Ricardo sin miedo, Suzannes Dumanoir, Una tormenta, El amor cazador)*, Ruán, Schneider hermanos, librería, 1894.- Cf. también: Georges DUBOSC, *Robert Pinchon (Nuestro viejo Instituto, boletín de la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto de Ruán, segundo trimestre de 1925)*.- Léon DEFFOUX, *Un amigo de Maupassant: Robert Pinchon, llamado La Tôque (El amigo del Letrado, 1926)*.- Ib., *Muerte de un amigo de Maupassant (Mercure de France, Echos, p. 275, 15 de mayo de 1925)*.

habla. Convertido en un hombre serio, sin embargo he conservado el mejor recuerdo de ese tiempo feliz en el que, en la pandilla, yo llevaba el sobrenombre de *La Tôque*, cuando Guy de Maupassant respondía al de *Jospeh Prunier...*»

Robert Pinchon había nacido en Ruán el 13 de julio de 1846 y pertenecía a una familia normanda: su padre era de Longueville, capital del cantón situado sobre la línea de Dieppe, muy cerca de Tourville-sur-Arques, la comuna dónde fue certificado el nacimiento de Guy de Maupassant. Adolphe Pinchon (el padre), después de brillantes estudios, había entrado en la Escuela Normal, luego había sido profesor en Amiens antes de venir a Ruán. Murió súbitamente en su clase en 1873, dejando numerosas poesías llenas de sensibilidad, y cantidad de artículos dispersos en los pequeños periódicos satíricos de finales del Imperio. Por su ascendencia materna, Pinchon se encontraba vinculado a la familia Ritcher que, llegada de Bohemia a Ruán bajo el primer Imperio, había introducido en Francia el arte del tallado en vidrio. Robert Pinchon fue, a su vez, un muy brillante alumno. Durante toda la duración de sus estudios, tuvo en su clase a Louis Le Poittevin, el hijo de Alfred y el primo hermano de Maupassant. Cuando Guy llegó a Ruán, tras haber sido expulsado de la institución eclesiástica de Yvetot, se relaciona naturalmente con ese compañero de su primo. Lo vuelve a encontrar en París, donde Pinchon, con su bachillerato acabado, frecuenta algún tiempo un taller de escultura en las Bellas Artes, luego se dedica al teatro. La amistad de ambos jóvenes se convierte en fraternal y se ha visto por una carta de Maupassant a su madre como el escritor se preocupaba de Robert durante el asedio.

Por lo demás, Robert no era un desconocido para la Sra. de Maupassant: había estado varias veces en los

Verguies y, con Guy, improvisando representaciones teatrales. «Oh! director nato », le dice en una de sus cartas al futuro autor de *La Historia de Antaño*.

Fue también Pinchon quién introdujo a Maupassant en los círculos de Ballande, el inventor de las matinés literarias y que, entonces, dirigía el «Tercer Teatro Francés» (Déjazet). Ballande representa, en efecto, un drama en cuatro actos y seis cuadros de Pinchon: *La Muerte de Molière*, representada el 15 de mayo de 1873 en el Teatro Italiano, con ocasión del Jubileo organizado por el segundo centenario de la muerte de Molière. Seis años más tarde, Ballande montaba *Una Historia de Antaño...*

Pero Pinchon y Maupassant colaboraron al menos una vez para una obra cuyo éxito fue tan vivo como restringido, dado que fue representada solamente en dos ocasiones (en 1875 y 1877) ante un ramillete de elegidos, ya que Flaubert se sentaba allí con Edmond de Goncourt, Émile Zola y Tourguenieff, Paul Alexis, Léon Hennique, Henry Céard, J.-K. Huysmans, Edmond Laporte, Guillemet... Flaubert – en honor del cual esta representación era dada, pues Maupassant se las ingeniaba para distraer a su viejo amigo, presa entonces de las peores preocupaciones – Flaubert había tenido la imprudencia, en su entusiasmo, de habar de esto a la Princesa Mathilde, y ésta, nos cuenta Léon Fontaine (que fue uno de los actores), quería asistir a todo trance al estreno, prometiendo ir disfrazada. Flaubert hizo todos los esfuerzos del mundo para impedirlo<sup>1</sup>. Es poco creíble, sin embargo, que le haya mostrado la tarjeta de invitación permitiendo el acceso a la sala del espectáculo instalada en casa del pintor Maurice Leloir, en la avenida Voltaire: tengo bajo los ojos dicha tarjeta que fue dirigida a uno de

---

<sup>1</sup> *Cartas inéditas de Maupassant a Flaubert*, por Pierre BOREL, p. 16-17.

los amigos de Maupassant. Todos, copiadas - ¡ironía! - sobre papel grabado con membrete del Ministerio de la Marina y de las Colonias, y de puño y letra de Maupassant, fechando el estreno en la fecha del 13 de abril de 1875, y enumerando ciertas cuestiones que el buen Flaubert se habría visto obligado a impedir hacer leer a la Princesa. A decir verdad, asistieron dos mujeres que pasaron, enmascaradas, al nº 26 de la calle de Fleurus, la puerta del taller de Becker, en la segunda representación, en mayo de 1877<sup>1</sup>. Una era Suzanne Lagier, del Odeón, que no pasaba por ser muy prudente y que sin embargo salió con un estampido, fingiendo la indignación más viva, mientras que Flaubert, riéndose a mandíbula batiente, repetía que la farsa era «refrescante».

Tenía por título *En La Feuille de Rose, Casa Turca*. Los más serios críticos que han escrito sobre Maupassant la han citado, nombrado y comentado. Incluso se lamentó que no hubiese sido publicada (por lo menos en tirada restringida). He tenido el manuscrito bajo los ojos y dudo que ese deseo pueda ser nunca satisfecho. Se ha hecho un análisis - muy somero y sin embargo difícil de reproducir. Todo lo que se puede decir, es que la escena transcurre en una «Casa Tellier» en la que, por desprecio, dos jóvenes casados entran, creyendo entrar en un hotel. El personal del establecimiento ocupa naturalmente un lugar importante en la obra, pero menos que unos personajes episódicos que se suceden, como era costumbre en las revistas.

---

<sup>1</sup> ¿Hubo otras representaciones? En los comentarios que da en *Cartas de Flaubert a Maupassant (Manuscrito autógrafa)*, enero-febrero de 1928, p. 43-47). Georges NORMANDY llega a la conclusión de que la farsa fue «de 1875 a 1879 regularmente representada cada año.» Ni el recuerdo de aquellos que tomaron parte en esas representaciones, en calidad de actores o de espectadores, y a los que he interrogado directamente (Pinchon, Laporte, Céard, Hennique), ni el testimonio de Léon Fontaine (en *las Cartas inéditas de Maupassant a Flaubert*) permiten adoptar esta conclusión.

Todos tienen unos propósitos de los que el más leve desafía deliberadamente a la honestidad, y tal que los caballetes de Tabarin no vieron nunca algo tan libre. Pero tan «atrevida» como sea esta farsa, su exceso incluso la exime de ser inmoral. Es de una tal franqueza en la farsa, de tal bufonería, que nos recuerda a Aristófanes, a los *Mimes* de Herondas, tan desnuda de hipocresía que su brutal realismo parece benigno, junto a los cuentos licenciosos y almizclados de los autores galantes.

El título incluso era un homenaje a Flaubert, un recuerdo del final de *la Educación Sentimental* y de la casa de Zoraide Turc, la casa debajo del puente, de la que hablan Frédéric y Deslaurieres en las últimas páginas del libro...

Leloir ha contado el recuerdo que había conservado de los ensayos: «Como yo regresaba del regimiento, tras un año de servicio militar, mi padre me había alquilado en la avenida Voltaire un taller – si se puede llamar un taller a un cuarto con alcoba en el quinto piso, al final de un corredor de habitaciones de criados. Los ensayos estaban supervisados por Tourguenieff y Gustave Flaubert, que maldecía mis cinco pisos, quitándose su sobretodo en el primero, su levita en el segundo, su chaleco en el tercero, y llegaba a mi casa en camiseta de algodón, llevando sus vestimentas sobre sus regordetes brazos desnudos, cubierto con su sombrero de copa<sup>1</sup>...»

No había mujeres en el grupo de aficionados: los cuatro papeles femeninos estaban representados por los hombres, y el propio Maupassant encarnaba a una de las chicas de vida alegre, mientras que Petit Bleu hacía el papel de la inocente joven casada. Octave Mirbeau encarnaba al marido. Maurice Leloir, el muchacho. «N'a qu'un Oeil», el encargado, y finalmente Pinchon se había

---

<sup>1</sup> *Cartas inéditas de Maupassant*, p. 18

encargado de los roles episódicos. Caracterizado a la perfección, cambiando de acento con una maravillosa facilidad, elevando o reduciendo su estatura, era sucesivamente un pocero, un jorobado frenético y exigente, un capitán retirado, un joven, un zapador, un marsellés y un inglés. Fue de una prodigiosa diversión. Treinta años más tarde, el recuerdo del monólogo del jorobado y la perorata del marsellés sacuden aún con una risa inextinguible a los espectadores de esta farsa que me cuentan sus impresiones.

Fue Leloir quién había dibujado los trajes, decorados, trucos y accesorios, que fueron también muy aplaudidos.

Sin renunciar al teatro, Robert Pinchon se convirtió en un «hombre formal». Un hombre serio que supo conservar una juventud de espíritu encantador. Cuando regresó a Ruán, en 1880, entra en el *Nouvelliste*, que dirigía Ch.- F. Lapierre, el amigo de Flaubert, pasa enseguida al *Journal de Rouen*, en calidad de crítico dramático y musical, produce excelente artículos y, todo en cumplimiento de su labor de periodista, hizo en la Biblioteca una carrera totalmente de funcionario laborioso. Permaneció allí hasta sus últimos días. Pasando por los grados de sub bibliotecario, luego de bibliotecario adjunto, rindió allí eminentes servicios dirigiendo el catálogo de los fondos Le Ber y Montbret. Era bien conocido de todos aquellos que frecuentaban la Biblioteca de Ruán, una de las más ricas de provincias. Se le encontraba por las mañanas, en la sala de lectura, dispuesto a ayudar a los investigadores en sus búsquedas. Era de aspecto timorato, a menudo envuelto en una bufanda de lana, siempre tocado con un gorro (*tôque*) de seda negra que le había valido su sobrenombre en los tiempos en los que llevaba el timón de la *Hoja al Revés*. Le gustaba evocar el recuerdo de los bellos años de su

juventud y hablaba de Maupassant con una emoción que el tiempo no debilitaba. Pero permanecía discreto en todo lo referente a la enfermedad de Maupassant, sobre todo lo que pudiese disminuir, a los ojos de los burgueses, al amigo del que salvaguardaba tan fielmente su memoria. Permaneció incólume esperando personalmente de la vida más de lo que ésta le había dado. Pero la gloria de Maupassant le bastaba; contaba sin amargura sus decepciones de autor dramático: «todas las obras que publico ahora, escribió en la última página de la recopilación, fueron rechazadas hace años en varios teatros; sin perder mi tiempo en maldecir a mis jueces, he tratado de aprovechar las observaciones que acompañaban a los rechazos, señalándome algunas veces los defectos. La experiencia personal me ha hecho descubrir otros, y me he esforzado en mejorar, mediante un constante estudio, esas obras dramáticas que me han procurado, sino las emociones de la escena, al menos el placer de ejercerme en el arte del teatro, cuyas reglas son tan difíciles de aprehender, y el éxito más incierto todavía.» ¡Qué lección de modestia! Pero, ese rasgo de carácter, lo encontraremos también en Maupassant: en los tiempos de la calle Moncey, alineaba rimas pacientemente, componía «versos al margen de la poesía, versos sensuales y elocuentes, versos de prosista de raza, si se le ordenaba escribir otra cosa, respondía simplemente: «Nada aprieta, aprendo mi oficio.<sup>1</sup>»

Pinchon, se consuela de no haber disfrutado yendo a escuchar las piezas de los demás y, según palabras de Céard en su bello artículo de *L'Événement* sobre su viejo compañero, se hace crítico por amor al espectáculo, amando la comedia hasta en las comedias de sus colegas, los cuales, más felices que él, habían acabado por

---

<sup>1</sup> Henri ROUJON, *Recuerdos de arte y de literatura*, *Grande Revue*, febrero de 1904.

encontrar actores para sus sueños. Y, en sus cuentas rendidas al teatro, el autor favorecido no deja ver la grandeza de su melancolía más que por su impecable y serena imparcialidad.

Además de *La muerte de Moliere*, hace representar una *Juana de Arco*; fue en unas circunstancias excepcionales: durante una fiesta dada en el Instituto femenino... ¿Pero, hacerse conocer «por su única conciencia y su sola discreción», no son, pregunta Céard, malos medios de gloria? Y Robert Pinchon deberá, sobre todo al relato de Maupassant, vivir en la memoria de los hombres<sup>1</sup>

Si debió a La Tôque sus inicios en el teatro — comienzos que no tuvieron mayores consecuencias. Maupassant debió también a otro remero de *la Hoja al Revés* ver impreso por primera vez su prosa: Léon Fontaine, llamado Petit Bleu, tenía por primo al director del *Almanach de Pont-à-Mousson*, y fue así como *la Mano disecada* apareció bajo la firma de Joseph Prunier en la edición de 1875.<sup>2</sup>

## II

Ya había emborronado mucho papel; verso, prosa, teatro, había tocado todos los géneros y, como sometía sus trabajos al implacable control de Flaubert, dado que él mismo era muy exigente y escrupuloso, pocas de esas páginas le parecían merecer ser entregadas al impresor.

El teatro sobre todo lo atraía, y sus intenciones iban más allá de las representaciones de aficionados de los Verguies y las teatralidades en los talleres en los que se iba a representar *La Feuille de Rose*. Al mismo tiempo

---

<sup>1</sup> Murió en Ruán el 23 de abril de 1925; el paisajista Robert A. Pinchon es su hijo.

<sup>2</sup> Reproducido en el volumen *Bola de Sebo* (Conard)



que escribía – con la colaboración de Pinchon y de los demás remeros de Argenteuil – la obrita que deseaba regalar a Flaubert, trabajaba solo en un gran drama localizado en la Edad Media en verso, *La Condesa de Rhune*, que le daba un enorme trabajo, y que debía sin embargo permanecer inédito durante cincuenta años, – y acababa una pequeña pieza en un acto y en verso, *Un Ensayo*, cuya suerte no es mucho mejor. En 1876, escribía a Pinchon: «En cuanto a mí, no me ocupo más que de teatro en este momento. Decididamente, no merece la pena que se trabaje para los directores! Encuentran, es cierto, nuestras piezas encantadoras, pero no las representan, y a mí, me gustaría mucho más que las encontrasen malas, pero que acabasen representándolas. Basta decir que Raymond Deslandes juzga *Un Ensayo* demasiado fina para el Vodevil.» *Un Ensayo* fue publicada en la sexta serie de *Sainetes y Monólogos*, en la editorial Tresse, y figura en el volumen *Teatro de las Obras completas* de la edición Conard. El tema es el siguiente: Un joven y una joven mujer ensayan una comedia de salón. Se prestan a su propio juego, y el actor pone tanto ardor en su declaración de amor que su partenaire está emocionada. Más tarde, en 1880, Maupassant, que buscaba siempre en hacer representar esta obrita y quería aprovechar el éxito obtenido el año anterior con *Una Historia de Antaño*, hizo leer a Flaubert su pequeño acto. Tal vez dudaba de su valor, puesto que él, que de ordinario se atrevía a someter al maestro todos sus trabajos, había tardado tanto tiempo en esta ocasión. Fue tranquilizado: «Hablemos en primer lugar de *Un Ensayo*, le escribió Flaubert el 1 de febrero, luego charlaremos de *Bola de Sebo*. ¡Bien, fue muy amable! El papel de René haría la reputación de un actor, y está lleno de buenos versos, tales como el último de la página 53. No me paro en los demás, ya que tengo demasiada prisa.

La media vuelta del amante, y la llegada del marido son dramáticas. Es divertido, fino, de buena compañía, encantador.» Y Flaubert, que creía que *Un Ensayo* ya estaba publicado o a punto de estarlo, añadía: «Envíe un ejemplar de ese volumen a la Princesa Mathilde, con una tarjeta pegada a la página del título. ¡Me gustaría ver representado eso en su salón! Pero estoy impaciente de decirle que considero *Bola de Sebo* ¡una obra maestra!...<sup>1</sup>»

Fue siguiendo un poco el consejo de Flaubert como Guy se había consagrado al drama en verso, *La Condesa de Rhume*. No es que el tema se lo hubiese dado su amigo, sino que éste desde que había comenzado a interesarse por los trabajos literarios de su discípulo, no cesaba de predicarle la utilidad de las obras de larga duración: «Estoy tan disgustado de todo, y particularmente de la literatura militante – escribe él a Laure de Maupassant el 23 de febrero de 1873 – que he renunciado a publicar. ¡A pesar de eso, hay que animar a tu hijo en el gusto que tiene por los versos, porque las letras consuelan de los infortunios y porque quizás tenga talento: ¿quién sabe? Hasta el presente no ha producido lo suficiente para que pueda permitirme confeccionar su horóscopo poético; y además, ¿a quién le está permitido vaticinar el futuro de un hombre? Creo que nuestro joven muchacho es un poco paseante y está poco apegado al trabajo. Me gustaría verle emprender una obra de larga duración, aunque fuese detestable. Lo que me ha mostrado vale tanto como lo que se ha publicado por los Parnasianos... Con el tiempo, ganará en originalidad, una manera individual de ver y de sentir (pues todo está ahí), por ese mundo, ha de mantener su alma en una alta región, lejos de los fangos burgueses y democráticos. El

---

<sup>1</sup> *Un Ensayo* no fue representado hasta el 6 de mayo de 1904 en Ruán, en el Teatro Normand (dirección Neuillet). Tuvo allí cuatro representaciones.

culto al Arte, da el orgullo; nunca es demasiado. Tal es su moral...»

Entre esta carta y la que he citado hace un momento, siete años transcurren. Maupassant podrá decir sin temor a exagerar: «He trabajado durante siete años con Flaubert sin escribir (entiéndase por ello sin escribir para el público, sin pensar en publicar) una línea. Durante esos siete años me ha dado unas nociones literarias que no habría adquirido en cuarenta años de experiencia.» Nada más cierto. Pero sin embargo, si Flaubert le enseñó el oficio, si fue el maestro en el sentido en el que los artesanos de antaño entendían por esa palabra llena de nobleza, si Maupassant fue el discípulo atento a las lecciones y feliz de instruirse, Flaubert fue menos de lo que se podría creer *el modelo* que se propone el joven debutante. Sin duda se daba cuenta que intentar imitar a un maestro, buscar en parecersele en su obra, es condenarse a copiar la forma sensible (y más a menudo a desarrollar todo lo que puede contener el germen de un defecto); es subordinarse, con la casi certeza de conseguir ahogarlo, su temperamento personal, plegarse, minimizarse o hincharse según las circunstancias y fue siempre renunciar a dar su exacta medida. ¿Y Flaubert, por su parte, enseñando al joven el valor de una fuerte, de una intransigente disciplina, fue perfectamente respetuoso con las tendencias personales del carácter de Maupassant? Algunos le han echado en cara su severidad. Hoy se tiene tendencia a juzgar que el aprendizaje del oficio literario es inútil y peligroso, pues es, necesariamente, enemigo de la inocencia y de la originalidad. Es una hermosa excusa para aquellos que no han aprendido nada. Hay que leer las *Cartas de Flaubert a Maupassant* y de *Maupassant a Flaubert y a la Sra. Commanville* que publica el *Manuscrit autographe*, con

un comentario del Sr Georges Normandy<sup>1</sup>, para convencerse de la delicada y prudente severidad de Flaubert.

Un mentor, pero lleno de escrúpulos, y cuya ternura queda atemperada por la firmeza, así aparece Flaubert junto a Maupassant. Aquél le ha hecho justicia y, lejos de minimizarse reconociendo lo que debía a su maestro, se ha engrandecido. Léase, sin emoción, esta simple frase de una carta citada por Pol Neveux, y que Maupassant escribió al final de su existencia, en una hora todavía lúcida: «Pienso siempre en mi pobre Flaubert, y me digo que me gustaría estar muerto si estuviese seguro de que alguien pensaría en mi de ese modo.» Léanse, sin emocionarse, las páginas escritas por el discípulo para prologar las cartas de su maestro a Georges Sand. Puede verse en esas páginas, con esa sobriedad, esa objetividad que Flaubert le había enseñado, mostrándole las cualidades más bellas de los prosistas franceses, lo que fue precisamente la disciplina flaubertiana y como, sin falsa humildad, reconoce todo lo que le debe.

A decir verdad, encontraron el uno en el otro lo mejor de lo que los dos hombres, uno joven y el otro discurriendo ya por la pendiente que lleva a la muerte, pueden darse. Se comprendieron perfectamente, no exigieron el uno del otro más que lo posible, sin tiranía, pero también sin indiferencia. Hay pocos ejemplos en la historia de la literatura de una amistad tan profunda y tan fecunda. Fue tan bienhechora para ambos que no se sabe, en realidad, quién le ha debido más a quién, puesto que Flaubert encontró en esa amistad el consuelo a las penas tan pesadas que lo ensombrecían, y un estímulo para vivir...

---

<sup>1</sup> Le Manuscrit autographe, 1928.- Cf. también: Émile HENRIOT, Flaubert y Maupassant, Le Temps, 24 de abril 1928.

Obsérvese la prudencia de Flaubert: al principio duda, no sabe en lo que se convertirá su discípulo. «No puedo realizar su horóscopo poético... ¿A quién le está permitido vaticinar el futuro de un hombre?» Fue lo que responde a la madre ansiosa de saber, por adelantado, el juicio que espera oír. «Lo que hace es del mismo valor de lo que hacen los parnasianos...» Palabras que le dicta el cariño por la amiga de su infancia, por la hermana del siempre querido Alfred Le Poittevin, – ese otro él mismo, a quién dedicó años atrás *Las Memorias de un Loco* y *La Tentación de San Antonio*, – y al que Guy recuerda, con sus profundos ojos, y ese modo de escuchar inclinando la cabeza. Palabras de esperanza y de simpatía, ante los trabajos del joven muchacho. Pero de inmediato este consejo: «Nuestro joven está muy poco apegado al trabajo. Quisiera verlo acometer una obra de larga duración, aunque fuese detestable.»

¿Cómo no iba a seguir la sugerencia, viniendo de tan gran maestro? Su vida demostraba el valor de la «larga paciencia», y él también, en sus años jóvenes, se había dejado la piel sobre unas tareas cuya única recompensa había sido sentir, en cada empresa nueva, un progreso consumado hacia el ideal que deseaba abrazar, hacia ese estilo preciso y ligero a la vez, en el que soñaba. Había esperado y, a los treinta y cinco años, había debutado con una obra maestra. Y, sin renunciar a las partidas de remo, sin nada que perder de su exhuberancia y sin repudiar las camaraderías tan dulces y tan consoladoras para el funcionario del ministerio, Maupassant se había puesto a trabajar.

Había elegido el verso. ¿Se sentía poeta en realidad? Tal vez. Pero no sabía nada de él mismo, y Flaubert no lo desviaba de ese propósito. Alfred Le Poittevin también se había dedicado a la rima; Bouilhet había alentado al colegial debutante. ¿Era necesario

pedirle que abandonase la poesía? No. «Atemperar la expresión del pensamiento según las más estrictas leyes y aprehenderlo de algún modo, tal fue el objetivo. Al ejemplo de uno de sus compañeros de Médan, dedicándose con alegría a la precisión del estilo y al equilibrio de la frase, por la imperiosa norma de la balada, del poema, o del canto real, Maupassant también quiso someterse al régimen del ritmo. Nunca amó esa antología de la que se arrepentía de haber publicado<sup>1</sup>.»

Sin duda fue porque, con los poemas que fueron reunidos en un volumen bajo ese simple título *Unos Versos*, y aparecieron en la editorial Charpentier en 1880, Maupassant hizo hablar en hexámetros a los personajes de *Un Ensayo*, de *La Traición de la Condesa de Rhune* y de *Una Historia de Antaño*.

El drama da bastante trabajo a su autor. Era ciertamente una obra de larga duración, una de esas obras nunca acabadas porque nunca satisfacen. Él le hablaba a Flaubert, mostrándole los bocetos, trabajaba, recomenzaba. El novelista había pasado el invierno de 1875-1876 en París y, antes de instalarse, había avisado a su discípulo mediante esta corta nota: «Querido, está convenido que almuerce usted conmigo todos los domingos de este invierno. Así pues, hasta el domingo.» Y, en el nº 240 del barrio Saint-Honoré, en el que Flaubert acababa de instalarse modestamente en casa de su sobrina, Maupassant había encontrado, como antes en la calle Murillo, o como en Croisset, la acogida más afectuosa. La ruina de Flaubert daba a Guy la ocasión de testimoniar delicadamente su agradecimiento al pobre hombre agobiado, rodeándolo con más deferencia todavía y con más cuidados. Y Maupassant emprende un artículo sobre Flaubert, que va a entregar en el otoño en *La*

---

<sup>1</sup> Pol Neveux, *loc. cit.*, p. XXIII-XXIV

*Republique des Lettres*. Buena ocasión para charlar más íntimamente todavía, para debatir más a fondo los viejos problemas de estética. Pero, de regreso a Croisset, Flaubert pide noticias del drama<sup>1</sup> y, para alentar a Guy, añade: «Yo trabajo desmesuradamente...» No, el drama histórico no avanzaba, pues el autor permanecía lleno de dudas, y en los primeros días de 1878 escribía a Robert Pinchon «¡He perdido casi todo el invierno corrigiendo mi drama que no me gusta!» El 15 de enero, pensaba acabarlo e informaba a Flaubert: «Se lo enseñaré poco después de su regreso. He hecho también el plan de una novela que comenzaré tan pronto como mi drama esté terminado.<sup>2</sup>» En la carta a Pinchon, añadía: «¡Juro no volver a escribir teatro!<sup>3</sup>»

Pinchon presenta el drama a Ballande para su Tercer Teatro Francés. Ballande encuentra en *La Condesa de Rhune* todas las cualidades, excepto aquella que más seduce a un director: la modestia. *La Condesa* exigía un decorado, una puesta en escena que el buen Ballande no podía concederle. Precisamente él reclamaba una subvención que no le llegaba: «Su amigo, dice a Pinchon, ¿no podría contribuir un poco a sufragar los gastos que su obra exige? – No, respondió Pinchon: es un modesto empleado del ministerio que no puede hacer frente a esos gastos... – Que el señor de Maupassant, replica Ballande, me proporcione una obra que pueda representar sin gastos, y la montaré de inmediato.»

«Transmití, dice Pinchon, la respuesta a Maupassant quién se puso a escribir *Una Historia de Antaño*, simple comedia de dos personajes, en un decorado que no exige más que dos sillones y una chimenea, con unos troncos como accesorio; creo incluso

<sup>1</sup> Carta del 25 de diciembre de 1876.

<sup>2</sup> Carta del 10 de diciembre de 1877 (Bola de Sebo, p. cv. edición Conard)

<sup>3</sup> Robert PINCHON, Teatro, p. 9

que los troncos pudieron ser suprimidos en los ensayos. Pues *Una Historia de Antaño*, según la promesa que Ballande me había hecho, fue representada sin demora el 19 de febrero de 1879.<sup>1</sup>»

Ese estreno y el éxito que tuvo la obra fue una de las grandes alegrías de Flaubert – una alegría tanto más grande como que el pobre hombre, en ese momento inmovilizado en su cama por una dolorosa fractura de peroné, languidecía en Croisset y se desesperaba de no poder asistir a la función: «Voy a pensar en usted alegremente esta noche, mi querido amigo, le escribía la mañana de ese día. ¡Cómo me contraría ceder mi butaca a otro!»... Y dos días después, se inquieta de no haber recibido ninguna noticia. Es entonces presa de un gran enfado: unos amigos, la Princesa Mathilde, Taine, Tourguenieff, la Sra. Adam, han intrigado a sus espaldas con algunos hombres influyentes, a fin de obtener para él la plaza de conservador en la Mazarine. Una indiscreción le revela el asunto; un artículo publicado en *Le Figaro*, dando cuenta de su accidente, colma su irritación, pues recibe una avalancha de cartas. Y, en medio de todas esas preocupaciones, todavía se inquieta de que *Una Historia de Antaño*, cargue a su discípulo de varios trámites confidenciales, y añade: «¡Que fastidio no verse! ¡Cuántas cosas tengo que decirle y preguntarle! Si soy capaz de ir a París a finales de abril, sería estupendo. Hay que resignarse. ¿Cómo está su pobre mamá? ¿Dónde publica *Una Historia de Antaño*? Cuando regrese a Paris, habrá que hacerla representar por la Sra. Pasca, en casa de la Princesa Mathilde. De eso ya me encargo yo. Su viejo lo abraza cariñosamente<sup>2</sup>» Esta representación fue

---

<sup>1</sup> Ip., *ibid.*, p.10- Cf. también Georges DUBOSC, *loc. cit.* p. 242-243

<sup>2</sup> Carta de Flaubert del 27 de febrero de 1879.



pospuesta eternamente, habiendo caído enferma la Sra. Pasca<sup>1</sup>.

Flaubert no había esperado que ocuparse tan activamente de *Una Historia de Antaño* le hiciese un gran favor a Maupassant. Aunque sentía por la prensa una gran indiferencia y despreciaba las labores periodísticas, pensaba que el funcionario de la marina podía escribir en los periódicos unos artículos cuyos pagos, por pocos que fuesen, lo ayudarían a vivir. No quería que se apresurase a publicar en librería, pero consideraba sin embargo que no era malo que fuese practicando y le indicaba temas de crítica e historia literaria a tratar. Además lo introducía en el círculo literario que se formaba, cada domingo, en la calle Murillo. Gracias a Flaubert, Maupassant conoció a Tourguenieff, al que confiesa una amistad tan profunda que el «moscovita» dirige con Flaubert los ensayos de *La Feuille de Rosa*, Tourguenieff, que ejerce sobre Maupassant una influencia tan profunda, fue de algún modo el modelo que él se propone, – conoció a Zola, Alphonse Daudet, Edmond de Goncourt. Más tarde, Flaubert le presenta a la Princesa Mathilde que lo invita a Saint-Gratien.

Bajo unos seudónimos: Josph Prunier, Guy de Valmont – y más tarde Maufrigneuse<sup>2</sup>, que conservará durante bastante tiempo – Maupassant presenta sus primeras obras: En *L'Almanach de Pont-à-Mousson*,

---

<sup>1</sup> Fueron la Sra. Daudoire y L.-P. Leloir quiénes representaron *Una Historia de Antaño*, con Ballandé. En 1899, la pieza de Maupassant entra en el repertorio de la Comédie Française, y fue la Sra Pierson quién representa, con el Sr. Leloir, el rol de la Marquesa. La obra, publicada por primera vez en la editorial Tresse, en una tirada pequeña (1879), fue reimpresa en el volumen *Unos Versos*, editorial Charpentier, al año siguiente, con una dedicatoria a la Sra. Commanville, en «fraternal» homenaje.

<sup>2</sup> Hay que añadir a estos «Calderas del Diablo», firma de un artículo sobre Étretat, aparecido en *Le Gaulois* el 20 de agosto de 1880. (Cf. GUÉRINOT, *Maupassant en Étretat*, *Mercur de France*, 1 de septiembre de 1925, pág. 295).

publica en 1875 *La Mano Disecada*; Catulle Mendès, en *la République des Lettres*, que él dirige, publica en 1876 un poema titulado *A orillas del agua*. Maupassant es invitado a las cenas que Mendès ofrece en su casa, en la calle Bruxelles; Zola lo invita a sus jueves en la calle Saint-Georges<sup>1</sup>. Ciertamente un dios protege esos inicios.

Él mismo se da cuenta que debe aprovecharse de esa suerte; pero teme la falta de temas. Desde el 30 de octubre de 1875, escribe a su madre: «Trata de encontrarme temas de relatos. Durante el día, en el ministerio, podría trabajar un poco. Pues mis piezas me ocupan todas las noches, y trataría de hacerlas imprimir en un periódico cualquiera» Tres semanas antes, él la había hecho partícipe de su resolución de emprender una serie de cuentos, bajo el título general de *Grandes miserias de personas corrientes*: «Tengo ya seis temas que creo buenos», añadía<sup>2</sup>.

En *La République des Lettres*, Henri Roujon hacía las funciones de secretario de redacción. Cuenta como Mendès, una noche, le remitió el manuscrito de Guy de Valmont, *A Orillas del Agua*: «-¿Quién es este? – un protegido de Flaubert. El propio Flaubert me envía el manuscrito rogándome publicarlo... Guy de Valmont es un pseudónimo. Flaubert me explica que su joven amigo es empleado del Ministerio de la Marina, bajo las órdenes de un hombre al que no le gustan los versos<sup>3</sup>. El auténtico nombre del poeta es Maupassant; además, va a venir a vernos.

---

<sup>1</sup> Cf. Gabriel CLOUZET, *Guy de Maupassant. Retratos de ayer*, 15 de noviembre de 1890.

<sup>2</sup> Carta a su Madre (*Bola de Sebo*, Conard, CXLII).

<sup>3</sup> El Sr. de PRADEL de LAMASE, en su artículo del *Mercurio de France*, muestra que el jefe de Maupassant, al contrario, lo ha informado siempre con benevolencia y propuesto para un ascenso.

«Su aspecto no tenía nada de romántico. Un rostro redondo, congestionado, de marino de agua dulce, unas formas francas y maneras sencillas. Tengo por nombre «Mauvais-passant», repetía él con una bondad que desmentía cualquier amenaza. Su conversación se limitaba a los recuerdos de las lecciones de teología literaria que le había inculcado Flaubert, a algunas admiraciones más vivas que profundas que constituían su religión artística, a una inagotable provisión de anécdotas y a salvajes invectivas contra el personal del Ministerio de la Marina. Sobre este último punto, no tenía límites. A decir verdad, hablaba poco, no se prestaba demasiado, no contaba nada de sus proyectos. Continuaba componiendo versos.... Se le quería por la gracia de sus bromas y por su humor.<sup>1</sup>»

En casa de Mendès, Maupassant se encuentra a Mallarmé, Léon Dierx, Villiers de l'Isle Adam; en *La République des Lettres*, conoce a J.-K. Huysmans, quién había sido llevado allí por Léon Cladel, su padrino literario<sup>2</sup>, y allí también encuentra a Léon Hennique. Huysmans tenía por amigo a Henry Céard, y ambos ya eran asiduos a la casa de Zola, nº 21 de la calle Saint-Georges – no la calle Saint-Georges del barrio Notre-Dame de Loreto, sino la que , entre la avenida de Clichy y la calle Davy, pasada la Fourche, es hoy la calle de los Apeninos. Céard ha contado esa primera visita, que hizo él solo, adelantándose: «Un domingo de abril de 1876, por la tarde, después de haber ido a ver en la calle Pétersbourg, los cuadros de Manet rechazados por el Salón, Céard, con el corazón acelerado, tocaba el timbre de Zola. Una criada apareció. Céard entregó su tarjeta de visita. La mujer le rogó que esperase. Zola apareció, y la

<sup>1</sup> Henri ROUJON, *loc. cit.*,

<sup>2</sup> Henry CÉARD y Jean de CALDAIN, *J.-K. Huysmans íntimo, el artista, el cristiano, Revista Semanal*, 14 de noviembre de 1908, p. 247.

presentación tuvo sus visos de comicidad. Resultó que la tarjeta de Céard indicaba que vivía en Bercy, gran almacén del mercado de los vinos de París. A la lectura del domicilio impreso sobre la cartulina, Zola dedujo que un vendedor cualquiera venía a ofrecerle unas muestras de vinos variados. Sin embargo, aunque no tenía necesidad de líquidos para su mesa, fue al encuentro del visitante. Aclarado el malentendido, Céard, explico lo mejor que pudo las razones literarias de su visita, y como el gusto manifiesto que sus amigos y él profesaban por los *Rougon-Macquart* le había proporcionado el valor de ir a ver al autor de novelas juzgadas como obras maestras y la audacia de felicitarlo.<sup>1</sup>»

Céard abandonó la casa muy alegre: Zola lo había invitado a volver a visitarlo añadiendo: «sus amigos también serán bienvenidos.» Pronto, en efecto, Céard regresó, acompañado de Huysmans, quién llevaba un ejemplar de la *Cajita de las especies*, y anunciaba que iba a publicar *Marta, historia de una muchacha*. Pronto, Céard y Huysmans se convirtieron en unos habituales de la casa.

Paul Alexis, Huysmans y el Sr. Léon Hennique nos han dejado también, cada uno, un relato de la formación del grupo que, cinco años más tarde, iba a dar que hablar, tomando precisamente por nombre el de la casa de Zola en Médan: «En lo que a mi respecta, escribe Alexis, yo conocía a Léon Hennique, Algunas veces, hacia las cinco, lo encontraba en pleno Parnaso, en la *République des Lettres*, esa revista del Sr. Catulle Mendès, que publicaba por aquel entonces la segunda parte de *La Taberna*. Un poco más tarde, a continuación de una conferencia de Hennique en el bulevar de los Capuchinos, sobre *La Taberna*, – conferencia que produjo un gran escándalo en

---

<sup>1</sup> Henry CÉARD Y Jean de CALDAIN, Revista Semanal, 14 de noviembre de 1908, p. 231.

el campo parnasiano, – llevé a Hennique a la calle Saint-Georges y le presenté a Zola. Mediante Catulle Mendès, había también conocido a Huysmans, una noche de carnaval, ante la puerta de un baile de disfraces en el que entramos. Enseguida se rompió el hielo; al día siguiente, ya había leído *Marthe*. Algunos días después, Huysmans me hacía cenar en su casa con Hennique y Henry Céard. La semana siguiente, presentaba a mis tres nuevos amigos a Guy de Maupassant, con quien estaba relacionado desde que yo iba a casa de Flaubert. Desde entonces, fuimos cinco. Nuestro pequeño grupo se encontraba indestructiblemente constituido. Un buen jueves por la noche, los cinco, en estrecha columna, nos dejamos caer en casa de Zola, Después, cada jueves, volvimos allí<sup>1</sup> »

Huysmans nos explica lo que eran esas reuniones en la calle Saint-Georges: «La Sra. Zola, alta, morena, distinguida, de ojos negros, de ese negro asombroso y profundo que tienen algunas infantas de Velazquez, preparaba el té. La acogida era franca: nunca contrariada, nunca molesta: haced lo que queráis, charlad, bebed, reíd a mandíbula batiente, a corazón abierto. Cuando se oía el te hervir, todo el mundo pasaba al comedor; y, allí en el transcurso de las charlas, bajo la mirada socarrona del polichinela de Manet, se entablaban unas discusiones sobre las letras y las artes. Zola, que, desde las nueve de la mañana, trabajaba sin descanso, se ponía a caballo sobre una silla. Conversaba, hablaba suavemente. Una vez a la semana, ese «vientre cerebral» (la expresión es de Barbey d'Aurevilly) recibió a algunos amigos o alumnos. Varios jóvenes escritores: Marius Roux<sup>2</sup>, Paul

---

<sup>1</sup> Paul ALEXIS, *Gil Blas*, 22 de abril de 1881.

<sup>2</sup> Marius ROUX había colaborado con Émile Zola para un drama basado en *Los Misterios de Marsella*, y cuya primera representación fue hecha en esa ciudad, con gran éxito, el 6 de octubre de 1867. Leer al respecto las cartas

Alexis, Henry Céard, Hennique, Guy de Valmont, que profesan por el hombre una sincera simpatía, y por el escritor un ferviente entusiasmo.<sup>1</sup>»

Los cinco jóvenes amigos decidieron cenar juntos una noche a la semana. Fue Hennique quién descubrió, en una esquina de la calle Coustou y de la calle Puget, en Montmartre, el tugurio predestinado a ser *La Taberna*, una sala donde el grupo, a falta de cuidados menús, encontraba la tranquilidad deseada. Un poco más tarde, se abandonan a la tía Machini – era el nombre de la anfitriona cuya cocina acabó por hacerse intolerable a los estómagos, sin embargo robustos, de los convidados – y fueron a casa Josph, nº 5, calle Condorcet, luego en casa Trapp, en la esquina del paso del Havre y de la calle Saint-Lazare. Fue allí donde los cinco llevaron una bonita noche a Edmond de Goncourt con Émile Zola. Maupassant se armó de valor para llevar a Flaubert... Esa cena dio lugar a algunos detalles que se encontrarán más adelante.

Pero esas reuniones alrededor de una mesa de restaurante<sup>2</sup> no eran las únicas que celebran los nuevos amigos. Se encontraban primero en los jueves de Zola, luego los domingos en casa de Flaubert, cuando éste estaba en París, y luego en casa de Huysmans o en la de Maupassant. Huysmans vivía en la calle de Sèvres, en el

---

dirigidas desde Marsella a Marius Roux por Zola, y que están reunidas al final del volumen: *Correspondencia, Cartas de juventud* (París, Fasquelle, 1907)

<sup>1</sup> J.-K. HUYSMANS, *L'Actualité*, de Bruxelles, 1876.

<sup>2</sup> Léon DEFFOUX, en su estudio tan documentado sobre *La Publicación de La Taberna (colección de los Grandes Sucesos Literarios, Malfere, 1931, p. 109)*, escribe que François Coppée asiste a varias «cenas del Boeuf Nature», reuniones que presidía, en el café Procope, Émile Zola, rodeado de J.-K. Huysmans, Henry Céard, Léon Hennique, Paul Bourget, Maurice Bouchor, y, a veces, Cézanne. Henry Céard me ha contado que el camarero que servía esa cena literaria no le llamaba la «cena del Boeuf Nature» (estimando sin duda ese título demasiado modesto), pero si «la cena del hombre condecorado», a causa de la cinta roja, que solo entonces entre los invitados, llevaba Coppée.

nº 11. Era también empleado del ministerio del Interior, al que no abandonó más que para jubilarse en 1898, en el momento en el que aparecía *La Catedral*.<sup>1</sup> Empleado del ministerio al igual que Céard quien, en la guerra, tiene por colegas a Alexis Orsat y Ludovic de Francmesnil; Gabriel Thyébaut – otro íntimo de Huysmans y de Céard, gran amigo de Pol Neveux, es también uno de los asiduos de estas reuniones, y es él quién se va a convertir, debido a sus conocimientos jurídicos, en el consejero de Zola, para todas las cuestiones de derecho que el novelista deberá resolver en sus *Rougon-Macquart*. Pero, al mismo tiempo, pesimista refinado, diletante de la estupidez universal, sabiéndose *La Educación Sentimental* – el breviario de esa generación – inspirador de legendarios chistes, Thyébaut es una de las más curiosas figuras – y de las más amablemente misteriosas de esos principios del naturalismo. El personaje de Folantin, ciertamente le debe mucho, y Durtal también<sup>2</sup>...

Octave Mirbeau – otro normando – es uno de los fieles a esas reuniones de la calle de Sèvres y de la calle Moncey, que agrupan, en casa de Huysmans o de Maupassant, a los futuros colaboradores de las *Veladas de Médan*. Y, si él mismo no vio su nombre junto al de Zola y de sus cinco jóvenes amigos, fue por que desapareció un buen día para convertirse – momentáneamente- en subprefecto en el Ariège . Era crítico dramático en *L'Ordre*, y fue allí como Hennique lo había conocido (fue en *L'Ordre* donde Hennique publica *Élisabeth Couronneau* en folletín antes de hacer aparecer esa novela en las librerías, en 1879, con la editorial Dentu).

---

<sup>1</sup> Cf. René DUMESNIL, *La Publication d'En Route*. Malfere, 1931.

<sup>2</sup> Cf. Léon HENNIQUE, Entrevista, por Frédéric LEFÈVRE, *Les Nouvelles Littéraires*, 10 de mayo de 1930.- Léon DEFFOUX y Émile ZAVIE, *El Grupo de Médan*. – H. CÉARD y J. de CALDAIN, loc.cit.

Feliz época, exclaman unánimemente todos aquellos cuando evocan el recuerdo de esas reuniones – feliz época, no solamente porque fue la de la juventud, sino también porque, como lo dice tan hermosamente Hennique, «éramos un grupo de buenos amigos, que amaban mucho a sus modelos, Flaubert, Goncourt, Daudet, Zola<sup>1</sup>»

Fue en *La République des Lettres* dónde Maupassant publica, bajo la firma de Guy de Valmont, su poema *A Orillas del Agua*; hizo aparecer también *La Última Escapada*. Flaubert y Mendès mantenían excelentes relaciones y *La République des Lettres* había publicado, en 1876, el cuadro del *Reino del Barro Cocido*, de la comedia *El Castillo de los Corazones*, escrita en colaboración con Flaubert, Bouilhet y d'Osmoy<sup>2</sup>. Catulle Mendès, yerno de Théophile Gautier, había, a la muerte de éste, propuesto a Flaubert sustituir al autor de *Albertus* para escribir el libreto de ópera que el poeta, desde hacia años, prometía hacer de su *Salammbô* – y su oferta había sido aceptada. Pero un desagradable artículo hacia Renan, firmado por P. Gérin, y que *la République des Lettres* tuvo, a los ojos de Flaubert, el imperdonable error de acoger en su número del 16 de julio de 1876, provoca una desavenencia entre

---

<sup>1</sup> Cf. HENNIQUE, *Les Nouvelles Littéraires*, 10 de mayo de 1930.- CÉARD y de CALDAIN, loc. cit.- Paul ALEXIS, Diario, 31 de enero de 1893.- HUYSMANS, *Revue Encyclopédique*, 12 de agosto de 1893.

<sup>2</sup> Se ha atribuido a Maupassant los versos que están en *El Castillo de los Corazones*; y esta autoría se apoya en una carta de Flaubert a Maupassant, fechada en viernes, junio de 1879: «Querido, dado que usted posee *El Castillo de los Corazones*, haría bien pensando desde ahora en sus piezas de versos que deben entrar allí. No hay más de 5 o 6... (ed. Conard, 1930, t. VIII, p. 281).- Cf. también, *l'Intermédiaire des Chercheurs et des Curieux* (diciembre de 1921, enero-febrero 1922).- Si la atribución de la canción de las *Brisas* no presenta duda, puesto que la pieza pertenece a Louis Bouilhet con el subtítulo: «Compuesta para una comedia»- es posible que los demás versos sean en efecto de Maupassant.»



Mendès y Flaubert<sup>1</sup>. Fue Maupassant quién los reconcilia, dando a *La République des Lettres* su hermoso estudio sobre Flaubert, publicado el 22 de octubre<sup>2</sup>.

Pero ni el *Almanach de Pont-à-Mousson*, ni incluso *La République des Lettres*, ni *La Mosaïque*<sup>3</sup>, bastan ahora a Guy de Valmont. Fue Flaubert quién se encargaría de facilitarle el acceso a los periódicos. De esas gestiones y de esas recomendaciones, la correspondencia de los dos amigos nos da varias pruebas: «No más tarde que ayer, escribe Flaubert el 25 de octubre de 1876, he estado en Vaudreuil, y he hablado de usted a Raoul-Duval. El que hará la crítica teatral se llama Noël, o mejor Nouhel (?), personaje desconocido, y que, probablemente, no permanecerá mucho tiempo. He pedido a Raoul-Duval que le haga a usted una prueba, es decir escribirle dos o tres críticas de libros. Lo que ha aceptado. Así pues, cuando las Cámaras abran, le enviaré para él una carta de introducción. Está convenido. En esta recomendación he estado muy secundado por la Sra. Lapierre. ¡Siempre las mujeres!, ¡pequeño cerdo! Como conozco al Sr. Behic y al padre Duruy (por si nuestro amigo Raoul-Duval no fuese lo bastante caluroso), me sería fácil hablarles este invierno, cuando vaya por ahí. Pero no dudo de la buena voluntad de Raoul-Duval.»

Viejo magistrado, abogado-general en Ruán en 1866, dimisionario el 4 de septiembre de 1870, Raoul-Duval había sido elegido consejero municipal de Ruán,

<sup>1</sup> El 23 de julio de 1876, Flaubert escribe a Zola: «Desconozco todo lo que pasa en el mundo, y no veo a nadie y no leo ningún periódico excepto *La République des lettres*, cuyo número del 16 me ha exasperado, a causa del artículo sobre Renán. ¿Lo ha leído usted? Como quiero a mis amigos, no deseo tener nada en común con aquellos que los denigran tan estupidamente. Así pues, he escrito al excelente Catulle Mendès para rogarle: 1º Que borre mi nombre de la lista de sus colaboradores; 2º Que no me envíe más su periódico.»

<sup>2</sup> Carta a Guy de Maupassant, 25 de octubre de 1876

<sup>3</sup> Semanario ilustrado, editado por *Le Moniteur universel*, y que, en 1877, publica en Repartidor de Agua Bendita.

luego consejero general del Sena-Inferior. En las elecciones del 8 de febrero de 1871, era candidato a la Asamblea Nacional, pero fue derrotado. Elegido en las elecciones parciales del 2 de julio siguiente, se sitúa en el centro derecha y pronto destacó gracias a sus discursos de combate contra Gambetta, Thiers y la izquierda. Vota contra la Constitución del 25 de febrero de 1875 y se convierte en uno de los jefes de partido «joven - bonapartista». Elegido diputado de Louviers en 1876, obtiene un escaño en La Cámara entre los miembros del partido de La Llamada del Pueblo, combatió la proposición de amnistía. En el mes de octubre de 1876, funda, con Albert Duruy, el periódico *La Nation*<sup>1</sup>, y fueron los preliminares de esta fundación a los que la carta de Flaubert hace alusión.

Pero otra frase requiere una explicación: ¡*Siempre las mujeres!* dice Flaubert quejándose. Maupassant estaba muy relacionado con la Sra. Brainne. Al principio del *Doncel de la Sra. Husson*, se encuentran estas líneas: «¿Y las notabilidades De Gisors? Pasaremos revista nada más que a las principales. Desde luego el general Blaumont; el barón Davilliers, famoso cerámico, descubridor de magníficas lozas árabes en sus excavaciones realizadas en España y en las Baleares; tenemos también un periodista muy notable, Carlos Brainne, muerto ya, y otro vivo y muy vivo, el director del Noticiero de Ruán, Charles Lapierre... Además, otros muchos, muchos...»

Charles Lapierre y Charles Brainne se habían casado con dos hermanas, ambas muy bellas, y que eran hijas de H. Rivoire, antiguo director del *Mémorial de Rouen* (que se convirtió en el *Nouvelliste*). Lapierre y Brainne, ambos de Gisors, habían nacido, el primero en

---

<sup>1</sup> El primer número apareció el 25 de octubre.

1828 y el segundo en 1825. Brainne, antiguo alumno de la Escuela Normal, muy espiritual, había presentado su dimisión al ministro que lo destinaba al colegio de Alençon, mediante una carta cuyo laconismo se hizo legendario; contenía estas simples palabras antes de la firma: «Point d'Alençon. Brainne.» Murió en 1864, con la reputación de un cronista y de un *reportero* (como se empezaba a decir) del más raro merito. La Sra. Brainne y la Sra. Lapierre tenían por costumbre, con su amiga Sra. Pasca, de homenajear a Flaubert cada año por San Policarpo, y el escritor, en sus cartas a su sobrina, las llama siempre *los Ángeles*, sobrenombre que merecían tanto por su belleza como por su gentileza para con el solitario. Maupassant, habitual de Flaubert en Croisset, recibido en Ruán en casa de Lapierre, en París en casa de la Sra. Brainne (de la que él es a menudo tema de sus cartas, y de manera bastante cariñosa), podía entonces contar con el completo apoyo del director del *Nouvelliste de Rouen* – periódico que apoyaba la política de Raoul-Duval.

Algunos días después de la carta enviada el 25 de octubre a Maupassant, Flaubert da a su protegido nuevas instrucciones: «Ahora que la sesión está abierta, Raoul-Duval debe estar en París. Espere no obstante hasta el viernes, pues quizás pase el día de Todos los Santos en Vaudreuil. Presentándose en su casa muy temprano, de ocho a nueve, tal vez tenga suerte de encontrarlo. Si no se le abre la puerta, dirá que va de mi parte. No he precintado el sobre, pero péguela previamente y dígame como ha sido recibido. Si usted le propone un trabajo, le ahorrará la molestia de reflexionar, y eso sería quizás rápido. No se ha hecho la historia de la crítica moderna. Es una materia fértil. Tome por ejemplo Planche, Janin, Théo, etc., nada más que muertos, y analizar sus ideas, sus poéticas, o bien ahondar en la cuestión de «el Arte

por el Arte», o bien el de la comedia. Ningún estudio ha sido hecho sobre la inmensa obra de George Sand. Sería un buen trabajo cotejarla con la de Dumas, la novela de aventuras y la novela de ideas. En fin, querido, si usted entra en *La Nation*, me gustaría verlo debutar allí con algo que pueda tener calidad. Tal vez una broma en el fondo. En fin, ¡busque!...»

Maupassant, claro está, hizo la visita. Y una carta de él nos informa del resultado. Lleva la fecha del 17 de noviembre. Han pasado más de quince días. ¿Por qué tan larga demora? He aquí:

«Me gustaría esperar, escribe, a que tuviese algo seguro respecto a *La Nation*, pues he estado lleno de esperanzas, después de desesperarme, y desde esta mañana, comienzo a esperar de nuevo. He aquí los hechos:

«Tan pronto estuve en posesión de su carta, he ido a presentarme en el domicilio del Sr. Raoul-Duval, que me ha recibido con extrema cordialidad y me ha dicho lo siguiente: «No tenemos aún un cronista literario. Hágame enseguida un artículo de actualidad sobre un libro nuevo; lo haré publicar. Usted me dará un segundo quince días después, aproximadamente, lo haré insertar igualmente; luego solicitaré al consejo de administración completar la redacción del periódico contratándole como crítico literario. Puede usted estar seguro de que haré todo lo que pueda, porque usted me ha sido calurosamente recomendado por mis mejores amigos G. Flaubert y los Lapierre.»

«Después de eso me fui encantado, compre la *Correspondencia* de Balzac<sup>1</sup>, y preparé mi artículo, puesto que me parecía de suma actualidad. Pero supe al cabo de algunos días que *La Nation* publica unos

<sup>1</sup> La *Correspondencia* de Balzac apareció en la editorial Lévy, en dos volúmenes, en 1876.

folletines literarios firmados por Filon, el ex-preceptor del Príncipe Imperial. Y uno de mis amigos me afirma que el debe encargarse de la crítica de libros. Sin embargo terminé mi artículo y se lo he llevado al domicilio del Sr. Raoul-Duval al que he ido a ver esta mañana. Ha estado también muy amable, me ha hecho muchos cumplidos sobre mi estudio que va a pasar inmediatamente. Pero he comprendido que yo no sería titular de crítica literaria, la plaza ha sido tomada probablemente por Filon. Creo que voy a sustituir a un cronista ligero que se encuentra demasiado tonto, y eso me permitirá entera libertad sobre la elección de mis artículos. En todo caso, el Sr. Raoul-Duval parece muy decidido a vincularme a la redacción de su periódico. Se lo he agradecido efusivamente, pero es sobre todo a usted, mi querido maestro, a quién deben dirigirse todos mis agradecimientos. Le enviaré el número en el que aparezca mi artículo sobre las cartas de Balzac y lo mantendré al corriente de los acontecimientos.»

El artículo de Maupassant sobre la Correspondencia de Balzac apareció en *La Nation* el 22 de noviembre. Pero un estudio sobre *Las Muertes Extrañas*, de Richepin, le fue rechazado. Flaubert se inquieta: «¡Y bien! ¿Que hay de nuevo? ¿El asunto de *La Nation* se ha atascado?», escribe él el día de Navidad. La respuesta de Guy no le satisface: su artículo sobre *Los Poetas Franceses del siglo XVI*<sup>1</sup> queda sobre el mármol: «En su lugar, he aquí lo que yo haría: iría francamente a casa de Duval y le diría todo lo que usted me cuenta. Haciéndole comprender que usted no puede continuar perdiendo así su tiempo. A menos que usted no prefiera esperar mi regreso que he fijado el 3 de febrero. Así pues,

---

<sup>1</sup> Respecto de la reedición en la editorial Lemerre de la obra de Sainte-Beuve.

desde el domingo próximo en tres semanas, lo abrazaré. ¡Cuántas cosas tendremos que contarnos!<sup>1</sup>»

Finalmente, el estudio sobre los poetas franceses del siglo XVI apareció el 17 de enero. Y Flaubert escribe enseguida a su sobrina que el estudio de Guy es excelente. Naturalmente felicita también al autor, pero... no sin hacerle ver que no hace suficiente justicia a Ronsard.

Tales fueron los difíciles inicios de Maupassant en la prensa cotidiana. Pronto todo va a cambiar y todas las puertas van a abrirse ante él. Pero Flaubert debería todavía hacerle antes otros importantes favores.

### III

Si Maupassant es aún el remero de sólida y sana apariencia, eso no es más que apariencia: debe solicitar una baja en el ministerio para hacer una cura en los balnearios de Louèche y, en sus cartas a Flaubert, habla de sus miserias físicas.

«Según el certificado del Inspector general del Servicio de Salud, el Sr. de Maupassant, funcionario de tercera clase en la Administración central, tendría necesidad de hacer uso de las aguas de Louèche.<sup>2</sup>» - «El Director del Material, Sr. Sabatier, ruega al ministro que conceda al Sr. de Maupassant un permiso de doble de tiempo pasado en las aguas y como máximo de dos meses, conforme al artículo 74, párrafo 10 del reglamento del 14 de enero de 1869<sup>3</sup>»

---

<sup>1</sup> Carta del 8 de enero de 1877.- Ver el interesante comentario de G. NORMANDY, en el *Manuscrit autographe* (enero 1928, p. 53 y sig.).

<sup>2</sup> *Naturan morborum curationes ostendunt...*

<sup>3</sup> Cf. G. NORMANDY, loc. cit., p.66

Esos dos documentos administrativos no nos dicen más que una parte de los contratiempos que, en ese momento, preocupaban a Guy de Maupassant: El Sr. de Pradel de Lamase, en su estudio sobre *Maupassant funcionario en la Marina*, nos da las razones: «Una tradición fuertemente enraizada en la calle Royal, explica él, quiere que sus colegas estén irritados ante el objetivo (que él tenía apuntado hacia ellos), y se ha dicho que, de acuerdo tácito, habían puesto en cuarentena al funcionario, inmediatamente después de la publicación de los cuentos en los que Torchebeuf, Lesable, Caravan, Cachelin habien sido puestos en el banquillo. Eso no es más que una leyenda. Maupassant esperó haber conquistado su libertad para denigrar a los que él llama sus viejos compañeros de cadenas<sup>1</sup>. Aquellos lo habían marginado – sin más – porque, sin faltar a las reglas estrictas de la corrección con ninguno, comenzaba a mostrar, respecto a todos, unos aires de superioridad muy desagradables.<sup>2</sup>»

Ese juicio parece severo; muestra, en todo caso, que Maupassant vive a partir de ahora en la oficina en un medio más hostil que simpático. Y, como está muy nervioso, incluso enfermo (hasta el punto en que sus jefes informan, el 14 de diciembre de 1877: mala salud, a pesar de una apariencia robusta), acaba por contraer la gripe en el ministerio, y por desarrollar sus funciones con un humor muy alicaído.

¿Desde algunos meses ya, pese a ir cada día a la calle Royale, no es, oficialmente, hombre de letras? ¿y no únicamente porque colabora en varias revistas y

<sup>1</sup> En efecto: *La Herencia* fue publicada en 1884; *En familia* había aparecido el 19 de febrero de 1881, y *Los Domingos de un Burgués de París*, fragmentariamente en *Le Gaulois*, por la misma época; *El Paraguas*, en *Le Gaulois* del 10 de febrero de 1884. Ahora bien, Maupassant abandona la Marina el 4 de enero de 1878.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*, *Mercure de France*, 1 de septiembre de 1928, p. 348-349.

periódicos bajo el seudónimo de Guy de Valmont, sino también porque forma, a sabiendas de todo el mundo, parte del nuevo grupo del que con tanto ruido se ha anunciado el nacimiento? Está enrolado en las tropas naturalistas de Zola.

Y esto nos conduce de nuevo al restaurante Trapp de la calle Saint-Lazare donde fue bautizado el nuevo grupo.

El 13 de abril de 1877, se podía leer en *La République des Lettres*: «En un restaurante que se va a volver ilustre, casa Trapp, en las proximidades de la estación Saint-Lazare, seis jóvenes y entusiastas naturalistas, los cuales también, serán célebres, los señores Paul Alexis, Henry Céard, Léon Hennique, J.-K. Huysmans, Octave Mirbeau, y Guy de Valmont, con sus maestros: Gustave Flaubert, Edmond de Goncourt, Émile Zola. Uno de los convidados nos ha comunicado el menú: Potaje, puré Bovary; Trucha salmonada a la Ramera Elisa; Gallina trufada a lo San Antonio; Alcachofas al Corazón Sencillo; Helado «naturalista»; Vino de Coupeau. Licor de La Taberna. El Sr. Gustave Flaubert, que tiene otros discípulos, destaca la ausencia de las anguilas a la cartaginesa y pichones a lo *Salammbô*.» «Parece apenas necesario, añade Henry Céard tras haber citado este eco de *La République des Lettres*<sup>1</sup>, decir que los detalles de este menú son válidos únicamente por su absoluta fantasía. Además son tan inexactos como la fecha de la comida, pues los convidados se sentaron a la mesa, no el viernes, sino el lunes 16 de abril de 1877.»

¿Es necesario hacer un gran esfuerzo para descubrir, en el fantasioso cronista de *La République des Lettres* a uno de los convidados de la cena, al mismo colaborador de la revista?

---

<sup>1</sup> Revista Semanal, 21 de noviembre 1908, p. 366.



Para hacer hablar del acontecimiento, Paul Alexis adopta otra estrategia. Bajo el seudónimo de Tilsitt, en *Les Choches de Paris*, y bajo el título de *La Media Docena*, publicita vigorosamente el 4 de junio a esa «media docena que es necesario romper en brecha, porque amenazan con arruinar todo» Y se pone a ello en los números siguientes a «disecionarlos» en detalle a cada uno, no reconociéndose más que a uno solo de entre ellos, Huysmans<sup>1</sup>.

Todo esto al margen del negociado de la calle Royal dónde Guy de Valmont, retomando su apellido de Maupassant, trabajaba en la contabilidad de los puertos. Y más de un funcionario, colega del «naturalista», debió preguntarse con Tilsitt (de las *Cloches de París*). «¿cómo seis hombres de letras, absolutamente desconocidos, mediante una modesta orgía en el restaurante Trapp, lograban armar tanto escándalo?» Y Céard, treinta años después, se pregunta como la apertura explosiva de una botella de champán, después de una comida, pudo despertar en la literatura y en la prensa un eco tan brutal y prolongado...

Nadie duda que él resonaba ampliamente en la calle Royale.

Y las cifras, la contabilidad, el presupuesto se volvían cada vez más fastidiosos a Maupassant, esperando en el despacho la hora de convertirse en Guy de Valmont. Permanecía distraído, cumpliendo su tarea con un disgusto cada vez más intenso. Los informes de sus jefes de diciembre de 1877 lo constatan: «Empleado inteligente y que podría un día ser muy útil. Pero es flojo, sin energía, y temo que sus gustos y sus aptitudes lo alejen de los trabajos administrativos.» Maupassant no lo temía: estaba seguro. Únicamente, por prudencia, quería

---

<sup>1</sup> *Les Cloches de Paris*, 2 de julio de 1877 (Cf. también CÉARD, *loc. cit.*)

seguir siendo funcionario. Y confía a Flaubert sus rencores y esperanzas... Sabemos, por una carta de la Sra. de Maupassant a su amigo de la infancia, lo abatido que se encontraba Guy, deprimido a principios del año 1878. El 23 de enero, Laure de Maupassant escribe: «Puesto que llamas Guy a tu hijo adoptivo, me perdonarás, mi querido Gustavo, si te hablo con naturalidad de ese muchacho. La declaración de cariño que le has hecho ante mí, me ha parecido tan dulce que la he tomado al pie de la letra y me imagino que, en el presente, ésta te impone unos deberes casi paternales. Sé además que estás al corriente de las cosas y que el pobre empleado del ministerio, te ha participado ya todas sus dolencias. Te has mostrado excelente como siempre, lo has consolado, y él espera hoy, gracias a tus buenas palabras, que está próxima la hora en la que pueda abandonar su prisión y decir adiós al amable jefe que vigila la puerta<sup>1</sup>.»

Ese texto es claro. Sin embargo Maupassant deberá esperar un año, antes de «dejar su prisión». ¿Qué esperanza ha hecho brillar Flaubert ante el prisionero? El 14 de diciembre, – cinco semanas antes de que Laure de Maupassant escribiese esa carta, – un cambio de Ministerio se había producido, y ocurría que a un amigo personal de Flaubert, Agénor Bardoux, se le había confiado la cartera de la Instrucción Pública<sup>2</sup>. Las

<sup>1</sup> Cf. *Obras completas de Maupassant*, ed. Conard, tomo II (*Unos Versos*)

<sup>2</sup> Agénor Bardoux, nacido en Bourges en 1829, ahijado de Michel de Bourges, el viejo amigo de George Sand, abogado en Clermont-Ferrand, decano del colegio de abogados, alcalde de Clermont el 4 de septiembre de 1870, diputado en la Asamblea Nacional, donde se muestra activo y liberal, fue por primera vez miembro del Gabinete Dufaure, en 1875; reelegido diputado tras la disolución de la Asamblea Nacional, ocupa un escaño entre los republicanos y, el 14 de diciembre de 1877, fue elegido por Dufaure, ministro de Instrucción Pública. Amigo de Louis Bouilhet, poeta bajo el seudónimo de A. Brady, había publicado una antología de versos, uno de los cuales, *Venise*, está dedicado a Flaubert (*Loin du Monde*, 1857). Flaubert lo encontraba a menudo en casa de Delattre. Bouilhet dedicó a Bardoux el poema que tiene por título *La Tierra y las Estrellas*.

relaciones de Flaubert y Bardoux venían de lejos; habían sido lo bastante íntimas para autorizar al escritor pedir al nuevo ministro un favor, que, por añadidura, no era además excesivo, y del que Maupassant sería beneficiario. El plan de Flaubert había sido rápidamente concebido: rogaría a Bardoux que trasladase a Guy de los servicios de la Marina a los de La Instrucción Pública. Las cosas, creía él, saldrían con facilidad.

Pero no había contado con la inercia de los negociados, y la versatilidad de los hombres. Fue necesario esperar un año para conseguirlo.

Paso a paso, en su correspondencia, podemos seguir las gestiones de Flaubert y de Maupassant. Las demoras exasperan al último: se ve ya en la calle de Grenelle, en el Gabinete del Ministro – dónde tiene amigos como Dierx y Roujon, colaboradores en *La République des Lettres* – pero los meses pasan. Sus jefes, sus colegas, con toda seguridad, han aireado el complot: se le cambia de despacho. Él, a quién horrorizan las cifras, se le destina al servicio de la preparación del presupuesto y de la liquidación de las cuentas de los puertos: unas sumas durante toda la jornada, bajo la mirada del jefe, y ante la imposibilidad, durante siete horas de presencia en el ministerio, de trabajar ni un minuto en sus cuentos, en sus artículos.

Sus cartas a Flaubert reflejan un profundo abatimiento:

«No le escribí antes, mi querido maestro, porque estoy completamente hundido moralmente. Desde hace tres semanas trato de trabajar todas las noches, sin haber podido escribir ni una simple página. Nada, nada. Entonces descendo poco a poco en las negruras de la tristeza y de la decepción de las que me cuesta mucho salir. Mi ministerio me destruye poco a poco. Tras mis siete horas de trabajos administrativos, no puedo

relajarme lo suficiente para rechazar todos los agobios que colman mi espíritu. Incluso he tratado de escribir algunas crónicas para *Le Gaulois*, a fin de procurarme algunos centavos. No he podido. No logro escribir ni una línea y tengo ganas de llorar sobre el papel. Añadir a esto que toda va mal a mi alrededor. Mi madre, que ha regresado a Étretat desde hace dos meses aproximadamente, no va nada mejor. Su corazón sobre todo la hace sufrir mucho, y ha tenido unos ataques muy inquietantes. Está tan debilitada que incluso no me escribe, y apenas cada quince días, recibo unas palabras que dicta a su jardinero<sup>1</sup>...»

Seguendo las dolencias de su propia salud, éstas nos dicen claramente las razones por las cuales los médicos le habían enviado a tomar las aguas de Louèche, y dejan presagiar un futuro bastante sombrío; el tratamiento que se le hace seguir, las drogas y jarabes que le hacen falta para su tratamiento, han dejado su bolsa vacía y ha gastado el poco dinero ahorrado para su verano...

Esta carta responde a los reproches y exhortaciones que Flaubert le había remitido ocho días antes y que estaban así expresados: «Los acontecimientos, dice usted, no son variados; – esa es una queja realista, y además ¿qué sabe usted? Se trata de mirarlos más de cerca. ¿Ha creído usted alguna vez en la existencia de las cosas? ¿Acaso no es todo una ilusión? No hay nada más cierto que *las relaciones*, es decir el modo en el que percibimos los objetos. «Los vicios «son mezquinos», ¡pero todo es mezquino! «No hay bastantes «giros de frases» ¡Busque y encontrará!. En fin, mi querido amigo, me parece que está usted en un buen aprieto, y sus

---

<sup>1</sup> Carta fechada el 21 de agosto de 1878 (*Cartas inéditas de Maupassant a Flaubert*, p. 36). sobre las crisis de las que sufría la Sra. de Maupassant, y sobre «la herencia cargada» de Guy, cf. Georges NORMANDY, *loc. cit.*, p. 16-20 y 124-125.

problemas me afligen, pues usted podría emplear más agradablemente su tiempo. Es necesario, entiéndame bien, jovencito, es necesario trabajar más que eso. Sospecho que es usted ligeramente perezoso. Demasiadas putas, demasiado remo, demasiado ejercicio. El civilizado no tiene tanta necesidad de movimiento como los médicos pretenden... Vive usted en un infierno, lo sé y lo lamento con todo mi corazón. Pero, desde las cinco de la tarde hasta las diez de la mañana, todo su tiempo puede estar consagrado a la musa, la cuál es la mejor zorra. ¡Vamos, mi querido muchacho, levante la nariz! ¿De qué sirve hundirse en la tristeza? Hay que ponerse frente a si mismo y ser fuerte; es el medio de llegar. ¡Un poco más de orgullo, coño!<sup>1</sup>»

Excelentes consejos. ¿Pero los consejos, las palabras de aliento, como el éter con el que Maupassant aliviaba sus migrañas, podían tener sobre sus penas y sus preocupaciones una prolongada acción?

Continúa ese diálogo epistolar – y también de viva voz, pues Flaubert está en París en septiembre, para visitar la Exposición, luego en Saint-Gratien en el domicilio de la Princesa Mathilde. El sábado, 21 de septiembre, almuerza con Bardoux<sup>2</sup>. Quiere dar un impulso a fondo a la candidatura de su protegido y no duda en obtener del ministro una promesa en firme. Pero... Bardoux, que es el mejor muchacho de la tierra, y

---

<sup>1</sup> Carta fechada el 15 de agosto de 1878.

<sup>2</sup> Desde Saint-Gratien, el viénes 20, Flaubert escribe a Maupassant: «Se me retiene un día más en Saint-Gratien. Iré mañana a París, donde llegaré por la tarde. Almorzaré incluso con Bardoux, pero regresaré a cenar aquí, y a medianoche, estaré en mi casa, en el barrio Saint-Honoré. Así pues, amigo mío, deje el remo el domingo y venga a verme temprano; almorzaremos juntos en Trapp, luego, a la una menos cinco, me iré para Croisset. Es necesario que le cuente mi entrevista con Bardoux.- Todo suyo.»

Pero el 23, escribe a Zola que él no ha visto «al susodicho señor Bardoux»...  
-Cf. también *Revue d'Histoire littéraire de la France* (oct-dic. 1924): análisis de treinta y seis cartas de Flaubert a Maupassant.

también el más distraído, deja languidecer de espera a sus invitados y olvida acudir: «He almorzado el sábado en el ministerio con su madre, su secretario y el rector de la Academia de Douai, al que había invitado como a mí, y ¡olvidado como a mí!»<sup>1</sup>

No importa: Flaubert le escribe puesto que no ha podido hablarle. Maupassant será probablemente convocado, Y en todas sus cartas a su discípulo, Flaubert le pregunta: «¿Y Bardoux?» Guy viaja en octubre a Étretat. Flaubert ya está allí, junto a su vieja amiga Laure cuya salud es preocupante: sus crisis nerviosas se agravan: Cualquier luz la hace gritar de dolor, ¡Pobre Guy! Suspirar por sus vacaciones, desear intensamente estar en *Los Verguies*, la «querida casa», para encontrarla plena de las crisis de una enferma que con nada se alivian... Por fortuna Flaubert ha venido, y ambos recorren la costa, en la búsqueda de un sitio para la excursión geológica de *Bouvard y Pécuchet*<sup>2</sup>. Pero, de regreso a París, ¡qué sombrío parece el despacho, y el trabajo resulta más aburrido que nunca!

El jueves, 7 de noviembre, a las dos de la tarde, Flaubert (tan alegre que data esa buena noticia con tanta precisión), puede por fin anunciar a su discípulo: «Caroline me ha escrito estas líneas que le transmito: “Bardoux me ha dicho formalmente que destinará a Guy a su servicio personal en un futuro próximo. Que vaya a ver a Laporte<sup>3</sup>, además Zola será condecorado a primeros

---

<sup>1</sup> Carta a Zola, del 13 de septiembre de 1878.

<sup>2</sup> Maupassant había preparado esa excursión, e incluso enviado a Flaubert una larga carta con unos mapas (publicada en *fac-simil* por el *Manuscrit autographe*, septiembre-octubre de 1931, y de la que una parte está reproducida más adelante, en los Apéndices, p. 233).

<sup>3</sup> Édmond Laporte, el amigo íntimo de Flaubert y de Maupassant, no fue nombrado inspector divisionario del trabajo en Nevers hasta el 9 de junio de 1879. Bardoux, en marzo, había dejado el ministerio, habiendo sido derrocado el Gabinete Dufaure.

de año. Gustave estará contento. Verá que no lo olvido”. Commanville, que ha regresado de París me ha repetido todo eso. Así pues, querido, le insto a que vaya a ver a Charmes a preguntarle lo que debe usted hacer, si hace falta que presente la dimisión y cuando debe ingresar en su nuevo servicio... Diga a Zola lo que le concierne. No hay nada más que hacer que estar tranquilo...»

Maupassant da él mismo la noticia (¿ironía o simple diplomacia?) a su jefe de que iba a trasladarse a la Instrucción Pública.

–¿Abandona usted esta casa sin hacer pasar su solicitud por el conducto reglamentario? – exclama aquél indignado. – No lo permitiré.

– ¡Oh! Caballero... ¡Usted no tiene nada que permitir! Este asunto está por encima de nosotros: entre ministros.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>. George NORMANDY (*loc. cit.*, p.69) y M. de PRADEL de LAMASE (*loc. cit.*, p.354) refieren esta escena en los mismo términos. M. de Lamase publica la última nota confidencial, dirigida por el jefe de Maupassant en la Marina: «Salud bastante mala; manera de servir bastante satisfactoria. El Sr. de Maupassant habiendo presentado su dimisión de empleado de la Marina para ser destinado al Ministerio de Instrucción Pública, no considero que sea útil hacer saber mi apreciación sobre su eficacia» (19 de diciembre de 1878).

El 4 de enero de 1879, la situación administrativa de Maupassant estaba arreglada mediante el siguiente oficio:

Dirección: Material  
*Despacho del Director.*

«Informe al Ministro,

«El Sr. Ministro de Instrucción Pública ha pedido recientemente a su Excelencia destinar a su despacho al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 3ª clase, empleado en la dirección de material. S.E. ha informado a su colega que le era imposible acoger favorablemente su solicitud. El Sr. Guy de Maupassant, deseoso de ocupar la plaza que le estaba reservada en el despacho del Sr. Bardoux, me dirige, mediante la carta adjunta, su dimisión de funcionario de la Administración central de la Marina. Tengo el honor de rogar a Su Excelencia que acepte esta dimisión que contará a partir del 18 de diciembre último.»

«Resulta gracioso, concluye M. de LAMASE, destacar que en estas fecha la cartera era detentada de nuevo por el almirante Pothuau, el mismo que acogió

Y Henri Roujon vio entrar, ese mismo día, en su despacho de la dirección de Enseñanza Primaria, en la calle de Grenelle, a un Maupassant cuyo rostro estaba radiante.

– ¿Usted?

– ¡Yo mismo! He dejado la Marina. Ahora soy su compañero: Bardoux me ha destinado a su Gabinete.

«Y, cuenta Henri Roujon en sus *Recuerdos*, Maupassant concluyó con esta fórmula que resumía para él una idea de alegría:

– Es bastante gracioso, ¿eh?»

«Nos lanzamos a bailar con un paso desordenado alrededor de un pupitre elevado a la dignidad de altar de la amistad. Después de lo que, ensalzamos como convenía a Bardoux, protector de las Letras. Me parece que Maupassant creyó que debía terminar con una sarta de insultos, enviados, a modo de despedida, a sus antiguos jefes de la Marina.<sup>1</sup>»

Abundan los documentos sobre la carrera de Maupassant en la calle de Grenelle: en primer lugar las cartas a Flaubert, , en las que encontramos inmediatamente confirmación del proverbio de que no hay rosas sin espinas. El calvario había sido duro. Puesto en situación de dimisionario en la Marina, «ya que había encontrado una plaza mejor», horas pasadas en la antecámara de Bardoux, inaccesible, y luego tanto dinero gastado en vanas gestiones, que el pobre Guy experimentaba ganar de ir a buscar a Tarbé<sup>2</sup> y pedirle asilo en su periódico: «¡Que me dé lo que quiera. No

---

siete años antes al bachiller de provincias, llegado a buscar fortuna a París.»

<sup>1</sup> *Grande Revue*, 15 de febrero de 1904.

<sup>2</sup> TARBÉ DES SABLONS, que funda *Le Gaulois*, y lo vendió en 1879 a Arthur MEYER. Escribió algunas novelas y dramas.



tengo un céntimo y, a menos que me arroje al Sena, o a los pies de mi jefe, no me queda otro recurso!<sup>1</sup>»

De sus angustias, tenía una especie de agujetas. y permanecía, dentro de su alegría, bastante preocupado en lo relativo al dinero. No entraba en calidad de titular, pero estaba provisionalmente destinado. Había dejado una plaza segura, por una situación vinculada a la suerte de un patrón que las Cámaras podían, al día siguiente, derrocar. Posición comprometida, sobre todo para un normando: «Mientras Bardoux esté allí, tendré 1800 francos de paga, 1000 francos de indemnización de Gabinete y 500 francos de gratificación, al menos. Pero si él cae pronto, ¡nada!<sup>2</sup>» Y más tarde: «Cuando estaba en la Marina, tenía una cartilla de viaje, y no pagaba, en consecuencia, más que la cuarta parte del precio del ferrocarril. El viaje desde Ruán me costaba 9 francos ida y vuelta. Hoy, en segunda clase, me costaría 36 francos, y, para un hombre que gasta más o menos cuatro francos diarios, eso es considerable. En fin, ya veré el estado de mis finanzas a finales de mes, y espero poder ir a pasar un día con usted.<sup>3</sup>»

No lo supongamos poco predispuesto o ingrato: está muy ocupado en ese momento, primero en el Ministerio, y luego porque se vuelve a representar con Ballande *Una Historia de Antaño*. Pronto va a encontrar la ocasión de manifestar a Flaubert su gratitud brindándole toda su inteligencia y su devoción filial cuando, Bardoux caído, Ferry concederá al viejo maestro arruinado una pensión.

Maupassant está entonces en el Gabinete del Ministro. Tiene por jefe a Xavier Charmes – un jefe apenas mayor que el nuevo adjunto, benevolente y cortés.

<sup>1</sup> 7 de diciembre de 1878 (*Cartas inéditas*, p. 53)

<sup>2</sup> 26 de diciembre de 1876 (*ibid.*, p. 62)

<sup>3</sup> 18 de febrero de 1879 (*ibid.*, p.76)

Pronto, toma a Guy como secretario, y lo hace titular. Es necesario citar aún esa carta del 24 de abril de 1879 que nos proporciona, tanto sobre la vida de Maupassant en el ministerio como la sobre la pensión de Flaubert, preciosas informaciones<sup>1</sup>: «Siempre seré, mi querido amigo, una víctima de los Ministerios. Hace ocho días que quiero escribirle, y no he podido encontrar ni media hora para hacerlo. Mantengo aquí unas relaciones muy agradables con Charmes, mi jefe; caminamos casi sobre un pie igual, y me ha concedido un despacho muy bonito<sup>2</sup>. Pero le pertenezco: descarga sobre mí la mitad de su trabajo; escribo de la mañana a la noche; soy obediente al timbre eléctrico, y, en resumen, no tendré más libertad aquí que en la Marina. Las relaciones son buenas. Esa es la única ventaja; y el servicio es mucho menos aburrido. Y, la noche de la representación de mi pequeña obra, Charmes me decía: «Decididamente, es necesario que le dejemos tiempo para trabajar, y, esté tranquilo, ¡se lo dejaremos!» ¡Ah! ¡bien, sí!... Le soy útil y abusa. Siempre es así. He querido hacerme ver bien por él, y lo he conseguido en demasía. En cuanto a su asunto, ya le he dicho que se le ofrecerían 5000 francos, y así será; pero usted sabe cuanto tiempo se necesita para la menor cosa. Y ésta es considerable, puesto que se está trabajando en la completa modificación de todo el

---

<sup>1</sup> En 1875, para salvar de la quiebra a Commanville, el marido de su sobrina Caroline, Flaubert, generosamente, dona a éste todo lo que poseía y vende sus propiedades en Deauville. Laporte, su amigo, había sido su aval. Pero el desastre es todavía mayor de lo que se había creído, y Flaubert se encuentra en apuros. Ferry, en marzo de 1879, sucede a Bardoux en el Ministerio de la Instrucción Pública y ofrece una pensión a Flaubert. El orgullo de este se ve afectado, luego, mediante la intervención de sus amigos, acepta. Cf. Lucien DESCAVES, *Uno de nuestros dioses lares*. Figaro, 14 de enero de 1907.- DESCHARMERS Y DUMESNIL, *En Torno a Flaubert*, t. II, p.90 y 99.

<sup>2</sup> Esto no es jactancia de Maupassant. Lo que dice de sus relaciones con sus jefes está confirmado por el. Sr. Anatole de MONZIE en su curioso libro *En los confines de la Política* (París, Grasset, 1913).

sistema de pensiones para distribuirlas más equitativamente. Hay 500 hombres de letras que reciben una pensión. Dentro de ese número, hay muchos que no tienen ninguna necesidad y que ganan o poseen de 8000 a 10000 francos por año. Hay que suprimirles lo que se les concede; pero comprenda usted que la cosa es delicada y no se puede hacer en un día. Para usted, el asunto está decidido, así como para Leconte de Lisle quién cobraba 1600 francos y a quién se le va a aumentar a 2000 francos. Charmes me lo ha comunicado formalmente, pero, naturalmente, no se hará efectivo hasta que el trabajo global esté terminado.<sup>1</sup>»

Xavier Charmes, no lo dudamos, estaba feliz de tener a Maupassant como colaborador. Al principio tuvo, para su secretario, alguna ambición administrativa. Encargó a Maupassant, según refiere A. de Monzie, algunos informes difíciles sobre amplios temas. Pero, cada vez más, Maupassant los eludía, manifestando un rechazo motivado, alegando ser incapaz de escribir otra cosa que trivialidades en el ejercicio de sus funciones: «Fue culpa de la Marina, decía él; desde que en una tarea hay una atisbo de trabajo oficial, el estilo oficial me abrumba y no puedo despejarme». Rogaba que se lo ocupase en el mantenimiento de los registros y en la expedición de asuntos banales. Declinó el destino del buen poeta Léon Dierx que, hasta el último día, quiso mantenerse como simple funcionario en el mismo servicio,— príncipe de los poetas, y decano de los funcionarios.

Pretendía, añade A. de Monzie, que esas modestas tareas le dejaran el espíritu libre y sus fuerzas intactas para su tarea de escritor. Pero no había demasiado tiempo libre para ello, como lo ha presumido Pol Neveux. «De

---

<sup>1</sup> Carta del 24 de abril de 1870.

noche, de día, escribía, acabando su primera obra maestra, *Bola de Sebo*, en la húmeda planta baja en la que tenía su domicilio administrativo. A menudo se ausentaba, tres días por semana como media; su mala salud, que no era un pretexto falso, excusaba esas frecuentes ausencias. Pero tenía, por otra parte, en la medida en que iba adquiriendo notoriedad, unas obligaciones mundanas cada vez más numerosas. El salón de la Princesa Mathilde se había abierto a *Una Historia de Antaño*. Las solicitudes de la gloria iban a comenzar con la publicación de *Las Veladas de Médan*.<sup>1</sup>»

Al mismo tiempo, o casi en el mismo momento en el que cambiaba de Ministerio, Maupassant abandonaba la calle Moncey por la calle Clauzel, 19, dónde vivió de alquiler hasta finales del año 1878, un domicilio compuesto de dos habitaciones con entrada y cocina. La casa, cuentan todos aquellos que ha frecuentaron, era una «colmena de abejas del barrio Bréda, donde Maupassant era tal vez el único abejaorro<sup>2</sup>». En realidad, me dicen Huysmans y Céard, Maupassant se divertía con esa singularidad. A menudo los visitantes se equivocaban, y esos errores, seguidos de divertidos malos entendidos, lo divertían. Además era un amable vecino y mantenía con algunos de los inquilinos las mejores relaciones. A veces venían a llamar a su puerta los viernes por la noche, durante las reuniones de los colaboradores de *las Veladas de Médan*.

Permanece en la calle Clauzel durante tres años, y no abandona esas dos pequeñas habitaciones excepto para tomar un apartamento más confortable en la calle

<sup>1</sup> A. de MONZIE, *loc. cit.*

<sup>2</sup> «Petit-Bleu» (Léon Fontaine) y P. BOREL: *Los domicilios de Maupassant, Nouvelles Littéraires*, 18 de enero de 1930. Se ha discutido mucho, en 1930, cuando fue inaugurada una placa en el nº 19 de la calle Clauzel, para saber, si en realidad Maupassant no había habitado en el 17. Se verá más adelante las razones de esta disputa.

Dulong, 83, en los Batignolles después del éxito de sus primeros libros. Era prudente, y no se decidía a dar pasos importantes sin estar seguro de la solidez del terreno que pisaba. Ese fue el motivo de permanecer en el Ministerio de Instrucción Pública durante tanto tiempo. No dimite y, por el contrario, insiste para mantenerse en los cuadros de personal: «Mi salud, decía, es débil, el oficio literario es aleatorio. Si alguna enfermedad, o algún revés de la fortuna me obliga, estaré feliz de poder utilizar mi título y mi tratamiento.» Fue entonces, dice A. de Monzie, pasado al estado administrativo de excedente, y habría muerto redactor en el ministerio de Instrucción Pública si, algún día, un ministro puntilloso no decidía que la tolerancia había durado demasiado. Xavier Charnes advirtió a Maupassant, que entonces únicamente, pero aún a su pesar, firmase su dimisión. «Y A. de Monzie concluye con mucha razón: «Serían sobradamente perdonados todos los ministros que, dentro del nepotismo que reina en la administración, hubiesen admitido algún Maupassant en su clientela.»

## CAPÍTULO IV

### LA MUERTE DE FLAUBERT

#### I

Esa plaza en el Ministerio de Instrucción Pública, que tanto deseaba conservar, Maupassant creyó, a finales de 1879, que la iba a perder por culpa de la literatura. Y, una vez más, recurrió a Flaubert para solicitar su ayuda en el asunto.

Pocas aventuras literarias han hecho nacer tantos comentarios erróneos como esta historia de los procesos contra Maupassant por la Fiscalía de Étampes por la publicación, o más bien la reproducción en *La Revue Moderne et Naturaliste*, en 1879, de una poesía. Se ha discutido mucho tiempo acerca del título de ese poema. Y, como parece que todo lo concerniente a Maupassant debe ensombrecerse con leyendas, se han confundido los nombres de los personajes relacionados con este asunto; luego, cuando se ha querido recurrir a la documentación, nos hemos dado cuenta, por una fatal singularidad, que era imposible encontrar las obras, motivo de esta tenebrosa causa; habían sido extraviadas en los traslados desde los tribunales de la subprefectura a los archivos departamentales de Seine-et-Oise. En cualquier caso, para complicar las cosas, la colección de la *Revue* es de las más raras y el ejemplar de la Biblioteca Nacional, privado de portada, está sin fecha...

No obstante Decharmes, cuando prepara las notas para la edición de la *Correspondencia* con motivo del Centenario de Flaubert, intenta aclarar el misterio. Interroga a los viejos colaboradores de Maupassant y busca los documentos. Si bien, tras su muerte, cuando fue encargado de publicar el último volumen, encuentra el borrador de la nota que se puede leer (página 257, tomo IV, primera edición, 1925; tomo III, p. 460 de la reimpresión en tres volúmenes de 1928). El prudente método de Descharmes y su profundo conocimiento de esa época, le habían permitido rectificar los errores de sus antecesores y dar una versión exacta de ese incidente judicial; pero por una nueva fatalidad, el nombre de Harry Alis fue cambiado por los tipógrafos por Henry Alis, y el error – que en realidad no ofendía a los sentidos – fue inadvertida por el corrector.

Sin embargo la documentación extraviada acabó por ser encontrada, gracias a la tenacidad de Alexandre Zévaès. Y dos artículos, uno de Zévaès, en las *Nouvelles Littéraires*<sup>1</sup>, el otro de Auriant, en el *Mercure de France*<sup>2</sup>, sacan a la luz nuevos documentos y permiten la refutación definitiva de los errores propagados hasta ese momento<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> *En torno a Guy de Maupassant: Una Muchacha y la Fiscalía de Étampes*, por Alexandre ZÉVAËS. *Les Nouvelles Littéraires*, 25 de abril de 1931.

<sup>2</sup> *calle Clauzel, nº 17: con relación a la inauguración de una plaza. Un amigo de Maupassant: Harry Alis, documentos inéditos*, por AURIANT. *Mercure de France*. 1 de mayo de 1931.

<sup>3</sup> En la *Grande Encyclopédie*, Jules Huret, autor del artículo Maupassant, escribe: «Su primera antología *Unos Versos*, corrió la misma suerte que *Madame Bovary* y fue perseguida por la fiscalía de Étampes.» (Las persecuciones son de diciembre de 1879 y el volumen no apareció hasta 1880, después de que el asunto se hubiese archivado.)

Albert LUMBROSO, en sus *Recuerdos sobre Maupassant*, escribe que la Fiscalía de Étampes «hizo embargar un periódico que había reproducido un relato de Maupassant, entonces muy joven, relato que había aparecido en el *Gil Blas* ». Ahora bien, no hubo embargo; no se trataba de un relato, sino de un poema, y ese poema había aparecido no en el *Gil Blas*, sino en la *République*

He aquí los hechos:

El 20 de marzo de 1876, *La République des Lettres*, de Catulle Mendès, publicaba un poema de Maupassant (bajo el pseudónimo de Guy de Valmont), y esa pieza tenía por título *A Orillas del Agua*. Fue reproducida en el volumen *Unos Versos*. Maupassant no juzgaba ese poema malo, puesto que, con la aprobación de Flaubert, la envía, con motivo de la incorporación a su Gabinete, a Bardoux que, convertido en ministro, había sido el poeta Agénor Brady.

Ahora bien, en diciembre de 1878, apareció una nueva revista, *Revue Moderne et Naturaliste*. Su fundador, Hippolyte Percher, se había hecho un lugar en la joven literatura bajo el pseudónimo de Harry Alis, publicando un semanal, *La Voix des Écoles* – cuya duración no pasó de tres semanas, pero que acogió *Los Verdaderos poemas de Miseria*, de Goudeau, *La Confesión, historia de un aislado*, de E. de Haraucourt (sic), *La Antigüedad del Paraíso*, de Guy Tomel y *chand d'habits*, de Guy Tomel y Harry Alis<sup>1</sup>. Decepcionado por

---

*des Lettres*. Además, Maupassant no colabora en el *Gil Blas*, bajo el pseudónimo de Maufrigneuse, hasta 1882. Ese periódico fue fundado en 1879.

Edouard MAYNIAL, en su volumen *La Vida y la Obra de Guy de Maupassant*, cree que el impresor de la *Revue Moderne et Naturaliste* (llamado Allieu, y no Allien), había utilizado para un periódico local, *L'Abeille d'Étampes*, el material dejado por esa revista, desaparecida, y en la que se encontraba una pieza de Maupassant titulada *El Muro*, que fue perseguida. Ahora bien, fue la propia revista la que fue perseguida, pues no había desaparecido; y no fue por *El Muro* (que en efecto publica posteriormente), sino por *Una Muchacha*, obra que, bajo ese nuevo título, no era otra que *A Orillas del Agua*.

Sabedor de esos errores por Céard, Deschames pudo redactar su nota. Zévaès, por el examen de la documentación, llegó a las mismas conclusiones.

Es necesario rectificar el texto explicativo que se encuentra en las *Cartas inéditas de Maupassant a Flaubert* (p. 99-100): «A Maupassant le ocurre una curiosa aventura: por un poema titulado *El Muro*...»- texto que sorprende tanto o más ya que, en la carta comentada, Maupassant, en dos ocasiones, habla de *A Orillas del Agua* y no habla en absoluto del *Muro*.

<sup>1</sup> Harry ALIS (Hippolyte Percher), nacido en Couleuvre, en el Allier, el 7 de octubre de 1857, ingresa en los Puentes y Calzadas antes de dedicarse por



este fracaso, Harry Alis, gracias al concurso de un impresor-mecenas, Auguste Allien, cuyo taller se encontraba en el nº 3 de la calle del Pont-Quesneaux, en Étampes, lanza *La Revue Moderne et Naturaliste*. El primer número apareció el 14 de diciembre de 1878, precedido de un manifiesto titulado *Los Veintisiete*, y que repudiaba a «las musas que chochean» para proclamar la necesidad de «perseguir la destrucción de lo establecido en las artes y en la literatura» y de enviar «a los parnasianos a buscar lectores entre las viejas momias de Keops, las únicas capaces de comprenderlos y complacerse con su lectura». La colaboración fue brillante: reunió los nombres de Paul Alexis (quién entrega *Las Mujeres del Padre Lefevre*), de Paul Bourget (*Ensayo sobre Renan*), de Maupassant (*Una Muchacha, El Muro*), de Maurice Rollinat, de Émile Goudeau, de Gustave Kahn, de J.-K. Huysmans (*Sinfonías parisinas*), de Félicien Champsaur (*Retratos literarios de Grévin, Zola, Cladel, Daudet*), etc. Goudeau, en el mismo momento, publicaba *Les Hydropathes*<sup>1</sup>...

Harry Alis, para obligar a A. Allien, tomó la dirección de *L'Abeille*, periódico de inserciones judiciales y legales del distrito. Pero ese diablo de hombre, polemista nato, republicano auténtico, enemigo de los

---

completo a las letras. Ha dejado unas novelas que no están desprovistas, todavía hoy, de interés (*Anverso de la Medalla, Ninguna Suerte, Pequeña ciudad*). Polemista notable, miembro muy activo del Comité de la África Francesa. Tuvo unas diferencias con Le Châtelier, del mismo comité, que lo mata en duelo el 1 de marzo de 1895. MAURRAS (*Revue Encyclopédique*, 15 de marzo) y BARRÈS (Cocarde) le rindieron un homenaje merecido. Tomo prestado estos detalles y aquellos que siguen a los artículos de los señores Zévaès y Auriant.

<sup>1</sup> Maupassant, llevado por Mendès, frecuenta el domicilio de Nina de Villard donde se reunían parnasianos y fantasiosos, y donde Charles Cros y su hermano Antoine Cros, el doctor, tenían sus asientos (sobre *Nina*, cf. Pierre DUFAY, *Mercurio de France*, 1 de junio de 1927).- Cf. también BAUDE DE MAURCELEY: *Guy de Maupassant, Recuerdos personales* (Figaro, 14 de abril de 1928).

jesuitas, hizo del apacible periódico de provincias un verdadero panfleto combativo. De donde se granjea unos odios tenaces y, como el 16 de mayo no está lejos y el partido reaccionario es todavía muy poderoso, la Fiscalía toma a los señores Allien y Harry Alis por personas que hay que vigilar. El 18 de mayo de 1879, el subprefecto de Étampes indica al Fiscal de la República *Las Mujeres del Padre Lefevre*; pero la Fiscalía no le da trámite. Se reserva para una mejor ocasión y la encuentra, bajo la nueva intervención del subprefecto, en diciembre del mismo año: el 1 de noviembre, *la Revue Moderne et Naturaliste* publica unos versos firmados por Guy de Valmont, bajo el título *Una muchacha*; en diciembre, la misma revista publica un relato, *Adnia*, de Defentry Wright, pseudónimo de un tal Minturn, joven escritor de nacionalidad americana. Ahora bien, esta prosa y esos versos ultrajan la moral pública y religiosa de las que el subprefecto es el guardián vigilante. El Fiscal de Étampes solicita también la opinión del Fiscal General en la Corte de París, su superior jerárquico. Aquél ordena una apertura de instrucción, y añade: «Le ruego al mismo tiempo que siga con atención esa revista, sobre la que ya ha sido llamada nuestra atención hace algún tiempo por el Prefecto del Sena-et-Oise, y de señalarme con detalle los números que le parezca que contengan artículos delictivos... »

El gerente, Allien, es convocado enseguida, interrogado, obligado a proporcionar las direcciones de los autores. Se busca en vano a Minturn, alias Defentry Swright, quién ha abandonado Francia. Se busca a Maupassant, y el Sr. Charles-Ferdinand Mosnier, ujier, es portador de una citación que debe presentar en el n° 19 de la calle Clauzel, para obligarlo a comparecer el viernes 9 de enero de 1880, a las una de la tarde, en el despacho del juzgado de instrucción de Étampes. Pero, en el 19 de la

calle Clauzel, la portera declara «no conocer al susodicho». El «susodicho» es sin embargo descubierto en la casa vecina, en el 17, por el Sr. J.-M. Dulac, comisario de la policía judicial, pues la dama justicia no abandona su presa.... Dulac «constata que de investigaciones hechas y de informaciones recabadas por nosotros, resulta que el señor Guy de Maupassant vive en París, calle Clauzel, 17, y está presente en esa dirección<sup>1</sup>...»

Durante ese tiempo, en Étampes, Allien es interrogado. Su defensa es simple: las dos obras incriminadas no eran inéditas. Tanto una como otra habían aparecido en *La République des Lettres*. Y, como prueba, extrae de su cartera un ejemplar de la revista de Mendès – aquel mismo que había servido para la composición del texto. Pero, al imprimirlo, se ha cortado el título, y el juez, en esas hojas maculadas, no quiere ver más que unas pruebas y no una revista... Alis, advertido, escribe aprisa desde París declarando que ha encontrado la colección de *La République des Lettres* en la Biblioteca Nacional, pero que no puede salir de allí. «No podemos destripar los ejemplares sin exponernos a trabajos forzados.... Paso la noche contando por escrito este innoble asunto a todos los grandes periódicos republicanos de París. Será publicado el miércoles, a menos que usted me telegrafe en sentido contrario... » Y Harry Alis explica el plan de los adversarios: ve muy claramente su juego. Es a *L'Abeille* que se persigue, a través de la *Revue Moderne et Naturaliste*.

---

<sup>1</sup> Esos son los trámites de la justicia que, cuando fueron revelados tras la inauguración de la placa colocada en el 19, dieron lugar a inacabables discusiones sobre la «verdadera» casa de Maupassant. El testimonio del Sr. Alfred Quidant, vecino de Maupassant, publicado en *Comoedia* y reproducido en *L'Oeuvre* del 14 de abril de 1931, prueba que Maupassant vivía en el 19, pero se ocultaba en el 17.

El juez, Sr. Tessier, advierte al Sr. Allien que, si el lunes 11 de enero, a mediodía, los Sres. de Maupassant y Minturn (Defentry Wright) no se presentan a declararse como los verdaderos autores de *Una Muchacha* y de *Adnia*, el martes por la tarde se emitirá un mandato contra ellos. Y añade: «Adviértales, pues podría ocurrirles que, aunque arrestados el miércoles o el jueves, pueden fijarse de ocho a diez días de prevención en París antes de ser conducidos por la gendarmería a Étampes<sup>1</sup>...»

¡Dulce país!

Ahora se entiende por qué Maupassant, recién llegado al Gabinete de Bardoux, Ministro de Instrucción Pública, temía tanto perder una plaza que constituía su pan diario. Y se comprende por qué, en su carta al *Gaulois*, Flaubert exclamase: «¡En qué Beotia vivimos!»

Sin embargo transcurre un mes sin que el juzgado dé señales de vida. Pero, el 14 de febrero de 1880, Guy de Maupassant, avisado esta vez de la convocatoria, debe comparecer en Étampes.

¡Oh!, él no es de aquellos, observa justamente Alexandre Zévaès, que disfrutan con un proceso judicial y esperan de ella un rápido y fructuoso lanzamiento publicitario. Procura y se esfuerza lo mejor que puede en disculparse.

Nombres y apellidos citados, comienza el interrogatorio:

– Ha sido usted inculcado, declara el juez, de haber cometido, en Étampes, en 1879, un delito de ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres, haciendo publicar bajo su nombre una poesía titulada *Una Muchacha*.

– Ese poema es mío. Lo he publicado en 1876, en *La République des Lettres*, bajo mi pseudónimo de Guy

---

<sup>1</sup> Ver, para más detalles AURIANT, *loc. cit.* p. 603 y sig.

de Valmont. Varios periódicos han dado en su día cuenta de ello e indicado que yo era el autor. Creo recordar que el Sr. Émile Zola lo ha mencionado en un artículo sobre los poetas contemporáneos, que apareció el pasado año en el *Voltaire*. Yo nunca he autorizado su reproducción en la *Revue Moderne et Naturaliste*, y fue sin mi consentimiento que se publicó. He aquí, supongo yo, lo que ha debido pasar: El Sr. Champsaur, secretario de redacción de esa revista, me ha pedido algunas informaciones para un artículo biográfico que se proponía dedicarme en el *Figaro*, y que, efectivamente, apareció después. Yo le he enviado diversas obras mías, especialmente la poesía publicada por *La République des Lettres*. Habrá tenido la idea de utilizar esta última para *La Revue Moderne et Naturaliste*, haciéndola firmar con mi auténtico nombre, puesto que hace algún tiempo he renunciado a mi pseudónimo de Guy de Valmont.

El juez, añade Zévaès, permanece escéptico y hace observar que, además de los versos incriminados, *La Revue Moderne et Naturaliste*, acaba de sacar, en un número reciente del 1 de febrero de 1880, otro poema de él: *El Muro*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En una carta de Flaubert, fechada el 13 de enero de 1880, y enviada a Maupassant, se lee: «*La Revue Moderne* me ha enviado su *Muro*. ¿Por qué le han recortado la mitad? La nota de la redacción que le hace mi pariente es muy bonita...»

A continuación del *Muro*, y en itálica, *La Revue Moderne* había hecho aparecer, en efecto, la siguiente nota: «En el momento de entrar a impresión, sabemos que cada vez somos más inmorales. Un proceso nos amenaza. En esta situación, hasta que seamos definitivamente arrestados de forma efectiva por nuestro valor moral, nos encontramos en un estado de gran ansiedad. Las cosas más inofensivas toman a nuestros ojos unas dimensiones proclives a ser procesadas. Es por lo que, como medida de extrema prudencia, y para no agravar nuestro caso, estamos obligados, muy a nuestro pesar, a mutilar los bellos versos del Sr. Guy de Maupassant. Nuestro colaborador se consolará rememorado las aventuras de *su pariente*, el Sr. Flaubert, cuya obra maestra, *Madame Bovary*, tuvo el honor de ser traducida *en patio de butacas*. Tal es la gracia que nosotros le deseamos.»

– Algunos días después del artículo del *Figaro*, respondió Maupassant, el Sr. Champsaur me ha escrito para pedirme una poesía que sería incluida en una revista de la que él era el secretario. No me indicó la revista. Fue entonces como le envié *El Muro*<sup>1</sup>

Al salir del juzgado, Maupassant decide escribir a Flaubert. Evidentemente, le cuesta – no anunciarle un proceso que no es deshonoroso, lejos de ello, ya que lo aproxima todavía más a su maestro, procesado él también veinticuatro años antes, por el mismo crimen – sino que se trata aún de un nuevo favor que va a necesitar pedirle. Flaubert acaba, algunas semanas antes, de escribir a la Sra. de Georges Charpentier, esposa de su editor (y sobre la investigación de Guy), para que ruegue a su marido que publique en la primavera el volumen *Unos Versos*. Ha insistido. Ha alabado el talento de Maupassant. Ha añadido: «Su talento, soy yo quién lo garantiza, y creo conocerme. Sus versos no son aburridos, primer punto para el público. Y él es poeta, sin estrellas ni pajarillos. – Resumiendo, *es mi discípulo, y lo quiero como a un hijo*. Si su esposo no cede a todos esos razonamientos, le guardaré rencor, puede estar segura<sup>2</sup>...» Y Charpentier lo promete<sup>3</sup>. Ahora va a hacer falta conversar con el pobre Flaubert, ya tan agobiado de preocupaciones personales, de nuevas inquietudes... Guy no sabe que Flaubert ya ha sido informado por Lapierre, director del *Nouvelliste de*

---

<sup>1</sup> Los términos de este interrogatorio, referido por Zévaëis, están confirmados por la carta de Maupassant a Flaubert – escribe antes que la asignación lo haya afectado – y en la que agradece a su maestro su intervención cerca de la Sra. de Charpentier, por *Unos Versos*: «No tengo ninguna relación con *La Revue Moderne*. Mi poema no ha podido ser publicado allí más que por Champsaur al que no he visto nunca, pero que me ha pedido unos versos por carta, para una publicación en la que él se interesaba. Le he enviado *El Muro*...»

<sup>2</sup> Carta de Flaubert a la Sra. de G. Charpentier, fechada el martes, 13 de enero.

<sup>3</sup> En una carta del 25 de enero a G. Charpentier, Flaubert aún insiste.

*Rouen*, recibiendo un número del *Événement*, del 13 de febrero anunciando que «el Sr. de Guy de Maupassant va a ser procesado por unos versos obscenos», y que Flaubert ya le ha escrito, mientras redacta su carta: «Yo me alegraría, mi querido hijo, si no tuviese miedo de la pudibundez de tu ministerio. Eso puede acarrear problemas. *Tranquilízame enseguida*<sup>1</sup>...»

Harry Alis, en efecto, comprendiendo que un contraataque enérgico puede salvar la revista, a su director, a sus redactores y al pobre Allien, ha decidido comenzar una vigorosa campaña de prensa. Aurélien Scholl, en una crónica del *Événement* titulado *China en Étampes*, lanza a la Fiscalía de la subprefectura del Sena-et-Oise cien burlas (algunas de ellas son bastante extrañas<sup>2</sup>, pero la intención es excelente, y el efecto seguro). Al día siguiente, es Henry Fouquier, en el *XIX Siècle*.

Así pues, el sábado por la noche, regresando, Maupassant encuentra en su casa la carta de Flaubert. Y responde de inmediato: «Estoy decididamente procesado por ultraje a las costumbres y a la moral pública.... Y eso a causa de *A Orillas del Agua*. Acabo de llegar de Étampes, dónde he sufrido un largo interrogatorio del juez de instrucción. Ese magistrado ha sido por lo demás muy educado, y yo no creo haber estado torpe. Estoy acusado, pero creo que se duda en seguir adelante con el asunto, porque se ve que me defendería con rabia. No por mí (yo me cago en mis derechos civiles), sino a causa de mi poema. Lo defendería con uñas y dientes, hasta el límite, y ¡no consentiría nunca en renunciar a su

---

<sup>1</sup> Carta de Flaubert a Maupassant, fechada el 13 de febrero.

<sup>2</sup> SCHOLL decía: «Si se procesa *Adnis*, hay que condenar al Sr. Littré que ha dicho que el hombre desciende del mono» y aún a «Balzac que ha escrito: Una pantera en el desierto...». El mono de Littré y la pantera de Balzac hicieron rugir a Flaubert de gozo.

publicación! Ahora me preocupa mi ministerio y empleo todos los medios posibles para obtener una sentencia de sobreseimiento. Al *XIX Siècle* sigue el *Événement*; este último periódico continúa la campaña, y yo vengo a pedirle un gran favor rogándole que me perdone por acaparar su tiempo y su trabajo con un asunto tan estúpido...»

¡Pobre Maupassant! Qué pesada le parece la pluma en esos momentos, y cómo lamenta escribir lo siguiente:

«Tengo necesidad de una carta suya dirigida a mí, larga, reconfortante, paternal y filosófica, con elevadas ideas, sobre el valor moral de los procesos literarios, que nos equiparan con los Germiny<sup>1</sup> cuando nos condenan y a veces nos condecoran cuando nos absuelven. Haría falta su opinión respecto de mi pieza *A Orillas del Agua*, desde el punto de vista literario, y desde el punto de vista moral (la moralidad artística no es más que la Belleza). Mi abogado – un amigo – me ha dado ese consejo que creo excelente. He aquí por qué: esa carta sería publicada por *Le Gaulois*, en un artículo sobre mi proceso. Se convertiría al mismo tiempo en una importante baza para apoyar la defensa y un argumento sobre el que estaría basado todo el alegato de mi defensor. Su situación es excepcional, única, de un hombre de genio procesado por una obra maestra, absuelto penosamente, luego glorificado, y definitivamente considerado como un irreprochable maestro, aceptado como tal por todas las escuelas, me aportaría una ayuda tal, que mi abogado piensa que el asunto quedaría de inmediato archivado incluso con la simple publicación de su carta. Haría falta que ese fragmento apareciese enseguida para que parezca un consuelo inmediato enviado por el maestro a su discípulo. Ahora bien, si esto le disgustase, no importa

---

<sup>1</sup> El conde de Germiny, procesado en diciembre de 1876, por atentado al pudor.



por que razón, no hablemos más. Usted podrá recordar que ha remitido mi obra a Bardoux pidiéndole que me tomara a su servicio. Perdón todavía, mi bien querido maestro, por esta insistencia. ¿Pero que quiere usted? Estoy solo para defenderme, amenazado en mis medios de existencia, sin apoyo en mi familia, ni abogado... Cuando le pido una amplia carta, quiero decir dos o tres páginas de su papel de cartas: únicamente para interesar a la prensa y hacerla publicar. Voy a intrigar en todos los periódicos donde tengo amigos. Lo abrazo cariñosamente, mi querido Maestro, y le pido perdón. Filialmente suyo. *Guy de M.*

«Si le contraría que su prosa se publique en un periódico, no me envíe nada<sup>1</sup>...»

Si eso *le contraría*, ¡pobre Flaubert! Una carta sobre la marcha, y ¡para publicarla en un periódico! A él que le gustaba citar cierta frase de Bossuet disfrazándola: ¡sobre la marcha, qué prontitud! ¡en un periódico, qué compañía!... Su *Correspondencia* sin embargo muestra que no duda ni un instante. Echando pestes, a regañadientes, fumando pipas, engullendo «horrorosas tazas de *cawoueh* para estrujarse la mente», medita la carta y, mientras tanto, le envía de inmediato otra, llena de consejos, llena de cariño. Una lista de personajes para que visite de su parte, con unas recomendaciones que añade a su misiva: Cordier, senador; Simonot, amigo de la Sra. Pelouze y de su hermano Wilson, yerno de Grévy; Laurent-Pichat, senador, viejo codirector de *la Revue de Paris*, procesado con Flaubert por la publicación de *Madame Bovary*; d'Osmoy, y el propio Bardoux, y la Sra. Adam, Vacquerie, Popelin y de Maze... Y luego se pedirá a Raoul-Duval una protesta, pues, si Guy es condenado en Étampes, él «movilizará París y habrá que

---

<sup>1</sup> Cartas inéditas, etc., p. 101 y sig.

contratar a un gran abogado y hacer un garigai infernal. Raoul-Duval, en ese caso, sería bueno, pero todavía no hemos llegado a esa situación. Con un poco de habilidad se puede detener todo...»

Sin duda las gestiones no fueron perjudiciales en absoluto; pero sobre todo la apasionada carta que *Le Gaulois* publica el 21 de febrero fue suficiente: el asunto fue archivado.<sup>1</sup>

El 26 de febrero de 1880, el Fiscal General escribía al Fiscal de la República en Étampes: «Apruebo las conclusiones del informe que usted me ha dirigido respecto al proceso instruido contra *La Revue Moderne et Naturaliste*, y lo insto a cerrar ese proceso requiriendo una orden de sobreseimiento.»

Al día siguiente era firmado el sobreseimiento<sup>2</sup>.

Pero Maupassant había comprobado que en el ministerio, si bien Charmes se mostraba como un perfecto amigo y lo defendía con ardor, el jefe del Gabinete le era francamente hostil, y el propio ministro, aunque amigo personal de Flaubert, le había mostrado alguna frialdad.

Decididamente, más valía que el asunto hubiese acabado con un sobreseimiento.

## II

Sin embargo la aventura le había resultado provechosa.

«Procesado por ultraje a las costumbres y a la moral pública», la etiqueta es apasionante. Flaubert,

<sup>1</sup> La línea de puntos que figura en esta carta, que aparece en todas las ediciones de la *Correspondencia* de Flaubert, ha intrigado a los exégetas. Está realmente en el texto original (ver la nota del Sr. Pierre DUFAY, «En relación a Flaubert y Maupassant», en los ecos del *Mercure de France*, 15 de junio de 1931, p. 760.

<sup>2</sup> Cf. AL. ZÈVAÈS, *loc. cit.*

modestamente, en su carta al *Gaulois*, dice: «Cuando comparecí ante la octava Cámara, mi proceso me hizo una publicidad gigantesca y le atribuyo las tres cuartas partes de mi éxito.»

Desde luego Maupassant no ha deseado esta publicidad, pero le ha llegado, como una compensación por todos los temores experimentados respecto a su plaza, por las tribulaciones causadas por la amenaza de procesos y por la investigación. En vísperas del lanzamiento de las *Veladas de Médan* – que van a aparecer en el mes de abril – y del volumen *Unos Versos* (que aparecerá un poco más tarde, en el mismo año de 1880), todo ese escándalo resulta maravillosamente oportuno. Y además también, – y con seguridad es lo mejor del asunto, – Maupassant puede, gracias a eso, medir la extensión del afecto que Flaubert le profesa. Ocasiones no le han faltado: las palabras de aliento del maestro, la preocupación por revelarle al discípulo todos los secretos del arte, su paciencia y firmeza, su apoyo tutelar en todo momento, con Charpentier, con Raoul-Duval, con la Sra. Adam<sup>1</sup>, en los periódicos y en las revistas, con la Princesa, con Bardoux para el ministerio.... Flaubert ha sido para él el gran amigo paternal, siempre dispuesto a aconsejar, a reconfortar, a actuar. Pero él nunca, ha tenido necesidad de dar semejantes pruebas.

Por otra parte encuentra en su discípulo todo lo que de él esperaba; el afecto de Maupassant responde al suyo, con total reciprocidad. Nunca ha sido tan estrecha tal entente, más completa, entre dos hombres a los que separan treinta años. Y las lecciones han dado su fruto; Maupassant habla de un «cuento ruanés», una historia acaecida durante la guerra. Ha enseñado sus bocetos<sup>2</sup>; y el maestro ha experimentado ese orgulloso placer de ver

---

<sup>1</sup> Para la *Nouvelle Revue*, que ella acababa de fundar (ver las cartas de Flaubert y de Maupassant de 1878, 1879 y 1880).

como iba a nacer una obra maestra. Quiere vigilar la eclosión discretamente.

Maupassant lo ha puesto al corriente de los proyectos de los cinco jóvenes amigos de Zola, aquellos que, después de la cena en Trapp, se llaman los *naturalistas*. No tomemos en serio el artículo del 17 de abril de 1880, entregado por Maupassant al *Gaulois*, y que cuenta una génesis muy fantástica de las *Veladas de Médan*<sup>1</sup>. Cediendo a su gusto natural por la mistificación, Maupassant ha reunido en dicho artículo todo tipo de invenciones, con el único objetivo de «poner en marcha a la crítica». Y la crítica mordió el anzuelo. Pero nosotros tenemos sobre la preparación del libro dos documentos más rigurosos, dos testimonios que se complementan y se confirman. Uno procede de Henry Céard, y se encuentra en su estudio sobre Huysmans<sup>2</sup>, el otro es el prólogo escrito por Léon Hennique para la edición del Cincuentenario de las *Veladas de Médan*<sup>3</sup>.

A la historia imaginada por Maupassant, y que parangona la recopilación de Médan con el decamerón florentino, se opone la verdad en varios puntos.

Veamos lo que dice Léon Hennique:

– He comprado una casucha en Médan, nos cuenta Zola, una buena noche. La he comprado para mi madre, que se aburre en la ciudad, y para mí, cuando el trabajo me desborda.

---

<sup>2</sup> En su carta del 2 de enero de 1880, Flaubert pregunta a Maupassant si el «cuento ruanés» forma parte del volumen de versos. Por otra parte, un mes antes, en una carta del 2 de diciembre de 1879, Maupassant dijo: «Trabajo en firme en mi relato sobre los ruaneses y la guerra. Me verá obligado a partir de ahora a tener unas pistolas en mis bolsillos para atravesar Ruán». (*Cartas inéditas*, etc., p. 90)

<sup>1</sup> Reproducido p. 81 de *Bola de Sebo*. edición Conard.

<sup>2</sup> CÉARD y CALDAIN, *loc. cit.*, *Revue Hebdomadaire*, 28 de noviembre de 1908.

<sup>3</sup> LÉON HENNIQUE, Prólogo a las *Veladas de Médan*, Fasquelle, 1930.

«Nos desplazamos hasta Médan, poco después, y advertimos una casita blanca, con un jardín plantado de flores multicolores, de legumbres, jardín limitado por dos esculturas, una vía férrea, un camino y un puente.

«Fue en el umbral de ese hospitalario domicilio cuando Vallès, más tarde, confía a Zola:

– Sepa usted, mi viejo, que la próxima vez que venga, traeré un árbol.

« Vallès no carecía de buen humor.

« La casita y el jardín crecen... Y nosotros somos en la mesa de Émile Zola, en París, Maupassant, Huysmans, Céard, Alexis y yo, para variar. Se departe sin orden ni concierto, evocando la guerra, la famosa guerra del 70. Varios de nosotros habían sido voluntarios o movilizados.

– Vamos, vamos, propone Zola, ¿por qué no hacer sobre esto un volumen de relatos?

« Alexis:

– Sí, ¿por qué?

– ¿Tenéis temas?

– Los tendremos.

– ¿El título del libro?

« Céard:

– *Las Veladas de Médan.*

« Eso recuerda a *las Veladas de Neuilly.*

– ¡Bravo! Me gusta ese título, aprueba Huysmans. ¡Se vestirá a los niños y se los traerá aquí!

– ¿Rápido?

– Lo antes posible.

« Con los niños de pie, vestidos, *Bola de Sebo* merece una calida ovación. La ovación se apaga, yo sorteo los lugares que cada uno, excepto Zola, deberá ocupar en el futuro en la antología, y a Maupassant le toca el primero.

– Decir que no tendrá nunca talento, había profetizado Tourguenieff a la vista de un trabajo del joven escritor.

« ¡Cómo patinan los más sagaces! »

Céard confirma en todos los puntos esta página de su colaborador. ¿En todos los puntos? No sin embargo, y se podría decir que fue la modestia de Léon Hennique lo que hizo atribuir a Zola el merito de una idea que después Céard se la atribuye a él: «Hennique, escribe él, propone reunir nuestros nombres en una antología donde cada uno de nosotros insertaría un relato sobre un tema de su gusto, y, bajo el patronazgo de Zola, presentarnos juntos al público para el que, excepto Huysmans, éramos inéditos y sin embargo ya denigrados. Zola, como buen maestro, y mejor aún como mejor compañero, fomenta la iniciativa, prometiendo su colaboración. Decide a Charpentier a editar el volumen. Flaubert<sup>1</sup> encuentra «el título estúpido». Quizás, mejor informado, conservó una opinión tan severa, al haber conocido nuestras discusiones. Se eliminan unos títulos antes de elegir el título definitivo. Entre otros, *La invasión cómica*, desaparecido por razones patrióticas. Contradecíamos así, sin saberlo, la opinión de Gustave Flaubert que, desde Croisset, mal advertido de nuestras intenciones, escribía todavía: «Tengo muchas ganas de ver la elucubración patriótica. Tendrá que ser bien fuerte para sublevarme<sup>2</sup>» Después de muchas propuestas y discusiones, sentimentalmente se eligió por unanimidad esta denominación burguesa<sup>3</sup>, *Las Veladas de Médan*, porque rendía homenaje a la querida casa en la que la Sra. Zola

---

<sup>1</sup> Carta a Maupassant del 25 de abril de 1880.

<sup>2</sup> Carta a Maupassant del 2 de enero de 1880.

<sup>3</sup> Propuesta por el mismo Céard, lo que él no dijo, pero que explica porque la justifica por razones «sentimentales». En el fondo, ese enigmático título valía tanto como otro cualquiera.

nos trataba maternalmente y se alegraba al hacer de nosotros unos grandes niños traviesos.»

Evidentemente, Flaubert ignora muchos detalles concernientes a la reunión de los relatos en volumen. Sabe lo esencial, que la unidad de tiempos, en la diversidad de los temas, realizará la relación de las seis o obras, cada una de ellas debiendo contar un episodio de la guerra, observado por unos satíricos decididos a no hacer apología<sup>1</sup>. Pero en enero – tres meses antes de la puesta a la venta de las *Veladas* – Guy no le dice aun cuales serían todos sus colaboradores. Pregunta: «¿Dice usted *nuestras* pruebas? ¿Quiénes son?»

Pronto queda decidido. En carnavales – el 4 de febrero– Maupassant debe ir a Croisset. Pero no espera, y como no tiene en el bolsillo el dinero suficiente para llevar su texto al impaciente maestro, le envía las primeras galeradas, compuestas a toda prisa en la imprenta. Y el 1 de febrero, Flaubert escribe a su sobrina: «*Bola de Sebo*, el cuento de mi discípulo, del que he leído esta mañana las pruebas, es una obra maestra; insisto en la expresión: una obra maestra de composición, de comicidad y de observación, y me pregunto porque ha desagradado a la Sra. Brainne. Me produce vértigo ¿Estará tonta? »

Pues la Sra. Brainne también había leído el cuento sobre las pruebas – quizás incluso sobre el manuscrito. Las razones afectivas que inclinan a las mujeres a un exceso de indulgencia a veces las empujan también a una

<sup>1</sup> En su carta del 5 de enero de 1880, Maupassant da los títulos de los relatos de Zola (*El ataque al Molino*, ya publicado en la *Reforme*); de Huysmans (*Mochila a la espalda*, publicado en Bruselas, en *l'Artiste*) y de Céard (*Una Sangría*, que apareció en una revista rusa). «Cuando Zola conoció esas dos últimas obras, nos dijo que en su opinión formarían con la suya un curioso volumen, poco patriótico, y de una nota particular. Mientras tanto se compromete a Hennique, a Alexis y a mi a hacer cada uno un relato. Esto tenía la ventaja de que su nombre haría vender y nos proporcionaría cien o doscientos francos a cada uno.» (*Cartas inéditas*, p. 123.)

incomprensible severidad, sin que sean por ello tontas en absoluto. Flaubert veía todo desde el punto de vista del arte, y ningún juicio le habría hecho cambiar de opinión. Tan es así, que de inmediato escribe a Maupassant sin ocultarle su orgullo: «Ardo en deseos de decirle que considero *Bola de Sebo* como una obra maestra. Sí, jovencito, ni más ni menos, eso es de un maestro. Es muy original en su concepto, perfectamente comprensible y de un excelente estilo. El paisaje y los personajes se ven y la psicología es profunda. En resumen, estoy radiante: dos o tres veces, he reído a carcajadas. ¡El escándalo de la Sra. Brainne me produce vértigo! He puesto sobre un pequeño trozo de papel mis «observaciones de peón». Tenga presenta que las considero buenas.

«Ese pequeño cuento permanecerá, puede estar seguro. ¡Que hermosas caracterizaciones las de sus burgueses! Ninguno equivocado. Cornudet es inmenso y auténtico. La religiosa costurera picada de viruela, perfecta, ¡y el conde!: «mi querido muchacho», ¡y el final! La pobre muchacha que llora mientras el otro canta *La Marsellesa*, sublime. ¡Tengo ganas de besarlo durante un cuarto de hora!» No, es broma, estoy contento. ¡Me he divertido y admirado!

«Precisamente porque es molesto para los burgueses, suprimiría dos cosas que no están mal del todo, pero que pueden hacer gritar a los imbéciles, porque tienen el aspecto de decir: «Yo, me cago en todo»: 1, ese joven que arroja en el fango nuestras armas; y 2, la palabra *tetazas*, después de lo que, el más mojigato de los gustos no tendría nada que reprocharle.

«¡Su muchacha es encantadora! Si pudiese atenuar su vientre al comienzo, me resultaría más placentero... Lo abrazo más fuerte que nunca. Tengo ideas sobre la manera de dar a conocer *Bola de Sebo*, pero espero verlo pronto. Le pido dos ejemplares. ¡Rebravo!»



El entusiasmo de Flaubert debió de producir en Maupassant el más profundo placer. En primer lugar porque sabía a su maestro incapaz de ocultar su pensamiento, y luego porque ese juicio confirmaba en todos los aspectos las alabanzas de sus compañeros, reunidos en su casa, en la calle Clauzel, para leer cada uno su relato. «Maupassant, refiere Pol Neveux, fue el último en leer. Cuando hubo terminado *Bola de Sebo*, con un impulso espontáneo, con una emoción de la que han guardado el recuerdo, entusiasmados por esa revelación, todos se levantaron, y sin frases, lo saludaron como a un maestro.<sup>1</sup>»

El milagro era que, esa obra maestra, la compuso en medio de los peores contratiempos; fue comenzada en el momento en el que tuvo que hacer cien gestiones para abandonar la Marina y pasar al Gabinete de Bardoux, en la Instrucción Pública, continuada en el momento de las fiestas del 1 de enero, donde las damas lo acosaban porque no las iba a visitar<sup>2</sup>, y la finalizó cuando la Fiscalía de Étampes amenazaba con hacerle perder su medio de subsistencia. Verdaderamente merecía ese magnífico éxito.

No solamente era también el mejor derivativo, sino el mejor remedio para los males físicos que padecía: nos encontramos en la *Correspondencia* de Flaubert, trazos

---

<sup>1</sup> Pol NEVEUX, *loc. cit.*, p. XVII.- Catulle Mendès, también, saluda a Maupassant como a un maestro.

<sup>2</sup> «Yo trabajaba en mi relato y en mi manuscrito de poesías, que debían estar terminados en enero..., pero las damas no entienden nunca eso. La Sra. Brainne también ha sido mi desolación durante esos dos meses, echándome en cara mis ausencias prolongadas, haciéndome escenas, incluso insultándome, y sin embargo, yo podía aún ir a veces a su casa, poniendo como condición que llegaría a la hora de cener y que marcharía inmediatamente después. Se conversaba en la mesa, luego yo desaparecía. Ella es tan buena mujer que ha acabado por aceptar ese tipo de visitas, que me dejaban toda la velada para trabajar.» (*Cartas inéditas*, p. 94-95) Pero ella estuvo sin duda celosa de *Bola de Sebo*.

de las preocupaciones que la salud del discípulo causa en el maestro de Croisset, el cual quería hacer examinar a Guy por Fortin, su propio médico, y no cesaba de insistir hasta obligar al joven a acudir a esa consulta<sup>1</sup>. ¿Qué dice el médico? No lo sabemos, pero vemos que los trastornos continúan: «Tengo una parálisis de la acomodación del ojo derecho, y Abadie considera esta afección más o menos incurable... Pero mi médico, que es profesor en la Facultad, admitiendo completamente la existencia de esta afección, afirma que curará. Cree que Abadie no ha aclarado en absoluto mi estado patológico. Estoy, según él, *afectado de la misma enfermedad que mi madre, es decir de una ligera irritación de la parte superior de la médula*. Así pues, trastornos del corazón, caída del cabello, y molestias del ojo tendrían la misma causa, y todos esos síntomas desaparecerán igualmente para dar lugar a otros. Eso es... Creo que tiene razón.<sup>2</sup>» Realmente tenía razón, ya no en su fuero interno, sino en la explicación que él daba al pobre muchacho preocupado de saber lo que ningún médico podía decirle. Pues esas palabras del doctor, referidas por Maupassant, tendrán su confirmación en la residencia de Passy<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Una carta de Flaubert a su sobrina nos indica que la consulta tuvo lugar el 27 de marzo: «Fortin, a mi ruego, por la tarde, durante más de una hora, ha examinado a mi discípulo. (No sé su opinión.) Lo que es seguro es que Guy sufre mucho. Está acostado esta noche desde las nueve. Probablemente tiene la misma neurosis que su madre...»

<sup>2</sup> *Cartas inéditas*, p. 117-118. En la carta a su sobrina, de fecha 27 de marzo de 1880, Flaubert nos dice que ese médico no era otro que Potain.

<sup>3</sup> El 2 de noviembre de 1893, el profesor Gilbert Ballet dedicaba su lección al periodo prodrómico de la encefalitis intersticial (lección reproducida en su obra *Psicosis y afecciones nerviosas*. 1897, p. 174), y citaba el ejemplo de Maupassant: Con la prensa ayudando, todo el mundo pudo saber, decía él, que presentaba los síntomas más característicos de la encefalitis intersticial... y hemos sabido que el infortunado, creyendo que era una simple neuralgia, había sido duchado durante varios meses, hasta el día en el que se manifestaron con toda claridad los signos de la parálisis general. ¿Pero en 1879? Los errores de diagnóstico se han sucedido durante la vida de Maupassant; luego, tras su

En un instante (el día que responde al interrogatorio del juez de Étampes), sufre de tal modo de su ojo derecho, que apenas puede escribir manteniéndolo cerrado, y debe ponerse cinco sanguijuelas detrás de la oreja<sup>1</sup>. Las migrañas no lo abandonan, y el éter le es necesario cada vez más – el éter, del que ensalzará sus virtudes, apasionadamente, en *Sobre el Agua* y en *Sueños*<sup>2</sup>. Pero todo eso no es razón para hacernos admirar menos la obra maestra que acaba de nacer.

Maupassant había tomado la idea de la realidad. *Bola de Sebo* existió: se imprimió su nombre repetidas veces, y Maupassant la conoció. Se llamaba Adrienne Legay. Maupassant la encontraría mucho más tarde; pero Cord'homme, que es el Cornudet del relato, le había contado la historia de Adrienne. Había nacido en Elétot, un pueblo sobre el acantilado, en el cantón de Valmont, entre Fécamp y Saint-Pierre-en-Port, y, llegada a Ruán, había conquistado allí entre «las mujeres llamadas galantes» una situación que sus encantos justificaban. Era gordita y un poco baja, lo que le había valido en efecto el sobrenombre que sirvió de título a la novela. En cuanto a la aventura, es muy probable que Maupassant haya adornado sobre un fondo real lo que le contó su tío Charles Cord'homme. Igualmente tomó de la realidad, el marco del hotel *Cygne* en Tôtes, convertido, en el relato, en el hotel del *Commerce* (que él tan bien conocía), y todos los paisajes cuya descripción es de una maravillosa fidelidad.

---

muerte, con complacencia, se ha oído desde el principio de su vida lo que no puede aplicarse más que al fin. Parece ser que tenía dos cosas distintas: un «terreno» hereditario, favoreciendo la evolución, hasta sus más temibles consecuencias y una enfermedad adquirida.

<sup>1</sup> *Cartas inéditas*, p. 108 y 109.

<sup>2</sup> *Sobre el Agua*, el pasaje comienza así: «Pero iba a pagar mi noche sin sueño...», y que es casi literalmente reproducido en *Sueños*.

Detalle curioso que nos ha sido conservado por un periodista ruanés, compañero de Pinchon y de Maupassant, Henri Bridoux: el autor de *Bola de Sebo* se encontraba una noche en el teatro Lafayette, en Ruán, con sus dos amigos que le mostraron a Adrienne Legay, sola en un palco: «La observó ampliamente, con curiosidad, con una prolongada atención, casi emocionado podría decirse; luego nos abandonó y lo vimos, un instante después, entrando en el palco de la dama, la saludaba profundamente, con una reverencia de mosquetero galante, y se sentaba a su lado. Fue ese mismo día, después del teatro, cuando Maupassant y *Bola de Sebo* cenaron juntos cara a cara en el Hotel de Mans. ¿Qué se dijeron? ¿Qué palabras se intercambiaron entre ese delicado, ese refinado, ese escritor, y esa mujer de espíritu ciertamente vulgar, que quizás no conservaba más que un vago y difuso recuerdo de la aventura de antaño, incidente olvidado de su vida amorosa?»

Una leyenda, algunas veces repetida, dice que Flaubert colaboró en *Bola de Sebo*. Ésta nace sin duda de las «observaciones de peón» de las que Flaubert habla en su *Correspondencia*. Pero, si su propia tontería no bastaba para refutarla, los textos, hoy publicados: unas cartas intercambiadas respecto del relato entre el maestro y el discípulo, probarían su falta de fundamento, puesto que demuestran, sin refutación posible, que, si ambos hombres hablaron entre ellos del tema, Flaubert no tuvo bajo los ojos más que las primeras pruebas proporcionadas por el impresor. ¿Y además, *La Casa Tellier* y la *Señorita Fifi* (siempre temas de inspiración normandas, advirtámoslo de paso) no iban a demostrar, después de la muerte de Flaubert, que no era con la ayuda de su maestro, ni por un golpe de suerte, como el discípulo había alcanzado también la maestría?

Los críticos «se espabilaron» como había deseado Maupassant; pero fue casi siempre para vapulear, o para arañar, según el vigor de su garra. El volumen había sido puesto a la venta el miércoles 15 de abril<sup>1</sup>. Contenía un breve prólogo en el que destacaban las siguientes líneas provocadoras: «Esperamos todos los ataques, basados en la mala fe y en la ignorancia, de las que la crítica nos ha dado ya tantas pruebas. Nuestra única intención ha sido reafirmar públicamente nuestras verdaderas amistades, y, al mismo tiempo, nuestras tendencias literarias. Médan, 1 de marzo de 1880.»

En *el Figaro* del 19 de abril, Albert Wolff escribía: «Esta pequeña pandilla de jóvenes presuntuosos, en un prólogo de una rara insolencia, arroja el guante a la crítica. Esa arteria está cosida con hilo blanco; el fondo de su pensamiento es: tratemos de hacernos vapulear, eso hará vender el volumen. *Las Veladas de Médan* no valen ni siquiera una sola línea de crítica. Excepto el relato de Zola, que abre el volumen, es absolutamente mediocre.»

Incluso anota en *el Évenement* del 19 de abril de 1880, bajo la firma de Léon Chaperon: «Los señores naturalistas están naturalmente enfebrecidos de vanidad. Acaban de publicar un volumen, *Las Veladas de Médan*. Una veintena de líneas destacan a modo de prólogo. Este prólogo es pura y simplemente una grosería... Debo decir que no me sorprende. Aparte de que ese prólogo está bastante mal hilvanado, es de una inconsciencia tal que debe encantar a los aficionados a la vieja alegría francesa... Y, patológicos o no, quisiéramos que no se encontrasen eternas excusas para los asesinos, las ninfómanas, los jugadores y – sobre todo – para los naturalistas.»

---

<sup>1</sup> Cf. la convocatoria dirigida por Maupassant a Cèard para los envíos del volumen. CÉARD, *loc. cit.* p. 542.

Un mes más tarde, en *Le Temps* (7 de mayo), Le Reobullet quiere conceder poca importancia al desafío del prólogo: «Si esos relatos, añade, tuviesen alguna originalidad, si trascendiesen sobre la banalidad de las producciones contemporáneas, sería placentero y provechoso detenerse en ellos. Por desgracia, la ambición se detiene precisamente en el preámbulo; a despecho del penacho con el que está coronado, el libro es de los más ordinarios. Los jóvenes que se publicitan con el Sr. Zola han heredado su suficiencia, pero no su talento.»

Era precipitarse dando la razón al propio prólogo, previendo la mala fe y la ignorancia... Sin embargo algunos juicios trascendían sobre ese fondo tan negro. Edouard Rod – un debutante, y un amigo, es cierto – definió bastante justamente en Maupassant, su buen humor inalterable y sin amargura al que interesa la tontería y la cobardía humana, su habilidad en descubrir y desvelar las intrigas de la vida corriente, su indiferencia, que es la de un temperamento bien equilibrado, de un hombre sin ninguna sentimentalidad, y que, siendo fuerte, no sufre de la vida, ni la encuentra hermosa ni fea, y la toma tal como es. Y, para concluir su artículo del *Voltaire* (20 de abril), añade: «La unión de esos jóvenes escritores muestra la fuerza; sin ninguna duda inquietará a los adversarios apasionados del naturalismo, aquellos que lo denigran en lugar de comprenderlo, que se rien sin haberlo estudiado. Aquellos que, al contrario, se interesen en el movimiento moderno, saludarán con placer su obra colectiva, llena de promesas y ya de realizaciones.<sup>1</sup>»

Pero, para Richepin (*Gil Blas*, 21 de abril de 1880), Maupassant es un poeta, perdido entre esos prosistas, «extraviado en Médan». Profetiza el éxito que espera a la recopilación *Unos Versos*, y saluda ese empuje de nueva

---

<sup>1</sup> *Bola de Sebo*, edición Conard, p. 125 y sig.

poesía, sensual y vibrante, de un «orgullo y robustez varonil, pariente de Flaubert [¡todavía!], digno de esa raza normanda sana y digna también del gran escritor del que se reivindicaban los naturalistas como el cerdo se reivindicaría de San Antonio<sup>1</sup>».

Esta broma va a volver a surgir: innumerables son entonces las resonancias de aquellos a los que llaman «la cola de Zola»- y, por esa especie de antonomasia, los reporteros quieren evidentemente dar un golpe triple: alcanzar junto al maestro de Médan, a sus discípulos y al autor de *La Tentación de San Antonio*.

Pero, tres años más tarde, en ese mismo *Gil Blas* en el que había aparecido el artículo de Richepin, Théodore de Banville, adelantándose al juicio de la posteridad, exclamará: «Para ser sincero, todo está ahí; no hay otra regla, no hay otra poética, y todos los fárragos que dicen lo contraria han mentido. ¡Oh! cual fue la encantadora, feliz y reconfortante sorpresa de los lectores cuando lo vieron llegar exento de toda afectación y de toda mentira, no buscando más que dar a las personas unas bujías por linternas, o a hacerles ver en pleno mediodía treinta y seis candelas. No se dejará de releer esta *Bola de Sebo* en la que usted ha mostrado la fealdad del Egoísmo Humano, sin dejarse seducir por las sirenas de la antítesis y sin caer en la tentación de hacer de su heroína un figura sublime.<sup>2</sup>»

### III

El domingo 28 de marzo de 1880, quince días antes de la salida a la venta de *las Veladas de Médan*, Guy de Maupassant ayudaba a Flaubert a recibir a sus amigos

---

<sup>1</sup> Este artículo ha sido reproducido en *Les Martes*, n° del Cincuentenario de *las Veladas de Médan*, 1930.

<sup>2</sup> 1 de julio de 1883.

Edmond de Goncourt, Émile Zola y Gustave Charpentier, llegados a Croisset a pasar las fiestas de Pascua.

En el tomo sexto de su *Diario*, Goncourt consigna las impresiones que le han dejado esa visita: «Maupassant viene a buscarnos en coche a la estación de Ruán, y henos aquí recibidos por Flaubert, en bata, con su grueso vientre tras los pantalones a plieges, y su afectuoso rostro.»

«Su propiedad era realmente muy bonita. Ese inmenso Sena, sobre el cual los mástiles de los barcos, que uno no ve, pasan como en el fondo de un teatro; esos grandes árboles de formas atormentadas por los vientos marinos; ese parque; ese largo paseo-terrazza a plena mediodía, lo realzan como un auténtico domicilio de hombre de letras, – tras haber sido la vivienda de Flaubert, en el siglo XVIII, la casa conventual de una hermandad de benedictinos<sup>1</sup>»

«La cena es excelente; hay una salsa a la crema de rodaballo, que es una maravilla. Se beben vinos de todas clases, y la velada se pasa contando historias, que hacen estallar a Flaubert en esas risas que tienen un matiz de las risas de la infancia. Se niega a leer su novela<sup>2</sup>. Ya no puede más, está cansado. Muy temprano nos vamos a acostar en unas habitaciones amuebladas con bustos de familia. Al día siguiente, nos levantamos tarde, y nos quedamos en la casa charlando, declarando Flaubert el

---

<sup>1</sup> Una controvertida leyenda, dice que el abad Prévost habría escrito allí *Manon Lescaut*.

<sup>2</sup> *Bouvard y Pécuchet*, de la que Flaubert había acabado la primera parte – la única que fue publicada, el resto quedó en estado de boceto.



paseo como algo inútil. Luego almorzamos y partimos<sup>3</sup> ...»

Esas cortas vacaciones de Pascua, en compañía tan selecta, debían ser rápidamente seguidas del más doloroso de los duelos; apenas han aparecido *las Veladas de Médan*, apenas Maupassant había podido disfrutar de la alegría del triunfo en el que la crítica había desempeñado el papel de esclavo, murmurando al oído del triunfador: *hominem memento te esse*, cuando conoce de súbito la muerte de su maestro.

Nada la había hecho prever. Las últimas semanas habían estado totalmente llenas de una correspondencia de lo más activa, intercambiando impresiones con respecto a *las Veladas de Médan* y a la antología *Unos Versos*, que estaba aún en imprenta en la editorial Charpentier. Flaubert había rogado a Guy que le enviase todos los artículos de la crítica sobre *Bola de Sebo*<sup>1</sup>. Se ocupaba de ese libro más de lo que nunca había hecho con los suyos: «He vuelto a leer *Bola de Sebo* y mantengo que es una obra maestra. Trata de hacer una docena igual y serás un hombre. El artículo de Wolff me ha llenado de gozo. ¡Oh, qué eunucos!<sup>2</sup>» La intimidad entre el maestro y el discípulo – una camaradería paternal – les resultaba a ambos deliciosa porque les ofrecía un

---

<sup>3</sup> *Diario* de los Goncourt, VI, 109.- Cf. también *Correspondencia* de Flaubert, Carta a su sobrina, de fecha 27 de marzo de 1880: «Mi recepción de mañana será ¡gigantesca! Todos mis colegas aceptan. No solamente cenarán, sino que dormirán aquí; y su alegría por esas pequeñas vacaciones es tal, que las mujeres están escandalizadas. He invitado también a Fortin [su médico], a quién se lo debo, según la Srta. Julie [su vieja sirvienta]. He tomado, para ayudar a Suzanne, a Clémence y al tío Alphonse para servir. La comida, espero, será buena. ¡No dejaré de reinar la más franca cordialidad! »

<sup>1</sup> Carta del 25 de abril de 1880, a Guy de Maupassant.

<sup>2</sup> Carta del 20 o 21 de abril de 1880. En esta misma carta, Flaubert habla del brusco cambio de opinión de la Sra. Brainne y Lapierre, que, tras haberse escandalizado con *Bola de Sebo*, se declaran encantados – sin duda tras haber constatado el éxito de Maupassant entre sus iguales.

refugio en el qué abrigarse de las miserias presentes; Flaubert encontraba allí un resurgimiento de su pasado más querido, como si Le Poittevin le hubiese sido devuelto; Maupassant tomaba el magnífico ejemplo de las virtudes literarias más nobles y de las cualidades del corazón más humanas, las más simples. Cómo leer sin emoción, después de cincuenta años, esa nota, la penúltima sin duda que Maupassant recibió de Flaubert, y que lleva la fecha del 25 de abril de 1880:

« Mi jovencito,

«Tienes motivos para quererme, pues tu viejo te quiere. He leído de inmediato tu volumen<sup>1</sup> del que ya conocía sus tres cuartas partes. Lo volveremos a ver juntos. Lo que me gusta, sobre todo, es que es personal. ¡Nada esnob! ¡Ninguna pose! Ni parnasiano, ni realista (o impresionista, o naturalista).

«Tu dedicatoria ha evocado en mí todo un mundo de recuerdos<sup>2</sup>: tu tío Alfred, tu abuela, tu madre; durante algún tiempo, he tenido el corazón encogido y una lágrima en los párpados... ¡Estoy estupefacto con los panégyricos de Duranty! ¿Qué le va a suceder al «barón Taylor»? Cuando vengas a Croisset, recuérdame que te muestre el artículo de este excelente Duranty sobre *Bovary*<sup>3</sup>. Hay que conservar esas cosas. Sarah Bernhardt

---

<sup>1</sup> *Unos Versos*.

<sup>2</sup> Maupassant escribió esta dedicatoria: «A Gustave Flaubert, al ilustre y paternal amigo al que amo con toda mi ternura, al irreprochable maestro al que admiro entre todos.»

<sup>3</sup> DURANTY, muerto en 1880, fue con CHAMPFLEURY, el creador del realismo. Funda una revista, bajo el título *El Realismo*. El 15 de marzo de 1857, antes incluso de que *Madame Bovary* fuese publicada en volumen, hizo aparecer en dicha revista un artículo de una insigne malevolencia sobre Flaubert, cuya obra le parecía «sin emoción, ni sentimiento, ni vida» y era calificada de «aplicación literaria del cálculo de probabilidades». – El barón TAYLOR, fundador de sociedades filantrópicas, había muerto el año anterior y la prensa había hablado ampliamente de él en ese momento.

es «una expresión social». Mira *La Vie Moderne* de ayer, artículo de Fourcaud<sup>1</sup>. ¿Dónde se detendrá el delirio de la estupidez?»

Lo cargaba de trabajos de investigación para su «infernial libro», de visitas y de recados, y Guy sentía en su realización un auténtico placer. El 27 de abril, en casa de los Lapiere, se festeja San Policarpo con una pompa inusual. Maupassant, retenido en París, no puede tomar parte en el festín. Pero, al menos, contribuye a la diversión de su maestro. Y, entre los papeles de Flaubert, en la documentación que lleva en el sobre el nombre del santo obispo de Esmirna, elegido como patrón por el novelista, hemos encontrado algunas piezas cuya escritura – aunque sabiamente disimulada – no deja lugar a dudas sobre su autor. Fue Maupassant quién escribió esta carta, firmada Ménesclou, el «monstruo de Grenelle», que había violado, asesinado y quemado a una chiquilla:

«Señor, estoy apurado, y si usted me presta su ayuda, tal vez escape a la infame magistratura. Sé que pensamos de igual modo, y es por eso que le escribo – Usted vive retirado, oculto a todos, ese es el asunto. Déme protección, – No se me encontrará en su casa. Yo le ayudaré a escribir su novela, puesto que es en esa parte en la que usted trabaja: y si alguien lo molesta, yo me encargo.

«Lo saludo.

MÉNESCLOU

alias: el monstruo de Grenelle.

---

<sup>1</sup> Publicado en 24 de abril de 1880, respecto a la representación de *El Aventurero* de Émile AUGIER, con Sarah Bernhardt en el papel de Doña Clorinda.

«P.D. Sobre todo no se preocupe por las personas que lo molesten. Yo me ocuparía a cambio de nada.

Suyo,

MÉNESCLOU

Fue Maupassant quién escribió esta nota:

«PINARD

*Antiguo Ministro*

Ruego al Sr. Gustave Flaubert aceptar la expresión de su arrepentimiento más sincero con ocasión de San Policarpo.<sup>1</sup>»

Y es aún Maupassant quién escribía la «carta del cerdo»:

« † Ilustre Santo †

«desde que usted ha escrito un libro sobre mi patrón san Antonio, el orgullo lo ha echado a perder y se ha vuelto insoportable – es peor que un cerdo, con el respeto que me debo – No piensa más que en la fama y en un montón de tropelías – Me hace proposiciones obscenas muy desagradables, y en resumen, yo no puedo quedarme con él, y vengo a pedirle si usted me puede acoger.

«Haré lo que usted quiera, incluso cerdadas,

«Soy su humilde servidor

«EL CERDO DE SAN ANTONIO,

---

<sup>1</sup> Se sabe que Ernest Pinard, entonces sustituto del Procurador imperial, pronunció el 31 de enero de 1857, en la audiencia de la Cámara correccional presidida por Dubarle, una requisitoria cuya hipócrita severidad produjo la condena de Flaubert, procesado por ultraje a las costumbres con ocasión de la publicación de *Madame Bovary* en la *Revue de París*.

Y fue Robert Pinchon quién, bajo su seudónimo de La Tôque, y recordando, como si fuese ungido de un título nobiliario, el papel representado en *La Casa Turca*, dirige, en nombre de la corporación, sus votos a San Policarpo-Flaubert<sup>1</sup>.

De este modo, Maupassant se sentía cada día un poco más estrechamente ligado a Flaubert. Veía con gozo a su viejo maestro recuperar una alegría que, desde hacía tiempo, había huido del hogar solitario de Croisset. Maupassant era para Flaubert más que un hijo, pues es raro que los hijos, según los lazos sanguíneos, se apliquen a recoger la herencia del espíritu, preparándose en tomar, llegado el momento, la llama que les pasarán las manos desfallecientes. El éxito de Guy es su última alegría. Él no sabe que la muerte lo acecha solapadamente mientras escribe – el 3 de mayo, y muere el 8 – : «La próxima semana, traeme la lista de los idiotas que hacen reseñas diciéndose literarias en los periódicos. Entonces, dirigiremos a ellos «nuestras baterías». Pero recuerda siempre esta máxima del buen Horacio: *Oderunt poetas...* ¿Ocho ediciones de *Las Veladas de Médan*? *Los Tres Cuentos* han tenido cuatro. Me voy a celar. Me verás al comienzo de la próxima semana.»

¿Celoso, él? Feliz, y orgulloso, sí. No sabe que no volverá a ver a su más querido discípulo – pero éste supo que él había dicho con resignación su *Nunc dimittis*.

La noticia fue para Maupassant – como para Edmond de Goncourt, como para todos sus amigos –

---

<sup>1</sup> Pierre DUFAT, en el *Figaro* del 28 de enero de 1933, luego en el *Mercur de France* del 15 de febrero de 1933, publicó estas cartas, que habían sido recopiladas por el Sr. Pierre Lambert, con motivo de una exposición sobre Flaubert por él organizada en su curiosa librería «Casa Durtal»

brutal, inesperada. Volvemos a encontrar, en el *Diario* de Goncourt, apenas dos páginas después de aquellas donde se leía el relato de las Pascuas normandas, en Croisset: «¿Va usted a ir del domingo a casa del Sr. Flaubert? acababa de preguntarme Pélagie, cuando la pequeña puso sobre mi mesa un telegrama que contenía estas dos palabras: ¡*Flaubert muerto!*... ¡Oh! Durante algún tiempo, me invadió un trastorno y no sabía lo que hacía. He sentido como un lazo, en ocasiones flojo, pero inextricablemente anudado, que nos ataba secretamente el uno al otro. Y recordaba con una dolorosa emoción la lágrima temblorosa al borde de una de sus cejas, cuando Flaubert me abrazaba diciéndome adiós, en el umbral de su puerta, hacía algunas semanas.<sup>1</sup>»

Maupassant recibe, aún esta vez, a los amigos que van a tomar el camino de Croisset, en el umbral de la casa cuyos postigos están cerrados, pues él se ha adelantado para rendir al muerto tan querido los últimos deberes: «Jamás hijo alguno se muestra tan afligido por la muerte de su padre»— escribe muy justamente Pierre Borel.

Y he aquí que se le confía una dura misión: Laporte, el amigo al que Flaubert llamaba su «hermana de la caridad», Laporte cuya abnegación le había valido el regalo del manuscrito de *Tres Cuentos*, con una exquisita dedicatoria – había acudido desde Nevers para abrazar a su viejo compañero derribado. Desde hacía algunos meses, *ingratas maquinaciones*<sup>2</sup> habían separados a los dos viejos amigos. Maupassant fue encargado por la familia de rechazarlo. Él cumplió, a su pesar, con el inhumano encargo. Lo hizo con todos los miramientos inspirados por los sentimientos de amistad

<sup>1</sup> *Diario* de los Goncourt, VI., p. 113.

<sup>2</sup> Las palabras son de Lucien Descaves, muy bien informado sobre esos incidentes.

que lo unían al propio Laporte. A veces se ha referido este incidente en unos términos que lo desnaturalizan completamente. Es necesario restablecer la verdad<sup>1</sup>.

El martes 11 de mayo, por la mañana, Maupassant sigue al féretro de Flaubert. El cortejo toma el zigzagueante camino que lleva a la iglesia parroquial de Canteleu. Daudet, Edmond de Goncourt, Zola, Charpentier están allí, como seis semanas antes, en el día de Pascua. A sus pies el admirable paisaje que encantaba a Goncourt, el largo río presenta su bucle, y sus aguas espejean al sol. Al fondo del decorado, se extiende la ciudad, gris y azul, con las altas naves de sus iglesias, sus

---

<sup>1</sup> En las *Cartas Inéditas de Maupassant a Gustave Flaubert*, Pierre BOREL escribe (p. 130): «Ocurrió allí un incidente que me contó la Sra. Franklin-Grout: «Después de haber sido considerado como el mejor de los amigos, «el buen L...»había un día traicionado a su ilustre amigo. Guy de Maupassant conocía ese detalle. Cuando L... se presentó en la villa de Croisset para ver una última vez al gran escritor, Guy de Maupassant se mostró inflexible y dio la orden de no recibirlo.»

El «buen L...» no lo había traicionado en absoluto, y fue más bien a él a quién se le traicionó, aprovechándose del alejamiento en el que le mantenía su puesto de inspector de Trabajo en Nevers. ¿La razón? Una nota de René DESCHARMES al pie de una carta fechada el 7 de diciembre de 1879, y dirigida por Flaubert a su sobrina, la Sra. Commanville, lo indica claramente. He aquí el pasaje al que se refiere la nota de Descharmes: «Cómo me gustaría que el asunto M... se solucionase y que se hubiese pagado a F... (se trata de un acreedor de la quiebra de Commanville). Ese es un peso que tengo sobre el estómago. ¿Cuándo podré liberarme? Continué con frecuencia pensando en mi ex amigo Laporte; he aquí una historia que no he engullido fácilmente.» En este pasaje, Descharmes añadió un comentario: «Este párrafo, publicado por la *Revue de Paris* del 1 de diciembre de 1906, desapareció de las ediciones posteriores. La Sra. de Commanville añadía allí esta nota: «Habían surgido unas dificultades entre el Sr. Laporte y mi marido, respecto a unos asuntos. El Sr. Laporte temía que lo obligasen a pagar unas letras del banco que él había avalado. Esa fue la causa entre mi tío y él, de un enfriamiento que acabó en una ruptura.» Esta explicación, continuaba Descharmes, no debe ser aceptada más que con las más estrictas reservas; la verdad y más bien las «ingratas maquinaciones» de las que ha hablado Lucien Descaves, y la ingratitud no era del lado de Laporte, ni de Flaubert

Eso está muy claro y permite afirmar como la buena fe del Sr. Pierre Borel ha sido sorprendida: cerca de cincuenta años habían pasado desde la muerte de Flaubert; pero la ingratitud es un sentimiento vivo...

innumerables torres, que hacen cortejo a la orgullosa flecha de la catedral. Simétricamente, sobre la orilla izquierda, el barrio Saint-Sever dirige hacia el cielo las chimeneas humeantes de las fábricas. Entre la ciudad y el barrio, se hunde el puerto, animado con el movimiento de los barcos, hasta el elegante y fino arco del Puente Suspendido. A lo lejos el acantilado calizo del Buen Socorro corta el horizonte como una pared blanca. En cada curva, el panorama se agranda; aparece el bosque de Roumare, hasta la lejanía, en el reciente verdor de mayo, el campanario de pizarra de la vieja iglesia aparece y el cortejo se detiene ante el porche, mientras que los porteadores levantan el féretro.

A partir de ese momento, Maupassant jamás olvidará ese noble paisaje que sirve de marco a esta ceremonia. Ha entrado en su espíritu, se ha grabado allí para siempre y, como un cobre quemado por el buril, dará pruebas de ello. Léase el estudio sobre Flaubert que sirve de prólogo a *Las Cartas de Flaubert a George Sand*<sup>1</sup>, léase el relato titulado *Un Normando*, léase, en *Bel-Ami*, el relato de la visita de Georges Duroy a sus padres, en los alrededores de ese inmenso bosque que daba miedo a Madeleine – ese bosque de Roumare, «uno de los más grandes, uno de los más antiguos de Francia». Vuélvase a leer la primera página de *El Horla*: ese paisaje se repite, a través de la obra de Maupassant, como un tema musical, grave, profundo, armonioso, evocador del país natal en su más grandioso aspecto y que, queda asociado para siempre al recuerdo más doloroso de toda una vida...

Al salir de la iglesia, el cortejo se reorganiza. Es poco numeroso: el viaje es largo, y muchos amigos han encontrado pretextos para ausentarse<sup>2</sup>. Pero muy cerca de

<sup>1</sup> Charpentier, 1884.

<sup>2</sup> Cf. el admirable artículo de Henry CÉARD sobre las exequias de Flaubert en *Le Grand Journal* de 13 de mayo de 1880: «El pobre querido maestro, nos



Maupassant se encuentran los asiduos a las reuniones de la calle Clauzel, los «jóvenes» que, fielmente, iban los domingos a la calle Murillo: Alexis, Céard, Hennique, Huysmans, los colaboradores de *las Veladas de Médan*, y luego con ellos Gabriel Thyébault, y Pol Neveux, y Banville y Coppée. Aquellos vienen desde París; habrían venido desde el otro extremo del mundo, y también lloran... Pero Du Camp no vino. Está oportunamente enfermo. ¿Preparaba ya las frases llenas de animosidad de sus *Recuerdos Literarios*, pensando en el compañero de su juventud, en el Oreste del que él se decía el Pilade y al que debía sin embargo traicionar? «Yo estaba enfermo cuando él murió y la emoción que me ha producido su muerte retrasó mi curación. No he podido tomar lugar tras su ataúd y acompañarlo hasta el «lugar donde duerme». No lo lamento. Si hubiese caminado junto a sus despojos, habría llevado toda nuestra juventud, nuestra vida en común, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestro inalterable afecto, y el peso hubiese sido tan pesado, que quizás me hubiera doblado antes de llegar al final...» No. La hipócrita excusa no hace olvidar la hipócrita insinuación del párrafo precedente: «Insultar a su alma ocultándole como me encontraba, hubiese sido una bobada sentimental de la que mi afecto por él podía sentirse culpable. Se necesita más que la energía de un cojo para ganar el premio de una carrera.» Pues es, por el amigo felón, como el mundo va a conocer los males físicos de los que Flaubert estaba afectado. Y fue Du Camp quién insinuará que la epilepsia «ahoga» las facultades creadoras de Flaubert que, sin ese terrible mal, hubiese sin duda poseído el genio... Pero fue Maupassant

---

había dado cuenta muy bien de los escepticismos, enseñándonos a no asombrarnos de toda cobardía, y tenía razón, puesto que la vileza humana se ha mostrado allí sobre su tumba, a él, quién tanto la había analizado, profundizado, registrado...»

y Henry Céard quienes, con valentía, vengaron al «patrón», del que siguen hoy dolorosamente el fèretro<sup>1</sup>.

Bajo el sol, se llega al cementerio monumental: se revela otro aspecto de la ciudad – aquél que Flaubert ha descrito precisamente en *Madame Bovary*. El cementerio esta «completamente repleto de fragancias de espino» y, ante el panteón donde reposan el padre y la madre del escritor, Ruán extiende el hemiciclo de sus casas «sumidas en una sombra violeta». Después de las últimas oraciones, se estrechan las manos, son dichas palabras consoladoras en voz baja. Se sale del cementerio, y los amigos rodean a Maupassant. Pero el afecto que le testimonian es incapaz de reconfortarlo. Se queda estático. Y sin duda piensa ya en él mismo: «Me gustaría estar muerto si estuviese seguro de que alguien pensase en mi como yo pienso en él<sup>2</sup>...»

---

<sup>1</sup> Los *Recuerdos Literarios* de DU CAMP aparecieron en *la Revue des Deux Mondes* de junio de 1881 a octubre de 1882. Maupassant, tan pronto leyó el artículo de DU CAMP sobre la epilepsia de Flaubert, dirigió al *Gaulois* una indignada carta (*Camaradería, Le Gaulois*, 25 de octubre de 1881, seguida de *Una Respuesta*, el 27). Henry Céard publica en L'Express del 8 de noviembre, bajo el título: *Retratos Literarios: Gustave Flaubert epilèptico*, un artículo que expresaba en términos mordaces su indignación.

<sup>2</sup> Citado por Pol NEVEUX, prólogo a las *Obras completas* de Maupassant (*Bola de Sebo*, edición Conard, p. XXII)

## CAPÍTULO V

### EL PESCADOR DE CUENTOS DE ÉTRETAT

#### I

En una carta fechada el 3 de abril de 1878 y dirigida a su madre, Maupassant, tras haber hablado de su *Venus Rústica*, añade: «La Sra. D. ha escrito a mi padre una carta llena de cumplidos hacia mi persona, pero en la que dice lo siguiente: « ... me gustaría que una hermosa dama con medias de seda, tacones elegantes y cabellos ámbar, le enseñe todo lo que Flaubert y Zola ignoran pese a esa perfección de gusto que conceden la poesía y los poetas eternos, incluso mediante cincuenta versitos, etc... Yo, sabe usted que adoro mi siglo XVII, y el *Gaulois* no siempre me gusta <sup>1</sup>» Encuentro este párrafo maravilloso porque contiene toda la tontería secular de las bellas damas de Francia. La literatura en tacones elegantes, la conozco y no la haría; y no deseo más que una cosa, no tener gusto, porque todos los grandes hombres no lo tienen, e inventan uno nuevo.»

Esta orgullosa declaración de principios se aproximaría a la dedicatoria que Zola, por la misma época, escribió sobre la cubierta del ejemplar de *La Taberna* destinado a Gustave Flaubert:

*A mi gran amigo*

---

<sup>1</sup> Maupassant estaba en ese momento en negociaciones con Tarbé para entregarle unas crónicas.

Pero antes de proseguir, convendría precisar el sentido que Maupassant, Zola y los naturalistas daban a la palabra gusto: la semántica es una parte de la psicología antes que de la filología. En este caso particular, no nos equivocaremos afirmando que hubo en Zola y en todos los de Médan una reacción contra la hipocresía de sus enemigos, que rechazaban reconocer la pureza de sus intenciones. Y gusto, en su opinión, podría perfectamente ser sinónimo de convención burguesa, de estrecho conformismo y, por así decirlo, de lo que nosotros llamamos hoy *esnobismo*. El «gusto» así entendido, varía no solamente con el tiempo y los lugares, sino en el mismo tiempo y en el mismo lugar, con los prejuicios que clasifican a las personas en categorías sociales más claramente separadas que las especies zoológicas. Flaubert había sido una víctima del «gusto» en 1856, y Baudelaire al año siguiente; Maupassant lo iba a ser con *A Orillas del Agua*, algún mes después de haber declarado a su madre su deseo de no tener gusto.

Más tarde, llegado el éxito, iba desde luego a conocer bellas damas con medias de seda, tacones elegantes y cabellos ámbar. Pero, junto a ellas, echaba de menos secretamente a Mosca y sus libres expresiones – secretamente, pues él era demasiado bien educado para cometer una descortesía, pero mantenía, bajo el barniz del hombre mundano, demasiado artista y demasiado independiente para abjurar de su fe, una estética liberada de toda servidumbre hacia la opinión de la clientela.

---

<sup>1</sup> Cf. Léon DEFFOUX, *La Publicación de La Taberna*, p. 77 (Malferre).

Ha podido parecer que, en un determinado momento, bajo la influencia de la enfermedad – los maliciosos lo han dicho en la embriaguez del éxito y del dinero rápidamente ganado – que fue tomado por el torbellino mundano, sediento de “chic”, como se decía entonces – y él, hasta el momento tan sencillo, comportarse como un advenedizo. ¡Pero las anécdotas cuentan más, en la historia literaria, que las obras dejada por el escritor! Léanse los relatos de esos años mundanos, vuélvase a leer igualmente las novelas de esa «segunda etapa» de Maupassant – *Mont-Oriol*, *Fuerte como la Muerte*, *Nuestro Corazón* – y obsérvese como no ha perdido nada anexionando a su dominio los salones de moda, el gabinete de Michèle de Burne, el picadero de André Mariolle o el taller de Olivier Bertin.

Mantiene el mismo método. No es aún el momento de examinarlo; pero, como estamos ante el Maupassant en plena maestría, y tal como va a permanecer hasta el momento en el que el mal lo derribe, debemos investigar las razones de esta sorprendente unidad. Y lo haremos a través del examen de sus obras para descubrirlas.

Durante algunos años, como Flaubert en Croisset, él va aislarse, vivir para su trabajo. Primero en la calle Clauzel, luego cuando los primeros éxitos y el dinero se lo permitieron, prosigue su perseverante labor en la calle Dulong, 83, en los Batignolles, en un apartamento más confortable y mas amplio. Uno se queda estupefacto del resultado. Y todavía, a los cuentos recopilados en volumen, a las novelas, se añaden las crónicas proporcionadas cada semana al *Gaulois* (donde la publicación de *Los Domingos de un Burgués de París* comienza el 31 de mayo de 1880, pues Arthur Meyer le había contratado en su periódico desde el éxito de *las Veladas de Médan*), al *Gil Blas*, un año más tarde, luego al *Figaro* y a *L’Echo de Paris*, artículos de revista, que

no han sido reunidos en volumen y de los que un buen número, sin embargo, ofrecerían bastante interés. Trabaja del mismo modo que iba antes a su oficina. Cierra su puerta a los enojosos, no recibe ninguna visita inopinada y conserva una completa independencia. Vive sencillamente. Ha tomado una cocinera para su servicio, y aprecia los platos bien preparados que ésta le prepara, y que a menudo, en las cenas, unos amigos vienen a compartir. Pero no recibe demasiado, o al menos no ofrece grandes cenas, como organizará más adelante en la calle Montchanin, y que servirá François.

Pues abandona la calle Dulong para estar más cerca, ya que la distancia – moral – que separa los Batignolles de la aristocracia ubicada en Malesherbes es enorme. En la calle Montchanin, Louis Le Poittevin, su primo, hace construir un palacete y Maupassant ocupará la planta baja en 1884. De allí se mudará al nº 14 de la avenida Victor Hugo, luego finalmente al nº 24 de la calle Bocador – pues en París también, su vida será una vida errante<sup>1</sup>...

Fue una noche en la calle Clauzel, inmediatamente después de *Bola de Sebo*, cuando Maupassant participó a sus amigos de un descubrimiento que había hecho en Ruán. Le gustaba perderse por las pequeñas calles de mala fama del puerto – esas calles en las que cada casa abriga un mal lugar, y que, cayendo la noche, se iluminan y animan de un modo tan extraño. Los ruaneses dan un rodeo para no pasar por allí, e incluso evitan pronunciar el nombre de una de ellas, tan famosa como la calle Bouterie de Marsella. Ahora bien, un día después de haberse paseado por ese barrio sórdido, Maupassant habló por la noche con Charles Lapierre, el director del *Nouvelliste*. Y éste le dijo que una de las casas de la calle

---

<sup>1</sup> Cf. PETIT BLEU y Pierre BOREL. *Nouvelles Littéraires*, 18 de enero de 1930.

de los Cordeliers había estado cerrada durante varios días y que en la puerta podía leerse, durante esas pequeñas vacaciones, una nota manuscrita conteniendo estas palabras:

« *Cerrado con motivo de una primera comunión.*<sup>1</sup> »

Mientras refiere la historia a sus amigos, Maupassant añade, una vez terminado el relato:

–Bonito tema de relato, ¿verdad?

Pero todos exclaman:

–¡No, tema imposible!

Sonríe, no dice nada y, por una apuesta, una vez que se despide de sus amigos, se pone a trabajar.

Tardó un año aproximadamente para componer la antología que lleva como título *La Casa Tellier*. Cuando vio a Jules Lemaître en Argel, no había todavía logrado dar a su relato una forma que le resultara satisfactoria, pues le dijo que trabajaba en él aún – y, sobre un resumen demasiado sucinto del tema, Lemaître, como los amigos de la calle Clauzel algunos meses antes, creyó que se trataba de una broma. Luego, reflexionando:

– He aquí, se dijo, evidentemente un muchacho muy satisfecho de haber imaginado esta antítesis. Qué astuta, puedo verlo desde aquí, su maquinación: mitad *La ramera Elisa*, y mitad la *Falta del abad Mouret*. ¡Esperaré para leerle cuando haga menos calor!

«Que miserable había sido, confiesa Lemaître. Ese relato, era *La Casa Tellier*.<sup>2</sup>»

---

<sup>1</sup> Edmond de GONCOURT (Diario, IX, p.234) dice saber por Toudouze que fue Hector Malot quién da el tema del relato a Maupassant, y que éste estropea el final, terminando con una fiesta, «mientras que la patrona había dicho a las mujeres: «¡Y esta noche, a camita completamente solas!» Pero Pinchon desmiente esta información (Cf. MAYNIAL, *loc.cit.* p. 125)

<sup>2</sup> Jules LEMAÎTRE, *Los Contemporáneos*, V, 3.

¿Maupassant estuvo tentado a desarrollar la escena en Ruán? Las calles de mala fama del puerto le proporcionaron un decorado a pedir de boca; pero si comenzó así, – como lo creía Pinchon, que hace años me contó sus recuerdos, – no tardó en comprender que el relato ganaría mucho más desarrollándose en una pequeña ciudad. Allí tomaría un carácter más amable, más íntimo, que lo haría más verosímil – pues la observación de Boileau no ha dejado de ser justa. Y, al igual que traslada la escena a Fécamp, – ese Fécamp que él conocía tan bien desde su infancia, – localiza en un pueblecito del Eure la primera comunión que, en realidad, había tenido lugar muy cerca de Ruán, en Boisguillaume. De ese modo tuvo la oportunidad de escribir la escena del viaje en ferrocarril, una de las mejor conseguidas del cuento.

Sorprendemos allí, como en *Bola de Sebo*, su estilo. Es el de Flaubert en *Madame Bovary*, el que resumirá con una frase en el epígrafe de *Una Vida: la humilde verdad*. De la vida toma el tema, la anécdota. De la vida toma los personajes, observados en el detalle de su existencia cotidiana, hasta en sus tics. A la vida pide la atmósfera en la que se mueven esas personas; y a la realidad pide el decorado que pinta fielmente, minuciosamente, eligiendo cada matiz de color. Pero, si todo está tomado de la vida real, ¿qué aporta entonces el artista? Lo que consigue Rembrandt en la *Lección de anatomía*, en *Los Síndicos de los pañeros*, en *La Tabla del Carnicero*: la composición, la elección de los medios, la eliminación de lo inútil, el agrupamiento de los detalles y su distribución tan perfecta que un casi nada destruiría el equilibrio y cambiaría irremediabilmente los valores. Léase *Bola de Sebo*, *La Casa Tellier*, *El papá de Simon*, *Historia de una moza de granja* – todos esos relatos de la primera antología, léanlos atentamente, haciendo un



esfuerzo para resistir a su encanto, como si buscasen en desmontarlos para percibir su más íntima estructura. Quedarán sorprendidos de la prodigiosa habilidad de este arte, de la seguridad de los medios empleados, de la habilidad que no es visible en ninguna parte, seguridad que no aparece más que mediante la reflexión, tanto los acontecimientos se suceden con lógica y tanto el relato parece el reflejo exacto de la vida.

Al igual que Flaubert, él observa, interroga, deja a sus amigos contribuir. Así, fue Tourguenieff quién le aconseja hacer cantar el *Rule Britannia* a los marineros ingleses de *La Casa Tellier*. Tourguenieff – a quién el volumen será dedicado y que lo hará leer a Tolstoi – se muestra el mejor y el más atento de los amigos: se diría que el «moscovita» tiende a volcar sobre el discípulo todo el afecto que lo unía a Flaubert. No hay ningún atisbo de interés en lo que le da. Y ejerce sobre el talento de Maupassant una cierta influencia, pero de la que no se duda. Su estética es la que Maupassant adopta – tan próxima a la de Flaubert, pero más «a la izquierda» como se diría en política. Es la «loncha de la vida», sin hilillos, sin combinaciones dramáticas y sabias, sin demasiadas rebúsquedas de estilo (en lo que ella se separa de la poética flaubertiana y de la pura doctrina del Arte por el Arte). El Tourguenieff de las *Aguas Primaverales* – esa admirable novela – es el Maupassant de *Una Vida*<sup>1</sup>.

El 15 de febrero de 1881, *La Nouvelle Revue* publicaba *En familia*; fue gracias a Flaubert que conoció a la Sra. Adam, pero ésta, solicita con el autor de *Bouvard y Pécuhet* (del que iba a publicar la novela), no se mostraba muy entusiasmada en acoger al discípulo. Y

<sup>1</sup> Sobre las relaciones de Tourguenieff y Maupassant, cf. E. HALPÉRINE-KAMINSKY, *Ivan Tourguenieff según su Correspondencia con sus amigos franceses* (p. 269-276). París. Charpentier-Fasquelle, 1901. Se encontrará, p. 268-269, el relato de la visita de Tourguenieff a Tolstoi para llevarle *La Casa Tellier*.

el éxito de *Bola de Sebo*, más que la recomendación de Flaubert, fue sin duda lo que la decide en presentar *En familia* a sus lectores<sup>1</sup>. Tourguenieff, de inmediato, leyó el relato y felicita enseguida a Maupassant: él está feliz; *Bola de Sebo* no es más que el extremo de la llama de un fuego de paja<sup>2</sup>.

El argumento de *En familia* estaba tomado de la observación de las personas mediocres, humildes funcionarios frecuentados durante siete años en el ministerio de la Marina y del que da en Caravan un retrato de un realismo minucioso: «El señor Caraván, funcionario principal en el ministerio de Marina, llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas desde hacía treinta años marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer... Y penetraba finalmente en el Ministerio, a la manera del reo que se constituye en prisión. Una vez dentro, se dirigía con paso rápido y corazón desasosegado a su despacho temiendo siempre encontrarse con una reprimenda motivada por cualquier posible negligencia suya...»

El Sr. Caravan, es, en muchos rasgos, el Sr. Folantin, el protagonista de Huysmans, el cuál «durante la jornada se había encontrado mal: desde la mañana,

---

<sup>1</sup> Fue en junio de 1878 cuando Flaubert es solicitado por la Sra. Adam como colaborador de *la Nouvelle Revue* que ella funda en ese momento. El 25 de octubre del año siguiente, Flaubert escribe a la Sra. Adam para pedirle publicar la *Venus rústica*. En una carta fechada el 2 de diciembre de 1879, Maupassant informaba a Flaubert del resultado de su visita a la Sra. Adam, que le había devuelto su manuscrito y aconsejado, para ser publicado, a «trabajar de ahora en adelante en el espíritu de la casa».

<sup>2</sup> Cf. HALPÈRINE-KAMISKY, *loc. cit.*, p. 273

veía todo negro; el jefe del despacho en el que era funcionario desde hacía veinte años, le había reprochado, sin ninguna cortesía, su llegada más tarde que de costumbre...» Pero el Sr. Folantin es soltero, y el drama de su vida se confunde con la miseria del hombre que, las tardes de invierno, debe «dejar su caliente despacho, para correr al exterior, cenar de restos, los pies helados, y regresar a una fría habitación.» El Sr. Caravan está casado – se ha casado sin dote, con la hija de un colega, y «todas las noches, mientras cenaba, le daba ocasión para exponer ante su esposa, que compartía sus rencores, los irrefutables argumentos que demostraban la iniquidad que suponía desde todo punto de vista el dar puestos en París a unas gentes cuyo puesto estaba en el mar.»

Pequeñas personas, pequeñas miserias, pequeñas preocupaciones... Y en ese medio tan bien pintado, un drama: una anciana, a la que se creía muerta, resucita y deja en el más grande estupor a sus herederos demasiado apresurados en repartirse sus muebles. Y Caravan, hundido, piensa en el ministerio al que no ha podido acudir, y se pregunta: ¿Qué voy a decirle a mi jefe?»

La humilde verdad... Aquí todavía, todos los detalles la iluminan. Nada que no sea auténtico, humanamente real. Ninguna digresión psicológica: los gestos y las acciones explican no solamente los pensamientos de los personajes, sino que aún ponen al descubierto lo más profundo y oscuro de sus almas: la anciana madre de Caravan acaba de morir – o, al menos, se la cree muerta:

«Caravan se dejó caer vez sobre la cama, se revolcó, casi berreó; su mujer, entre tanto, sin dejar de lloriquear, hacía lo necesario. Acercó la mesa de noche, la cubrió con un paño blanco, colocó encima cuatro velas, las encendió, sacó de detrás del espejo de la chimenea un manojo de boj que estaba allí colgado, lo colocó en

medio de las velas sobre un plato y llenó éste de agua clara, a falta de agua bendita. Cruzó por su cabeza un pensamiento, y *cogiendo un pellizco de sal lo echó en el agua, imaginando sin duda que así suplía la bendición. Cuando terminó de ejecutar aquel simbolismo, inseparable de la Muerte, permaneció en pie, inmóvil...*»

Esos son los hallazgos, simples, justos, precisos, que hacen las obras maestras.

Hay otro relato, igualmente repleto de idénticos méritos, como *la Historia de Una Moza de Granja*, que apareció en la *Revue bleue* del 26 de marzo de 1881. Con Rose y Jacques, regresamos a Normandía. Desde las primeras líneas del relato, se establece el decorado, y aunque no sentimos «los olores del corral, las tibiezas fermentadas del establo », en el silencio abrumador de un mediodía de verano, podemos oír el tic-tac del reloj con el pesado péndulo de cobre, y, en el cercado, el canto de los gallos, al que responden, a los lejos, en todas las granjas, otros cantos. Descripción minuciosa todavía, pero de la que ningún detalle es inútil: esa tibieza del aire, esa alegría de los animales embriagados de sol, ese potro que trota alrededor de los fosos y se detiene bruscamente, sorprendido de estar solo, nos explican la languidez que invade a Rose y la lleva bajo el pajar, donde se adormece encima de una bala de paja, y donde va a comenzar «la eterna historia del amor», y la eterna decepción – consolada por la maternidad, avivada por las añoranzas, suavizada por el tiempo. Y cuando el Patrón Vallin se casa con Rose, su criada, y adopta al hijo, el bastardo dejado por Jacques, nosotros no nos asombramos. ¿El patrón Vallin ha actuado por generosidad o bien por cálculo? - ¿Es bueno o despreciable? preguntaba Diderot. Maupassant responde: es un hombre.

Es desde fuera, desde el exterior, como nos muestra los resortes que mueven nuestras pasiones. No se detiene jamás en la explicación de un mecanismo demasiado complicado. Procede mediante la descripción y el análisis de los propios movimientos, y si bien, relaciona de ese modo los efectos a las causas, nunca recargar su relato ni lo obstruye de demostraciones menos convincentes que el simple y natural encadenamiento de los hechos.

*El papá de Simón* también es una historia de adopción de un niño, pero contada de otra manera. El tono también es familiar; los hechos hablan con la misma elocuencia; pero esta vez es el niño – Simon – es el que brilla en la escena y la madre queda relegada a un segundo plano. Lo patético es más directo, el efecto más seguro. Con menos destreza, menos sinceramente tratado, el tema correría el riesgo de producir un cuento lacrimógeno al gusto de las almas sensibles. Maupassant, con su instintiva seguridad, supo evitar el escollo. Lo hace real, sin intervenir en el relato, conducido según el método objetivo.

Los demás relatos recogidos en la antología, y que datan del mismo años, tienen en común que fueron inspiradas por sus recuerdos de su época de remero. Maupassant, cuatro o cinco años antes, pensaba ya en contarlos en un volumen que titularía *Grandes Miserias de Personas Sencillas*<sup>1</sup>. Son cuatro: *En Primavera*, *Un día de Campo*, *Sobre el Agua*, *La Mujer de Paul*. Hay mucha melancolía bajo la ironía y la alegría de los dos primeros, dos historias de mal casadas, lamentables en el fondo, y cuya filosofía puede resumirse por las palabras de uno de los protagonistas de la primera:

« Piensa uno que se ha de vivir dichoso al lado de una mujer. Y en cuanto la encuentra se casa con ella. Y,

---

<sup>1</sup> Carta de Maupassant a su madre, 6 de octubre de 1875 (Bola de Sebo, edición Conard, p. CXLII)

una vez casados, ella se dedica a insultarnos desde la mañana a la noche, es incapaz de comprender nada, lo ignora todo, no acaba nunca de cotorrear, canta a voz en grito la canción de Musette-la canción de Musette, que es una tabarra, riñe con el carbonero, cuenta a la portera las intimidades del hogar, se confiesa con la criada del vecino a propósito de los secretos de alcoba, desacredita a su marido en las tiendas en que hace sus compras habituales y anda siempre con la cabeza atiborrada de cuentos tan majaderos, de creencias tan idiotas, de opiniones tan grotescas y de prejuicios tan fabulosos, que siempre que hablo con la mía, caballero, acabo echándome a llorar.»

*Sobre el Agua* nos revela un nuevo aspecto de Maupassant y que lo asemeja a Edgar Allan Poe: el pintor de lo fantástico, de lo alucinante, de lo terrible. El ancla de un bote se engancha en el fondo, y el remero debe pasar la noche sobre el Sena en la niebla; lo asalta el miedo. Por la mañana, un pescador lo oye, se acerca y, uniendo sus esfuerzos, los dos hombres logran subir el ancla que se ha clavado en el cadáver de una anciana que llevaba una gran piedra atada al cuello. *La Mujer de Paul* es un estudio de los celos y de la desesperación experimentada por un hombre cuya amante – una pequeña mujerzuela bruta, apenas hermosa, pero de la que está apasionadamente enamorado – encuentra a Lesbos en la Grenouillère y, prefiriendo el vicio a los amores sanos, abandona a su amante que se suicida ahogándose; y es también una especie de fresco bullicioso, una pintura maravillosamente poderosa de una época y de un medio. La época ya se ha ido; pero el medio, si bien se ha sometido a los cambios que la moda y las costumbres le han imprimido, ha permanecido, pues fue sin duda, *mutatis mutandis*, lo que fue antaño la muchedumbre canalla que se daba placer en las

encrucijadas de Subure, lo que son hoy los habituales bailes negros o los bares de Montparnasse. ¿Esta descripción de Maupassant, no conviene acaso tanto a unos como a otros?: «Pues se huele allí, en plena nariz, toda la escoria de la sociedad, toda la crápula distinguida, toda la podredumbre del mundillo parisiense: mezcla de horteras, de comicastro, de ínfimos periodistas, de hidalgos bajo curadoría, de bolsistas turbios, de juerguistas tarados, de viejos vividores podridos; tropel equívoco de todos los seres sospechosos, conocidos a medias, perdidos a medias, saludados a medias, deshonorados a medias, fulleros, pícaros, alcahuetes, caballeros de industria de traza digna, de aire matamoros que parece decir: «Al primero que me llame bribón, lo rajo.» Ese lugar rezuma estupidez, apesta a canallada y a galantería de bazar. Machos y hembras vienen a ser lo mismo. Flota allí un olor de amor, y se baten por un quitame allá esas pajas, con el fin de sostener reputaciones...» El tema tratado es uno de aquellos que exigen – que exigían sería más justo decir, pues hemos leído, después *La Muchacha de los ojos de oro* – un gran tacto y habilidad.. Con Maupassant, ambas cualidades se alían en el vigor. Como Flaubert, ese artista «impersonal» es un gran moralista.

Cosa curiosa, esa primera colección de relatos publicada por el autor de *Bola de Sebo* ofrece perfectamente una síntesis de todo lo que escribirá a continuación, pudiendo considerarse como un programa. *La Casa Tellier*, representa un género en el que se integran *La Señorita Fifi*, *El amigo Patience*, *La Cama 29*, *El Método de Roger*, *La Querida*, *Salvada*, *La Baronesa*, *Los Veinticinco Francos de la Superiora*, *El Puerto*, y que, si Maupassant hubiese querido clasificar, al igual que Balzac, sus obras por categorías, habrían podido agruparse bajo el título general de *Estudios de*

putas. En *El Papá de Simon* y la *Historia de una Moza de Granja*, Maupassant trata uno de los temas que lo acosaron durante toda su corta vida literaria: el hijo, producto de encuentros fugaces, y que, por remordimiento o consolación, permanece. Cuántas veces lo retomará, con *Un hijo*, *El hijo*, *En los Campos*, *La Herrumbre*, *Noche de Navidad*, *El Pequeño*, *Humilde drama*, *El padre*, *La Martina*, *El Bautismo*, *Reencuentro*, *Adiós*, *El Abandonado*, *Un Parricida*, *El Armario*, *El Sr. Parent*, *Historia Verdadera*, *Se Acabó*, *La Señorita Perle*, *La Confesión*, *La Ermita*, *Rosalía Prudent*, *El Tío Amable*, *Duchoux*, *Divorcio*, *Hautot padre e hijo*, *La Inútil Belleza*, *Mosca* – para desembocar en estas dos obras maestras: *Pierre y Jean* y *El Olivar* (que Taine comparaba con las obras de Esquilo). Examina el problema desde todos los puntos de vista, lo trata bajo todos sus aspectos y maneras, cómica o dramáticamente, pero en todo caso estuvo acosado por él.<sup>1</sup>

Con *La Mujer de Paul*, Maupassant aborda el estudio de otro gran tema, tema difícil pero bien hecho para tentar al analista y al psicólogo: las perversiones. En esto todavía se revelará un maestro. La lista de las obras en las que podría agrupar este primer trabajo, es larga – larga y sin límites precisos, pues, en cierta media, el deseo que condujo al suicido de Oliver Bertin, en *Fuerte como la Muerte*, es muy complejo y turbio, y por el contrario, en el polo opuesto, el impulso de *Ese Cerdo de Morin*, no es otra cosa que un corto instante de locura

---

<sup>1</sup> Los psicoanalistas podrían ver en ello una prueba de las revelaciones hechas el 11 de diciembre de 1903 por un redactor de *l'Eclair*, y que, tras un artículo de Paul MATHIEX en la *Liberté* del 3 de septiembre de 1926, fueron objeto de una investigación de A. NARDY, en *l'Oeuvre*. El Sr. Nardy encuentra a tres supuestos hijos que Maupassant habría tenido en 1883, 1884 y 1887 de una relación con una joven originaria de Strasburgo. Según lo que fue contado al Sr. Nardy, Maupassant iba a menudo a ver a los hijos de esta joven (Cf., en el *Mercure de France* del 1 de enero de 1927, un resumen de esta investigación). Los hechos referidos por el Sr. Nardy son turbadores.



erótica. *El Sr. Jocaste, La Tumba, La Pequeña Roque, La Cabellera, Un Caso de Divorcio, El Vagabundo, La Máscara*, atestiguan la ciencia – o la intuición – de Maupassant en esta materia. Había leído a Sade, y en particular *La Filosofía en el Armario*: los discursos de Dolmancé, el héroe del marqués (que en el círculo de los amigos de Flaubert se llamaba «el Viejo») – nos lo volvemos a encontrar, manifiestamente, en algunos de los relatos de Maupassant, especialmente en *Las Caricias*, y aún en *Una Noche*; los placeres de *Julie Romain* habrían convenido del mismo modo a la Sra. de Saint-Ange. *Moiron*, el profesor que, habiendo perdido a sus hijos, mata a sus alumnos «para que Dios no sea el único en experimentar el placer de quitar vidas», habla ante el jurado exactamente como Dolmancé y el caballero de Mirvel. No solamente hay una analogía evidente entre las ideas, sino también un estrecho parentesco en la forma del discurso. *Amor* impone una semejante aproximación al espíritu del lector. En *Un Loco (Sr. Parent)*, la obsesión es analizada con una asombrosa precisión, al mismo tiempo que la apología del crimen hecha por el criminal recuerda las palabras de la Delbène, en *Juliette*. Los ejemplos podrían multiplicarse...

*Sobre el Agua* nos revela una de las preocupaciones más intensas de Maupassant, ese gusto por lo sobrenatural y el misterio que lo atormentará hasta el final de su vida. El terror del viejo remero, que pasa por la noche sobre el bote inmóvil detenido por el cuerpo de la ahogada, lo volvemos a encontrar bajo distintas formas en otros cuentos: Había ya aparecido antes de esta primera recopilación, en la primera obra de Maupassant, *La Mano Disecada*, publicada en *L'Almanach de Pont-à-Mousson* en 1875. Las alucinaciones, la locura, serían unos de los temas tratados con más frecuencia por el narrador normando: *Magnetismo, ¿Loco?, El Miedo, La*

*Locura, Cuento de Navidad, La Señorita Cocotte, Aparición, Suicidas, ¿Él?, Misti, Un Cobarde, Soledad, Un Loco, Berthe, En Venta, Algo sobre los Gatos, El Albergue, El Horla, La Señorita Hermet, La Muerta, La Noche, La Dormilona, ¿Quién Sabe?, Sueños*, atestiguan el gusto de su autor por el misterio – o la necesidad de liberar su espíritu de las obsesiones que lo acosan.

Finalmente, otro grupo, y no menos numeroso, comprendía los estudios de costumbres, las aventuras en las que el amor es el gran resorte y que, a menudo cómicos en apariencia, muestran la trágica esclavitud del hombre sometido a la gran ley de la naturaleza. Son innumerables los relatos que, en la obra de Maupassant, proceden de *Un Día de Campo* y, bajo su alegría superficial, ocultan el pesimismo más profundo. *Morin* es, durante toda su vida, víctima de un minuto de locura y, ni la historia de *Joseph*, ni la del capitán de Fontenne, ni *Los Alfileres*, ni *la Señal*, son, en el fondo, muy alegres, y el grupo de bromas, de los francos chistes subidos de tono sonando como una explosión de risa, se encuentran dentro de los menos abundantes. Allí se podrían integrar los de los paisanos de Caux como *El bicho de Belhomme, Un Normando, La Confesión de Théodule Sabot, Una Venta, El Conejo, Broma Normanda*; pero se dudaría antes de incluir en este grupo *El Paraguas, El Mal de André, Los Zuecos, El Pastel y Una Velada...*

## II

Esta afortunada mezcla, este equilibrio del volumen preparado para aparecer en 1881, parece de un excelente augurio para el editor que Maupassant elige. Ese no fue Charpentier, y ello no puede sorprender. Sin duda los cálculos de Maupassant no eran incorrectos. Él

sabía que Charpentier estaba encumbrado con las novelas de gran tirada como las de Zola, de Daudet; sin contar los libros de Goncourt y de Flaubert. Lleva el suyo a Victor Havard, y los acontecimientos le van a dar la razón: Havard cuida su publicidad y se dedica con afán al lanzamiento de los cuentos publicados por el joven escritor. A. Lumbruso publicó las cartas de Havard a Maupassant. La que habla de *La Casa Tellier* (fechado el 8 de marzo de 1881) es curiosa y digna de ser reproducida:

«Mi querido escritor, he lamentado mucho estar ausente cuando vino usted a visitarme, pero en fin, he leído con placer los relatos que usted me ha dejado. Así, como usted lo había pronosticado, *La Casa Tellier* es verde y muy atrevida; es desde luego un terreno abonado que levantará, creo, clamores y falsas indignaciones; pero en definitiva, se salva por la forma y el talento; todo está ahí; y mucho me equivocaría si no tuviese un gran éxito. (Y no hablo del éxito literario que lo tiene asegurado por adelantado, sino de un éxito de ventas). En cuanto al *Papá de Simon*, es sencillamente una pequeña obra maestra. Como usted me había manifestado su deseo de ver publicado el volumen lo antes posible, he remitido los tres relatos a la imprenta una vez leídos, y le rogaría que tuviese la amabilidad de concederme una cita, a fin de que pudiésemos fijar juntos la fecha de la publicación...»

Puede compartirse en su totalidad el gusto de Victor Havard o preferir *el Papá de Simon*, *La Mujer de Paul* o la *Historia de una Moza de Granja*, pero, es incuestionable que este editor dio pruebas de tener un gran olfato. Además fue recompensado: doce ediciones, nos refiere Édouard Maynial, salieron en dos años. Maupassant, que no había heredado de Flaubert su

desprecio por el éxito pecuniario, no tuvo más que felicitarse por la habilidad de su editor.

Menos de un año más tarde, Kistemaeckers, en Bruselas, publicaba *La Señorita Fifi*, seguida de *La Pira*, *La Cama*, *Una Cena de Navidad*, *La Cama*, *Una Cena de Navidad*, *Palabras de Amor*, *Una Aventura Parisina*, *Marocca*. Esa fecundidad – a veces adquirida en detrimento de la calidad – sorprendió a los amigos del escritor. Hay que recordar que, en 1879, algunos meses antes de la publicación de *Bola de Sebo*, Tourguenieff decía a Léon Hennique: «¡Ese pobre Maupassant!... ¡qué lástima! ¡nunca tendrá talento!» De su talento no se volverá a dudar nunca más, y Tourguenieff – a quién fue dedicado *La Casa Tellier* – menos que nadie. Pero esa elocuencia inagotable sorprendía a todos aquellos que habían conocido al Maupassant de los primeros trabajos.

Sin embargo, no nos dejemos engañar por las apariencias. Henry Céard, en 1888 hablaba en la *Revue Illustrée* de «la difícil escritura de Maupassant» y añadía: «siempre dispuesto a hacer en yola incansables sesiones de nado, y al escribir, por el contrario, lo encontraba de ejecución más lenta y de decisión menos rápida. Los artículos en los que trabajaba le consumían mucho tiempo, y agotaba sus fuerzas. Los versos, por los que se había dado a conocer, los establecía sólidamente, pero con esfuerzo y, prosa o poesía, relatos o artículos de periódico, a pesar de la sonoridad original de la frase y la claridad inicial en el corte del párrafo o del alejandrino, nadie habría imaginado que, bajo el seudónimo de Guy de Valmont, se ocultaba ese Guy de Maupassant que, más tarde, debía conquistar en las letras una reputación, casi igual a la de los Maestros.<sup>1</sup>»

---

<sup>1</sup> La fecha y las circunstancias del artículo explican la restricción: presentación de *Fuerte como la Muerte*, en la *Revue Illustrée* del 1 de abril de 1888.

*Bola de Sebo* asombra a los coautores de las *Veladas de Médan*; se produjo un gran grito unánime la noche de la lectura. Ese relato era incuestionable el mejor del volumen y cuando el público, merced a su ovación, decide el éxito del nuevo escritor; tanto él más confirmaba los vaticinios de sus compañeros.

La prensa abrió sus puertas grandes para Maupassant. Entró ¿Cómo se desenvolvería ese literato de escritura concentrada y de trabajo penoso, en medio de las necesidades de la labor día a día? La experiencia era curiosa y el fenómeno fue extraordinario. De repente, las actividades, antaño puramente musculares, de Maupassant, se transforman en actividad literaria, y, llenando su tintero con todas las fuerzas antes dispensadas en ejercicios corporales, hicieron del escritor penoso y apocado de los primeros momentos, un escritor liviano, fácil y de una fecundidad que la comparación con el pasado parecía indiscutible.

*La Señorita Fifi* se parece a *Bola de Sebo*: se ha dicho que Adrienne Legay – la auténtica Bola de Sebo – había servido igualmente de modelo a Maupassant para Rachel; pero ambas heroínas difieren en el físico tanto como en su moral. Rachel es « una morena jovencita, de ojos negros como una mancha de tinta, una judía cuya nariz respingada confirmaba la regla que da picos curvados a toda su raza » – mientras que Élisabeth Rousset, llamada Bola de Sebo, es «bajita, redondeada por todas partes, obesa, con dedos regordetes.» Pero posee, es cierto «unos ojos negros magníficos, velados por grandes pestañas, y su boca provocativa, pequeña, húmeda, palpitante de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blancura.» Por su comportamiento ante el oficial prusiano es evidentemente menos dispar de lo que se creería al principio; en todo

caso son sentimientos de la misma naturaleza los que hacen ceder a una y que hacen a la otra ser una asesina.

En cuanto a la intriga de ese famoso cuento, procede, como en *La Casa Tellier*, de lo que se podría denominar folclore de las «calles sórdidas» ruanesas. Maupassant es un precursor sobre cuyas huellas su compatriota Jean Lorraine debía caminar veinte años más tarde para escribir *La Casa Philibert* y abrir camino a los especialistas del «medio». Pero incluso en la obra de Maupassant, otros relatos tienen un origen similar: *Los Veinticinco Francos de la Superiora* y *El Amigo Patience*, el extraordinario Patience que, con la fortuna en sus bolsillos, gordo y satisfecho, se frota las manos arrojando sobre el lujo escandaloso que lo rodeaba una mirada a lo Napoleón, y exclama con voz triunfante donde canta el orgullo: «¡Y pensar que comencé sin nada!.. ¡con mi mujer y mi cuñada!»... Pero en ese grupo ya definido como «Estudios de putas», hay que añadir otro ciclo, al que pertenece igualmente *Bola de Sebo* y *La Señorita Fifi*, el de las historias de guerra.

Son numerosas y variadas, y su lista marca una evolución en su autor, al principio más inclinado a plasmar los aspectos menos nobles, y, por así decirlo, los entresijos del gran drama (*Walter Schnaffs*, *San Antonio*), y luego llega, al final de su vida, a una exaltación chauvinista de lo que se ve claramente la causa en el diario de François Tassart (*Un duelo*, etc.). Pero, entre esos sentimientos extremos, a veces la guerra no constituye en el relato más que una especie de trasfondo, una llamada de recuerdos lejanos que da una nota emotiva (como el final del relato titulado *El Bigote*). Sea como fuese, ese grupo de relatos de guerra sería suficiente para componer un volumen donde se incluirían, junto a los títulos ya citados: *Dos Amigos*, *El Tío Milon*, *Tombouctou*, *La Tía Sauvage*, *Lo Horrible*,

*Los Reyes, La Cama 29, La Loca* (en *Las Becadas*), *Un Golpe de Estado, Las Ideas del Coronel* [primitivamente titulado *La Boda del Lugarteniente Laré*], *Los Prisioneros*. Maupassant ha utilizado otros recuerdos personales para esas historias de guerra, los relatos de los paisanos cuyos pueblos fueron ocupados por los alemanes. Supo crear páginas que su emocionante sobriedad sitúan en primera fila (*El Tío Milon, La Tía Sauvage*).

El volumen de Kistemaeckers pertenecía a una «pequeña colección del bibliófilo» en formato in-12 cuadrado, cuyos títulos son hoy muy buscados por los aficionados. El año anterior, Léon Hennique le había dado dos relatos: *Los Funerales de Francine Cloarec y Benjamin Rozes; Aguas Abajo* de Huysmans, apareció en esa misma colección en 1882, al igual que *La Señorita Fifi*<sup>1</sup>, y como *El Collage*, de Paul Alexis, en 1883. No fue más que dos años después de su publicación en Bruselas cuando *La Señorita Fifi* se encuentra, con los mismos cuentos, reimpressos en París, por Havard; y esta vez Maupassant añade a la antología *La Señora Baptiste, La Herrumbre, La Reliquia, ¿Loco?, Sueño, Una Estratagema, A Caballo, Dos Amigos, El Ladrón, Noche de Navidad, El Sustituto*. El libro, así conformado, era abundante, aunque la mayoría de los relatos fuesen menos largos que los de la colección precedente.

Pero, en el intervalo, había aportado a su editor parisino la gran novela en la que, mientras escribía sus relatos, trabajaba desde hacía tiempo. *Una Vida* apareció en 1883. Esta no es probablemente la obra de la que hubiese hecho un plan previo y que haya logrado una obra de tanta extensión, al mismo tiempo que

---

<sup>1</sup> Sobre las ediciones Kistmaeckers y el Naturalismo, ver el capítulo que lleva ese título, del *Grupo de Médan*, el excelente libro de Léon DUFFOUX y Emile ZAVIE.

proporcionaba a los periódicos y a las revistas los trabajos que sus colaboraciones le obligaban a entregar. Y en ese mismo año 1883 aparecían, otra *Una Vida: Los Cuentos de la Becada*, con la editorial Rouveyre; un prólogo para una reimpresión de *Thémidore, o la Historia de mi Amante*, de Godard d'Aucour, con Kistemaeckers; un prólogo para *Aquellas que se atreven*, de René Maizeroy, con Havard; un prólogo para *Los tiradores a Pistola*, del barón de Vaux, con Havard; un largo artículo necrológico sobre Tourguenieff (*Gaulois*, 5 de septiembre); y finalmente una importante estudio sobre *Émile Zola*, publicado en la *Revue Bleue*<sup>1</sup>. Es cierto que, para *Una Vida*, Maupassant utilizó un número de relatos que no han sido, en realidad, mas que esbozos preparados adrede. El ejemplo más claro es *El Salto del Pastor*, publicado en el *Gil Blas* del 9 de noviembre de 1882, y que proporcionó dos de los principales episodios de *Una vida*, donde se encuentra al terrible abad. En *Una Tarde de Primavera* (*Gaulois*, 7 de mayo de 1881) y *Viejos Objetos* han proporcionado, de igual modo, algunas páginas a la novela. *La Cama* (*Gil Blas*, 16 de marzo de 1882) y *El Velatorio* (*ibid.*, 7 de junio de 1882) se encuentran al final de capítulo IX de *Una Vida*, cuando Jeanne, abriendo un escritorio, busca unas cartas de su madre, de la que vela el cadáver, y, entre unos papeles de familia, encuentra una correspondencia amorosa que le revela que su madre venerada ha sido, antaño, la amante de Paul d'Ennemare. Pero este empleo de los relatos para la novela, o de la novela para los relatos, no impide que tal abundancia mitigue el prodigio.

---

<sup>1</sup> *Revue Bleue*, XXXI, 1883, p. 289-294. Este artículo sobre *Émile Zola* es muy interesante, así como el estudio sobre Tourguenieff. Sería un trabajo curioso un estudio sobre el Maupassant crítico y ensayista, y es una lástima que gran número de sus crónicas no hayan sido publicadas en sus *Obras Completas*.



Édouard Maynial, en su estudio sobre Maupassant, ha precisado que hay una perfecta identidad de inspiración entre *Una Vida* y los relatos escritos entre 1880 y 1883. Se comete un error separando al novelista y al contador: la utilización, por así decirlo, de uno por el otro es constante, y se la encuentra cuando se estudia la composición de *Bel-Ami* y de *Pierre y Jean*. Pero lo que Maynial arroja muy bien a la luz, es que *Una Vida*, al igual que las grandes novelas de este periodo, es un auténtico producto del terruño normando: la novela entera, aparte del episodio de la luna de miel, se pasa en el país de Caux: «Puede incluso decirse, añade Maynial, que en una novela en la que los incidentes se suceden, tan numerosos, y algunas veces tan incoherentes como lo son en una existencia real, es la unidad del lugar lo que crea la unidad de la acción; el autor ha conseguido familiarizarnos con ese país de Caux, presentándonoslo como el medio natural y necesario de sus personajes, hasta el punto que no podemos separar los acontecimientos del paisaje que los envuelve, y que éste presta al otro su realidad. Tan bien se sabe hoy lo que hay de real en la simplicidad trágica del relato, y el epígrafe del volumen *la humilde verdad* podría ser estrictamente verificado.<sup>1</sup>»

Maynial advierte también una analogía entre la misma idea del libro y el diseño general de *Un Corazón sencillo*, el cuento de Flaubert. ¿Quizás Maupassant hubiese sido tentado por una forma literaria que le proponía el ejemplo de su maestro? Por otro lado, hay un cierto parecido entre Félicité, la sirvienta de la Sra. Aubin, y Rosalie – al menos al final de la novela. Pero, en ese tiempo, en el que la vida no era «nunca

---

<sup>1</sup> Édouard MAYNIAL, *loc. cit.*, p. 130-131.

completamente mala», había todavía muchas Rosalie – y aún algunas Félicité.

El *Gil Blas* había publicado *Una Vida* por entregas, desde el 25 de febrero al 6 de abril de 1883. El éxito estaba asegurado desde los primeros días, e iba creciendo. El volumen obtuvo la misma fortuna: en ocho meses, veinticinco mil ejemplares fueron vendidos y, como lo advierte Havard, «en plena crisis de librerías».

Maupassant, a partir de ahora, novelista, contador y cronistas parisino, está en la cima de la celebridad.

### III

La inspiración normanda no se agota con *Una Vida*. Hasta las últimas obras, incluso hasta en *El Angelus*, se puede encontrarla, y sin el menor esfuerzo.

Los *Cuentos de la Becada* están como impregnados, y *Claro de Luna*, *Las Hermanas Rondoli*, y *Miss Harriet*, que seguirán un año más tarde. A partir de ahora la producción de Maupassant va a mantenerse, regular y abundante hasta la catástrofe final, y el éxito, ya no disminuirá<sup>1</sup>.

En un estudio sobre Guy de Maupassant aparecido en la época de *Bel-Ami*, Georges de Porto-Riche escribía: «El Sr. de Maupassant vive en París lo menos posible. Pasa el invierno a orillas del Mediterráneo, cerca de su madre. Y durante el verano, cuando no viaja, está con frecuencia en Étretat. Allí ha hecho construir, sobre la ruta de Criquetot, una casita amarilla que se ve de lejos levantarse entre un vergel y un huerto: le gustan más los

---

<sup>1</sup> Cf. Apéndice, p. 236, las fechas de publicación de las obras de Maupassant, - según el libro de los señores DEFFOUX y ZAVIS, - así como algunas opiniones críticas que acogieron estas obras.

frutos y las legumbres que las flores. Durante sus raras estancias en París, está instalado en la calle Montchanin, en la planta baja de un bonito palacete que pertenece al Sr. Le Poittevin, el pintor. El domicilio es sencillo, repleto de figuritas de mal gusto, muy cálido, muy cerrado, muy perfumado<sup>1</sup>...»

Étretat es en efecto, el puerto de atraque del pescador de cuentos normandos en el que se ha convertido Maupassant. El amor por el mar y el sol lo arrastran lejos, pero siempre regresa a la costa, y el acantilado cauchois permanece siendo más bello a sus ojos que los más hermosos países del mundo. Dice de Saint Jouin que no conoce nada tan magnífico.

Sobre las estancias de Maupassant en Étretat, tenemos un documento muy importante: los *Recuerdos* de François Tassart, su sirviente. La casa que describe es aquella de la que habla Porto-Riche, y no es más que *los Verguies*, la «querida casa en la que había transcurrido la feliz infancia del novelista. *Los Verguies* fueron abandonados y es en *La Guillette* donde vive el famoso autor de *La Casa Tellier*. El nombre de la nueva villa deriva de su propio nombre: *La Guillette*, es la casa de Guy. Él incluso, por broma, quería llamarla *La Casa Tellier* puesto que el dinero ganado gracias al nuevo volumen le permitía realizar ese sueño, acariciado desde hacía mucho meses. Pero renuncia: el éxito del cuento hacía la dirección un poco demasiado «vistosa».

---

<sup>1</sup> Este estudio sobre Maupassant fue reproducido en el *Figaro* (suplemento literario) el 16 de marzo de 1912. Lo que dice Porto-Riche, en este artículo, por otra parte muy favorable, es reprochar el malicioso juicio de Edmond de Goncourt sobre el apartamento de la calle Montchanin...

Según Goncourt (IX, 147), Porto-Riche habría dado a Maupassant el tema de *El Horla*, y repetía: «¡Si este relato es de un loco, soy yo quién está loco!» Pero Schwob, que refiere las palabras a Goncourt, debió confundir a Hennique con Porto-Riche, pues fue después de una conversación con Hennique como Maupassant escribió su relato.

Su madre le había dado el terreno<sup>1</sup>. Estaba ubicado en el gran valle, en el extremo de Étretat y bastante lejos hacia el interior. Pero Maupassant adoraba las caminatas y ese alejamiento del mar no le molestaba. En el tiempo en que venía frecuentemente a Étretat, necesitaba abandonar la línea de Bolbec-Nointot en Fécamp en lo alto de los Ifs, en pleno campo, y hacer las tres leguas de camino, por Gerville, Los Loges y Bordeaux-saint-Clair. De ordinario, un cochero iba a recoger al «señor Guy» en un break o un viejo cupé. Pero él llegaba antes que el cochero, y , mas de una vez, dejando su equipaje en la estación del ferrocarril, Maupassant hacia a pie el camino.

Abramos los *Recuerdos* de Tassart: desde la página 3, llegamos a *la Guillete*, y leemos que Maupassant, descubriendo la villa en lo alto, dice a su compañero: «¡Esa es mi casa! ¡Me gusta mucho!» Luego, volviéndose hacia el mar: «¡Que hermoso es!»

La casa está rodeada de un jardín, y Maupassant, como el protagonista de *los Domingos de un Burgués de París*, no conoce nada más fértil que la tierra de su jardín. Él mismo hará allí la recolección de las fresas al día siguiente con François al que asombrará por su habilidad. El buen François no acaba de ir de sorpresa en sorpresa.

---

<sup>1</sup> Por lo que, enseguida, fue compensada con grandes sumas de dinero que Guy envió a su madre. Incapaz de contentarse con las cinco mil libras de renta que ella poseía, había mermado su patrimonio cuando el éxito comenzaba a sonreír a Maupassant. Las necesidades de dinero de aquél se explican no solamente por su tren de vida (el yate, el apartamento de París y el picadero vecino, la «vida errante»), sino también por su generosidad hacia los suyos- y hacia los compañeros menos afortunados. Fue él quien pagó el alquiler de la villa coupada en Niza por su madre; fue él quien pagó la instalación de su hermano Hervé cuanto éste quiso hacerse horticultor en Antibes, luego, cuando hubo que internarlo, es él quien paga la pensión en una residencia de salud; fue él quien concedió una pensión de mil doscientos francos a su sobrina. En fin, a estos regulares dispendios, se añaden perpetuos adelantos a su madre – adelantos que, tanto de una parte como de otra, y por tácido acuerdo, se olvidaban (Cf. MAYNIAL, loc. cit., p. 137)

Es una, y bien grande, ver en el patio – un patio de granja, un cercado, plantado de manzanos – un barco de pesca invertido, con la quilla en el aire, y que sirve a la vez de cuarto de baño y de vivienda para el sirviente: «Jamás me hubiese imaginado que se pudiesen emplear los viejos barcos para hacer habitaciones, ¡sin embargo esa no estaba mal!» Entremos siguiendo los pasos de François en el *caloge*: « un olor acre, mezcla de pino y alquitrán me subía a la garganta...Me acosté pero no podía dormir. Escuché un ruido lejano que se hacía próximo por momentos. Era producido por las olas que se arrastraban yendo a sacudir contra los flancos de mi pobre barcaza,alzada sobre sus muros de ladrillo y lamiendo cada lámina como cuando estaba en el mar. Había navegado durante cuarenta años, zarandeada por las olas y todavía continuaba gimiendo a cada golpe de mar. Después de haber navegado, impasible, en bellas jornadas soleadas y también haber conocido terribles tempestades, había venido a morir en *La Gillette* sirviendo de abrigo al mayordomo de un gran escritor.

Al día siguiente mi señor me preguntó si me encontraba a gusto en mi barca. Yo se lo agradecí. Me comentó las dificultades que había para conseguir “habitaciones de invitados en todas las casas de la región”.»

Esta página de Tassart no nos revela solamente el talento descriptivo del « mayordomo de un gran escritor», sino, al mismo tiempo, la bondad de su señor. En el prólogo a sus *Recuerdos*, Tassart dice: «Yo, humildemente, que he vivido cerca de él<sup>1</sup> varios años, le he conocido mejor que nadie y me permito, en consecuencia, con toda la sinceridad de mi corazón, publicar estos modestos recuerdos a fin de que se sepa

---

<sup>1</sup> Desde 1883 hasta su último día, en la residencia psiquiátrica de Passy.

que mi señor, que ha sido reconocido hombre de gran talento, era mejor aún, pues era en sumo grado, bueno, recto y leal.<sup>1</sup>»

Pero prosigamos la visita.

En el jardín, un gran estanque en el que nadaban unos peces rojos, llegados, se aseguraba, de Japón. Más lejos, un corral, cerca de una área cuidadosamente construida y reservada a las partidas de bolos; más allá un habitáculo para el tiro. Fresnos y hayas, sauces llorones limitan la propiedad, en la que corretean perros de caza y gatos familiares, un loro que dice «Cocassant» por Maupassant, y saluda a las damas con un estridente «¡Hola, cerdita!» Tuvo un mono durante un tiempo, pero, tan poco cuidadoso con las conveniencias que en la casa, la bestia muestra tal desprecio de las costumbres que fue necesario desprenderse de él<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Este certificado emitido por François sobre su maestro merece toda la credibilidad y viene a confirmar el testimonio de los amigos de Maupassant y refutar el juicio de Goncourt. Éste, que sin embargo anota en su *Diario* los progresos del mal que va a llevarse a Maupassant, rehusa a hacer responsable a los síntomas mórbidos de las faltas que él imputa a la deslealtad de su colega. En el fondo, lo que hiere a Goncourt – y lo confiesa («¿Por qué a los ojos de ciertas personas, Edmond de Goncourt es un gentleman, un aficionado, un aristócrata que hace un juguete de la literatura, y por qué Guy de Maupassant es un auténtico hombre de letras?») - *Diario*, VII, 186, 27 de marzo de 1887), fue el éxito unánime de Maupassant, éxito de público y éxito cerca de los letrados. He aquí todo el drama.

Maupassant «cometió además algunos torpezas hacia Goncourt; él sabía a éste susceptible y, en el asunto del monumento a Flaubert, del que Goncourt presidía el comité, él lo ofendió, dejando publicar por *el Gil Blas* un artículo firmado por Santillane, que Goncourt podía difícilmente aceptar. Mas tarde, en el prólogo de *Pierre y Jean*, con sus páginas sobre la escritura artística, fue terrible para Goncourt quién, no estando explícitamente nombrado, tomó el golpe recto como un golpe de Jarnac y escribió: «El ataque me llega al mismo tiempo que una carta en la que me envía sus admiraciones y su apego. Él me pone así en la necesidad de crearle un normando, muy normando. (*Diario*, VII, 234).» Pues bien, ¡no! Maupassant no calculó las consecuencias y trató de vendar la picadura que hacía, sin dudar de que su torpeza lo había empozoñado.

<sup>2</sup> Cf. GUÉRINOT, *Maupassant en Étretat, Mercure de France*, 1 de septiembre de 1925.

La vivienda estaba formada por un cuerpo del edificio y de dos alas, unidas por un balcón formando terraza sobre toda la fachada. Unas plantas trepadoras subían hasta la altura del único piso. Las paredes estaban pintadas de amarillo, y el techo cubierto de tejas rojas. En el interior, nos dice el Sr. Guérinot, un variado mobiliario, mezclándose lo extraño con lo original: «Lozas de Ruán, antigüedades más o menos auténticas, santos de madera esculpida, un paragüero en forma de bota. La habitación de los invitados, sobre todo, había sido decorada minuciosamente y estaba provista de todo lo que pudiese satisfacer el menor deseo.<sup>1</sup>»

El dueño de la casa, en efecto, honraba allí a menudo a sus amigos, y recibía muchas visitas, dando fiestas que todavía se recuerdan. Cada año, el 15 de agosto, había fuegos artificiales. Pero no era únicamente en su casa donde Maupassant rendía los honores, era en el país entero, *su país*.

Rinde honores a sus lectores. El 17 de diciembre de 1883, el *Gil Blas* publica *La Modelo* que comienza con estas líneas:

« Encorvado como una media luna, el pueblo de Étretat, con sus arenas blancas, sus blancas rocas y su mar azul, reposaba tranquilamente bajo el sol de un hermoso día de julio. A uno y otro extremo de la media luna, los dos muelles, el menor a la derecha y el mayor a la izquierda, cortaban el agua tranquila; el primero, como un pequeño pie, y el segundo, como una pierna colosal.

En la playa, sobre la línea donde mueren las olas, una muchedumbre, sentada, se divertía contemplando a los bañistas, mientras en la terraza del Casino, formando grupo y en constante agitación, otra muchedumbre lucía

---

<sup>1</sup> Cf. GUÉRINOT, *Maupassant en Étretat, Mercure de France*, 1 de septiembre de 1925.

sus galas, presentando al sol, como un jardín espléndido, las bordadas flores de las sombrillas rojas y azules.

En el paseo, al extremo de la terraza, otros veraneantes, los más reposados, los más tranquilos, iban y venían lentamente a distancia de los grupos elegantes...»

Y en *Adiós*, puede leerse en el mismo periódico, el 4 de mayo de 1884: «Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los rudos embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado. Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reúnen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonrío a los ojos. Plácidamente sentados junto al agua, vemos a las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán, en cuanto llegan a la franja espumosa de las olas tranquilas. Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndolas una breve sofocación. Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga, se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas las imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias...»

Placeres de Étretat... Y él, siempre tan feliz de retozar en el agua, continúa sus proezas de nadador.



Consigue doblar la aguja del Suroeste en pleno mar, lo que hace a François estar orgulloso de las hazañas de su señor, recorriendo una distancia de seis kilómetros a nado, ida y vuelta.

Étretat está presente en los *Cuentos del Día y de la Noche*. Puede leerse en *La Roca de los Pájaros Bobos*:

«Desde abril a fines de mayo, antes de que acudan los bañistas parisinos, aparece súbitamente, sobre la pequeña playa de Étretat, un grupo de viejos señores que calzan botas, vestidos con ropa de caza. Pasan cuatro o cinco días en el hotel Hauville, desaparecen, regresan tres semanas más tarde; luego, después de una nueva estancia, se van definitivamente. Se presentan de nuevo a la primavera siguiente. Son los últimos cazadores de pájaros-bobos, los que quedan de los antiguos... El pájaro-bobo es un pájaro viajero muy raro, cuyas costumbres son muy extrañas. Habita casi todo el año los parajes de Terranova, las islas de Saint-Pierre y Miquelon, pero en la época del celo, una bandada de emigrantes atraviesa el océano y, todos los años, vienen a anidar y empollar en el mismo lugar, en la roca llamada de los Pájaros-bobos, cerca de Étretat. No se los encuentra más que allí, sólo allí...»

Nada falta a Étretat para gustar a Maupassant, ni incluso ese atractivo de la leyenda que tanto satisfacía su gusto por lo fantástico. Encontramos la prueba en esta historia de *La Roca de los Pájaros Bobo*, – una historia real, según parece, – la historia del Sr. d'Arnelles (el nombre, naturalmente, ha sido cambiado por el narrador) quién, acompañando el cuerpo inerte de su yerno, decide «dar un pequeño rodeo para no faltar a la cita de caza» dejando el féretro bajo un cobertizo durante ocho días.

El país, hasta en su punto más lejano, es tan familiar a Maupassant como la playa y sus alrededores: se sabe que lo plasma en *Una Vida*; pero cuántas novelas

también han nacido de un recuerdo bruscamente evocado en su memoria: *El Borracho*, cuyo principio describe en algunas líneas con sobria grandeza la otra cara del país – la tragedia de la tempestad bajo las nubes invernales, rápidas y bajas, pesadas y negras, que arrojan pasando sobre la tierra chaparrones furiosos: «El mar encrespado bramaba y azotaba la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que se desplomaban con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, igual que el sudor de un monstruo. El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía andar sujetándose a las paredes, y capaces de levantar a un niño como si fuera una hoja y de arrojarlo al campo por encima de las casas.

«Las barcas de pesca habían sido sirgadas hasta el pueblo, por miedo al mar que iba a barrer la playa cuando subiese la marea, y algunos marineros, ocultos tras el redondo vientre de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del agua. Después se marchaban poco a poco, pues la noche caía sobre la tormenta, envolviendo en sombras el Océano enloquecido, y todo el estruendo de los irritados elementos...»

En Maupassant, la antítesis resulta sin artificio, totalmente objetiva, tan simple como en la naturaleza la oposición del invierno al verano: Al Étretat sonriente y soleado que conocen los bañistas, opone el cruel rigor de la salvaje estación en el que el mar y el cielo mezclan sus iras. Los conoce tan bien como las delicias de la calurosa estación; y les profesa el mismo amor.

Del campo de los alrededores no desconoce un solo árbol, ni un sendero. Ese campo es el que sirve de decorado a más de un centenar de sus relatos. Pero también lo ha descrito simplemente, por placer, en varias crónicas. Una publicada en el *Gil Blas*, el 1 de agosto de 1882, tiene por título *La Bella Ernestine*. No ha sido recogida en las *Obras completas* y habría permanecido ignorada si A. Guérinot no la hubiese exhumado para su estudio sobre *Maupassant en Étretat*, publicado en el *Mercure de France* el 1 de septiembre de 1925.

El albergue de la Bella Ernestine es una de las curiosidades de los alrededores de Étretat. Saint-Jouin, donde se encuentra, es un pueblo situado a siete kilómetros al Suroeste:

«Se sube primero la costa del Havre, luego se toma a la derecha por un ligero pliegue de tierra; se pasa entre dos granjas, dos hermosas granjas normandas, ricas, señoriales... Luego se atraviesan unos campos. El horizonte de la izquierda está oculto por pueblos, árboles, un campanario puntiagudo. A la derecha, la costa cae bruscamente en el mar en una caída de cien metros... La ruta se hunde entre dos colinas y entramos en una serie de esos pequeños valles tortuosos que crean el encanto tan particular de los alrededores de Étretat.

«Esos valles están desnudos, plantados de juncos amarillos en primavera, amarillos como un manto dorado, y verdes en verano. Se desarrollan con una fantasía encantadora, imprevista y siempre coqueta. Van a derecha, a izquierda, se enderezan y se curvan todavía. A veces se encuentran allí ramas de árboles, bosques de cien pasos de largo, y a veces unos trigos maduros que ondulan con un ruido parecido a un crepitar... Llegamos a Bruneval, un valle profundo que discurre hacia el mar... Se sube por un sendero recto; se penetra en una aldea de granjas, discurriendo el camino entre cunetas verdes

plantadas con grandes árboles que se sacuden eternamente y que hacen cantar al viento, llegando al pueblo donde vive la bella Ernestine...»

Ernestine Aubourg regentaba el Hotel de París, un albergue instalado en un «antiguo y hermoso edificio precedido de una casa solariega campestre, totalmente revestido de plantas trepadoras. De frente un buen huerto, luego, más lejos, separado por un seto, un patio sembrado de césped sombreado por un auténtico techo de manzanos.»

Las paredes estaban cubiertas de pinturas, de dibujos dejados por los artistas; inscripciones en verso y prosa, pues «la bella Ernestine sabía, con una sonrisa o una palabra, procurarse unos versos de todos los poetas, autógrafos de todos los ilustres, dibujos de todos los pintores». Y el propio Maupassant hizo su contribución. A. Guérinot ha revelado este improvisado cuarteto:

*Après déjeuner*

*Quatre vers, sans sortir d'ici?  
Mais mon esprit bat la campagne!  
Et je n'ai gardé de souci  
Que pour les verres de champagne!*

*Después del almuerzo*

*¿Cuatro versos, sin salir de aquí?  
¡Pero mi espíritu da una batida!  
Y no no tengo otra preocupación  
¡Que las copas de champán!*

Podría decirse que la debilidad de esos versos son fiel testimonio de la excelencia de las carnes y la sidra que la bella Ernestine ofrecía a sus huéspedes. Pues el champán, creo yo, no figura ahí más que por la rima, y la virtud de la sidra embotellada es suficiente para agotar la inspiración de los petas, cuando llegan al fondo de la botella. ¿Y Ernestine? «Es una fuerte muchacha, ahora madura [en 1882], todavía bella, de una belleza poderosa y simple, una muchacha de campo, una mujer de la tierra,

una paisana vigorosa. La frente y la nariz destacadas, la frente recta, torneada como una frente de estatua, la nariz continuando la línea recta que parte de los cabellos, recuerdan a las Venus, aunque estén puestas, como por descuido, sobre una cabeza a lo Rubens.»

Ernestine parece, en efecto, una sirvienta de kermés, jovial y buena muchacha. Pero esta medio flamenca es una normanda de pura raza: «Es astuta como nadie, pero astuta en el buen sentido de la palabra, sin ninguna perfidia malintencionada, astuta inconsciente, astuta por instinto, llena de medios, de velada diplomacia, de habilidades campesinas, de intenciones disimuladas.

De una sola mirada penetra y conoce a sus clientes, los juzga y los cala. No se contenta con servirles según su apreciación, sino que les habla como hay que hablarles, y, con un enorme aire de franqueza, halaga delicadamente sus opiniones, los divierte, los seduce y los modela a su antojo.»

Tiene su corte y, a pesar de su relativa juventud, mucho recuerdos. Alexandre Dumas, Offenbach, Swinburne, el príncipe Lubomirki – y cien caballeros de menor importancia – se han sentado en una de las mesas de su famoso albergue. Incluso una reina auténtica estuvo allí un día – la reina María Cristina de España. Ernestine no se inmutó por la presencia de la regia invitada, y siendo consultada por el menú, dijo:

-Voy a servirle unos callos a eta muje. ¡Toi segura que no los come a menuo!

La reina repitió tres veces y regresó.

En una crónica publicada por el *Gil Blas* el 30 de agosto de 1882, y reproducida bajo el título *Correspondencia* entre sus relatos<sup>1</sup>, Maufrigneuse-

---

<sup>1</sup> En el *Tío Milon* (Ollendorff) y en *Obras Póstumas* (Conard)

Maupassant nos cuenta como eran las diversiones de Étretat en la época en la que todavía no había Casino:

«Éramos allí unos pocos, gente de la buena sociedad y artistas, fraternizando. No se chismorreaba entonces. Y como no teníamos el insípido Casino donde se presume, se cuchichea y se baila estúpidamente, donde se fastidia la gente hasta la profusión, buscábamos la manera de pasar alegremente las veladas. Y ¿adivinas qué imaginó entonces uno de nuestros maridos? Pues ir a bailar todas las noches a una de las granjas de las cercanías. Partíamos en tropel con un piano de manubrio, que ordinariamente hacía funcionar el pintor Le Poittevin, cubierta la cabeza con un gorro de algodón. Dos hombres llevaban linternas. Íbamos en procesión, riendo y charlando como locos. Se despertaba al dueño de la granja, a las sirvientas, a los criados. Nos hacíamos preparar sopa de cebolla—¡horror!—, y bailábamos bajo los manzanos, a los acordes de la caja de música. Los gallos, despertándose, cantaban en la profundidad de los corrales; los caballos se agitaban sobre la paja de los establos. El fresco aire de la campiña nos acariciaba la piel, trayéndonos el aroma de las hierbas y el de las mieses segadas.»

Y se hacían excursiones a través de toda la región, como la que sirve de introducción a *Miss Harriet*.

Esos placeres fueron, en efecto, los de Maupassant y sus amigos. En *La Guillette*, se bailó bajo los manzanos del huerto, al son de los órganos de Barberie. Un día, Maupassant hizo venir a unos oficleides, - las «serpientes» de iglesia - reclutados entre las parroquias vecinas<sup>1</sup>. Otras distracciones eran un poco menos inocentes: tales como el «Crimen de Montmartre». El 18 de agosto de 1889, hubo una gran fiesta en *La Guillette*, y

---

<sup>1</sup> J. BRINDEJONT-OFFENBACH, *Con Flaubert y Maupassant. Le Gaulois*, 19 de octubre de 1883.

François Tassart nos ha dejado un detallado relato. Un gran yate, el *Bull Dog*, había llevado a la mayoría de los invitados, otros habían llegado en coche, desde Dieppe, desde Fécamp, y desde los castillos de los alrededores. En el prado, cerca de la villa, encaramados a unos toneles, unos músicos acogían a los visitantes soplando a pleno pulmón sus instrumentos en un *Ça ira* endiablado. El jardín pronto estuvo invadido:

«Cuando todas las presentaciones fueron hechas, el señor, ayudado de algunos íntimos iniciados, organizó un baile grandioso en la pradera. Todo el mundo participaba. Todavía puedo ver a mi señor... Llevaba una dama de cada mano, tenía el corazón alegre; bailaba y entretenía a sus bailarines. En cuanto a ellas, se reían talmente como si él no las hubiese sostenido bien y estuviesen a punto de caer. De vez en cuando una de esas damas perdía un zapato y emitían unos gritos y unas risas que llegaban a ocultar el sonido de los instrumentos. Enseguida se pasó al juego del balancín en el que dos bomberos aficionados lo ejecutaban sobre la charca, donde uno de ellos caía y se sumergía en el fondo.

«Luego, se interpretó el *Crimen de Montmartre*, escena vívida ante la cual todo el mundo desfiló. Este crimen estaba representado en un fondo de un color propicio al tema...El decorado había sido diseñado con efecto por el pintor Marius Michel. Un sargento de pueblo suspendió a su mujer por los pies y, con una malsana curiosidad, le practicó una sección en el vientre, *queriendo ver aquello que no comprendía*. La sangre fluía a chorros, auténtica sangre. Como cuchillo, era el estilete de mi señor el que estaba clavado en la herida. El efecto era estremecedor, sorprendente de realismo; varias de las damas estaban impresionadas y se ocultaban los ojos para no ver más.

«De pronto, en un grupo, se señaló al asesino. Todo el público, ayudado por los bomberos, procedió al arresto del criminal, a quién se le condujo de inmediato a prisión. Al cabo de algunos instantes el prisionero prendió fuego en su celda y aprovechó el estupor general para huir. Los bomberos hicieron su trabajo, llevando sus mangueras y tratando de extinguir el incendio. Pero cuanta más agua arrojaban, mas se avivaba. Resultó que esa prisión estaba totalmente construida de madera y de paja y había sido empapada de petróleo. En los paseos que bordeaban el incendio, toda la gente sentía un gran placer viendo subir aquellas bellas llamas, lo que confirmaban los bomberos, y, de súbito, dirigieron sus mangueras sobre unos grupos de damas, dejando consumirse la prisión por completo. Unos gritos partieron de todos lados, produciéndose un sálvese el que pueda. Mi señor se vio obligado a enviarnos para hacer parar esa diversión. Con algunas toallas, el mal fue rápidamente reparado. Era, entre paréntesis, una reproducción del género que explotaría más tarde con éxito el Gran Guiñol.

«Se recuperó un poco el aliento yendo al buffet en el que la señora Lecomte du Noüy hacía los honores con su natural simpatía.<sup>1</sup>»

Broma un poco pesada... El campo es una excusa. Por la noche Maupassant no estaba tan alegre como hubiese deseado, observa Tassart. Todos esos mundanos no reemplazan a sus compañeros de *La Hoja al Revés*.

#### IV

Maupassant ya no es el despreocupado y alegre remero de sus inicios. En algunos años, el éxito y el mundo lo han transformado. No entra en los objetivos de

---

<sup>1</sup> *Recuerdos sobre Guy de Maupassant*, por FRANÇOIS, p. 195 y sig.



este libro estudiar esta evolución que nos llevaría muy lejos de Normandía y de la literatura, pero por lo menos debe ser comentada. Sin duda, dividir la corta vida literaria de Maupassant en dos partes, la primera, basada completamente en sus orígenes y en su tierra natal, la segunda alejándose de ella, sería arbitrario como todas las clasificaciones demasiado absolutas, no obstante no sería del todo inexacto. A decir verdad no hay una brusca separación, un cambio completo de existencia, sino una evolución, provocada por el éxito y también por la enfermedad. Los críticos más clarividentes lo han constatado, y Pol Neveux, en su prólogo, ha podido decir: «Maupassant, a partir de ahora, vive en los salones y los cuenta como algo exclusivo. Desde hacía tiempo, había decidido ensanchar sus miras. Motivado por los consejos, animado por el éxito de un colega, quiso, a su vez, escrutar con su mirada, lo que todavía consideraba implacable, la sociedad mundana de su época. El observador que había en él acariciaba la idea de recolectar allí una copiosa cosecha, o quizás el hombre esperaba escapar, en la agitación ruidosa, a sus presentimientos, a sus pesadillas...

¿Pero los salones no mermaban la personalidad del novelista, no destruían su clarividencia y dejaban intacta su imperturbable serenidad? No lo creo. Maupassant, en virtud de su volubilidad, sucumbió a la invasión de los mundanos como antes a la de los aldeanos. Desde luego, no fue esclavizado, pero fue enrolado. A despecho de su trivialidad, las persistentes adulaciones acabarían conmoviendo su orgullo<sup>1</sup>»

Influenciarse por el medio, es una consecuencia inevitable de la vida. Pero hay ambientes bienhechores, cuya influencia se ejerce en un sentido favorable al

---

<sup>1</sup> Pol NEVEUX, *Prólogo*, p. LXXI

desarrollo de la personalidad, en los que el ser encuentra su equilibrio moral y físico, y hay medios malsanos, deprimentes para algunas naturalezas, mientras que otras, sin embargo, se acomodan sin parecer sufrir. Del mismo modo que el aire libre del remo y del campo convenían a Maupassant, la atmósfera confinada de los salones le resultaba insalubre. En una obra maestra, *Fuerte como la Muerte*, nos dice que el día en el que «el mundo, para el que no estaba hecho, lo atrapa en sus pueriles lagos, con las redes finas y sólidas con las que se pescan a veces a los más rebeldes», él pierde algo que hubiese encontrado ciertamente liberándose de la esclavitud, como hubiese hecho sin duda si la enfermedad y la muerte no hubiesen resuelto el problema trágicamente.

Hay una carta, en la que se lamenta de las servidumbres que le impone ese hombre nuevo. Ya no tiene como antes la sensación tan dulce y tan fuerte, de estar sin contacto con nada en el mundo, y escribe: «¡Qué razón tenía de cerrarme en la indiferencia! Si se pudiese no sentir, y simplemente comprender sin dejar esos pedazos de uno mismo a otros seres!... Es singular sufrir de vacío, de la nada de esta vida, estando resignado como estoy a ella. Pero resulta que no puedo vivir sin recuerdos y los recuerdos me agujonean. No puedo tener ninguna esperanza, lo sé, pero siento oscuramente y sin cesar el mal de esta constatación y el lamento de este aborto. Y las ataduras que tengo en la vida trabajan mi sensibilidad que es demasiado humana, no bastante literaria.» Y además: «Es curioso como me convierto mentalmente en un hombre diferente de lo que era antes... Experimento con algunos pensamientos, con algunas exaltaciones, el mismo placer que experimentaba antaño remando como un loco bajo el sol.<sup>1</sup>»

---

<sup>1</sup> Carta inédita citada por Pol NEVEUX, pag. LXXVII

Sí, Pol Neveux tiene razón: Maupassant ha perdido su magnífica serenidad.

Se convierte en el «novelista de si mismo», y, «en lugar de describir a esos elegantes y a esos refinados, esos artistas y escritores, de infundirles un alma y diferenciarlos entre si, se encarna en cada uno de ellos. Bajo el nombre de Olivier Bertin, de André Mariolle, de Gaston de Lamarche, siempre se encuentra a Maupassant. Puede multiplicar los pseudónimos que el incógnito no puede engañarnos.<sup>1</sup>» Sin embargo, *Fuerte como la Muerte*, es un gran libro, como *Una Vida*, como *Pierre y Jean*. Pero *Nuestro Corazón*, con dos partes admirables, es más flojo...

Aparte de los *Recuerdos* de François, para conocer este periodo «mundano» de Maupassant, hay que leer *Mirando la Vida Pasar*, por la autora de *Amistad Amorosa*, La Sra. Lecomte du Nouy (en colaboración con H. Amic); hay que leer también un artículo anónimo aparecido en la *Nouvelle Revue*, y del que no es difícil adivinar su autor; pero esos documentos deben leerse con cierta prudencia; y a continuación retomar *Nuestro Corazón*. Se advierte como *Amistad Amorosa* parece una réplica tardía a la novela de Maupassant, aparecida nueve años antes, en 1890.

Ella también era asidua de Étretat, dónde poseía una villa llamada *La Bicoque*. En *Mirando la Vida Pasar*, la Sra. Lecomte du Nouy cuenta como se establecieron estrechas relaciones entre ella y su vecino: «Guy, ya enfermo, padecía de los ojos. Temía acostarse demasiado temprano y venía a menudo a pasar las veladas con nosotros. Le gustaba que yo le leyese mientras él se mantenía en la oscuridad.» De este modo le leyó muchas cartas de Diderot a la Srta. Volland, de la Srta. de

---

<sup>1</sup> *Ibid*, p. LXXXIX

Lespinasse y de la Sra. d'Épinay. «Y un día, Maupassant se divierte componiendo, según el modelo de una canción de la Sra. Du Deffand, nueve coplas bastante picantes que son de una excelente comicidad<sup>1</sup>».

Él decía que la Sra. Lecomte du Nouy poseía «el genio de la amistad». Pero también iba a encontrar en su camino genios malvados que, con toda certeza, aceleraron la evolución del mal implacable del que iba a morir tan pronto. Jean Lorrain escribió – antes que muchos otros – lo que pensaba de esos episodios mundanos que constituyen el penúltimo capítulo de la biografía de Maupassant: « En plena cima del éxito literario, no lo encontraba más que en la casa de la Sra. Commanville, la sobrina de Flaubert, y ya comenzaba a abandonar ese salón, atraído como estaba hacia los halls principescos y lujosos del barrio de Saint-Honoré, donde Paul Bourget y él apasionaban por aquel entonces a la sociedad israelita. Maupassant debería encontrar allí a la mujer, a la caprichosa y la fastidiosa, cuya feroz fantasía apresura el desequilibrio del pobre gran escritor. Fue a una mundana a quién la literatura debe la desaparición, tan prematura e inesperada, del talento de Maupassant. Es a pinchazos de alfiler, como el bonito mundo, en apariencia apasionado y subyugado, revienta la vanidad del novelista, que era grande. El esnobismo que ese ambiente ficticio había desarrollado en el autor de *Una Vida* habría de sufrir cruelmente los pequeños complots de las queridas Señoras; Maupassant fue víctima de algunas bromas feroces<sup>2</sup>». Y Jean Lorrain concluye, aportando como prueba de apoyo, la historia de una cena con la Sra. C... d'A..., en la que se maquina una confabulación, instándole a ir vestido en traje de color,

---

<sup>1</sup> *Mirando La Vida Pasar*; E. MAYNIAL, loc. cit. p. 168

<sup>2</sup> citado por G. NORMANDY, loc. cit. p. 90

mientras que el resto de los invitados llevaban impecables fracs negros.

Participaba a sus amigos su disgusto del «mundo» y el aburrimiento experimentado cerca de las Altezas, pero no podía prescindir de su sociedad.

Creía dominar a las mujeres mediante su fuerza de macho, y se prestaba a todas las trampas que estas le tendían, utilizando como cebo su necesidad de sentimentalidad y admiración. Ellas se las devolverán como las raquetas devuelven el volante. Él permanecía siendo, más de lo que deseaba mostrar, el hombre sencillo de siempre y se enervaba o entristecía cuando se exigía, en el papel que quería representar cerca de sus pretendidas conquistas, otra cosa. Algunas páginas de *Nuestro Corazón* tienen el tono de una confesión. Hay algo de profético en ese pseudónimo de Maufrigneuse que tomó en 1882 en el *Gil Blas*: sus bellas amigas debían, como la Sra. de Maufrigneuse, representarle algunas veces la comedia del sentimiento y de la pureza – pureza de la que él se vanagloriaba de franquear rápido. Es con esta reserva como hay que interpretar sus protestas de independencia; ha sido la víctima consentida de perversas astucias femeninas. La aventura de Marie Bashkirtseff es, a este respecto, bastante característica. Aquella a la que Maurice Barrès bautiza con una tan justa ironía *Notre-Dame du Sleeping-car* y que era también la Notre-Dame del a vuelta de correo, ha querido imitar a alguna de sus bellas amigas; pero pronto supo que su corresponsal no era el hombre de las «relaciones intelectuales». La lástima es que en esta cruda franqueza, otros han sabido esquivar bien los golpes.

Es necesario tener en cuenta también esa necesidad de gastar bromas a todos aquellos que se le aproximan, que está presente en él desde siempre y que se desarrolla todavía más con el tiempo. La mistificación pide

venganza y el embustero es engañado a su vez. Se sabe que maquinaciones inventa, haciéndose pasar por antropófago y declarando con una imperturbable seriedad que el hombro de mujer es un trozo tan delicado «que repite». ¿Reminiscencias de las «chanzas» de Flaubert y del *garçon*?

Otro rasgo característico que exagera también su influencia del agotamiento que le produce su intensa producción, es la frecuencia y la repentinidad de las fobias a las que no puede resistir. Ellas explican su «vida errante», el disgusto súbito que le inspiran las cosas soportadas hasta ese momento. Por los objetos y lugares, pase todavía, pero por las personas, ¿cómo el pobre Maupassant no habría de soportar las consecuencias de lo que se podía tomar por inexplicables extravagancias?

Es probablemente así como hay que interpretar la diferencia que lo separa de Goncourt, con respecto a los dos últimas páginas del prefacio de *Pierre y Jean*, fechada en *La Guillette*, en Étretat, en septiembre de 1887.

Había escrito:

«No es en absoluto necesario recurrir al vocabulario extravagante, complicado, numeroso e ininteligible que se nos impone hoy día, bajo el nombre de escritura artística, para fijar todos los matices del pensamiento... Esforcémonos en ser unos excelentes estilistas en lugar de coleccionistas de palabras raras... La lengua francesa es un agua pura que los escritores amanerados no han logrado ni lograrán jamás enturbiar...» Y había echado ese pulso a Edmond de Goncourt, acompañado de una carta manifestando su admiración. ¿Inconsciencia, desafío o grosería? No, nada de todo eso, probablemente. Después de haber escrito por impulso esas líneas (que corresponden exactamente a su pensamiento, pero que nada le hubiese impedido

transcribirlas menos brutalmente provocadoras), trata mediante su carta de atenuar su alcance, como se ha dicho ya antes. Pero la aventura sorprende a todos los habituales del «Desván». Para el hombre que coleccionaba cuadros y que había escrito en *Ideas y Sensaciones* – libro dedicado a Flaubert - «el epíteto raro, esa es la marca del escritor», el ataque del *discípulo* era inconcebible. «Busco en vano – me escribía Céard – la razón literaria por la que Maupassant se libra a esta agresión tan precisa para no haber sido premeditada. Pero, si se considera que pronto demandará al *Figaro*, culpable a sus ojos de haber publicado su prólogo de *Pierre y Jean* practicando cortes, uno se ve inclinado a creer que Maupassant, en ese momento, estaba atacado de una *fobia* de la que Goncourt era la víctima. Quizás también él había devuelto el comentario de Goncourt sobre su apartamento de la calle Montchanin, que el hombre de Auteuil denominaba un «domicilio de chulo caribeño». Los amigos se intercambian esas amables apreciaciones.<sup>1</sup>»

## V

Los innumerables estudios publicados sobre la enfermedad y la muerte de Maupassant no han aclarado los problemas que plantea este doloroso final.

Tienen por decorado la residencia psiquiátrica de los doctores Blanche y Meuriot, en Passy, antiguo palacete de Lamballe, cuyos jardines se extendían a lo largo de la calle Berthon, muy cerca del apartamento de soltero de André Mariolle, el protagonista de *Nuestro*

---

<sup>1</sup> Carta inédita de Henry Céard.

*Corazón.* Y, por una singular casualidad, uno de los médicos que trataban al pobre escritor poseído por la locura era el doctor Franklin-Grout, segundo marido de la sobrina de Flaubert – a la que, al principio de su vida literaria, Maupassant dedicaba *Una Historia de Antaño...*

¿Es posible, penetrando en el misterio de este triste final de su vida, establecer una cuenta exacta de lo que el genio del escritor debe a la enfermedad de la que pronto va a morir? La respuesta la da el mismo en esta admirable carta, escrita en plena sobreexcitación del sufrimiento:

«Si no pudiese hablar, dejaría salir todo lo que siento en mi interior de pensamientos inexplorados, reprimidos, desolados. Siento que hinchan en mí y me envenenan, como la bilis a los biliosos. Pero, si pudiese un día expectorarlos, cuando se evaporasen, tal vez no encontrase en mí, más que un corazón ligero, alegre, ¿quién sabe? Pensar se convierte en un tormento abominable cuando el cerebro no es más que una llaga. Tengo tantas heridas en la cabeza que mis ideas no pueden aflorar sin que me entren ganas de gritar. ¿Por qué? ¿Por qué? Dumas diría que tengo un mal estómago. Creo más bien que tengo un pobre corazón orgulloso y vergonzoso, un corazón humano, ese viejo corazón humano del que se ríe, pero que se emociona y hace daño. Y luego hay días en los que no pienso así, pero en los que sufro igual, pues soy de la familia de los quisquillosos. Pero no lo digo, no lo demuestro, incluso lo disimulo muy bien, creo. Se me cree, sin ninguna duda, uno de los hombres más indiferentes del mundo. Soy escéptico, lo que no es lo mismo, escéptico porque tengo los ojos claros. Y mis ojos dicen a mi espíritu: ocúltate, viejo, eres grotesco, y él se oculta.<sup>1</sup>»

---

<sup>1</sup> Bola de Sebo. LXXIII, Conard.



## CAPÍTULO VI

### EL HOMBRE Y LA OBRA

#### I

«¡Felices aquellos a quiénes vida satisface, aquellos que se divierten, aquellos que están contentos!»

Maupassant emite ese grito en 1888, en el momento en el que la vida parece haberlo colmado. Es en *Sobre el Agua* donde lo anota, en el transcurso de un crucero por las costas del Mediterráneo. Posee un yate, el *Bel-Ami*; puede llevar esta vida errante al sol y sobre las olas, la vida con la que soñaba tiempo atrás— hace apenas diez años — el humilde funcionario del ministerio de la Marina, mientras su pluma (que iba a escribir *Bola de Sebo*) trazaba sobre el papel administrativo cifras y más cifras, para elaborar el presupuesto de los puertos. Ha hecho construir en Étretat una amplia casa rodeada de una huerta, en la que puede recibir a sus amigos; vive en París en un apartamento lujoso, ofrece cenas, y el mundo lo festeja; los periódicos se disputan a precio de oro sus artículos, los editores sus manuscritos; la crítica lo ensalza; Alexandre Dumas le escribe sin intención de halago: «Usted es el único autor del que espero los libros con impaciencia», y lo apremia para que se deje elegir como miembro de la Academia. Las mujeres — las mundanas y las demás — lo adulan; los hombres lo estiman; no tiene demasiados enemigos.

Y, sin embargo, es desgraciado.

Es desgraciado, como Flaubert, porque en el fondo es un pesimista. El espectáculo del mundo lo desola; las satisfacciones que la vida le aportan no lo consuelan de la desgracia de haber nacido. Aún sin las manifestaciones románticas de la desesperación de René, deplora que sus padres le hayan «inflingido la vida». Y, más que Chateaubriand, tiene motivos para quejarse: le han hecho el más terrible de los regalos. El mal del que va a morir se desarrolla sobre un terreno maravillosamente preparado por la herencia. Ignora sus antecedentes y sus taras: habla abiertamente en sus cartas a Flaubert. De niño, sin duda, ha sido testigo de escenas lamentables que le han revelado la neurosis que sufría su madre; las diferencias de sus padres entristece sus primeros años<sup>1</sup>: condiciones muy favorables para que se desarrolle en él ese nihilismo que el éxito del escritor nada cambiará. El desencanto proviene de muy atrás y es demasiado profundo. Desde el punto de vista del crítico, como del médico, parece un fenómeno constitucional. Y la obra parece un incesante esfuerzo de liberación. Léase esta confesión, en la carta a Marie Bashkirtseff:

«Casi todo me da igual en la vida, hombres, mujeres y acontecimientos. Esa es mi auténtica profesión de fe, y debo añadir, aunque usted no me crea, que no me soporto más a mi que a los demás. Todo se desdibuja en aburrimiento, broma y miseria... Me tomo todo con indiferencia y paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente. Ocupo el tercio restante en escribir unas líneas que vendo lo más caro posible, lamentando estar obligado a realizar ese abominable trabajo...»

¿Fanfarronada? ¿Pose? No, no más que esta confesión de Flaubert: «Dudo de todo, incluso de mi

---

<sup>1</sup> Ver, entre otros, el relato titulado: ¡Camarero, una caña!

duda. Tú me has creído joven y yo soy viejo. A menudo he hablado con los viejos de los placeres terrenos y siempre me ha sorprendido el entusiasmo que entonces reanimaba sus tiernos ojos, del mismo modo que ellos no salían de su sorpresa considerando mi modo de ser; y me repetían: - ¿A su edad? ¡A su edad! ¡Usted! ¡Usted! – Cuando desaparezca la fantasía del espíritu, la emoción del minuto, poco me quedará. He aquí al hombre sin doblez. No estoy hecho para gozar. No hay que tomar esta frase en un sentido prosaico, sino en captar la intensidad metafísica. Yo siempre me digo que voy a ser culpable de tu desgracia... Entonces la náusea de la vida me sube hasta los labios, y tengo un asco de mi mismo increíble, y un cariño completamente cristiano hacia ti.<sup>1</sup>»

Flaubert tiene veinticinco años cuando envía esas líneas a Louise Colet. Él también se siente ante la vida tan desarmado y tan decepcionado como Maupassant.

Como la obra de su discípulo, la suya fue un esfuerzo desesperado de liberación. Pero bajo ese fondo tan similar de pesimismo, debido en gran parte a la revelación de un mal incurable, ¿qué diferencia hay entre ambos artistas! Flaubert plasma en sus libros el conocimiento acumulado por los hombres en el transcurso de los siglos y ha observado la vida. Maupassant no ha leído mucho: «su bagaje era simplemente el de un bachiller que, salido del colegio, satisfacía algunas inquietudes<sup>2</sup>». Leyó a Schopenhauer y a Spencer, algunas páginas de Sir John Lubbock sobre las hormigas. No tiene deseos de aprender otras cosas, a diferencia de todo el hambre de saber que agotaba a su maestro. Se presenta ante la vida como un primitivo (la observación de Pol Neveux no puede ser más justa). Y

---

<sup>1</sup> Carta de Flaubert a Louise Colet, del 9 de agosto de 1846. Tercera carta de las que el escritor escribe a su amante.

<sup>2</sup> Pol NEVEUX, Prólogo, p. XXXIV

esas son diferencias que le confieren, en gran parte, su éxito. Lleva con él esa frescura y sinceridad de la que la literatura francesa tanta necesidad tenía cuando él aparece – como un «meteorito» - «Todo se desdibuja en aburrimiento, broma y miseria: paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente...» ¡Cuánta desesperación hay en esas palabras! Y como dudar de su sinceridad cuando su propia obra lo confirma – la obra, testimonio irrefutable y espontáneo, que nos resulta más fidedigno que una confesión, dónde siempre, hasta en la confidencia más franca, pueden aflorar rasgos de una involuntaria necesidad de confundirse a si mismo. El disgusto del que habla Baudelaire, y del que todo hombre está animado cuando se inclina sobre si mismo, arroja sobre la franqueza más decidida el manto del pudor y la mentira. Pero la obra escapa a esas precauciones por disimular. En la creación laboriosa y espontánea de los personajes, de las situaciones y los decorados, en la elección de los episodios y en la distribución de las escenas, el inconsciente colabora estrechamente con la lúcida voluntad del artista. Se libera a sus obsesiones, se venga de tantas represiones.

Y desde *Bola de Sebo* hasta *El Angelus*, la sorprendente, la extraordinaria unidad de Maupassant, nos muestra esa necesidad de evasión de si mismo. Se encuentra en su obra sobre todo lo que le inquieta y desespera, sus terrores, sus añoranzas, su miseria, y a veces incluso páginas enteras que son auténticas confesiones. Léase por ejemplo la meditación que hace, durante la noche, sobre el puente del yate fondeado ante La Croisette centelleante de luces: «¡Hay que estar ciego y ebrio de estúpido orgullo para creerse otra cosa que un animal apenas superior a los demás!... La vida, para ciertas personas, es una especie de divertido espectáculo en el que ellos mismos son los actores, algo bueno y

cambiante que, sin sorprenderlos demasiado, les encanta. Pero otros hombres recorren con un estallido del pensamiento el círculo estrecho de las satisfacciones posibles quedando aterrados ante la nada de la felicidad, la monotonía y la pobreza de las alegrías terrenas. En el momento que llegan a los treinta años, todo ha acabado para ellos. ¿Qué pueden esperar? Nada los distrae; están de vuelta de nuestros mezquinos placeres...»

Tiene treinta años cuando escribe esas líneas sobre su libro de a bordo (cuyos fragmentos van a aparecer bajo el título *Sobre El Agua*). Tiene treinta y ocho años y no espera gran cosa de la vida. Ésta le ha dado todo, y, en los más bellos frutos que ella le ofrecía, ha percibido un gusto a ceniza.

Al menos Flaubert profesaba una fe: creía en el Arte. Maupassant no tuvo ni siquiera esa luz, o al menos ésta estaba oscurecida: «Ocupo el tercer tercio de mi vida en escribir unas líneas que vendo lo más caro posible, lamentando dedicarme a este abominable oficio...» Lo que constituía antes, en sus inicios, un consuelo y una esperanza, se ha convertido muy aprisa en un oficio. Al menos conserva, hasta el último día, como un buen obrero, el respeto por ese oficio. Ahí está su última creencia, - su última superstición, pues también la creía vana, - como todo en el mundo, no era a sus ojos más que una ilusión.

«¡Hay que tener el espíritu lento, formado y poco exigente para conformarnos con lo que es!... No viendo que estamos siempre prisioneros en nosotros mismos, sin conseguir escapar, condenados a arrastrar el grillete de nuestro sueño sin poder volar...»

Ha intentado evadirse de esta prisión, de salir de él mismo; ha querido desatar el grillete. El éter, a menudo, le ha dado la ilusión de estar liberado, pero eso no era más que un error. De vuelta había que reingresar en la

cárcel y someterse a la servidumbre. El trabajo enconado también pasa por ser una evasión, una huida en lo imaginario, en un mundo poblado de seres y amueblado de cosas inventadas según el capricho del artista. Pero aún así, el artista crea esos seres y esas cosas a imagen y semejanza de lo que observa. Esos hombres se parecen como hermanos a los hombres de carne y hueso que pueblan el mundo real – y peor todavía, se parecen al escritor, a él mismo, encontrándose en ellos eso que él se esfuerza por ocultar, horrorizándose ante ello como, al salir de una enfermedad, el convaleciente se horroriza de su imagen percibida en el espejo...

¡Ah! ¡Qué triste es la meditación sobre el puente del yate, bajo las estrellas que centellean y ante el mar en movimiento y susurrante! El arte no es más que una quimera, más decepcionante que las demás: «Uno se afana durante años en imitar lo que es, y apenas se obtiene, mediante esa copia inmóvil y muda de los actos de la vida, hacer comprender a los ojos más avezados lo que se quiere intentar... Desde que actúa nuestro corto pensamiento, el hombre es el mismo; sus sentimientos, sus creencias, sus sensaciones son las mismas... ¿De qué me sirve aprender lo que soy, de leer lo que pienso, de mirarme a mi mismo en las banales aventuras de una novela?» La inutilidad de todo esfuerzo, de todo deseo, la vanidad de todo afán, Satán ya le revelaba al San Antonio de Flaubert quién se sumía en ese supremo deseo: «¡Ser material!» ¿Pero, la materia por sí misma, no es otra cosa que una ilusión? «Sobre este pequeño barco que el mar balancea, que una ola puede llenar y hundir, se y siento que nada existe de lo que conocemos, pues la tierra que flota en el vacío está aún más aislada, más perdida que esta barca sobre las olas. Su importancia es la misma, su destino se cumplirá. ¡Y yo me alegro de comprender la

nada de las creencias y la vanidad de las esperanzas que engendra nuestro orgullo de insectos! »

La luna arroja matices plateados sobre las crestas de las pequeñas olas alrededor del *Bel-Ami* y el ensueño de Maupassant se ensombrece aún: el claro de luna ya no es inspirador de tiernas historias de amor. Su luz pálida es, como dice Shakespeare, la dueña soberana de la auténtica melancolía. Y ante el mar, bajo la luna, Maupassant sueña, como ha hecho soñar, el año anterior, a Pierre y Jean sobre el rompeolas del puerto del Havre, mientras que los haces luminosos paralelos de los faros de la Hève horadan la noche arremolinándose encima de sus cabezas, y ellos tratan de comprender el sentido de la vida. Pero el mar, que mece y adormece, el mar verde del país cauchois y el mar azul de la Napoule que golpea el estrave del *Bel-Ami*, ese mar que él creía un consuelo, ¿qué le ha enseñado, sino la resignación?

## II

Todos los críticos han insistido sobre la impasibilidad, sobre la objetividad de Maupassant. Observar la vida, elegir los hechos, pintarlos como son, sin intervenir, sin revelar nada de si mismo, de los sentimientos que experimenta ante las acciones de sus personajes, permanecer ausente de su obra, en una palabra, fue uno de los dogmas que le había enseñado Flaubert. Los otros eran la desconfianza hacia si mismo, el horror de las ideas recibidas y de las locuciones preestablecidas, el desprecio por la facilidad y el respeto por su arte.

Pero le ocurre la misma aventura que a Flaubert traicionando la ternura de su corazón y la delicadeza de sus sentimiento en esa obra maestra objetiva que es *La Educación Sentimental*. Él había soñado con escribir un

libro que fuese un documento histórico, claro, impasible, y que es bien eso en efecto, pero algo más: la emotiva confesión de un hombre que confiesa el secreto de su vida, como un actor animando con su propia pasión el personaje que representa. Maupassant, a través del pesimismo que lo envuelve y la impasibilidad de su relato, nos deja ver su piedad.

En una carta citada por Pol Neveux, se encuentra esta frase: «El esfuerzo que hago por penetrar en las almas desconocidas es incesante para mí, involuntario, dominante. ¡Me sumo en una especie de invasión, de penetración de lo que me rodea. Me impregno, me someto, me ahogo en las influencias cercanas!» Análogamente, Flaubert había dicho: «Absorbamos el objetivo y que él circule en nosotros...» Sí, pero impregnándose así de humanidad, encargándose de todas las miserias de los hombres, ¿cómo no sentir un poco de todos esos dolores, cómo no conservar en él un poco de su pena?

La piedad de Maupassant estalla, de vez en cuando, en sus libros, y a veces no sin violencia. Léase para convencerse la página de *Pierre y Jean* sobre los emigrantes: «Penetrando en el entrepuente, fue golpeado por un olor nauseabundo de humanidad pobre y sucia, una peste de carne desnuda, más repugnante que la del pelo o la lana de los animales. Entonces, en una especie de subterráneo oscuro y bajo, semejante a las galerías de las minas, Pierre advirtió centenares de hombres, de mujeres y de niños extendidos sobre unas planchas superpuestas o moviéndose por montones sobre el suelo. No distinguía los rostros, pero veía vagamente esta muchedumbre en harapos, esa multitud de miserables derrotados por la vida, agotados, abrumados, partiendo con una mujer delgada y unos niños extenuados para una tierra desconocida donde tal vez esperaban no morir de



hambre. Y, pensando en el trabajo pasado, en el trabajo perdido, en los estériles esfuerzos, en la lucha encarnizada, retomada cada día en vano, en la energía dispensada por esas bocas, que iban a recomenzar todavía, sin saber donde, esa existencia de abominable miseria, el doctor tuvo ganas de gritarles: «¡Pero arrojaros al agua con vuestras mujeres y vuestros hijos! » y su corazón fue de tal modo contrito por la piedad, que se marchó, no pudiendo soportar aquella visión.»

Y vuélvase a leer en *Sobre el Agua* las páginas sobre la guerra, tras la visita a la escuadra, en el momento en el que el regimiento de Antibes maniobra con tiradores en la arena y los pinos: «Cuando tan solo pienso en esa palabra: la guerra, me invade un espanto como si se me hablase de brujería, de inquisición, de algo lejano, acabado, abominable, monstruoso, contra natura... ¡Ah! viviremos siempre bajo el peso de las viejas y odiosas costumbres, de los criminales prejuicios, de las ideas feroces de nuestros bárbaros antepasados, pues somos unos animales, y permaneceremos siendo unas bestias que el instinto domina y que nada cambia.»

¿En cuántos relatos, en cuántas páginas de sus novelas se ha dejado ver su piedad? Recordemos el episodio del perro, al principio de *Mont-Oriol*, cuando el viejo Auvergnat hace saltar el borne de donde brotará la fuente. Recordemos lo que hace Paul Brétigny, que arriesga su vida para impedir que la explosión mate al gozque. Robert Pinchon, – el amigo de juventud de Maupassant, la Tôque, de *La Hoja al Revés*, – me ha contado antaño un rasgo totalmente parecido al de Maupassant, y adquirido sencillamente, sin la excitación que la presencia de Christiane Andrematt da a Bretigny... Su piedad, léase *El papá de Simon*, *El tío Roque*, *La Tía Sauvage*, y sobre todo *El Regreso* para percibir la profundidad y la delicadeza. Pero él no la ilumina. Tiene

pudor, y trata de disimularla; sin embargo un destello se transparenta cuando incluso ilumina ciertas páginas, como las últimas de *El Regreso*, como la confesión de la Sra. Obardi en *Yvette*.

Se le ha pintado bajo los rasgos de un indiferente y un egoísta. Se ha escrito: «Su tranquilidad se acomoda mal a las preocupaciones del adultero. Los preliminares lo aburren: no lee nunca un prólogo; en general, reserva a la mujer casada por amistad. Adora a la mujer, no se puede dudar, pero a su manera, como algo natural, como un fruto sabroso, en el que puede morder a placer:

*Ese fauno se descamisa en el monte Olimpo...*

« El Sr. de Maupassant no tendrá penas amorosas: tomando las cosas, esta dispuesto a abandonarlas. No ha experimentado, ni experimentará jamás, ese deseo de ternura que nos atormenta a todos. Ciertas emociones no están en su poder: ¡es un impotente moral!<sup>1</sup>...»

Y bien, bajo la guasa y la ligera ironía, ese juicio de Porto-Riche es una calumnia. Sí, Maupassant es un fauno que pide ante todo a las mujeres la voluptuosidad exenta de complicaciones sentimentales. Pero acusarlo de impotencia moral, es hacerlo una especie de monstruo insensible, es pasarse de la raya. Miss Harriet, Jeanne de Lamare, Yvette, Christiane Andermatt, Anne de Guilleroy, todo un cortejo doliente de tiernas heroínas vienen a demostrar lo falso de esa acusación gratuita, y a testificar a su favor.

Él ha escrito: «Mis ojos dicen a mi corazón: ocúltate viejo, eres grotesco.» Y el oculta su corazón, en efecto, pero no tan bien para que no se le descubra cuando se lo quiere encontrar. No hay que escarbar

---

<sup>1</sup> PORTO-RICHE, Guy de Maupassant. Figaro, 16 de marzo de 1912.

demasiado, solamente prestar un poco de atención: «Su obra, dice el Dr. Ladame en su estudio de psicología patológica, no es más que el doloroso calvario de un pobre ser humano, genial tanto por la visión perspicaz y la aguda sensación de las piedades, de las bajezas y de las groserías de este mundo, como por la reproducción perfecta de sus percepciones recogidas a través del temperamento emotivo y susceptible de ese pesimista, de ese quisquilloso.<sup>1</sup>» Su obra es una «expectoración», como lo dice en esa misma carta, citada por Pol Neveux, de sus pensamiento y de sus sentimientos reprimidos. Por ella se libera. Recordemos los versos de *Una Historia de Antaño*:

*No, el hombre es como una fruta que Dios separa en dos...*

El Dr. Ladame explica, mediante una precoz conmoción de orden afectivo, y por la herencia, esta especie de renuncia a la vida sentimental que agrava su pesimismo. Su obra tiende a restablecer el equilibrio y tal vez *El Angelus* hubiese jugado un papel redentor: «Ese extraordinario símbolo de la crucifixión del pequeño Henri, el lisiado de un mal corporal irremediable, de una sensibilidad exquisita, con una dulzura angelical, y a la mortal desesperanza ante la inanidad de su deseo de amar y de ser amado por una muchacha, parece, en ese sentido, hablar del propio mal de Maupassant, y en definitiva de su liberación. Pero el escritor que acababa de esbozar una tan poderosa obra maestra, murió antes de haberla terminado.»

Se ha hecho al amigo, al compañero, el mismo reproche que a Porto-Riche, hablando en nombre de las

---

<sup>1</sup> Dr. Charles LADAME. Guy de Maupassant, estudio de psicología patológica. lausanne, edición de la Revue Romande, 1919.

mujeres, dirigiéndose, como ya hemos visto, al amante. Mirbeau, en una carta a Claude Monet, en el momento del internamiento de su viejo amigo, escribía: «Desde que supe ese drama, tengo siempre en mi espíritu las palabras de San Justo: «Aquél que no ha tenido amigos está muerto.» Y Maupassant jamás ha amado nada, ni su arte, ni una flor, ¡ni nada! ¡Fue la justicia de las cosas quién lo golpeó! ¡Pero es horrible, sí!. ¡Amemos algo para no morir, para no volvernos locos! Pero creo que no somos nosotros quién debemos darnos esos consejos, pues si nunca nos volvemos locos, será por amar demasiadas cosas<sup>1</sup>»

Pero esto exige una explicación. Esta carta de Mirbeau se explica cuando se coteja con una carta de Maupassant al autor de *Sébastien Roch*, y que el Sr. Ed. Spalikowski ha publicado:

«Mi querido amigo,

«Ven a cenar conmigo el viernes y charlaremos.

«Jamás he hablado mal de ti. Todo lo que he podido hacer, y seguramente he hecho, ha sido lamentar viva y sinceramente, como lo hago aún, que tú no dediques a una tarea más duradera un talento tan ardiente y real.

«Desde el punto de vista incluso de ese talento, he dicho y repetido por todas partes y en toda ocasión, que tu eras uno de los más interesantes y más profundamente dotados de los periodistas contemporáneos. La única reserva que he hecho no concernía más que a la expresividad de tus impresiones.

«Ahora, si encuentras a alguien que se atreva a repetirme algo ofensivo del tipo que sea, dicho por mi sobre tí, estaré bien dispuesto a encontrarlo. Pon contra la

---

<sup>1</sup> *La amistad con Guy de Maupassant*, por Ed. SPALIKOWSKI, *Figaro*, 22 de agosto de 1925.

pared a los amables camaradas que te han informado y verás cuáles son sus créditos y sus conductas.

«Te estrecho cordialmente la mano.

«GUY DE MAUPASSANT»

Mirbeau parece no haber perdonado a Maupassant esa franqueza. ¿Pero esta carta, como lo observa Ed. Spalikowski, no bastaría por sí sola para probar que la leyenda de un Maupassant egoísta es la de las que es necesario eliminar de la historia literaria? Tenía amigos. Aunque a veces, por desgracia es cierto, como le ocurrió con Edmond de Goncourt, obedecía a unos impulsos de los que más tarde la enfermedad proporcionará la explicación. Pero eso no cambia nada en su carácter, no disminuye su lealtad.

No es cierto tampoco que, por orgullo, haya ofendido deliberadamente a sus viejos amigos, jactándose de su éxito, de las grandes tiradas de sus libros, o incluso de su corona de marqués y de su partícula. Ahí todavía – como en la historia de los retratos rechazados, en el proceso intentado contra el *Figaro* – hay que justificarlo en parte por la enfermedad. De igual modo, cuando Salis tiene la descabellada idea de imprimir sobre la contraportada del *Chat Noir*: «Guy de Maupassant, administrador general», si Maupassant se enfada, es tras haber dado pruebas de una buena voluntad y de una paciencia que otros en su lugar quizás no hubiesen tenido. La carta a Edmond Deschaumes, citada por Georges Normandy, es una prueba de ello. La verdad, es que, bajo unas apariencias que han podido equivocar a ciertos observadores superficiales o maliciosos, él conservaba un pudor extremo. Él mismo ha definido ese rasgo de su carácter en una carta a una amiga, escrita durante su estancia en Aix-les-Bains en 1890, después de una visita a las Charmettes. Dijo, respecto de la

descripción de las habitaciones de Rousseau y de la Sra. de Warens en la Guía Joanne: «La media página de Joanne me ha traído a la memoria todo lo que sé de esas cosas, de esas mujeres y de esos hombres, de esta crónica canalla del Arte, que hace interesarse en la cama del artista más que en su pluma; y me he felicitado intensamente a mi mismo de no tener esa curiosidad a la que califico de *malsana*... Desconozco el pudor físico del modo más absoluto, pero tengo un excesivo pudor de sentimiento, tal pudor que cualquier sospecha adivinada en alguien me exaspera. Ahora bien, si yo tuviese suficiente notoriedad para que una posteridad curiosa se interesase por el secreto de mi vida, el pensamiento de la sombra en la que tengo mi corazón, iluminado por unas publicaciones, revelaciones, citas, explicaciones, me produciría una inexpresable angustia y una irresistible cólera. La idea de que se hablase de Ella y de Mi, que unos periodistas discutieran, que se contestaran, que se analizaran mis emociones, que se sodomice mi respetuosa ternura (perdone esta horrorosa palabra pero me parece precisa), me arrojaría en un furor violento y en una profunda tristeza.<sup>1</sup>»

Y, por un injusto e irónico capricho del destino, ocurrió a Maupassant lo que le había sucedido a Flaubert, él también tan ferozmente púdico y reservado sobre su vida privada. Pero, para Maupassant, la curiosidad malsana encontró pasto antes incluso que su cuerpo fuese sepultado. El drama de sus últimos meses suscita repetidos comentarios. Se habla de la residencia psiquiátrica de Passy a propósito de las obras del escritor, incluso fuera de lugar. Si bien, en el momento en el que fue inaugurado el monumento de Ruán (1897) se hizo,

---

<sup>1</sup> Esta hermosa carta, comunicada por Pol NEVEUX A Leone GINZBURG fue publicada por éste en su artículo *Maupassant inédito* (*La Cultura*, julio septiembre 1932)

según la expresión de un cronista del *Figaro* «pagar caro al pobre Maupassant su entrada rápida en la inmortalidad». En las *Notas de un parisino*, firmadas con la inicial E, el 24 de octubre de 1897, se leía: «Uno no se limita, en efecto, a celebrar según la costumbre su valor literario y las cualidades de primer orden que lo han hecho, siendo joven todavía, uno de los maestros de la lengua francesa. En un día de inauguración, hay que detenerse sobre todo en los meritos de las personas que se quieren; uno no mira nunca el reverso de las meallas de bronce. Para Maupassant, se ha querido hacer una excepción, y, en la mayoría de los periódicos que han hablado de él, es sobre todo sobre su locura en lo que inciden. Se ha hecho de ella la característica de su existencia, el punto culminante de su carrera. De tal modo que el publico debe preguntarse si se le honra por haber dado muestras de una tan luminosa inteligencia o por haberla perdido tan miserablemente un día. Se habría podido dedicarles parecidos artículos si él hubiese entrado en la Academia francesa: algunas ortigas han picado entre los inmortales. Prueba, después de todo, de que el recuerdo de Maupassant está todavía muy vivo. No ha dejado únicamente amigos, ha dejado compañeros... »

*Genus irritabile vatum.* Poetas y prosistas son completamente parecidos y la camaradería literaria es tan particular que a menudo se ofende de los éxitos: cuando Jules Huret publica su investigación ya famosa sobre la *Evolución Literaria*, va a ver a Maupassant, «ese hombre que había encarnado para mí, - escribe -, cuando yo tenía veinte años, la expresión más completa de la verdad, y que estaba más cerca de mí, entonces, que el mismo Flaubert». Iba a verlo, aunque fue «el hombre de París más difícil de aproximársele». Y encuentra un hombre «con un gran bigote bicolor, que le hizo sentarse muy cortésmente », y que le declaró con un tono de sinceridad

de la que no se podía dudar: «Escribo cuando me produce placer, pero hablar, no. No conozco además ningún hombre de letras; he quedado a veces con Zola, con Goncourt, a pesar de sus *memorias*, además los veo raramente, a los demás nunca. No conozco más que a Dumas hijo, pero no nos dedicamos al mismo oficio... y no hablamos nunca de literatura... hay muchas otras cosas...»

Esto, que ellos tomaban por desprecio – y que no era más que una manifestación de su pudor, totalmente idéntico al de Flaubert – hacia los viejos compañeros de periodismo, nunca se lo perdonaron. Se iban divulgando y exagerando anécdotas, rasgos conducentes a perjudicarlo. Cuando aparecieron los primeros signos de la enfermedad mental se esforzaron, caritativamente, en traer a colación el origen de ese mal, así como algunos detalles secretos de su vida privada. Y sin embargo, era merecido tratar con más discreción, al escritor que dejaba a los críticos y a los exegetas una cosecha de treinta volúmenes, y que, a la muerte de Flaubert, cuando Du Camp en sus *Recuerdos literarios* revelaba el mal que había afectado al amigo de su juventud, él había censurado esta felonía en dos artículos rotundos en el *Gaulois*...

### III

Pocos caracteres hay tan coherentes como el suyo: entre sus sentimientos, su vida, sus ideas, su estética y sus libros, apenas hay contradicciones como se puede observar tan a menudo en otros y que sin embargo parecen estar exentos misterios. Tan solo una cosa puede sorprender: la extraordinaria salud de su obra, cuando es sabido el mal que golpea al autor.



Pero eso no es tan asombroso como se ha dicho: Pol Neveux, en su prólogo a las *Obras completas* de Maupassant, y el Dr. Ladame, en su estudio clínico, llegan ambos, por caminos distintos, a las mismas conclusiones. El primero nos dice: «El lector está deslumbrado por la salud de este arte renovado, y sin embargo sorprendido descubriendo, entre esos cuadros de naturaleza plenos de savia, inquietantes escapadas hacia lo sobrenatural, turbadoras evocaciones, veladas al principio, del más banal al más vertiginoso de los estremecimientos, al miedo, tan viejo como el mundo y eterno como lo desconocido... Identificar a Maupassant con sus personajes, es un gran error...» Y el otro: «Habladurías, interpretaciones, cuyas falsas premisas conducen a juicios erróneos, tales son los elementos que acreditaron esa opinión, solemnemente emitida, afirmando que en varios cuentos de Maupassant, que en tales o cuales páginas de sus novelas o sus relatos de viajes, se encontraba la reproducción fiel de sus sufrimientos físicos, las angustias de la locura invasora, incluso síntomas de la vesanía declarada, que ladinamente iba minando su pensamiento, su corazón, todo su ser... El análisis de la obra de este maestro narrador nos convence de que es genial, tanto o más por la finura y la precisión de sus observaciones psicológicas, que por la perfección de sus expresiones. Y se comprende sin problema que *pueda producirse la ilusión de que se vea una autobiografía en las pinceladas objetivas de tal o cual caso.* »

Es cierto; no es más que la posibilidad de una ilusión: el ejemplo de *El Horla* es característico. El tema, como se sabe, le fue proporcionado por Léon Hennique. Lo desarrolla en plena salud de espíritu. Utiliza sin duda a este efecto recuerdos de alucinaciones experimentadas bajo los efectos del éter. Pero eso es una cosa, y la

parálisis general de la que debía morir es otra. Si su estado mental había sido el de sus propios personajes, tendríamos, en lugar de una obra genial, unos escritos como aquellos que, según la expresión del Dr. Ladame, extraños, incoherentes y francamente patológicos, llenan los archivos de los alienistas. Jamás un paralítico general – aún siendo un escritor de primer orden – ha compuesto una obra coherente.

Hay que señalar que esos cuentos como *El Horla*, como *Sobre el Agua*, como *¿Él?*, como *El Miedo*, como *El Albergue*, como *La muerta*, como *la Noche*, *La Dormilona*, *¿Quién sabe? Sueños*, etc., no pertenecen únicamente a los últimos años de su vida, sino al periodo de sus inicios literarios. Todavía debe indicarse que ningún otro está mejor construido, mejor estructurado, y, por decirlo todo, no parece imaginado por una cabeza más segura de sus ideas, que aquellos, precisamente, que no podemos leer sin ser estremecidos por el escalofrío del miedo.

Desde luego tuvo unas obsesiones – o mejor dicho – unos temas predilectos. El miedo es uno de ellos; y el hijo abandonado por su padre y que, un día, se encuentra ante éste; y la fatalidad que se desprende no solamente de nuestros propósitos, de nuestra voluntad, sino aún de toda moral y de toda ley humana. *El Regreso y el Puerto* renuevan viejos temas como los trágicos griegos. El dolor del hombre ante su destino es semejante, lleve la túnica del hijo de Agamenón o el chaquetón del marino cauchois. Y la sobria grandeza del relato, en Maupassant, eleva a sus humildes héroes hasta el símbolo.

Su pesimismo y determinismo provienen de Flaubert y de Tourguenieff, así como su estética. Y aún así la unidad de su vida es sorprendente: sin fluctuaciones, incertidumbre, vacilación entre doctrinas y escuelas. Ha recorrido un camino recto. A menudo se

distinguen tres periodos en su vida y tres etapas en su obra: la distinción es muy sutil y arbitraria. Como todos los artistas, se ha renovado; después de haber pintado a los paisanos y a los burócratas, se dedica a los mundanos. Pero su paleta, cargándose para cada retrato con los colores apropiados, es siempre la misma. La composición obedece a las mismas leyes de una rigurosa y personal técnica. De un estudio anónimo aparecido en *Le Correspondant*, en enero de 1892, destaco estas líneas que me parecen de una extrema precisión: «Frecuenta en zapatos de charol el «coto privado» de Paul Bourget. Y su talento se mantiene incluso, bajo la corbata blanca, tan lúcido, tan robusto, tan entero; donde otros, adulados por fama y embriagados por ella, se disminuirían, se dejarían invadir y traspasar hasta los huesos, Maupassant permanece impermeable, siempre dueño de su mismo... Lo que hay de notable en este escritor, es de entrada la universalidad, al mismo tiempo que la igualdad de un talento que no conoce el desfallecimiento. Ha tratados en sus temas las ideas más discordantes, las más alejadas, con la misma tranquila seguridad. Sus excepcionales cualidades son permanentes, no es hombre del *unius libri*, aquél que se bautiza con preferencia el autor de... No, todo lo que ha hecho, lo ha hecho con una superioridad regular, funcional... »

Con su determinismo, el rasgo dominante de su carácter es la necesidad de claridad. Este amor por la luz ha inducido a error a algunos críticos. Gourmont, por ejemplo, tan penetrante de ordinario, ha escrito en el *Libro de las Máscaras* (retrato de André Gide): «El diario es una forma de literatura bastante buena y enriquecida en ocasiones por espíritus muy subjetivos. El Sr. de Maupassant no tendría nada que hacer: el mundo es para él un tapiz de billar, anota los encuentros entre las bolas y cuando éstas se detienen, él también se para, pues

si no hay ningún movimiento que observar, él no tiene nada que decir.» Esto es justo e injusto a la vez: justo en lo que Maupassant, como Flaubert, e incluso más que su maestro, procede de lo visible, de lo concreto hacia lo oculto, lo abstracto. Nunca el aforismo de Condillac: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, ha encontrado demostración más brillante. Pero sin embargo ¿quién mejor que Maupassant se muestra hábil en sugerir el misterio, que concede más protagonismo al inconsciente?

En su prólogo a *Pierre y Jean* dice: «Hay que tener en cuenta que, si bien a fuerza de observar a los hombres, podemos determinar su naturaleza con la suficiente exactitud para prever sus maneras de ser en casi todas las circunstancias, si podemos decir con precisión: «Tal hombre de tal temperamento, en tal caso, hará «esto», no se sigue de ello que podamos determinar ,una a una, todas las secretas evoluciones de su pensamiento, que no es el nuestro, todas las misteriosas sollicitaciones de sus instintos, que no son iguales a los nuestros, todas las incitaciones confusas de su naturaleza, cuyos órganos, nervios, sangre y carne son diferentes a los nuestros.» Y esa es precisamente la mayor dificultad del arte de la novela, es por así decirlo la piedra angular del novelista. ¿Qué hay más diferente entre un Flaubert y una Emma Bovary? Y Flaubert ha podido decir, sin embargo, con gran sinceridad: ¡*Madame Bovary soy yo!* Maupassant habría podido decir igualmente: - Jeanne de Lamare, Yvette, Christiane Andermatt, Madeleine Forestier, soy yo, como decía por fanfarronería: Bel-Ami, soy yo.

Para crear a unos y a otros, Maupassant ha seguido la misma regla, la que le ordenaba el determinismo que era el primer artículo de su *credo*. Construcción lógica, ordenada hasta en el más mínimo detalle, pero no simplificada en exceso o demasiado rígida. En el

momento en que apareció *Nuestro Corazón* se le reprochó casi unánimemente sus «complicaciones»; se le echó en cara, como antes a Flaubert, que en su psicología había mucho de fisiología. Habría podido responder como su maestro que él no podía «imaginar el espíritu sin el cuerpo, la forma sin el fondo, el estilo sin la idea».

Y, en efecto, nunca un estilo ha sido más conveniente que el suyo con respecto a los temas que trata, a las ideas que expresa. Es sencillo, claro, preciso. Está repleto de arte, y se diría, al leerle, que ignora toda búsqueda. Maupassant se aleja de Flaubert por esa fluidez que mantiene constantemente la calidad dominante de su prosa. Nada adornado, nunca nada que parezca retórica. Sus personajes hablan exactamente el lenguaje de su condición, de su medio; pero todavía el autor, cuando interviene en el relato, mantiene una discrección sorprendente. Sus paisajes, sus descripciones son de una precisión y de un verismo que asombran. Ha tratado de realzar las percepciones más fugaces, los aspectos de la naturaleza más cambiantes. Tal nocturno sobre el río (*Sobre el Agua*, en la antología *La Casa Tellier*), tal panorama de Ruán (*Bel-Ami*) son obras maestras donde el más minucioso análisis no nos revela el secreto.

Ha tenido más que cualquier otro las cualidades de su raza: la paciencia y la voluntad, la aplicación del espíritu de orden, de economía, el amor por la claridad, cualidades positivas y de aplicación cotidiana, pero que no excluyen el sueño. Es todavía en el prólogo de *Pierre y Jean* donde se encuentra esta frase – el segundo artículo de su corto *credo*: «La lengua francesa es una agua pura que los escritores amanerados jamás han podido, ni podrán nunca enturbiar. Cada siglo ha arrojado en esa límpida corriente sus modas, sus arcaísmos pretenciosos y sus preciosismos, sin que nada perviva de esas inútiles tentativas, de esos impotentes esfuerzos. La naturaleza de

esta lengua es la de ser clara, lógica y nerviosa. Ella no se deja debilitar, oscurecer o corromper.»

El ejemplo de sus escritos podrá siempre proponerse a aquellos que, olvidando ese sabio precepto, creyeron enriquecer la lengua intentando hacerle perder sus propiedades originales. Cerca de medio siglo ha transcurrido desde la publicación de su último libro, y los años nada han cambiado. Hoy todavía se pueden repetir las palabras que Henry Céard, su colaborador en *Las Veladas de Médan*, pronunció el 6 de julio de 1893 en el cementerio Montparnasse, ante la tumba que iba a cerrarse sobre el ataúd de Maupassant: «Hace catorce años, cuatro compañeros de letras, en la intimidad, escuchaban la lectura de *Bola de Sebo*, y, espontáneamente puestos en pie, saludaban a Guy de Maupassant como a un escritor que ocuparía un sonoro lugar en la literatura de su tiempo.

«Los años transcurridos les han dado la razón.

«Tengo por testigo vuestra diligente presencia en esta ceremonia fúnebre. Tengo por prueba los pésames formulados por la prensa de todo el mundo.

«Hoy, ese saludo que cuatro jóvenes daban antaño al futuro de un amigo, en nombre de los colaboradores de *las Veladas de Médan*, y con humildad del mío propio, vengo a dirigirlo al ataúd de un Maestro.»

## APÉNDICES

### I

#### CARTA DE MAUPASSANT A FLAUBERT DEL 3 DE NOVIEMBRE DE 1877<sup>1</sup>

Si no le he escrito hasta ahora, querido Maestro, es porque esperaba poder ir a verlo una de estas semanas; mi economía no me ha permitido emprender ese pequeño viaje. Voy a tratar de reparar mis errores con una descripción exacta, acompañada de planos, para hacerle comprender que la región es bastante complicada.

En primer lugar usted no puede hacer partir a sus hombres<sup>2</sup> de Bruneval para ir a Étretat porque existe entre Bruneval y Antifer un punto muy entrado en el mar que que yo jamás he podido franquear a pie (aunque se pretenda hacerlo en las más fuertes mareas, tal vez sea posible, pero a mi me parece dudoso en tanto que yo no lo he hecho).

Ahora bien, cerca de Bruneval, yendo hacia Étretat, existe una hermosa playa, la de Antifer. Se llega a esas tierras por un pequeño valle. El principio se encuentra cerca de Tilleul, en el camino del Havre. Las dos pequeñas vertientes de este valle están cubiertas de juncos marinos o aulagas. Hay algunas franjas de tierra cultivada a derecha y a izquierda del pequeño camino (por el que podría pasar un pequeño carruaje con un poco de esfuerzo) que se dirige hacia el mar. Este camino se

---

<sup>1</sup> Cf. lo que se ha dicho de este extrato en el texto, pág.al principio del presente texto.

<sup>2</sup> Bouvard y Pécuchet.

ensancha poco a poco y acaba en una especie de barranco que desemboca en la playa (del Tilleul al mar, aproximadamente 3 kilómetros). Una vez en la playa, se puede ver a la derecha un alto acantilado vertical (100 metros) que va hacia el Havre. Un rodeo por el acantilado permite la visión a 500 o 600 metros de la playa.

A la derecha, la playa continúa durante 500 o 600 metros igualmente, y es bruscamente detenida por una gran aguja de acantilado que se adelanta bastante lejos en el mar y bajo la cual pasa por el medio, un pequeño túnel (este paso podrían intentarlo Bouvart y Pécuchet)

La aguja del acantilado, que se llama La Courtine, tiene sobre su cumbre las ruinas de una vieja garita (invisible, creo, desde Antifer, pero visible desde el otro lado).

Una vez en el pie de este acantilado, se sube al por medio de una cuerda (de 2 metros aproximadamente), hasta el agujero que sirve de paso. Este hueco, muy ancho en sus dos aberturas, hacia abajo y hacia arriba, se estrecha en el medio, donde no hay más que dos metros de alto. Su longitud total es de aproximadamente 15 metros. La base es mucho más baja del otro lado. Para alcanzarlo sube por la derecha del agujero un pequeño sendero tallado en el acantilado a pico. Este sendero llega a una especie de escalera formada simplemente de huecos en la roca, unos naturales, los otros hechos por los pescadores. Se tocan con las manos las anfractuosidades del acantilado, y se desciende de nuevo hasta la base. La playa de guijarros, por aquí, es muy estrecha y se percibe una gran extensión de rocas cubiertas de algas. Contra la pendiente de la que acabo de hablar, se pueden ver los restos de un enorme desprendimiento. Doscientos pasos más lejos, tres encantadoras fuentes de agua dulce. Caen de 5 a 6 metros en medio de los musgos y la última en dirección a Étretat forma una pequeña bóveda bajo la que



se adelanta y de donde se mira el mar por una gran abertura redonda, rodeada de musgo y de donde caen mallas de agua.

Una cosa esencial que he olvidado: una vez en el agujero de la Courtine, se observa bruscamente la Manne-Porte, y, bajo la Manne-Porte, la Porte de Aval... Está a más de un kilómetro (una media hora andando sobre los guijarros y las rocas) de la Manne-Porte. Poco más o menos como aquí [sigue un mapa] solamente, según mi dibujo, parece estar cerca de la Manne-Porte, mientras que está a más de un kilómetro (media hora de camino sobre los guijarros y las rocas).

Vuelvo a las fuentes - Cien pasos más lejos, una pequeña punta formada solo por el pie del acantilado; de frente, a cuatro metros, un grueso peñón sobre el que se puede subir por una grieta. Una vez allí, se llega cerca de otra grieta en el mismo peñón, que comunica con el mar. El interior de esta especie de gruta por donde se puede descender (con dificultad) está cubierto de una especie de musgo marino rojizo. Allí, está el camino entre la aguja de la Courtine y la Manne-Porte, encerrada en un anfiteatro de acantilados, verticales, de cien metros de altura, y en el que las cumbres dentadas ofrecen unas extrañas formas de todo género y perpetuas amenazas de desprendimiento.

El sitio es solitario y siniestro cuando el cielo está sombrío. Se encuentra sobre todo aislado, separado de los otros por esta muralla de acantiladas en semicírculo en la que el mar bate las dos puntas. Excelente lugar para la conversación de sus dos hombres que pueden tener miedo, de repente, aparte de los desprendimientos (frecuentes en este lugar), de ver el camino cerrado ante ellos por la pleamar. Le indico la situación del peón por una A. [sigue un plano]

El acantilado, hasta la Manne-Porte, tiene el mismo aspecto, es decir que es muy vertical, minado por algunos sitios. Está por todas partes compuesto de calizas que cubren las líneas de silex. De vez en cuando, unos desprendimientos arrastran una pequeña capa de tierra vegetal sobre la que crecen unas coles marinas.

La Manne-Porte es un inmenso arco bajo el cual se pasa a pie con la marea baja; este es su aspecto [sigue un esquema]

Cuando nos acercamos, se percibe por debajo de la aguja de Étretat, que se encuentra a 500 o 600 metros más lejos contra la puerta de Aval. Sería necesario que Bouvard caiga sobre el musgo resbaladizo para dejar a P[écuchet] tiempo de ganar la puerta de Aval bajo la que se puede también pasar en marea baja atravesando de peñón en peñón, a veces saltando, pues hay casi siempre agua bajo esta puerta, lo que haría retrasar a Bouvard, cuando llegase naturalmente a querer pasar por allí.

La pequeña bahía formada entre las dos puertas tiene de particular que se puede ver en medio una especie de medio embudo revestido de hierba, donde serpentea un sendero muy rápido, que se llama la Valleuse de Jambour. Bouvard, temeroso del agua bajo la puerta de Aval, y no pudiendo saltar como P. de roca en roca, a riesgo de ahogarse en los trechos que son muy profundos, regresaría sobre sus pasos y vería el valle. Este es el aspecto de este valle [sigue un dibujo]. Indico la hierba por los pequeños trazos y el sendero por la línea negra. Se sube primero sobre un resto de desprendimiento caído al pie del acantilado, después el sendero de A a B, y se vuelve enseguida muy rápido, muy resbaladizo, con unas piedras que ruedan bajo los pies y las manos, y se termina con unos bruscos zigs zags. Las personas temerosas se agarran a las hierbas. (Este valle, practicable incluso por mujeres audaces hasta este año, no es ya accesible hoy

más que para hombres muy ligeros y muy acostumbrados a los acantilados; debe ser reparado). Antaño, una cuerda atada a la roca, iba justo hasta el fondo de la pendiente.

Una vez en lo alto, se ve Étretat, y se llega allí por una suave pendiente sobre la hierba, de 1 kilómetro aproximadamente. Hay en lo alto de esta subida una loma en la tierra. Se trata de un refugio por temor de enfriarse, después de haber subido el sendero.

He aquí (en forma de guía) el itinerario de Antifer a Étretat.

Me he abstenido de cualquier descripción imaginada para tratar de hacérselo ver mas claramente. No sé si he tenido éxito. Si usted desea otra cosa, si no me he explicado bien, escíbame inmediatamente y yo le responderé el mismo día.

Adiós, querido Maestro, le abrazo estrechando sus manos. Si la señora Commanville está cerca de usted, déle mis saludos más respetuosos y cordiales. Saludos a su marido. Recuerdos al gran Laporte.

GUY DE MAUPASSANT

## II

### FECHAS DE PUBLICACIÓN DE LAS OBRAS DE MAUPASSANT

He aquí, según el libro de los Sres. DEFFOUX y ZAVIE, las fechas de publicación de las obras de Maupassant:

1879: **Historia de Antaño** (*Histoire du Vieux Temps*), comedia – Tresse y Stock.

1880: **Bola de Sebo** (*Boule de Suif*), en **las Veladas de Médan** (*Les Soirées de Médan*) – **Unos Versos** (*Des Vers*) – Charpentier.

1881: **La Casa Tellier** (*La Maison Tellier*) – Havard.

1882: **La Señorita Fifi** (*Mademoiselle Fifi*) – Kistemaeckers, Bruselas.

1883: **Una Vida** (*Une Vie*)- Havard. **Cuentos de la Becada** (*Contes de la Bécasse*) – Rouveyre.- **Émile Zola** – Quantin.- **Prólogo** para Thémidore –Kistemaeckers.- **Prólogo** para Aquellas que se atreven (*Celles qui osent*) de Maizeroy – Havard.- **Prólogo** para Los tiradores a pistola (*Les Tireurs au Pistolet*) del barón de Vaux-Havard.

1884: **Al Sol** (*Au Soleil*)-Havard. – **Claro de Luna** (*Clair de Lune*)-Monier.- **Las Hermanas Rondoli** (*Les Soeurs Rondoli*)-Ollendorff.- **Miss Harriet** – Havard.- **Prólogo** a las Obras de Gustave Flaubert – Charpentier.- **Prólogo** a El Amor a Tres (*L'Amour à trois*) de Paul Ginisty – Baillère.

1885- **Bel-Ami** (Ollendorff).- **Antón** (*Toine*) – Flammarion.- **Cuentos y Relatos** (*Contes et Nouvelles*)-Charpentier.- **Prólogo** para Manon Lescaut- Launette.

1886: **La pequeña Roque** (*La Petite Roque*)-Havard.- **Cuentos Escogidos** (*Contes Choisis*)-Bibliophiles contemporains.- **Señor Parent** (*Monsieur Parent*)-Ollendorff.

1887: **Mont-Oriol** – Havard.- **El Horla** (*Le Horla*)-Ollendorff.

1888: **Pierre y Jean** (*Pierre et Jean*)-Ollendorff.- **Sobre el Agua** (*Sur l'eau*)-Flammarion.- **El Doncel de la Sra.**

**Husson** (*Le Rosier de Madame Husson*)-Quantin.- **Prólogo** para La Gran Azul (*La Grande Bleue*), de René Maizeroy-Havard.

1889: **Fuerte como la Muerte** (*Fort comme la Mort*)-Ollendorff.- **La Mano Izquierda** (*La Main Gauche*)-Ollendorff.- **Prólogo** para La Guerra (*La Guerre*), de Garchine - Havard.

1890: **La Vida Errante** (*La Vie Errante*)-Ollendorff.- **Nuestro Corazón** (*Notre Coeur*)-Havard.- **La Belleza Inútil** (*L'Inutile Beauté*)-Havard.

1891: **Musotte**, comedia, en colaboración con Jacques Normand - Ollendorff.- **Nota** sobre Swinburne, para los Poemas y Baladas de A.-C. Swinburne-Savine.

1893: **La Paz de la Pareja**, (*La Paix du Ménage*), comedia-Ollendorff.- Thédire-Ollendorff.

Obras póstumas:

**El Viejo Milón** (*Le Père Milon*).- **El Buhonero** (*Le Colporteur*).- **Los Domingos de un Burgués de París** (*Les Dimanches d'un Bourgeois de Paris*.- **El Alma Extranjera** (*L'Ame étrangère*).- **El Angelus** (*L'Angelus*).

Se ha atribuido a Maupassant: Las Primas de la Coronela (*Les Cousines de la Colonelle*), por la Vizcondesa de COEUR-BRÛLANT (Lisbone, casa Antonia de Boa vista, s.d. Bruselas, Gay y Doucé, 1881), pero esta atribución es errónea. La Vizcondesa de Coeur-Brûlant era una mujer, y una vieja amiga de George Sand, que Théodore HANNON, el autor de las Rimas de Alegría, el amigo de Céard y de Huysmans, presenta a Kistemaeckers, el que rechaza editar el volumen, más que libre, y envía a la dama a su colega y compatriota Gay (Cf. Léon DEFFOUX, *L'Oeuvre*, 20 octubre de 1931)

En cuanto a la acogida hecha por la crítica a las obras de Maupassant, fue un tanto indiferente, como se ha dicho, respecto a *Bola de Sebo*. Hubiese sido sorprendente que se apagasen de repente los furores desencadenados contra los naturalistas de *las Veladas de Médan*. Pero sin embargo se produce un giro de ciento ochenta grados: Sarcey habla de *Una vida* en términos elogiosos; se vio como Jules Lamaître se retracta del silencio que había guardado sobre los dos primeros

volúmenes de Maupassant. La crítica que hace en la *Revue Bleue* es muy divertida. Fue él quién pidió a Eugéne Yung, director de la revista, dejarle hacer un artículo sobre Maupassant. Yung acepta, pero le recomienda una gran reserva, para no asustar al público de la revista. Las precauciones oratorias y las malicias de Lemaître son muy espirituales. Comienza por declarar que él no aprueba a la Sra. Bonderoi y el Sr. Toruneveau, ni la indulgencia del narrador al respecto. ¿Pero eso no es incitar al lector curioso a la lectura de *El Sustituto* y a saber por qué la Sra Bonderoi, la mujer del notario, da un luís por semana a dos caballeros del X Regimiento de dragones? Dicho esto, manifiesta que el cuento es un género nacional, y que Maupassant es en verdad del mejor linaje de los contadores franceses. — Y en los deliciosos *Pronósticos para el año 1877* (que se lee con tanto placer), en el cuarto volumen de *los Contemporaneos* escribía: «¿Y Guy de Maupassant? Leed los primeros folletines de *Mont-Oriol*. Eso comienza con la amplitud de una novela de Zola. Luego viene un adulterio honesto como conveniente a las mujeres virtuosas. ¡Es una traicion! ¡Si los escritores se dedican a ensalzar esas costumbres, ya no habrá seguridad par el lector!»

Brunetière vio en *Bel-Ami* la obra maestra de la novela naturalista y declaró que *Mont-Oriol* era una pintura de la realidad «más auténtica que la propia realidad».

## ÍNDICE DE MATERIAS

PRÓLOGO..... 7

CAPÍTULO PRIMERO.- El País..... 13

1. El río y el mar. – Los valles de Caux.- Las «Puertas» de Étretat.- Las descripciones de la costa del país de Caux en las obras de Maupassant.

2. El mar hace la unidad normanda.- El Monte Saint-Michel.- La meseta de Caux.: «abismos» y «ruinas».- Furtivos y cazadores.- El pantano Vernier.- Castillos, casas solariegas y pueblos normandos, según Maupassant.

3. Costumbres y tipos: realismo y sentido de la justicia.- Dureza de la raza.- Avaricia.- Picardía.- La nobleza.- El espíritu de igualdad.- Epicureismo y estoicismo.- Las vestimentas.- El dialecto del país de Caux.- Arcaísmos y locuciones.- El «horzain».- La retórica cauchois.- Una regla de prudencia: la concisión.

4. El carácter normando: realista y soñador.- Sensualismo.- Instinto migratorio.- Resignación.

CAPÍTULO II.....55

1. La rama normanda de una familia lorenesa: los Maupassant.- Leyendas y verdades.- El ennoblecimiento de la familia.- Los hijos del notario parisino.- Establecimiento en Normandía.- Louis-Pierre-Jules de Maupassant, el abuelo.- Gustave de Maupassant.- La casa de La Neuville-Champ d'Oisel.- La familia: Charles Cord'homme y el «demócrata» Cornudet.

2. La ascendencia materna: los Le Poittevin.- Paul Le Poittevin.- Su matrimonio con la Srta. Thurin, amiga de la Sra. Flaubert.-

Los niños: Alfred, Laure y Virginie Le Poittevin.- Influencias recíprocas: El pesimismo cultivado en cálidas garras.- Laure Le Poittevin alumna de su hermano.- El doble matrimonio Maupassant-Le Poittevin.

3. La joven pareja Maupassant.- Estancias en Normandía.- Los dos hijos: Guy y Hervé.- Diferencias y separación amistosa.- El castillo de Miromesnil y el acta de nacimiento de Guy.- ¿Dónde nació Guy de Maupassant en realidad?.- La hipótesis del nacimiento en Fécamp y los argumentos del Sr. George Normandy.- Una leyenda enraizada: el parentesco entre Flaubert y Maupassant.- Bautismo de Guy en Miromesnil.- La leyenda de la «cabeza redonda»

4. La infancia feliz en Étretat: la villa de los Verguies.- La madre y sus hijos.- El abad Aubourg.-La institución eclesiástica de Yvetot.- El Instituto de Ruán.- Louis Bouilhet «corresponsal» de Maupassant.- Los domingos con Flaubert.- Swinburne, el «inglés de Étretat».- Primeros versos.

### CAPÍTULO III.- *Compañías parisinas y amistades normandas*..... 95

1. Funcionario en la Marina, remero de Bougival: la Guerra.-Inicios administrativos.- El remero robusto.- Apariencias engañosas.- calle de Moncey.-La yola y su tripulación.- *La Casa turca*.- Robert Pinchon, llamado «la Tôque» y Guy de Maupassant, llamado «Joseph Prunier»

2. Trabajos teatrales e inicios literarios: una comedia y un drama (*Un Ensayo, la Condesa de Rhune*).- La disciplina flaubertiana: el maestro de Croisset, su ejemplo e influencia.- Los «versos del prosista».- *Una Historia de Antaño*.-*L'Almanach de Pont-à-Mousson* y *La République des Lettres*.- Émile Zola.-La formación del grupo de los Cinco: Alexis, Céard, Hennique, Huysmans y Maupassant.-



Las cenas de la calle Puget.- Catulle Mendès.- Raoul-Duval.-*La Nation*.-La protección de Flaubert.-La Sra. Brainne y Charles Lapierre, director del *Nouvelliste de Ruán*.- Una colaboración difícil.

3. El funcionario entre dos ministerios: de la calle Royale a la calle de Grenelle.- Mala salud y cura en Louèche.- El *Naturalismo* bautizado en el restaurante Trapp.- Dificultades en la calle Royal y desánimo.- Flaubert salva a su discípulo.-Bardoux ministro de Instrucción Pública.-Un cambio difícil.- El viaje a Étretat en octubre de 1878.- Maupassant en la calle Grenelle.- Apuros económicos.- Jules Ferry y la pensión de Flaubert.- calle Clauzel, 19.- Un funcionario prudente.

#### CAPÍTULO IV.- *El proceso de Étampes.*

- *El «relato ruanés» (Bola de Sebo).*

- *La muerte de Flaubert*.....153

1. El proceso de Étampes, asunto tenebroso.- *A Orillas del Agua*.- Harry Allis.- El Sr. Allien.- Las persecuciones.- ¿17 o 19?.- Maupassant con el juez.- La carta a Flaubert.- La respuesta del «patrón».- Después de la carta al Gaulois: el sobreseimiento.

2. *Bola de Sebo*: La casa de Zola en Médan.- El testimonio de Léon Hennique.- El testimonio de Henry Céard.- La alegría de Flaubert.- La opinión de los compañeros: una obra maestra.- Sufrimientos físicos.- La verdadera «Bola de Sebo»:Adrienne Legay, de Eléot.- El juicio de la crítica.

3. Pâques 1880, última entrevista con Flaubert.- La dedicatoria de *Unos Versos*.- El cariño de Flaubert.- San Policarpo.- El último adiós.- De la iglesia de Canteleu al cementerio de Ruán.

#### CAPÍTULO V.- *El pescador de cuentos de*

*Étretat*..... 191

1. Los «naturalistas» y el «odio al gusto».- La unidad de Maupassant.- El aislamiento y el trabajo enconado de los primeros años de producción.- *La Casa Tellier* y sus orígenes.- Los primeros cuentos.- Tourguenieff.- *En Familia*.- *La Historia de una Moza de Granja*.- *El Papa de Simon*.- *Sobre el Agua*.- *La Mujer de Paul*.- Los «ciclos» en la obra de Maupassant.

2. Los editores Havard y Kistemaekers.- La leyenda del trabajo fácil.- *La Señorita Fifi*.- *Una Vida*.

3. La inspiración normanda en las demás obras: Étretat y la «Guillette».- Porto-Riche.- La «caloge» de François.- El huerto, el jardín, la casa.- La vida en Étretat, según *La Modelo* y *Adiós*.- *La Roca de los pájaros bobo*.- *El Borracho*.- El cabaret de la Bella Ernestine.- Placeres veraniegos (según el relato titulado *Correspondencia*).- El «crimen de Montmartre».

4. El apogeo de la gloria: el «ciclo» mundano.- La hermosa vecina de Étretat, la Sra. Leconte du Nouy.- *Amistad amorosa* y *Mirando la vida pasar*.- Los juegos feroces.- Marie Bashkirtseff.- Fobias.

5. Un alma dolorosa.

## CAPÍTULO VI.- *El hombre y la obra*.....237

1. El pesimismo de Maupassant y sus causas.- Escepticismo y pudor moral.- Las confidencias: *Sobre el Agua*.- El sentido de la vida.

2. La objetividad de Maupassant.- Su piedad.- Una carta a Mirbeau.- Una confesión.

3. Valor de la obra.- El determinismo de Maupassant.- Su *credo*.- Un normando de pura cepa.

## APÉNDICES:

1. Carta de Maupassant a Flaubert del 3 de noviembre de 1877.- Fechas de publicación de las obras de Maupassant.

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra, el 6 de agosto de 2006.